

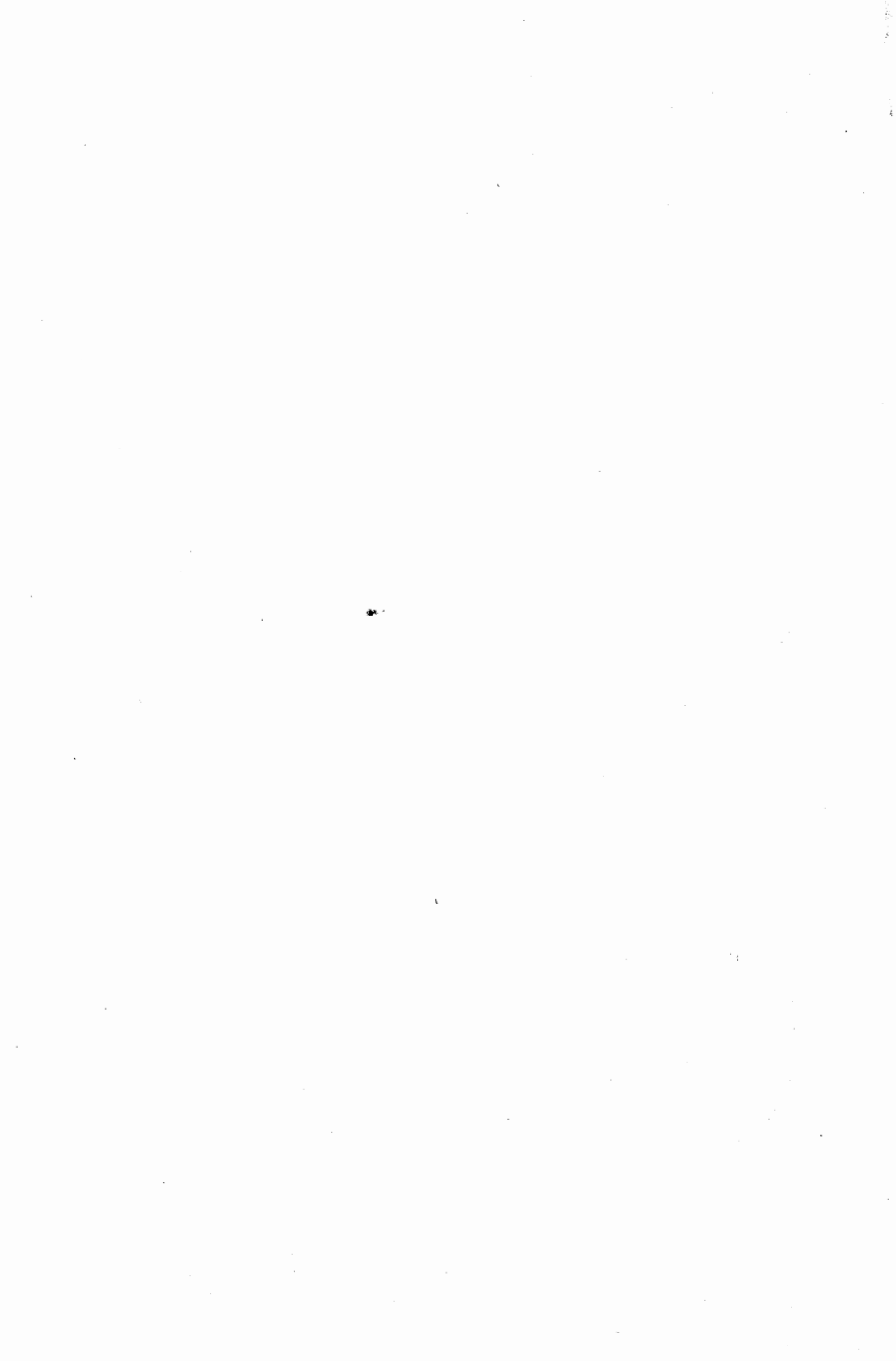
JAVIER ANGULO GURIDI

2. POESÍAS E IGUANIONA



BIBLIOTECA
DE CLÁSICOS
DOMINICANOS

XXXV



2. POESÍAS E IGUANIONA

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

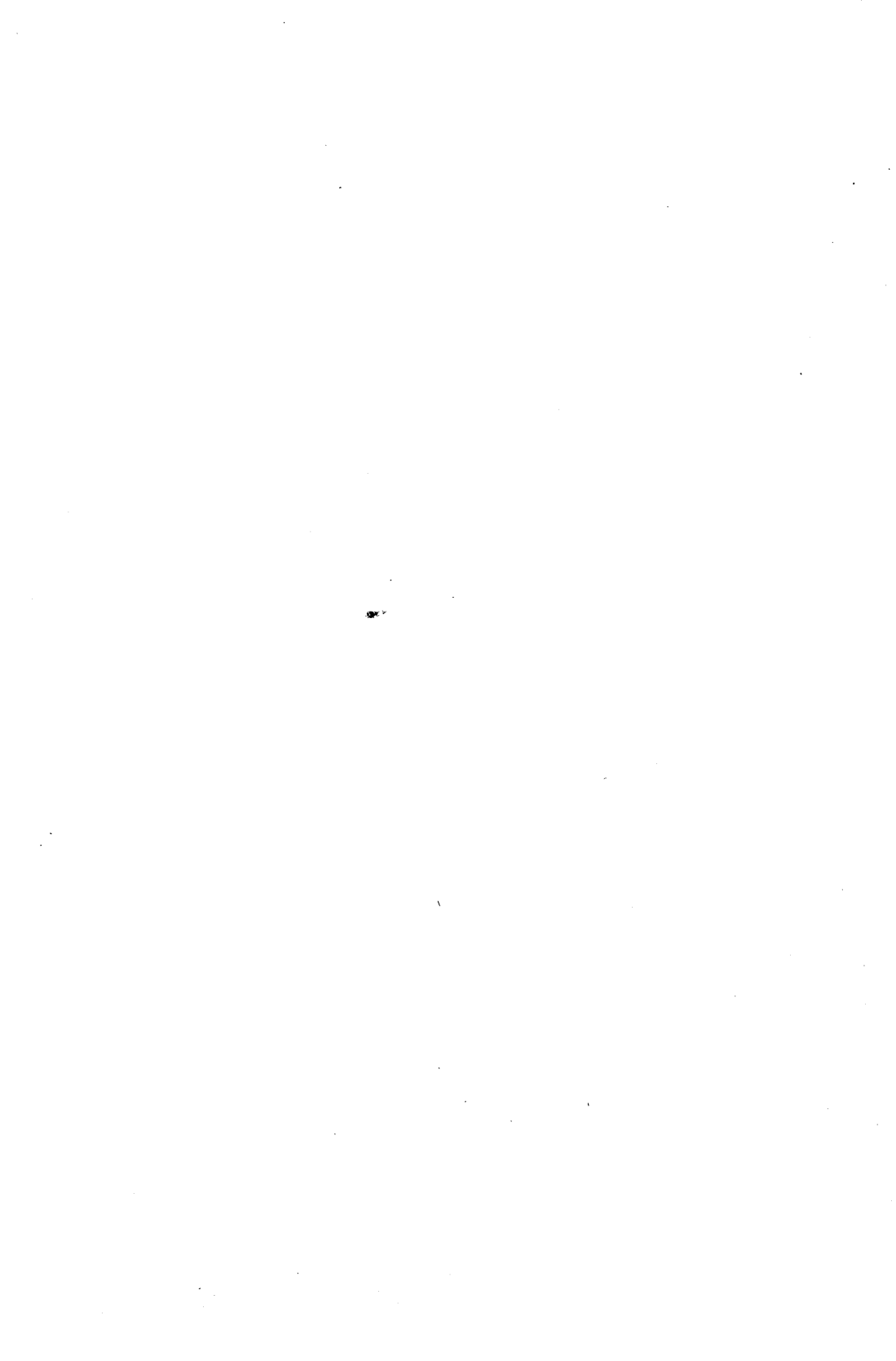
Director-fundador:
Manuel Rueda (1921-1999)

Director Ejecutivo:
Jacinto Gimbernard

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar



Javier Angulo Guridi



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXXV

JAVIER ANGULO GURIDI

2. POESÍAS E IGUANIONA



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
2002

Reg. 07-2882

Diagramación, composición
Cuesta-Veliz
Asesoría Editorial

ISBN 99934-54-12-5

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

A DIOS

¡Oh, tú Señor, que tolerar pudiste
la injuria, el baldón, y al fin la muerte,
vuelve la vista y deshojada advierte
la flor de la esperanza que me diste!

¡Mira mi faz amarillenta y triste,
al soplo audaz de la maligna suerte
que hora por hora su veneno vierte
sobre esta ánima triste y afligida...!

¡Tu mano, Gran Señor, tiende tu mano,
y libra de tinieblas mi existencia,
y abre a mis plantas un mejor sendero!

¡Ay! Que si dejas al destino insano
el uso de tu grande Omnipotencia,
¡se pierde de una vez este cordero!

Diagramación, composición
Cuesta-Veliz
Asesoría Editorial

ISBN 99934-54-12-5

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

A DIOS

¡Oh, tú Señor, que tolerar pudiste
la injuria, el baldón, y al fin la muerte,
vuelve la vista y deshojada advierte
la flor de la esperanza que me diste!

¡Mira mi faz amarillenta y triste,
al soplo audaz de la maligna suerte
que hora por hora su veneno vierte
sobre esta ánima triste y afligida...!

¡Tu mano, Gran Señor, tiende tu mano,
y libra de tinieblas mi existencia,
y abre a mis plantas un mejor sendero!

¡Ay! Que si dejas al destino insano
el uso de tu grande Omnipotencia,
¡se pierde de una vez este cordero!

EL GONDOLERO

¡Qué dulce es vivir, qué hermoso
como vives, gondolero,
encantado y placentero
con tu góndola y tu mar!
¡Y sin saber de las cosas
que acontecen en el mundo
sobre el piélago profundo
como el aire libre errar...!

Y ver el sol en la tarde
que de sus rayos postreros
brota límpidos luceros
en vistosa procesión:
oriflamas invisibles
que de la luna esplendente
revelan en el oriente
la magnífica ascensión.

¡Qué bello dormir distante
de la ciudad bulliciosa
de la presión borrascosa
ruge en eterno velar.
¡Dónde los celos y el odio
de implacables Mocenigos
conciertan duros castigos,
tormentoc crueles, sin par!

Y revivir de la infancia
las serenas alegrías,
y los espléndidos días
de la ardiente juventud;
sin que la lúgubre sombra
de una pasada amargura
empañe la lumbre pura
del astro de la virtud.

¡Gondolero! ¡Cuánta envidia
tu ventura me ha inspirado
mirándote circundado
de ese Adriático sin fin!
¡Y bajo mil vagas nubes
de pardo color teñidas
las lonas dejan tendidas
y perderte en el confín!

Dichoso tú que con tiempo
deste mundo te apartaste,
y en el retiro buscaste
modesta felicidad;
en tanto que aquí vivimos
rodeados de sinsabores
hasta que al fin sucumbimos
en brazos de la ansiedad.

Gondolero
Venturoso
Más hermoso

Altanero
Veneciano
Del orfano

Que el amor
 ¡Quién pudiera
 Tu barquilla
 Ligerilla
 Gobernar

Prez y honor
 Y en la altura
 De los mares
 Tus cantares
 Ensayar!

Esos cánticos divinos
 que expresan tus ilusiones,
 esas mágicas canciones
 que aprendiste en la niñez,
 y que acuerdas a tus solas
 cuando la noche se ostenta
 al triste son de las olas
 baten con laguidez!
 cuando ves a lo lejos
 vestida con los fúlgidos reflejos
 que arrojan mil bujías,
 la cuna del placer y las orgías
 retratada del mar en los despojos.

Y en el albo redondo firmamento
 girando las estrellas
 cuya lánguida luz tiñe las huellas
 que describe un momento
 tu dócil barca al sacudirla el viento.

Y ves las nubes rápidas, flotantes,
 que en el éter se mecen
 ostentando sus vívidos cambiantes,
 y luego como crecen,
 y bajan al confín, y desaparecen.

De amoroso laúd quizás perdido
 el eco entonces herirá tu oído,
 como el triste que vela
 de dudas combatido
 la voz del apartado centinela.

Quizás el ¡jay! violento y lastimoso
 que arrancan en sigilo

de la patria el campeón más generoso,
el grito doloroso
queda muriendo de una daga al filo...!

Mas... el remo sacudes nuevamente,
y plateadas alfombras
del mar pintando en la soberbia frente
te alejas diligente
del horizonte a las confusas sombras.

Así en la arabia el *alcotán* levanta
sus alas angulares
al sumbido sutil de alguna planta,
y posando en los anchos arenales
su genio agreste alborozado canta.

¡Oh! Guarda siempre en el alma,
gondolero, tus temores,
que quien no supo de amores
no sabe que es padecer;
y evita cuanto más puedas
que a tus ojos o a tu oído
legue el canto dolorido
o el mirar de la mujer.

¡Qué importan las luminarias,
los conciertos y festines
ni esos fragantes jardines
de la opulenta ciudad,
si apenas desalumbrado
te precisamos a la orilla
rota verás tu barquilla
perderás la liberta...!

¿Quieres luz? Vuelve los ojos
y al cielo cóncavo mira,
donde con pereza gira
tanto lucero gentil;
hasta que al fin, de la luna

los rayos limpios y bellos
vengan callando a escondellos
uno a uno y mil a mil.

¿Conciertos...? Del mar solemne
oye el sonoro bramido
cuando suelta embravecido
sobre el desnudo peñón;
y se repliega y se enrrosca,
y sube, y baja, y se mece
de tal modo, que parece
más que mar débil pendón.

Y en vez de vanas esencias
y de traidoras sonrisas
naturaleza en sus brisas
te brinda aroma y verdad;
y en sus mañanas la vida,
y en sus siestas dulce calma,
y en sus noches para el alma
sabrosa tranquilidad.

Y en fin, si no tienes flores,
lleva en cuenta gondolero,
que siempre el fulgor primero
de la aurora es para ti:
que vives independiente
en medio a un mar quereloso
donde el cielo más hermoso
reproduce su matiz.

Empero... ya van llenando
tu nívea pluma las brisas...
cruge el remo, y te deslizas
cual fugitiva visión!

Ven amigo,
nada temo:
dame un remo

El palacio,
la laguna,
la fortuna

por piedad;
que mi pecho
no se espanta
viendo tanta
inmensidad.

y el danzar,
no le placen
a mi vida
como el ruido
de la mar.

Ven oyendo
tus cantares
por los mares
cruzaré
y las brumas
de mi frente
raudamente
desharé.

¡Ay! no dudes
gondolero
que prefiero
con placer
a las venas
seducciones
tus canciones
tu bajel.

Que si llama pasajera
de una hoguera
es la ilusión,
yo la abjuro placentero
no más quiero
idealidad,
sino brisas para el alma
y... ¡libertad!

Que es dulce vivir, hermoso
como vives, gondolero,
encantado y placentero
con tu góndola y tu mar.
Y sin saber de las cosas
que acontecen por el mundo
venturoso sin segundo
como el aire libre errar.

1836.

A LA POETISA JUANA

¿Es verdad, tierna cantora
que de la vida en la aurora
te has cansado de la vida?
¿Es verdad que entristecida
llamas la muerte, señora?

¿Es verdad que esos tus ojos,
lumbreras de tu hermosura
se tornan mustios y rojos,
del mundo al ver con pavora
la senda llena de abrojos?

¿Es verdad que sin aliento
te entregas el sentimiento
porque perdiste la calma,
y que das también el alma
de fastidio al cruel tormento?

¿Y dices en tu querella
que has perdido la esperanza?
¡La esperanza luz tan bella
que mil penas, si destella,
a borrar del pecho alcanza!

¡No, por Dios...! No llores, Juana,
ni más evoques la muerte;
que es muy triste desta suerte
ver morir en su mañana
capullo que aromas vierte.

¡Aromas embriagadores,
suspiros de un corazón
que circundan mil dolores!
lamentos de sus amores
con sonora vibración.

¡Morir!... ¿Sabes qué es morir?...
¡Es volver la espalda al mundo:
es no ver y no sentir,
y eternamente dormir
de la nada en lo profundo...!

Es cambiar la claridad
por las sombras y el olvido:
Es surcar la eternidad
de miedo y de soledad
el espíritu asistido.

Y ¡cuán triste y dura cosa
tornar la mirada incierta,
y con mano temblorosa
tocar a la abierta fosa
sin salir, aunque esté abierta...!

Y cuando más triste y dura
darse entonces a pensar
deste mundo en la hermosura,

en su sol, cielo, y verdura,
sus fuentes bosques y mar.

Y en tales cosas pensando
si es constante el pensamiento,
ver otros que van llegando.
y verlos, cual tú, al momento
por su mundo suspirando...
¡No, Juana! ¡No, la cantora
del llanto y de la pasión!
No la joven seductora
que allá en su mente atesora
la divina inspiración.

Vuelve a cantar; pero canta
más consolada y serena;
canta dulce cantilena
ya que es dócil tu garganta
ya que es fecunda tu vena.

Si del mundo el porvenir
juzgas porvenir de duelo,
¿cómo esperas conseguir
aquel que reserva el cielo
a los que saben sufrir?

Cantemos, pues, resignados
ya que los dos padecemos:
Tú, por el genio inspirados,
yo por la fuerza arrancados
de mi lira: mas... ¡cantemos!

Cantemos, yo tu ternera,
tu amargura y tus dolores:
tú mi profunda tristeza,
mi anhelo por los amores,
mi infortunio y mi pobreza.

Y así los dos distraídos
en medio a una injusta suerte,

entre quejas y gemidos
esperaremos unidos
que venga por sí la muerte.

Empero no busques, Juana,
morir tan bella y lozana
ni hacer que a tu ejemplo muera
quien verte feliz espera
de la vida en la mañana.

Que es muy triste y dura cosa
tornar la mirada incierta,
y con mano temblorosa
tocar a la abierta fosa
sin salir aunque esté abierta.

Habana, 1837.

ILUSIÓN Y DESENCANTO

¡Belleza de dolor!... ¡Adiós te digo...!

HEREDIA

I

¿Dónde fueron por Dios las ilusiones
que trocaron mi pecho lacerado
en manantial fecundo de ilusiones,
de esperanza y amor?

¿Dónde fueron? ¿Por qué se han exhalado
esos aromas de mi triste vida,
dejándola en tinieblas, y oprimida
bajo el yugo tremendo del dolor?

¿Dónde se oculta la sonrisa leve
que errar en torno de mis labios viera?

¿Dónde también mi calma lisonjera
y mis sueños de ayer?
Mis sueños de oro que una noche breve
incauto concebí, de amor ardiendo,
y que otra noche el desengaño horrendo
viniera de improviso a deshacer?

¡Huyeron todos...! para siempre huyeron
cual nubes que en alto firmamento
no bien parecen, rebramando el viento
las sepulta en el mar!
Cual brumas que atrevidas recorrieron
su negro manto en la gentil mañana
trocando en sombras la esplendente grana,
y que deshizo el sol al despuntar...!

¡Mujer! ¡Mujer!... ¡tormento de mi vida!
¿Qué fue de tu pudor? ¿Cómo, cuitada,
dejaste diese a la impudencia entrada
tu pecho de jazmín?
¿Cómo aspiraste el aura corrompida
del torpe vicio sin temblar de espanto,
sin que copioso de dolor el llanto
abrasara tu faz de serafín...?

¡Oh recuerdo! ¡Oh dolor! Gallarda rosa
fuiste del mundo en el jardín ameno,
y era tu níveo transparente seno
el cáliz del placer.
Y tu cintura blanda y donairosa
el tallo en que lozana te mecías,
y aquellos tintes que en el rosro habías
su enrojecido casto rosider.

Eras con tu pudor y tu recelo
semejante a la humilde sensitiva,
que hasta del euro la lisonja esquivaba
mirando a la virtud.
Y era tanto, señora, tu desvelo

por huir las miserias deste mundo,
que en agraz al silencio más profundo
condenaste tu hermosa juventud.

¡Yo te vi...! ¡Santo Dios...! ¡Con qué presteza
al recibir la luz de tu semblante
de amor sintiendo el fuego devorante
latió mi corazón...!

¡Y cómo tu virtud y tu pureza
que presentes juzgué del alto cielo
de la lira al compás del aura al vuelo
cantaba con febril superstición...!

Nunca mi boca reveló indiscreta
la causa del ~~pesar~~ que me afligía
y que irritado el corazón me hería
estando junto a ti;
¡y si anhelante alguna vez, inquieta,
su oscuro origen penetrar quisiste
de una loca pasión hablar me viste,
de un malhadado amor que... no sentí!

¡Ay! ¡No acertaste a conocer, hermosa,
ni aún por los ¡ayes! que mandaba al viento,
quién era de mi puro sentimiento
el dulce manantial:
ni en la luz de mis ojos, amorosa
al par que inextinguible y refulgente,
pudiste adivinar que eras la fuente
de mi profundo y delicioso mal...!

Y en tu casto rencor abominabas
el alma de la incógnita severa
que de mi amor la devorante hoguera
osaba despreciar:
porque entonces, señora, no alcanzabas
lo que hoy a revelarte me decido...
que fuiste ¡ay cielo! y hasta ayer has sido
mi encanto hermoso y mi tormento al par...!

II

¡Oh! ¡Qué transformación...! ¡De tu inocencia
mustias están las encendidas flores!
¡Ni una sola engalana esa existencia
que ya empaña el desliz con sus colores!

.....

Era tu nombre la delicia mía,
era mi dulce inspiración, mi gloria;
y si otro alguno recordar quería
solo el tuyo cruzaba en mi memoria.

Solo por ti maldije mi pobreza,
que abrasado de amor y de ternura
no me dejaba en su tenaz fiereza
el alba bendecir de mi ventura.

Solo por ti, mujer, de la esperanza
el rayo moribundo reanimaba,
y lo que ahora mi razón no alcanza
entonces lleno de placer soñaba.

Y de la noche en el silencio grave
sobre mi lecho, en inquietud sabrosa,
como el esquife que se mueve suave
atado orillas de la mar undosa.

Tras mil vagos proyectos, y quimeras
en donde siempre cintilar veía
de tus ojos las mágicas lumbreras,
rebelde al sueño demandaba el día.

¡Luzca —exclamaba— la brillantre aurora:
venga el sol en sus rayos a envolverla,
y a nublarle la noche aterradora
y el alba nuevamente a sorprenderla!
Y resbalan las horas una a una

como gotas de lluvia atropelladas,
que faltando el amor o la fortuna
las horas de la vida son cansadas.

¡Corran, corran veloces a porfía,
flechas que el tiempo a su placer despide;
que así del lago de la duda impía
pronto la atroz profundidad se mide.

Acaso llega de tropel con ellas
la que ríos de luz y de hermosura
realice al fin mis ilusiones bellas,
mis deliciosos sueños de ventura.

Y entonces yo, del serafín humano
que así mantiene en inquietud mi vida
a la sedeña y cariñosa mano
enlazaré mi mano enardecida!

Húndete, ¡oh noche! Tu color me aterra:
cede el espacio a la gentil aurora,
deja de nuevo aparecer la tierra
que en sombras tienes sumergida ahora.

Así clamaba yo... así angustiado
una vez y hasta cien en mi desvelo,
porque rodara el tiempo acelerado
triste plegaria enderezaba al cielo.

Tú entre tanto, mujer... tú, pobre fada,
ángel caído y pálido lucero,
tú la modestia hollando, desolada
pisabas de los vicios el sendero.

¡Tú del brillante porvenir huías
por libar en la copa del presente...!
¡Tú a la virtud sublime desoías,
tú al deleite te dabas torpemente...!
¡Oh vergüenza! ¡Oh baldón! ¿Qué vale el llanto

en que tu rostro sin carmín se anega
si ya no es puro, si no tiene encanto
si no a olvidar de tu pecado llega...?

¿Qué vale tu expresión de luto y duelo
ni esa en que vives perennal clausura
si roto al fin de tu pudor el velo
arde en tus ojos una llama impura?

¿Si en vez de intimidar con tus centellas
al cínico mancebo, lo provoca
a deponer en tus mejillas bellas
el acre beso de su inmunda boca?

¡Y tanta honestidad, tanto decoro,
y tanta timidez como de ornaba
pudiste ¡vive Dios! vender por oro
sin ver que tu futuro se anublaba!

¿Sin ver que el sol de la vecina aurora
rasgando de la noche el negro manto
hubiera de encontrarte pecadora,
de tu misma conciencia siendo espanto?

¿Quién mal te aconsejó...? ¿Qué loca mente
el plan trazó de tu asquerosa vida?
¿Y quién, en fin, te separó imprudente
¡ay! de la senda del honor florida?

Ya, ¿qué te resta...? ¡Lo perdiste todo!
lanzaste en la vergüenza tus verdores:
tu nombre limpio en el inmundo lodo
y en el olvido eterno mis amores...!

¡Mis amores, que el tedio insoportable
con que lucho, briosos combatían,
el tedio de una vida miserable
que cien recuerdos de dolor reían...!
¡Oh necia timidez...! Si yo, señora,

te hubiera hablado de mi amor sincero,
ni se angustiara el corazón ahora
ni te culpara a su pesar severo.

Mas deste sentimiento en la balanza
entonces otro el peso contenía,
otro entonces mi fúlgida esperanza
magner la juventud desvanecida.

Sin patria ¡ay triste! sin fortuna errante;
¿podía esperar que tú, joven y bella
volvieses tu mirada centelleante
pagando así el afán de mi querella?

¡Ciertamente que no...! Mi pobre canto
presto volará a la merced del aire,
quedándome no más de arrojo tanto
el recuerdo infeliz de tu desaire.

¡Yo el ámbar apuraba de tu aliento,
yo de tu voz gozaba en el sonido...
yo te amaba, y en medio a mi tormento
nunca de amores suspiró a tu oído...!

Sí que en silencio con vigor demando
las impetuosas ansias de mi vida,
caminaba a la tumba meditando
en la pena por Tántalo sufrida...

¡Mas no del crimen en la torpe senda
pensé un instante penetrar liviano...!
¡no por rendirte material ofrenda
brilló el cuchillo en mi convulsa mano...!

Y en tanto mujer tú, ¡luz de mi alma...!
tú, marchito clavel de mi delirio...
¡...ay, si, tú en tanto la virgínea palma
trocabas por la aureola del martirio...!
¡Ay! yo te compadezco entristecido

y me angustio al mirar tu frente impura,
sin poder a los reinos del olvido
el recuerdo lanzar de tu hermosura!

Despierto, en sueños... por doquiera veo
tu estupenda beldad y me enamora...
¡Doquier la cifra de tu nombre leo!
pero cifra y beldad, ¿qué son, señora...?

Sombras no más que de pudor ornadas
presume saludar el pensamiento:
quimeras de virtudes profanadas
¡memorias de un ayer que es un tormento!

¡Basta infeliz! de mi pasión la hoguera
se extingue por tu mal, como el celaje
radiante adorno de la azul esfera
que borra el huracán en su coraje.

Acaso alguna llama enrojecida
se levanta de súbito, dudosa;
empero torna a reposar, hundida
del triste pecho en la caverna umbrosa.

Porque al instante ¡pesia ti! recuerdo
que no eres ya lo que otro tiempo fuiste;
¡y muere, al alumbrar tu desacuerdo
esa llama, mujer, que tú prendiste!

Solo la muda compasión ahora
mústia y helada en mi interior se anida,
como reina en la selva zumbadora
la calma tras borrasca enfurecida.

¡Ay! ¡ya no puedo verte...! mi presencia
fuera ¡cuitada! el más atroz castigo
que pudiera aplicarse a tu conciencia...
por eso... ¡y para siempre...! ADIÓS TE DIGO.

1838.

DOS DE NOVIEMBRE

Quebrad, mortales, del placer la copa
que nuestra mente y corazón inflama:
quebradla, sí, que la oración os llama,
y pues cristianos sois, venid a orar.
¡Venid! desde los altos campanarios
sueltan mil bronces su fatal lamento,
su grito de dolor que raudo el viento
difunde hasta los senos de la mar.

Al escucharlo sin querer se acuerda
con el alma de horror sobrecogida,
que polvo son los que nunca dieron vida
y que polvo a la par hemos de ser.
¡Sentimiento, por Dios, sobrado triste!
devoradora perdurable idea
tremebunda visión que se pasea
a nuestro rededor sin darse a ver...!

¡Tregua mortales! La existencia es nada,
empréstito del tiempo azaz de breve
que la muerte más tarde despiadada
en su nombre vendremos a exigir.
No así gustéis las fugitivas horas
en las mundanas vaporosas fiestas
en los cantos de amor y las orquestas,
en los sueños de amor y porvenir.

Ora en la oscura eternidad, medrosas
vagas las sombras pálidas y frías
de aquellos ¡ay! que en los pasados días
formaron de este mundo una fracción.
De los que ayer en criminal desidia
evaporar dejaron la existencia
empañado el cristal de la conciencia
con la bruma tal vez de una ilusión.

La negra mancha que el pecado imprime
llevan algunas en la mustia frente
esa mancha de horror que torpemente
recibimos en cambio de un placer.
Mancha asquerosa que ocultar no es dado
próximo ya del tribunal del cielo
mísera herencia del corrupto suelo,
reflejo de la crápula de ayer...

¿Querréis mañana discernir cual ellas,
porque sombras también seréis mañana,
llevando en torno de la sien profana
esa aureola del vicio, ese borrón?
¿Querréis en vez de reconquistar el cielo
su cólera mover con mil pecados
y veros de imprevisto despeñados
del hondo infierno en la fatal mansión?

¡Nunca mortales! los sagrados bronces
os convidan a orar con sus gemidos
No torpes les cerréis vuestros oídos

pues sois cristianos y es preciso orar.
Corred al templo cuyas anchas puertas
para daros entrada ya se abrieron,
y postradoa allí por los que fueron
cual por vosotros la oración alzad.

Paso, paso al delirio de la vida
y a la impudente voluptuosa danza,
y al indiferentismo o la confianza
con que mirais las horas discurrir.
Guárte si no, que sorprenderos puede
con ellas una pálida y sombría
un hora breve, de congojas... ¡fría...!
la postrera del ser... ¡¡la del morir...!!

Habana, 1839.

EL SOLLOZO

*Hasta sollozos que la inercia cría
presentimientos o memorias son...!*

CAMPOAMOR

Hay una voz que el corzón nos hiera
si en otro corazón recibe vida,
vez que al nacer en la garganta mueve
por la misma congoja comprimida.
Sublime vibración del sentimiento
que por ser tan sublime es un momento.

Mas si en vosotros esa voz resuena
si nos envuelve la mejilla en grana
purgando por burlar la horrible pena
que con intentos de salir se afana;
¡Oh! ¡Cuánto nos parece más sonora!
¡Cuánta belleza entonces atesora...!

Elocuente a la par de dolorosa
 del lacerado pecho rauda sube,
 bien como nívea de la mar undosa
 asciende al éter la flotante nube
 que el viento arranca de su seno frío
 y luego la deshace en el vacío.

Y existe en esa voz tierna armonía,
 y un religioso indefinible encanto,
 y amargura, y placer, y poesía,
 y blanda agitación, y hondo quebranto,
 y todas cuantas dulces emociones
 abrigan los humanos corazones.

¡El sollozo es la voz...! ¡Hombre divino,
 tierno lenguaje del dolor profundo
 con que en sus iras el feroz destino
 asalta al hombre en el dintel del mundo!
 ¡El sollozo es la voz, de amor tesoro,
 suave prelude de abundante lloro!

¿Quién en sus horas muertas meditando
 cuando reina la noche entristecida
 lágrimas mil al párpado asomando
 no da un sollozo al aura estremecida?
 ¿Quién no profana tan hermosa calma
 porque respire en su prisión el alma...?

Aquella agitación que nos embarga
 antes de dar el sentimiento vado
 aquella angustia tormentosa, amarga,
 o bien más dulces que el amor soñado;
 porque también como el pesar el gozo
 se suele revelar con el sollozo...

Aquel dolor a veces reprimido
 que el pecho incendia, que la mente inflama
 hasta romper como volcán dormido
 que al aire arroja su sangrienta llama

las sombras de la noche iluminando
y lavas y cenizas vomitando.

Y aquel acorde, en fin, de la agonía,
tan nuevo de expresión que no hay acento,
ni palabra ni voz cuya armonía
le puede remedar solo un momento:
¿Qué es, sino el sollozo, nuncio triste
del luto que al espíritu reviste...?

¡Oh! ¡Bello es sollozar! Yo, que la vida
en horas de pasar rodando miro,
de horribles desengaños perseguida...
yo, que la observo cual fugaz suspiro
corriendo de la tumba al frío centro;
¡cuán dulce alivio en el sollozo encuentro!

Y ¡cuán inagotable luego al llanto
resbala por mi cárdena mejilla...!
¡Cómo siento templarse mi quebranto!
¡Cómo en mis ojos la esperanza brilla!
Así tras negra tempestad furiosa
se levanta la noche más hermosa.

¡Lenguaje celestial de la amargura!
arménico y doliente serafino
que retumbando en tu prisión oscura
magnético adormeces al destino;
¡Ay! sigue, por piedad, de noche y día
dando aliento y vigor al alma mía.

¡Sigue, por Dios, tu agitación sublime
haciéndole sentir, padre del llanto!
sigue, y el tedio lúgubre en que gimo,
tema eternal de un doliente canto,
quizás el paso que la vida rueda
trocar en risas y bonanza pueda.

1839.

EL PESCADOR

Sentado sobre una roca
que al mar azuloso baña,
sostiene inmóvil su caña
un gallardo pescador.

Y en tanto que el pececillo
por el cebo deslumbrado
muerde el hierro empavonado,
—así canta con dolor:

“Pasasteis ¡oh lindas horas
de mi corta primavera!
Como en la azulada esfera
pasa breve exhalación,
como un momentáneo sueño
de amores y de ventura,
que recuerdos de amargura
sólo deja al corazón.

Ya no gozo
de contento

cuando el viento
 mi barquilla
 va a empujar;
 ni me siento
 conmovido
 por el ruido
 que en la orilla
 causa el mar.

Aquella playa que apenas
 entre las sombras diviso
 es ¡ay Dios! el Paraíso
 que no más he de gozar;
 y allí se está mi señora
 la de los morenos ojos
 que en esta vida de abrojos
 me soliera consolar.

Que mi barca
 ya no toca
 con la roca
 do esperaba a su amador
 ni su canto
 tan sencillo
 cefirillo
 trae ahora
 al pescador!

¡Cuántas veces a su lado
 ¡oh noche! me sorprendiste!
 ¡Cuántas cantarla me oíste
 al místico son del mar...!

Mas era... ya desarmado
 ni la esperanza me engaña,
 y lloro allá en mi cabaña,
 o aquí vengo... ¡por llorar...!

Hasta el día
 que mi suerte
 con la muerte
 vea su término
 llevar;
 y en los mares

que me cercan
pueda acaso
descansar.

Y pues que las lindas horas
de mi corta primavera
pasarán como en la esfera
pasa breve exhalación;
—Yo te pido, Dios piadoso,
que desde tu puro cielo,
escuches mi voz de duelo
y termines mi aflicción.”

Aquí interrumpe su canto
y la caña al mar arroja,
y en gruesas lágrimas moja
sus mejillas de carmín,
y luego halando la barca
por una mojada sogá
se lanza en su seno, y boga
y se pierde en el confín.

1839.

EL HOMENAJE¹

Sobre un baluarte musgoso
se eleva altivo homenaje,
gallardo como el plumaje
de su último campeón.

Fuerte dique donde el tiempo
se debilita impotente
coloso que hunde la frente
detrás de la azul región.

Hele allí... el navegante
por la tormenta azotado,
llora al ver desarbolado
su antes galano bajel;
pero alienta cuando asoma

1. Torre gigantesca que se levanta en las murallas de Santo Domingo y cuya cima se descubre a muchas millas de distancia cuando el día está sereno. (Nota del autor).

la torre su frente cana
cual nubecilla liviana
de la tierra en el nivel.

Las olas infatigables
que por llegar se atropellan
y allá en la playa se estrellan
con horrísono clamor;
refrenan la torpe ira
cuando su base humedecen,
y mansamente se mecen
por su inmenso rededor.

Héle allí... linda corona
de nubes arreboladas
o estrellas mil azuladas
adornan su tosca sien.
¡Cómo es bello...! El pescador
la vista hacia allí levanta,
y dulces trovas le canta,
de las ondas al vaivén.

¡Cuántos valles y colinas
cuánta rústica cascada,
torrente y cumbre elevada
la verán con estupor...!
Pues unos están sin galas
y otros ruedan ¡ay! por cieno,
mientras él sube sereno
al templo del Hacedor:

Héle allí, que aunque gimiera
a la voz de dos naciones
cuyos raros pabellones
vio en sus muros tremolar;
las falanges vencedoras
temblaron al ver su frente
que enseñoreada y luciente
con los cielos fue a chocar.

Y en mengua del tiempo audaz
existes, fuerte coloso,
teniendo a tu pie sombroso
un piélagos mugidor;
y a la falda una ciudad,
y tras la ciudad el llano
donde se agitaba ufano
un pueblo batallador.

Entonces, torre de siglos,
donde mismo estas ahora,
de la palma inspiradora
el penacho se meció.
Y a su sombra apetecida
por las tardes de verano
el tostado americano
sus privilegios cantó.

Mas vinieron otros días
de fatídicos celajes,
y cayeron los follajes
de las palmas sin verdor;
y los cardos germinaron
sobre la tierra insolentes,
alzando doquier las frentes,
infestando con su olor.

Tú fuiste, hermosa torre,
y a tu ser pasó él otoño,
cada palma dio un retoño
y comenzó otra estación.
Y pronto se vio flotando
sobre tu cúpula, erguido
de rojo y azul subido
matizado pabellón!

¿Dónde está? ¿Por qué mis ojos
no admiran ya sus colores...?
¡De una aurora a los albores

mutilado cayó al mar!
 Cayó... y el asta desnuda
 ora es juguete del viento,
 sin que nadie, nadie acuda
 por tornarla a engalanar!

Sin embargo, eres un sueño
 que entre flores se concibe,
 cuando la luna describe,
 con su luz tu majestad;
 y tremendo mensajero
 de la pavorosa nada
 cuando *allá*, tu sien nevada
 se alcanza en la oscuridad.

Entonces se postra el hombre,
 el toro exhala un bramido,
 y el huracán tras un silbido
 llega en alas del horror;
 las nubes se van deshechas,
 atónito el mar se esconde,
 zumba el monte, y le responde
 la tierra en sordo temblor.

Mas ¡ay! yo quisiera verte
 pacífico o turbulento
 y en una hora de contento
 mil de penas olvidar...!
 quisiera besar los muros
 por do subes al Eterno,
 y también su tez de invierno
 al caro patrio solar.

Veinte años de expatriación
 y de infortunio constante
 descoloran mi semblante
 dando en él la palidez:
 ¡veinte años: mas no han podido
 robarme en su vuelo triste

la esperanza que me asiste
de saludarte otra vez.

Que aunque Cuba, tierna hermana
de mi patria borrascosa,
aliviara cariñosa
mi cruel peregrinación,
el sol que nacer me viera
no puede olvidar la mente,
y espera alumbre fulgente
una hora de redención.

¡Homenaje! ¡Esbelta torre!
la de nubes coronada:
¿dónde estas ¡ay! ocultada
que no te puedo encontrar...?
¿Dónde tú, manso Isabela,
con tus arenas de oro?
¡Oh! nunca podré mi lloro
con tus aguas, río, mezclar.

1839.

AL RÍO ISABELA

*Sur un sable brillant, entre des prés fleuris,
coule votre onde toujours pure;*

.....

.....

.....? d'ou  vien votre murmure...?

MDME. DESHEULIERS.

Lindo Isabela, que corres
fugaz como los placeres,
sonante cual los laureles
que retrata tu cristal;
¿d n de vas? ¿Por qué te alejas
de ese abismo poderoso
en cuyo fondo arenoso
se esconde tu manantial...?

¿Por qué huyes, limpio río,
de aquel tu seno plateado
y te arrastras desbordado
hasta los senos del mar,
all , do tus blandas ondas,

del vórtice arrebatadas
con las rocas escarpadas
iranse luego a estrellar?

Si *sobre una* limpia arena
aquí *corren siempre puras*,
¿por qué, Isabela, murmuras,
y te despeñas así...?
Mas escuchas el zumbido
del mar sonoro, y te arrojas
lamiendo las pobres hojas
que al pasar hallas allí!...

Y enjutas dejás, sedientas
tus blanquísimas playuelas,
calcinadas sus conchuelas
por los ardores del sol,
y a un lado se ve el *cadillo*
su cáliz doblar plegado
antes terso, barnizado
de un purísimo arrebol...!

Contempla el pino soberbio,
triste, mustio y abatido,
el pino que alzarse erguido
vio en tus bordes Ota-Yti;
porque lejos de su pie
tu beatífica corriente,
tan sólo la fuerza siente
del sol que calienta allí.

No sigas, monarca hermoso
del arroyo y la fontana,
no sigas tu marcha insana
de ambición y de poder.
¿Qué importa que en ella humilles
mil campiñas ignoradas,
si a poco tiempo lanzadas
son tus aguas al *no ser*?

Vuelve a la plácida sombra;
de los pinos y palmares
donde ensaya sus cantares
el tétrico ruiseñor.
De aquellas divinas palmas
que en tus orillas nacieron,
y con rapidez crecieron
y se mecen con fragor,

ya el tímido cefirillo
que en las márgenes del Yuma
al reventar de tu espuma
confundido fue a posar;
cargado de las aromas
con que el bosque se adormece
en tu rededor parece
y no cesa de triscar.

Haz que bien cual otro tiempo
recoja tu linda frente,
y torne a correr la fuente
que tu desamor secó:
y las palmas, y las flores
marchitas ora, ateridas,
de pompa y verdor vestidas
otra vez saludo yo.

Del bosque la voz sublime
esa voz que a orar convida,
ya torna a oírse, mecida
sobre el alto *Canelón*:
óyela, pues; y no sigas
las huellas de tu corriente
que te conduce inclemente
a una eterna emigración.

1839.

AL OZAMA

*¡Ruisseau...! nous paraissions avoir la meme mort;
D'un cours precipité nous allons l'un et l'autre
vous a' mer, -nous a la mort!*

Es cierto, Ozama: los dos
tenemos la misma muerte;
yo corro tras de la muerte
y tú te lanzas al mar!
que somos en este mundo
de púrpura, azul y oro,
breve luz de meteoro
que agoniza al fulgurar...!

A nuestro fin caminamos
desde el umbral de la vida,
como la nave atraída

por el hondo Maelstrom:
 tú con la frente serena,
 vestida de espuma y flores,
 yo rodeado de dolores,
 sin fuerza en el corazón...!

.....

Tan músico y transparente
 con tu valla de palmeras,
 señor de inmensas praderas
 en el haitiano jardín,
 tan bello, dulce, risueño
 inagotable y profundo,
 tan antiguo como el mundo
 tan libre en tu curso en fin.

—¿Quién eres? Un claro río,
 cristalino como el cielo,
 que al ausentarse, su duelo
 dice al campo en triste son:
 manantial de ignoto origen
 lleno de vida, y potente,
 que empuja el hado inclemente
 a la amargosa región.

Y yo, con mis esperanzas
 de tornar a ser mis sueños
 de esmeraldas, halagüeños
 cual las montañas de abril.
 Con ellos las agonías
 del presente equilibrando,
 siempre en tu cauce pensando,
 americano Genil.

¿Quién soy? ¿Lo sabes? ¡Un triste
 que del ser en el oriente
 ya dentro del pecho siente
 los síntomas del no ser!
 Preludios que van secando

de mi juventud las flores...
que esos sueños te son traidores
y dan dolor por placer!

.....

Ni tú puedes contener
las olas que huyen ligeras,
ni las horas pasajeras
de mi vida yo tardar:
Así, tenemos, Ozama,
que obedecer a la suerte;
corriendo yo tras la muerte,
tú deslizandote al mar!

1839.

DESVARÍO

Cual lánguido y rumoroso
corre a la mar ese río,
y triste su cauce undoso
conduce del bosque umbroso
hasta el mar grave y sombrío.

Y cual lleva su corriente,
que nada puede impedir,
la flórecilla inocente,
obligándola, imprudente,
su desventura a seguir.

Del mismo modo a la nada
corre gimiendo la vida,
como flecha disparada
cuando en horrible volada
la esperanza anda perdida.

Del mismo modo atropella
las flores del corazón,
que para tormento *della*
dispuso maligna estrella
que entreabrieran su botón.

Vendida al cruel desaliento
que la asedia y que la oprime
sus quejas levanta al viento
¡ay! ¡no advierte que el lamento
del posar nunca redime...!

Y tanto las ilusiones
de los años juveniles,
esas frías visiones
que aparecen en montones
de la vida en los abriles.

Y el amor que en su hemisferio
derrama algún tiempo aromas,
porque no siempre su imperio
libre se ve del misterio
del dolor y sus carcomas;

—¡ay! ¡Todo, todo fenece
feneciendo la esperanza!
Todo al punto desaparece,
y el espíritu enflaquece
cuando la duda abalanza.

Y al hombre entonces le queda
solo morir por consuelo:
así es que también remeda
esa corriente que lida
calla en los mares su duelo.

Llora — y no vuelve a crear,
sufre — y no vuelve a sentir
que para sentir y cantar

es preciso no dudar,
es preciso no gemir.
Es preciso que tranquila
brille la luz de la calma
tras la redonda pupila;
preciso, porque si oscila
no hay reposo para el alma.

Preciso que allá en la mente
tenga y cultive un jardín,
cuyas rosas blandamente
bañe la fe con su ambiente
del uno al otro confín.

¡Creer! ¡Cuán bello es creer!
¡Cómo vuela el pensamiento
sobre el hombro del placer
sin humillarse al poder
del profundo abatimiento!

Mas... si este llega a clavar
sus garras en nuestro seno,
pronto le vemos trocar
la miel de nuestro amor
por la hiel de su veneno.

Entonces ¡ay! la armonía,
del mar nos excusa, y la luna
y el fuego que alumbró el día,
y cuánto nos distraía
nos cansa y nos importuna.

Causa el rumor de la fiesta,
con sus tintes en la mañana,
con sus languidez la siesta,
con su calma la floresta,
con su voz la brisa ufana.

Con su canto el ruiseñor,
la paloma con su arrullo,

con su esperanza el amor,
con su lira el trovador,
la fuente con su murmullo.

La costa con su verdura,
con su azul el horizonte:
el cielo con su tersura,
la nube con su blancura,
con sus coronas el monte.

Con su música la palma,
el pino con su voz lenta
con su pureza la calma,
con sus gemidos el alma,
con sus tonos la tormenta.

La estrella con su fulgor,
la oscuridad con su velo,
con sus aromas la flor,
la aurora con su color,
con sus encajes el cielo.

Con sus memorias ayer,
hoy con su oferta liviana,
con sus ojos la mujer,
con sus furias el placer,
con sus misterios mañana.

Y en fin, cansa y da agonía
lo más de la creación,
cuando un día y otro día
se advierte la fantasía
sin la fe en el corazón.

¡Cuando atrevida se lanza
más allá del porvenir,
y desta excursión alcanza
descender sin la esperanza
que la indujera a subir...!

¿Y no basta a su amargura
de lo que existe el recelo?
¿tan poco de ello se cura
que en el porvenir procura
causas mayores al duelo?

Dudar de lo que no vemos
es un amargo dudar...
¿No basta con que dudemos
de este mundo, y que lloremos
su miseria al contemplar?

¿No es bastante que angustiosos
las pupilas entreabriendo,
veamos los tenebrosos
senderos, porque llorosos
vamos la vida perdiendo...?

.....
.....

¡Ay! ¡yo que tanto comprendo
la amargura del dudar,
voy a su influjo cediendo
como esas aguas corriendo
van a los senos del mar!

Un hora tan solo fueron
mis brillantes ilusiones;
y en ella tal me ofrecieron,
que casi me redimieron
de mis cien cavilaciones.

Y tal borraron las huellas
de mis angustia envejecida,
que al contemplarlas tan bellas
no olvidé de mis querellas
y soñé una nueva vida.

Soñé con ese futuro
que ni se ve ni se toca,
con ese elemento oscuro
en que el soñar más seguro
es de la mente más loca.

Y vi diversos colores
y emblemas de encanto en él;
que era un mundo de primeros,
y un parásito de flores
y un fantástico vergel.

¡Entre mis labios sediento
del amor puso el copón...!
¡puso en el alma un tormento,
y un estéril sentimiento
en mitad del corazón...!

Y horas volaron, y días,
y meses, ¡y años también!
¡y en ellos noches sombrías,
sin calmar las agonías
que da el anhelo de un bien...!

Y al mundo le di mi canto,
mi angustia a la soledad,
y envuelto en su oscuro manto
rico homenaje de llanto
tributó a la adversidad.

Y sin amparo ni puerto,
entre brumas y pavor,
anduvo vagando incierto
como náutico inexperto
sobre los mares de amor.

¡Ay...! ¡cuánto el alma perdía
sus pomposos azahares!
Así a voz lo decía

cada vez que al viento hería
con sus lúgubres cantares...!

.....

¡Por eso la duda anida
mi doliente corazón,
pierde su encanto la vida
la esperanza anda perdida
y está enferma la pasión...!

¡Y por eso al alma queda
de morir solo el consuelo!
¡Por eso tan bien remeda
esa corriente, que leda
calla en los mares su anhelo...!

1840.

MAGUANA

I

Hubo en los campos de la patria mía
antes que a ella el Salvador mandara
su santa religión,
un valle de verdor y lozanía
do natura sus dones derramara
con larga profusión.
El hondo *Yaque*, el *Yaque* caudaloso
que en arenas de oro serpenteaba
hasta hundirse en el mar;
de occidente bajaba sonoro
cual música celeste, y se llegaba
el valle a saludar.
Allí sus copas la *Cabima* hermosa
fragantes elevaba al firmamento
en primavera eternal,

y también el laurel su hoja gloriosa
que blandamente remesaba el viento,
el aura tropical.
Cuatro robustos indios valerosos
cargados de riquísimos presentes
cada luna llegaban,
y al son de sus cantares belicosos
ante las gradas de un dosel, fulgentes,
con ellos se postraban.

II

Este valle llamábase *Maguana*,
que en haitiano lenguaje Edén decía,
donde una emperatriz, gallarda, ufana,
de gracias rica y juventud regía.

Mas ¡ay! que apenas en la casta frente
ceñida viera la diadema real,
cuando turbada su guerrera gente
¡canta, le dice, tu himno funeral!

Y esta tremenda, bárbara sentencia
en hombros vuelta del sonoro viento,
y del gigante monte en la eminencia
se repite sin fin como un lamento...

Al escucharla, braman los haitianos
como al rugir la tempestad el toro,
y vienen desde pueblos muy lejanos
dando alaridos que interrumpe el lloro...

¡Oh destino cruel...! la niña en vano
al pie de su deidad gime y suspira...
El ídolo cayó, y en oceano
fantasma rara resbalar se mira...

III

¡Pobre Maguana! Tus campos
antes llenos de verdura
hermosos en su espesura
y en su mágico fragor;
amarillentos y secos
ora ven los Cabimares
do sus místicos cantares
ensayaba el ruseñor.

Otro tiempo eras jardín
donde una flor descollaba,
flor galana que cuidaba
el sol desde su dosel;
que la noche deliciosa
del húmedo y grato estío
blanca gota de rocío
a su cáliz daba fiel.

Mas... rugió fuerte huracán
y el Yaque subió hasta el cielo,
arrebatando en su vuelo
marchita la joven flor.
¡Ay...! Desde entonces desierto
tu campo, valle se mira,
y en vez de aromas, se aspira
pestilente, insano olor...

1839.

AL RÍO YUMA

La voz de lo pasado en ti murmura

HEREDIA

Río hermoso, claro río,
que descendes de occidente
bramando como un torrente
y te arrastras hasta el mar.
Raudal puro, inagotable,
dulce encanto de *Maguana*;
¿qué vale que siga ufana
tu corriente sin cesar?

¿Si cual antes no lo surca
veloz piragua, impulsada

por mano robusta, ornada
con perlas, oro y coral;
ni la negra cabellera
de virgen índica baña,
ni resuena ya la caña
en torno de su arenal?
Si para siempre pasaron
aquellos soles de gloria
en que a veces mi memoria
se da a pensar sin querer,
di, Yuma, ¿de qué te sirve
visitar tantas ciudades,
y uncir edades a edades,
y dominar por doquier...?

¿De qué, por Dios, esas flores,
esas palmas de altas cimas,
y esas gallardas cabimas
con su gratísimo olor:
ni las auras que en tus ondas
se pescan susurrando
ni el canto sentido y blando
del pintado ruiseñor!

¡Si ya mísero no existe
el pueblo que te adoraba,
y en tus aguas contemplaba
las aguas de su Jordán:
mientras pálida a tu lado
Maguana agora se advierte,
como Pompeya la fuerte
a los pies de su volcán!

Otros tiempos... ¡ay! ¿te acuerdas
cuando en dorados canales
conducían tus cristales
a las fuentes del jardín,
donde mil reyes nacieron,
donde mil ninfas triscaron,

donde mil sueños rodaron
por alfombras de jazmín...?

¿Y también cómo bajaban
en lucidas caravanas
las bellísimas haitianas
sacerdotisas del sol;
y en tu mole se pescaban
del alba a los resplandores,
y te arrojaban cien flores
al compás del caracol...?

¡Qué bellas, qué bellas eran
desnudas en tu agua pura
que azotaba con blandura
tanto seño virginal!
¡Cuándo en festiva algazara
columpiándose en ti, Yuma,
*hacían palacios de espuma
con cimientos de cristal!*

¡Mas hora...! ni ya en tu orilla
la nocturna pescadora
al son del onda sonora,
canta sus trovas de amor;
ni menos la red dejando
discurrir sobre tu frente,
se duerme tranquilamente
sin sobresalto y temor.

Pasó sonoro Yuma,
tu célebre edad primera...
¡bien lo dice plañidera
tu corriente al resbalar...!

—Ya sólo te queda un nombre
y un arenal dilatado...
¡pasó, Yuma desdichado,
para nunca más tornar...!

¡Ay...! sí; —¡todo pasó...! ¿Ni quien resiste

al tiempo asolador?— Quizás en breve
la senda que a tus pies abierta viste
hará desaparecer cual humo leve
al tremendo aquilón.

O quizás en su rabia que tú mismo
trueques un día mi infelice suelo
en insondable, tenebroso abismo,
sin dejarme de él para consuelo
ni siquiera un padrón...!

Tu cauce entonces bramador, airado,
sobre sus torres y gigantes montes
se verá de continuo levantado,
al éter llevarás tus horizontes,
y serás otro mar...!

En vano llegarán los años presto
y allá en tus bordes batirán las alas,
y en vano, en vano buscarán un resto
de la que vieron otra vez mil galas
altanera ostentar!

Que en mísero, lento arroyo transformado
encontrarán a su llegada el río
que tantos otros dominaba osado,
y le verán inalterable y frío
a la *nada* correr:

verán que en vez de las galanas flores
con que ornaba sus límpidos cristales
rueda por campo mustio y sin verdores
donde solo la flor de los zarzales
de paso lleva a ver...!

Yuma infeliz, si tu linfa
en lugar de un pie de oro,
el casco le baña al toro,
de atravesado mirar;

no te ofendas, no: ni menos
si a impulsos de la corriente
se arrastran lánguidamente
la palma y el *Cabimar*.

Quizás esa voz de siglos
que vierten tus manantiales,
tus conchas... tus arenales...
mañana no existirán...!
y la peña carcomida
resbalando de la altura,
buscará su sepultura
donde tus aguas están.

Entonces no habrá sendero
que más fiños lleve a tu orilla,
y el musgo y la moradilla
comenzarán a brotar,
y sólo mi voz doliente
de tu ser al ver el llano,
oirás cual eco lejano
alguna vez exclamar:

—Campo seco, do un tiempo resbalaba
del fértil Yuma la corriente pura,
del río que entre flores se arrullaba—
la voz de lo pasado en ti murmura.

1840.

ILUSIONES

*Pasad fantasmas de la noche umbría,
de negros sueños multitud liviana,
que columpiados en la niebla fría
fugitivos llamais a mi ventana.*

ZORRILLA.

¡Cuánto mi pecho a meditar convida
ese elemento azul, embravecido,
cuando el monarca de la luz rendido
en su estreno la frente va a inclinar
esa hora de sombras y misterio,
con moribunda claridad teñida,
de nubes transparentes desprendida
que avara inunda cuando abraza el mar!

Dudosa claridad, incierta lumbre
entre la luna y entre el Sol lanzada

melancólica bien cual la trovada
 del mísero expatriado en su dolor...
 de ambos faros engendro indefinible
 que al uno ve rayar en su poniente,
 mientras al otro espléndido en oriente
 lleno de pompa alzarse, y esplendor.

Entonces esme grato errar callado
 de ese mar turbulento a las orillas
 y en su horizonte ver las nubecillas
 torres fingir de nácar y carmín
 de las ondas horrisonas que azotan
 potentes rocas, mística sonata,
 el gélido, fulgor, fulgor de plata
 que prolonga la luna en el confín.

¡Oh y si a lo lejos rebrillando alcanzo
 de algún bajel la blanca arboladura,
 gallarda, rauda, y colosal figura
 que se revuelve en el inquieto mar!
 ¡Cuánto es entonces mi placer...! ¡Sentado
 en la ancha popa me contemplo ufano,
 hacia las costas de mi Haití rumbar...!

Entonces sus colinas pintorescas
 sus eminentes cumbres... sus collados,
 de flores cual un tiempo coronados
 figúrome en las sombras descubrir,
 entonces ¡ay! olvido mis pesares
 y el tirano poder que me subyuga,
 y de mi frente la medrosa arruga
 siento deshecha y cesa mi gemir.

De *Yabacao* manso en la ribera
 discurro alegre por la verde grama
 oyendo del lejano y claro *Ozama*
 el insondable cauce mugidor.
 Y allí miro los troncos de mis palmas
 cual sierpes enlazarse rechinando,

y al *Cabima* la copa remesando
brindarme su perfume embriagador.

Mas... corro y subo al empinado cerro
donde Maguana se ostentó otros días
coronada de templos y arquerías,
de mil ciudades la ciudad real.
Sus fuentes, sus harenos y sus jardines,
sus palacios soberbios y cascadas,
buscando delirante en las llanadas
o pintados de Yuma en el cristal.

Héme pues, en la cumbre; pero... ¡cielo!
Maguana no está aquí... Tan sólo advierto
un llano dilatado, un gran desierto
do ruge el noto como el *Simuon*.
Aquí tan sólo con dolor mis ojos
ven rotas las estatuas y obeliscos
que iluminaban con sus bellos discos
los astros, reyes de la azul región.

¡Tinieblas! Soledad... Del oceano
sordo retumba el hondo clamoreo...
¡allá Maguana en su confín lejano,
aquí yo triste, muerto a mi deseo!
*Pasad fantasmas de la noche umbría
de negros sueños multitud liviana,
que columpiados en la niebla fría
fugitivos llamais a mi ventana.*

Pasad, y nunca detengais el vuelo
sobre mis sienes mustias y rugadas...
no sois bastantes a calmar el duelo
de veinte primaveras ya pasadas.

¡Ay! primaveras que en perenne estío
la mano del dolor trocó inclemente,
que despiadadas en el pecho mío
del llanto desataron la corriente...

Pasad fantasmas vanas y engañosas
que así turbáis el sueño de mi calma:
pasad; aunque ataviadas y graciosas
sólo tormentos, preparáis al alma.

1841.

TRISTEZA

¡Esperanza y amor! ¡Castas visiones
que a mí vinisteis de hermosuras llenas,
y el grito sofocasteis de mis penas
con un mar de sublimes emociones!

¡Lumínicas e inciertas creaciones
que revolando junto a mí, serenas,
hicisteis las que fueron cantilenas
de luto y de inquietud dulces emociones!

¿Dónde os hallais, que en vano el alma mía
os dirige angustiada mil lamentos
ora que apura su rigor la suerte?

¡Venid! ¡o sepa si de noche y día
he de agitarme, presa de tormentos,
para invocar la dicha de la muerte!

1841.

DESVELO

¡Cuán grato es dormir tranquilo
sobre bien mullido lecho,
sin que nos salte en el pecho
con espanto el corazón!
Dormir el sueño de un niño
que poco cuida del mundo:
un sueño suave, profundo,
que no tenga interrupción.

¡Cuán grato dormir, sonriendo
de las cosas que se sueñan,
de las que se fingen y enseñan
los sentidos sin querer!
Dormir y gozar durmiendo
lo que durmiendo se goza
sin dar que el tiempo destroza
la trama de nuestro ser.

Y mientras dura ese sueño
que despiertos concebimos,
mientras en calma dormimos
olvidados del pesar;
¡cuánto más grato, más bello
dejan que tranquilamente
sus alas tienda la mente
codiciosa de volar!

Y en la pradera de amores,
que es la más linda pradera
de cuantas ornan la esfera
donde giramos sin fin;
parar de súbito el vuelo,
saludar sus falsas flores,
y entre aromas y colores
lanzarnos a su confín.

Que en ese sueño soñado
y hermoso por ser un sueño
todo aparece risueño,
todo más que terrenal.
Y aquello que a nuestros ojos
antes triste se ofrecía
tiene entonces poesía
y hasta un tinte divinal.

Mas ¡ay!... si el sueño piadoso
no nos cubre con su velo,
si en incesante desvelo
vemos las horas partir;
que angustia padece el alma
sepulta en el hondo pecho
y ¡cómo nos cansa el lecho
donde soñamos dormir!

En él por fuera tendidos
y con los ojos abiertos,
miramos surgir inciertos

mil fantasmas sin cesar:
fantasmas que se confunden,
y van y vienen y giran,
y se amenguan y se estiran,
y se tornan a menguar.

¡Turbada la fantasía
con esas vagas visiones
hijas de sus impresiones,
también hijas del pesar;
atónita las contempla
de hito en hito por su daño,
les multiplica el tamaño
y exagera su valor...!

Y cobárde se figura
ver cien genios del averno,
que de la alcoba en lo interno
desapareciera Lucifer:
y acongojada dirige
sus preces al alto cielo
para que fin al desvelo
la aurora venga a poner.

Y si las sombras que fueron
no más en el fondo de ella
se van, no dejando huella
de su menguado existir;
entonces ve mil anillos
por el aire balanceando,
y de los bordes lanzando
luz de azufre y de zafir.

Anillos resplandecientes
como el sol de medio día,
que sin misión ni armonía
le vienen a sorprender:
que al ser de esa luz habiendo,
si es que hay ser en lo soñado,

para doblar su cuidado
figuran eternos ser.

Y mientras que los compara
la pupila observadora
en comparsa aterradora
los unos tras otros van;
y encienden más sus colores,
y toman varios matices,
y trepan por los tapices,
y serenos nunca están.

En vano los mustios ojos
por el desvelo agobiados
se cierran apresurados
buscando olvido tal vez:
que tras los párpados mismos
do se ocultan lagrimosos,
los círculos luminosos
se apiñan con rapidez.

Y los vemos que se enlazan
en torno de la pupila,
y los vemos luego en fila
por doquiera discurrir;
ora en oblicuas formas,
ora en triángulos fingiendo
ora a su origen volviendo
con su empeño de subir.

Así de nuevo los ojos
entreabrimos con pavora,
midiendo la estancia oscura
cual la oscura eternidad:
y desalados queremos
hallar los tintes del día
que la torpe cobardía
presenta a nuestra ansiedad.

Empero como es delirio,
como soñamos despiertos
volvemos a ver inciertos
los engendros del pavor:
volvemos a la congoja,
y a la horrible incertidumbre,
y es sombra lo que era lumbre,
lo que esperanza ¡dolor!

Y vasallos ¡ay! del miedo
dientes con dientes batimos,
y entre las manos hundimos
nuestra volcánica sien:
y nos forjamos rumores,
y conyulsos escuchamos;
y sin ver, nos figuramos
ver las sombras cien a cien.

Y el cerebro se enardece
y en vez de pensar delira,
y triste el alma suspira
y se enciende el corazón,
y se encuentran, y se chocan,
y vagan a un tiempo unidos
cálculos ¡ayes! latidos,
recelos y confusión.

Y sigue la frente ardiendo,
y nuestras manos calcina
si alguna, en mal hora, atina
sus límites a salvar:
y anda a copiosos mares
sudor que al lanzarse della
va diseñando su huella
de arrugas con un millar.

Así, solo cuando el alba
del largo sopor saliendo
va en la alcoba introduciendo

su lumbre con lentitud;
respiramos, y reímos
pensando en los imposibles
que bajo formas horribles
nos hizo ver la inquietud.

Y tantas raras visiones,
y tantos caprichos raros,
y tantos radiosos aros
como al desvelo absortó,
se alejan tras sí llevando
tantas dudas, y latidos,
y cálculos, y gemidos
como el miedo prohibió.

Entonces huimos el lecho
que a nuestra angustia ha servido
con el sublime vestido
de brumosa palidez,
llevando también el alma
fustigada y sin aliento,
y en ella el abatimiento
y el tedio y la languidez.

¡Desvelo...! ¡Horrible desvelo...!
¡Origen de mis delirios...!
¡No rebeldes los martirios
de mi enfermo corazón...!
Ni avises al pensamiento
que el bien del sueño soñando,
quiere dormirse olvidado
lo cierto de su aflicción.

¡..Ay! Deja que peregrine
feliz por un solo instante
allá en el mundo brillante
que se esconde tras de sí;
porque blanda y dulcemente
cierre mis ojos el sueño

y al cabo guste el risueño
bien que despierto entreví.

Asalta y turba en buen hora
al que esclavo de la suerte,
su blando lecho convierte
en arena de ambición
y deja que mientras tanto
entre cascadas y flores
se aletargue y sueñe amores
mi abatido corazón.

1841.

A...

Cuándo será, bella indiana,
que sensible y generosa
de la duda tormentosa
defiendas mi corazón;
mandándome entre las alas
de enamorado suspiro
la verdad con que deliro
sobre un mar de confusión.

Pienso a veces que me adoras,
que tus ojos no me engañan,
pues al mirarme te bañan
de expresiva languidez.
Mas ¡ay! ¿qué vale, si apenas
do ti por mi mal me ausento,
cuando la duda al momento
lágrimas pone en mi ser?

Desune tus labios... forma
sonidos de amor con ellos,
y dame convulsos vellos
jurando felicidad
y así sabré lo que sientes
al oír la queja mía,
si amorosa simpatía,
si únicamente piedad.

Desúnelos, bella indiana,
para cumplir mi ventura,
convirtiendo esta amargura
que me devora, en amor.
Pues no es dable a un alma ardiente
como es por desdicha mi alma,
entre la duda y la calma
y entre esperanza y dolor.

A TIRSE

Traducido libremente del francés

Pensemos, Tirse, en descansar... los años
disminuyendo van nuestra jornada,
y al hondo seno de la tumba helada
pretenden arrojarnos sin piedad.
Sobrado tiempo por el mar del mundo
vimos surgir la nave de la vida...
¡oh! ven al puerto a descansar, querida,
huyamos la furiosa tempestad.

Huyámosla mi bien: al alto pino
¿no ves cual bate y desarraiga el viento?
—esa la imagen es del opulento
que a los hombres ofrece el Hacedor.
La riqueza es un bien percedero,

palacio sobre arenas fabricado...
¡quién me diera habitar bajo el techado
del inocente y cándido pastor...!

Él, de este mundo tenebroso lejos
ni ambiciona poder, ni honor, ni gloria
y en ellimpio padrón de su memoria
admite solamente una verdad;
y esta es el valle con diadema verde
tendido al pie de colosal montaña
y el bramador torrente, y la cabaña,
y el corazón exento de maldad.

¿Quién más feliz? en su callado asilo
mandar y obedecer a un tiempo ignora,
que el alma del pastor solo atesora
afectos de purísima virtud.
Ni conoce otra ley que la del tiempo,
ley que gravada por doquier se mira,
ni al desatarse el huracán suspira
si guarda a su rebaño la salud.

Allí sin pompa venturoso vive
monarca del cortijo y del collado,
por la madre natura rodeado,
asistido de risas y placer.
Y sus provincias son esos jardines
que en torno de la choza se levantan,
do pájaros sin fin alegres cantan
cuando la aurora empieza a perecer.

Y mientras otro a la merced del viento
cruza los mares en bajel liviano,
y allá, del bello continente indiano
la tierra desordena en su ambición:
mientras el necio y torpe palaciego
que más se encumbra cuanto más se humilla
deslumbrado dobla la rodilla
por obtener un temporal blasón;

Él, solo sigue tras el ágil ciervo
por la bóveda de árboles sombrosa
en cuyo fondo luz esplendorosa
nunca pudiera el día derramar.
O de la flecha cimbradora armado
entre un agreste cenador de zarza,
espera inmóvil a la blanca garza,
o el confiado perezoso ansar.

Como el otoño que iracundo viene
las plantas desecando con su aliento,
así la ancianidad con paso lento
vendrá a rizar la frente del pastor,
aquella tarea, arbolada frente
que ora se eleva al puro firmamento
desnuda del fatal engreimiento,
serena como el vuelo del azor.

Mas ¡cuál es su placer...! ¡Esas campiñas
que tiñe de la luna el fiel reflejo,
viéronle joven, veranle viejo
por la memoria de su madre orar!
veránle bendecir el sordo arribo
de cada arruga que en su frente posa,
y al lado abrir de la materna fosa
aquella que su cuerpo ha de guardar...

Huyamos, Tirse, del fetal, tumulto,
de los palacios de marfil y oro,
donde se escucha en turbulento coro
la voz de la malévola traición.
A la tendida sombra del Carrasco
los débiles arbustos desfallecen...
y las claras estrellas desprecen
del sol a la magnífica ascensión.

¿Por qué tardas? ¡Oh! Ven: aquí no hay torres
de altísimos gallardos capiteles,
sino cumbres orladas de laureles,

y sonoros torrentes por doquier.
Y el húmedo perfume de las flores,
ese perfume suave y regalado
que en su soberbio rico artesanado
jamás aclimatar logró el poder.

Un árula será nuestra cabaña
de puro y casto amor... ¡oh! ven querida
deja esa pompa loca y fementida,
huyamos la furiosa tempestad.
Aquí envidiable perenal bonanza
en esta soledad nos brinda el cielo,
¿qué importan el cendal ni el ferreruelo
si mora entre sus pliegues la maldad...?

1842.

LA CUITA

Orillas del manso *Yuma*
en una noche serena
el bellissimo *Alazor*
con trémulos pasos llega.
El indio más arrogante
que se vio en la haitiana tierra,
el ídolo y la esperanza
del pueblo que llaman *Neiba*.
Mas no viene, cual un tiempo
a saludar las estrellas,
o ver la pálida luna
como en las ondas platea;
ni a escuchar con estupor
el ruido que en las palmeras
forma céfiro, mesando
sus elegantes cimeras;
ni a cantar de los amores

aquellas dudas secretas
que sufre el novel amante
cuando en su pecho se asienta,
y preguntar delirante
al bosque y la muda selva,
si saben de qué procede
su inexplicable dolencia,
y aquel llanto que marchita
sus mejillas de azucena,
y la perenne inquietud
que sus horas envenena.
¡Ay! no... que viene a gemir,
allí do el silencio reina,
de la esquivez con que paga
sus afanes *Nalia* bella,
Por eso en la noble frente
ora el penacho no ondea,
ni la robusta garganta
valioso collar ostenta...
Por eso el brazo tostado
cuanto fuerte en la pelea
ofrece sin gala alguna,
sin broche de rica perla.

Triste, mudo, y pensativo
se sienta al fin en la arena
aquel mancebo, que *Venus*
por su *Adonis* lo tuviera.
Y en tanto que cefirillo
silencioso juguetea
con los rizos ebanados
de su linda cabellera,
el rostro bañado en llanto
levanta a la azul esfera,
revuelve la vista en torno
y así el cuitado se queja.

Acórreme, *Nalia* mía,
dulcifica mi quebranto

por piedad
que ni puedo sufrir tanto
ni insensible ver un día
tu beldad.

Ya es tiempo de que piadosa
tornes a mí tu semblante
divinal
si no es que tienes, hermosa
duro el pecho, cual brillante
pedernal.

Harto sufrí tus rigores,
harto, mi bien, tus desdenes
y esquivéz;
haz que corona de amores
adorne mis mustias sienas
una vez.

Haz que al fin la dulce calma
que me robaron tus ojos
con su luz,
disfrute de nuevo el alma
rasgando de tus enojos
el capuz.

Y verás cómo el guerrero
levanta altivo la frente
con valor,
y en la lid es el primero
porque inspirado se siente
del amor.

Y en los vistosos torneos
le verás lleno de vida
reluchar,
conquistando mil trofeos
para tu frente bruñida
recamar.

Mas... si negada a mi acento,
si indiferente a mi llanto
vas a ser,
condenándome al tormento
de un terrible desencanto
¡oh mujer!

Clava en mi pecho piadosa
con varonil osadía
tu puñal
si quieres mi alma angustiada
redimir de una agonía
perennial.
De este modo se quejaba
cuando en la margen opuesta
se presenta de improviso
la desdeñosa doncella.
Él la ve y atravesando
las aguas como una flecha,
salta, corre, va a sus plantas
y se afinaja, y las besa.
Mas en esto parda nube
se dilata por la esfera
de tal modo, que a la luna
su lumbrera roba indiscreta.
Entonces sólo se oyeron
de aquella amorosa escena
las recíprocas caricias,
las disculpas y querellas,
y el ruido áspero y sordo
de la movediza arena,
causado por los amantes
que dejaban la ribera.

1842.

TU SONRISA

Cuando tus puros labios
de matutina rosa
descorres, niña hermosa,
con blando sonreír;
mostrando sin estudio
tus dientes rebruñidos,
pequeños y teñidos
de vívido carmín.

¡Ay! cuando dos hoyuelos
dibujan tus mejillas
quisiera de rodillas
pedirte, niña, amor.
Quisiera que mis ojos
mandaran a tu seno
dos gotas del veneno
que nutre mi dolor.

Quisiera esa sonrisa
que así mi mente embarga,
trocar en risa amarga,
y en lágrimas trocar;
quisiera esa inocencia
que tu reposo escuda
cubrir de pena y duda
recelos y ansiedad.

Empero como entiende
los bárbaros dolores,
el mal de los amores
mi tierno corazón.
Respeto cuando envidio
la deliciosa calma
en qué navega tu alma
ajena a mi aflicción.

Por eso callo, niña,
me angustio y me devoro
y cuanto más te lloro
procuro huirte más:
por eso vesme triste,
y mustio y afligido
queriendo en el olvido
tu nombre sepultar.

En veces he soñado
que verte ya podía
serena el alma mía,
tranquilo el corazón,
y al despertar furioso
amor me desengaña,
mi rostro en llanto baña,
duplica mi aflicción.

Tu nombre y tu hermosura
de súbito parecen,
y el pecho me enardecen

y torno a mi sufrir.
Por Dios, no más tus labios
rosados y sedefios
me ofrezcas ¡ay! risueño...
¡ten lástima de mí!...

Habana, 1842.

TUS OJOS

*Vous avez un regard singulier
el charmant.*

T. GAUTIER.

¿Quién de tus ojos,
virgen hermosa,
la luz radiosa
tranquila vio?
¿Quién ¡ay! resiste
si por ventura
su llama pura
le iluminó?

Yo ¡triste! en ellos
clavé los míos,

lánguidos, fríos
como el dolor;
y des entonces
vivo penando,
vivo soñando
con el amor.

El sol de fuego,
resplandeciente,
que en occidente
tuvo un altar;
tibio parece
parece halado,
si es comparado
con tu mirar.

Borren la nube
de mis enojos
esos tus ojos
en son de paz;
tórnalos llenos
de dulce lumbre...
¡su casta lumbre
me dé solaz!

Matanzas, 1842.

JAMÁS TE OLVIDES DE MÍ

*Tan solo te ruego
si piedad te inspiro,
que un tierno suspiro
exhales por mí.*

JUANA DE ORTA Y F.

Señora, pues que la suerte
queriendo darme a la pena,
hoy a agemir me condena
lejos, muy lejos de ti,
Perdóname si levanto
de nuevo mi voz doliente
para decirte en mi canto:
—¡Jamás te olvides de mí!...

Mañana cuando la aurora
saluden tus bellos ojos,

cuando su luz seductora
bañe tu faz de alhelí;
no llevaré mi trovada
céfiro blando a tu oído,
si un ¡ay! que diga afligido:
¡jamás te olvides de mí!

Por caballero y cristiano
voy a ver la Tierra Santa
donde hermosa se levanta
la tumba de Adonay.
Y pues al dejarte lloro
con mengua de mi dureza,
consérvame tu ternura
¡jamás te olvides de mí!

Es bien que a Dios defienda
quien de cristiano blasfema,
aunque espere en la contienda
lejos de España y de ti.
Mas si sucumbo, a lo menos
sepa al acabar mi historia
que tu alma y tu memoria
¡jamás se olvidan de mí!

Matanzas, 1842.

A MEDIA NOCHE

Trémulos tiende la luna
mil rayos sobre el San Juan,
cuyas ondas una a una
para dolor de su cuna
sobre el Atlántico van.

¡La brisa mece las flores
orillas de la corriente,
comprándole sus olores
a valor de los amores
que les canta y que les miente...!

Y un verde cordón allejos
se ve de gigantes montes,
pintando con los reflejos
del astro que entre azulejos
baña en luz los horizontes.

¡Qué sosiego! solo ufana
alguna nave pequeña
miro, partiendo liviana
las ondas, de la ventana
de mi estancia ribereña.

Mientras acaso su dueño
sobre la popa tendido
se entrega al sabroso sueño,
¡sin que oscurezca su ceño,
lo porque tanto he sufrido!

Mas delirando o despierto
la deja libre surgir
sobre las ondas, que al puerto
van a saber que lo cierto
de la existencia es morir.
¡Cuántos habrá que la suerte
del barquero envidiarán,
al verlo cual se divierte
fajando la luz que vierte
la luna sobre el San Juan!

Yo que vivo aletargado
de la esperanza al calor,
le diera de muy buen grado
mi porvenir nacarado
por su vigilia o sopor.
Le diera las ilusiones
que hacen verdades espero,
por sus dulces ilusiones,
por sus risas y canciones
y su paz de marinero.

Mas, como allá en lontananza
mi estrella entre sombras brilla
no querrá ¡bien se me alcanza!
ceder por una esperanza
la verdad de su barquilla.

No querrá; que es diferente
surgir sobre un manso río
sonoroso y transparente,
a fluctuar perennemente
sobre un mar foco y sombrío.

Mar cresco, mar agitado,
de a manera de aquilones
del diestro al indiestro lado
rebraman en son airado
las más odiosas pasiones.

Mar con bajos espantosos,
y vorágines hambrientas,
cuyos bordes hervorosos
absorben los vergonzosos
estragos de cien tormentas.

Ni fuera en verdad, cordura,
dejar la brisa del puerto
que entre las peñas murmura,
para errar en noche oscura
sobre el cerúleo desierto.

Por eso parte al momento
y en el San Juan se abandona
veloz como el pensamiento,
el triángulo dando al viento
de la henchida y blanda lona.

Y entre la calle de flores
que en ambas márgenes crecen,
como líquidos vapores
arrollando resplandores
dueño y barca desaparecen.

Y mientras que yo angustiado
contemplo su raudo vuelo:
mientras de envidia agitado

no curo como han pasado
largas horas de desvelo;

trémulos tiende la luna
mil rayos sobre el San Juan,
cuyas ondas una a una
para dolor de su causa
sobre el Atlántico van.

1842.

EL SEÑORITO

*Volará di lido in lido
la tua gloria vincitrice,
e' del' obblío trionfatrice
la tua fama vivirá.*

CONSTANTINO IPTILLANTI.

I

¿Ves, Floriano, ese mancebo
de la negra cabellera,
mirada torva y audaz
que a quien la resiste aterra?
¿Le ves andar, detenerse,
y hacer buches la pechera,
y de la chupa redonda
estirar las faldas huecas...?
¿que entre muecas y monadas
cruza por ambas aceras,
y en su lenguaje vulgar

a las muchachas requiebra...?
¿y si están éstas ocultas
uniendo las gruesas *bembas*
cual cigarra chilladora
silba dos horas enteras...?
¿Le ves, amigo? Su vida
da lugar a una novela,
y en prueba de la verdad
haréte un bosquejo de ella;
mas ante todo promete
no preguntarme quién sea,
y si por suerte adivinas
guarda alguna reserva,
que es un jaque de-*por vida*
que a nadie, nadie respeta
y no me fuera muy bien
si comprenderlo pudiera.
Y no estoy tan aburrido
de la vida, aunque es bien perra,
para darla por un ciento
que vale... media peseta.
Pero hecha la intención
volver atrás fuera mengua,
con que... si estás ya dispuesto
comenzaré mi historieta.
Sabrás que niño sus padres
le mandaron a la escuela
fundando con el (con razón)
la esperanza más risueña;
pues el chico de sus luces
les dio repetidas pruebas,
cuando al toque de oraciones
en el quicio de la puerta
contaba a los vecinitos
mil historias de hechiceras,
de mágicos y encantados,
de malhechores y guerras,
historias que arrebató
de la mente de una abuela

en menos tiempo, quizás,
que un curío como una fresa.
Allí, pues, me igualaron
para que algo aprendiera,
y no fue poco, que al año
conocía los días de fiesta...
Pero es el caso que al ir
se encerraba tras la puerta,
y agarrado de la aldaba
lloraba a toda su fuerza.
Y era de ver a la madre
cual le rogaba que fuera,
acallando sus sollozos
con dulces y con pesetas...
cual entonces el maestro
(madre al fin, y madre tierna)
recomendando el infante
dirigía alguna esquila.
Mas él de rumbo variaba
en la calle puesto apenas,
y en pos de las diversiones
al traste daba las ciencias.
En lugar de ir al colegio,
sobre las húmedas peñas
saltaba con otros muchos
por las mañanas y siestas;
o sumergido en las ondas
sobrado lejos de tierra,
o con la *pita* en la mano
pescando desde la playa;
indiferente miraba
la fúlgida primavera
que revolaba en su torno
como una visión aérea...!

II

Creció por fin, y candado
de rocas, baños y pesca

quizo entrar por el sendero
de los bailes y las fiestas.
Para esto era preciso,
como la práctica enseña,
ser elegante —aunque escaso
de otras cosas anduviera.
Era preciso tener
al menos dos mudas nuevas,
una siempre de facción
y la otra en la batea
que es común esta conducta
en gentes de tal *ralea*
para seguir las primeras
la moda cuando se altera.
Mas aquí fueron las artes,
aquí, Floriano, las tretas,
y el prometer a los padres
ser formal a precio dellas...!
y el no salir a la calle
y el fingir tanta tristeza
que... ya se ve... temerosos
aquéllos de que siguiera
tomando el mal otro aspecto,
hicieron que allí viniera
un sastre, y a pocos días
tuvo el *niño* una ropera.
En mal hora... desde entonces
al barro tira la oreja,
y en el *monte* es adivino
y en la malilla gran pieza.
Desde entonces en los cafés
a los *palos*, y a la *guerra*,
jugando de sol a sol
se le mira con cualquiera.
y en la misa y el sermón,
y en la salve y la retreta
siempre como una sombra
es el primero que llega.
Y en casa de los amigos

vive semanas enteras,
y asiste a mil romerías
cuando de guagua le llevan.
¡Qué vida...! ¡Cuántas hermosas
a su vista se presentan
están perdidas por él,
prendadas de sus guedejas!
En las cuestiones más arduas
quiere meter su paleta:
y si nadie le responde
si a la voz de la prudencia
le ceden el campo todos
para oír cómo berrea
no hay peligro; mas si alguno
sale en contra a la palestra,
o no en contra, solamente
por ilustrar la materia;
¡Virgen de Atocha...! furioso
como asiática pantera
le acomete y... ¡pobrecillo
si del brazo no le asieran...!
¡Cuántas frases injuriosas,
cuántos *motes* e insolencias
provocativa y audaz
le lanza su inmunda lengua...!
¡Cómo sacude en los aires
la estaca de dura vera
y a todos para mañana
desafía a la *chorrera*...!
y ¡igual de aquel que se ríe
o con otro secretea
sin que al momento rebote
cierta cosa en su mollera!
Pues es de tal condición
que una mirada siquiera
es bastante a despertar
el alarma en su alma fiera.
Inútil será decirte
que no conoce una letra,

ni el nombre de sus maestros
 como nosotros recuerda.
 Que no estudia, pues los libros
 le dan dolor de cabeza
 ni a cosa alguna se inclina
 por cuidar de su belleza.
 Que se levanta a las diez
 tras una noche de *briega*
 gruñendo por el almuerzo
 con la pobre cocinera:
 que dos horas, cuando menos,
 en acicalarse emplea,
 prende un cigarro, se marcha,
 y sabe Dios cuándo vuelva.
 ¿Dónde irá? —Pero, Floriano,
 ¿por qué mi pluma severa
 la vida de este narciso
 como ejemplar te presenta?
 Desgraciadamente hay muchos
 en nuestra dichosa tierra,
 que están pidiendo por Dios
 forniture y cartuchera.
 Mucho zángano de frac,
 señorito en apariencia,
 que manejar el fusil
 mejor que el palo debiera.

.....

Basta ya; si con alguno
 de esta familia te encuentras,
 húyele a par de muerte,
 no le disputes la acera.
 De tus manos el tabaco
 arroja cuando lo veas,
 y si estás junto a una esquina
 la calle abandona y vuela.
 No le inspiren los demonios
 y te pida la candela,

y a la más leve demora
te ponga la cara nueva.
Siga, pues, el desdichado
su torcida árida senda,
y tú, Floriano, cuidado
si darle consejo intentas;
porque un amargo sarcasmo
te dará por recompensa;
déjale amigo y a Dios
que va a expirar mi linterna.

1842.

LA GRUTA DE SANTA ANA

*Yo siempre lo mezquino desdeñando
ansié por lo terrífico y sublime.*

HEREDIA

I

Al rudo pie de colosal montaña
cuya alta cima con las nubes toca,
formó naturaleza una cabaña
del erizado vientre de una roca.

Cuando creadora los tendidos llanos
de la virgen América cruzaba
y al blando tacto de sus lindas manos
en jardines bellísimos trocaba.

Formóla, y a mi ver, de una mirada,
o al roce de su blanca vestidura,
cuando de tanto discurrir cansada
sobre la roca rústica y pelada
sentóse a respirar el aura pura.

Formóla... y por vestir otras regiones
a poco alzó su majestuoso vuelo,
dejando ver a cien generaciones
la Gruta de Santa Ana por el suelo,

Y al verla confundidas bendijeron
la inteligencia de la grande artista,
y en su rápida marcha prosiguieron
volviendo sin cesar atrás la vista.

La gruta es un padrón... su enorme frente
desnuda está de nicho y de inscripción
mas sin duda que fue cuando su oriente
santuario de la atroz superstición.

Sin duda entre sus nieblas vagarosas
la tremenda y brutal idolatría,
a un falso dios sus encarnadas diosas,
sus vírgenes morenas ofrecía.

Y más tarde en la gruta venerada
los códigos de Dios se promulgaron
y en la techumbre cóncava, escarpada,
como lejanos cánticos sonaron.

Que son de más valor pobres plegarias
alzadas en la austera soledad,
de más efecto, que opulentas parias
rendidas con incienso y luminarias
bajo el rico dosel de una deidad.

Mas nada queda ya de lo que fuiste
gruta infeliz... las ruinas te rodean...

y en vez de aquellos huéspedes que hubiste
las sombras en tu fondo se pasean.

Y callaron las dulces armonías
que al pie de una visión severa y muda
postrados levantaban otros días
los míseros sectarios de la duda.

Y sólo el viento que zumbando azota
tus altos y negruzcos paredones,
o la redonda transparente gota
que de ellos baja en compasados sonos.

Le escuchan por la bóveda tremenda
rodando como un ¡ay! entre el abismo
como el gemido de la humana ofrenda
sobre el ara del negro fanatismo.

Así al ver tu magnífico testero
de profundo terror sobrecogido,
humilla su altivez el altanero,
comprende su memoria el presumido.

II

Y por eso el peregrino
que se interna en el camino
de tan lúgubre mansión;
al verla, aparta asombrada
la indagadora mirada
murmurando una oración.

Ya en vez de las romerías
que llevaron otros días
el deleite a su interior,
todos huyen de *Santa Ana*

cual de la forma liviana
de un espectro aterrador.

¡Pobre gruta...! Si su nombre
por ventura acuerda el hombre
se horroriza sin querer
y maldice el *hado impío*
que hoy le roba el poderío
de su despejado ayer.

¿Cómo le valen esas flores
que en sus anchos rededores
se remecen sin cesar,
ni el arcano fabuloso
que en su seno misterioso
se fatiga de guardar...?

¿Qué, tampoco, el hombre agosto
que blasona y cuyo busto
según la pasada edad
se levanta al puro cielo
sobre cúpula de hielo
con donaire y majestad...?

¿Qué nada, si el peregrino
que se interna en el camino
de tan lúgubre mansión,
al verla, aparta asombrada
la indagadora mirada
murmurando una oración...?

.....
.....

III

Mas yo te adoro así, sublime fuente
de sangrientas horribles tradiciones,

y adoro esa quietud que eternamente
se aduerme en tus informes pabellones.

Quizás en las inmensas galerías
que hasta tu fondo paralelas van,
escritos los desastres de otros días
con raros jeroglíficos están.

Y allí, colgada de sinuosa grieta
linterna de diamantes petérrica,
los restos de algún indio anacoreta
de luz bañando cual funérea tea...

Y a favor de los trémulos reflejos
que roban a su ser auras livianas,
se ven desordenados a lo lejos
plumeros, escaupiles y macanas.

Y en medio de esos bélicos trofeos
al pie de su opulento pedestal,
la estatua de *Alazor*, ya un arreos
un tiempo apoteosis imperial.

¡Caverna misteriosa y venerada:
oye mi triste y dolorido canto,
que si vives de algunas ignorada
otros vierten por ti su amargo llanto!

1842.

A MI PATRIA

Dedicada a la Sra. D. Ana L. de Aguiar.

*¿Quién me dará alas para volver a unos sitios
gratos a mi corazón...?*

CHATEAUBRIAND

Nunca será que de la patria mía,
bajo el azul y transparente cielo
libre de angustias y penar sonría...
y que la mente en majestuoso vuelo
a un porvenir de calmas remontando
vaya las nieblas densas disipando
con que mi faz oscureciera el duelo

y en el atrio de almenas coronada
que su opulenta catedral blasona,

¿jamás he de triscar enajenado
 como trisca la brisa juguetona
 al despuntar el alba soñolienta,
 sobre la copa de la flor que ostenta
 en sus bellos jardines la Sulmona¹

ni de sus campos veré, ni de *Cibao*
 las ponderosas cumbres escalando
 al sonoro y profundo *Yabacao*
 en sus anchos canales resbalando
 henchido de poder y de arrogancia
 cual le viera en los años de mi infancia
 la sed de mil campiñas apagando...?

¿Jamás la realidad de aquestos sueños
 podré, ¡triste! alcanzar? Jamás los hados
 desnudarán sus invisibles ceños
 del lúgubre capuz con que velados
 como sombras alígeras y errantes
 las huellas de mis pasos vacilantes
 pisan doquier y sin cesar airados...?

¡Desengaño fatal...! inútilmente
 un lustro, y otros más, y otro esperara
 tan dulces goces alcanzar la mente!
 ¡En vano, en vano saludar juzgara
 de mi patria infeliz el ancho puerto,
 cuando en la tarde del azul desierto
 el sol sin vida y sin color bajara...!

¡Haití ya pereció... el vasto imperio
 de los nobles *Gardaes* y los *Lazores*
 se arrastra en vergonzoso cautiverio
 al pie de sus tiranos y opresores,
 sin esperanza de tornar mañana

1. Ciudad de Nápoles. (Nota del autor).

a levantar la frente soberana
con la noble altivez de sus señores!

¡Haití ya pereció...! sus monumentos
cayeron de la altura con estruendo,
y encima de los móviles cimientos
la emblemática yedra está cundiendo;
¡ay...! ¡ni un recuerdo de su ser primero
en breve quedará, porque severo
el tiempo lo va todo destruyendo!

¡De *Corinto*, Cartago y de Palmira
triste remedo sobre el mundo indiano,
el navegante que en sus mares gira
contempla con dolor al suelo haitiano;
que envuelto de la nada en las neblinas
doquiera ofrece las informes ruinas
en que plugo trocarle el hado insano...!

Y su ruta pacífico siguiendo
en la popa del leño recostado,
de las hondas sonoras al estruendo
entona una canción a lo pasado,
al tiempo de venturas y bonanza
do la memoria sin temor se lanza
por hallar un alivio a su cuidado.

¡Tierra de palmas, de torrentes y oro,
fragantísima flor de primavera!
fuiste ¡ay! cual raudo meteoro
del universo en la tendida esfera;
cual él a poco de brillar, hermosa,
la nube del olvido misteriosa
en tinieblas trocó tu luz primera.

¡Patria infeliz! Lloro, llora
viendo tus calles desiertas,
y desquiciadas las puertas

que arrogante y vencedora
mantuviste siempre abiertas.

Y llora aquella confianza
con que indolente dormías
en alas de la esperanza,
sin pensar que a la bonanza
siguen tormentas bravías...

Sin pensar, desventurada
y americana Sión,
que en trono de oro sentada
cantabas alborozada
tu inmediata destrucción!

¡Por eso fueron tus bellas
y también tus héroes fueron,
y los himnos y querellas
que bajo un dosel de estrellas
por sus victorias dijeron.

Y por eso ya en tus días
y en tus noches tan serenas
no se oirán de las orgías
las salvajes melodías;
sino... ¡el son de tus cadenas...!

Llora otra vez, que tu oriente
para siempre se nubló,
que la corona luciente
resbalando de tu frente
contra el suelo se quebró.

Juzgábasla muy severa
porque ignorabas ayer
que el poder bien poco dura
cuando su término augura
de la ambición el poder.

Y aqueso juicio halagüeño,
mísera patria, ese sueño
trocóse en el torcedor
que en sombras vela y pavor
tus momentos de beleño.

¡Maldita credulidad!
por ella los pabellones
que en tus negros murallones
flotaban con majestad,
descendieron a jirones.

Y que sus torres atrevidas
se enderezaban al cielo,
también cayeron al suelo,
do se cubren confundidas
de la nada con el velo.

Águila indiana, sin corona y triste
abates mal de ti la noble frente
que levantar con majestad quisiste
del claro Sol al trono refulgente.
La abates empolvada
osando apenas recordar, cuitada,
tu claro ayer, tu nacarado oriente.

Que el sol esplendoroso,
ese gigante cíclope del cielo,
vibró su dardo agudo y venenoso
los fines comprendiendo de tu vuelo;
y herida resbalaste de la altura;
donde subsiste por lucir tu albura
no soñando jamás tornar al suelo.

¡Patria infeliz! ¡Patria mía!
para enjugar ese llanto
de dolor y de agonía,
sírvate, al menos, tu manto
de algodón y pedrería.

Ese opulento brocado
que pendió de tu garganta,
y ya roto, y arrugado
condena a rodar el hado
bajo tu trémula planta.

Y aunque en vano ora pretendas
cubrir con él tus escombros
y tus úlceras horrendas,
porque la nada en tus hombros
ha levantado sus tiendas;

¡quién sabe, desventurada
y americana Sión,
quién sabe si engalanada
con él te mire asombrada
la nueva generación...!

1842.

LA DESPEDIDA

El alba no bien teñía
los montes tímidamente
de un castillo por el puente
atravesaba un trotón
llevando sobre sus lomos
un soberbio caballero
que con tono plañidero
murmuraba esta canción.

Dormid, dormid la fermosa
la gallarda castellana
la gentil
la de mejillas de rosa
abierta en fresca mañana
del abril.

Ca non tardarán las horas
del pavoroso desvelo,
en alegrarse traidoras
vuesa calma a perturbar;
cuando tierna me llamédes
con la voz d' enamorada
e' triste, e' desamparada
vos lleguédes a catar.

Cristiano soy, e' por ende
magüer que vos tanto adoro,
parto, mi reina, del moro
la altiveza a confundir,
sobrado sé que bien puede
facirme tuerto la empresa
mas... bajar quiero a la huesa
si en paz tengo de vivir.

De más que de no muy lejos
resuenen ya los clarines
vocingleros,
e del alba a los reflejos
se ven armas paladines
e' troteros.

Dormid, dormid la fermosa
luengos sueños de bonanza,
mientras sacudo la lanza
para mengua del infiel
e' non culpédes mi anhelo
enojadiza e' sentida,
si os fablan d' esta partida
las huellas de mi corcel.

Para vos son la molicie,
las arpas é las cantigas,
para mí son las fatigas
e' los himnos de pelear.
Disfrutad por muchos años

de vuestos goces señora,
que ya despunta l'aurora,
que me marchó a batallar.

Dijo el guerrero, y al punto
su vivo potro espoleando,
por grados se fue internando
de un bosque en el espesor.
Y a poco tornó el silencio
girando junto al castillo
que con su pálido brillo
bañaba el luciente sol.

1842.

DESESPERACIÓN

*Si con virtud y cordura
menospreciados nos vemos;
la vida muy poco dura
locos y ebrios finiremos.*

ANÓNIMO

Corren veloces por el ancho cielo
multitud de celajes renegridos,
que se columpian con incierto vuelo
del iracundo viento a los bramidos.

Densas las sombras cobijar remedan
al mundo con sus fúnebres celajes:
todo es pavor, y sólo reverberan
los fulgentes y trémulos fanales.

En tanta confusión, a la ribera
del turbulento mar, que salta y brama,
escúchase una voz que plañidera
al compás del rumor perenne exclama:

“Ya todo se acabó... del loco mundo
los pórticos por fin logré salvar...
¡Venid, amigos, mi dolor profundo
quiero entre goces y placer calmar...!

Venid vosotros, que en alegre orgía
pasáis las horas del vivir cantando,
los que la noche convertís en día
mientras se agita el huracán bramando.

Venid vosotros, que el dolor sombrío
jamás sentísteis, ni sabéis qué es llanto,
porque el gigante descarnado y frío
a la espalda no veis del desencanto.

Venid vosotros, que del mundo vano
burláis las miserables exigencias,
mostrando un vaso en la robusta mano
colmado de balsámicas esencias.

Venid, venid, ¡oh jóvenes perdidos!
como os llama la ronca sociedad,
porque a sus gritos respondéis unidos
con un brindis de amor y de amistad.

Porque sus largas bárbaras cadenas
os pudísteis quitar de la garganta;
que en medio del placer, sus cantinelas
potente y firme sin cesar levanta...

Porque en los senos de la noche oscura
cuando *ella* en vano solicita calma,
vosotros bajo un cielo de dulzura
reís tranquilos, ensancháis el alma.

Porque sordos en tiempo a los caprichos
con que ella de continuo se atavía,
a reposar entre sedefios nichos
preferís el insomnio y la alegría.

Porque en alfombras de menuda grama
sentados con la torta y los licores,
hacéis escarnio del poder y fama,
buscáis la dicha en la embriaguez de amores.

Y porque, en fin, cual genios inspirados
la vista alzando a la redonda luna,
de una mujer en el regazo echados
sarcastizáis su pompa y su fortuna.

Venid, venid... A vuestro noble acento
mi acento quiero unir, sublimes vates,
así tal vez entre el plegado viento
ruede y conturbe el alma a los magnates.

De aquéllos, sí, que hidrójicos de orgullo
se duermen en sus blandos almohadones,
de bélicas leyendas al arrullo
o cantando sus lises y leones...

Venid... vosotros conocéis los hombres...
soberbia... vanidad... oro y blasón,
y aunque manchados, heredados nombres,
y aunque forzada, ¡humilde adulación!

Y no penséis que su poder inmenso
ampare al infeliz y le defienda,
sí al implorarle su dolor intenso
no brinda en pago lisonjera ofrenda...

Y no penséis que la piedad sublime
mora en su hinchado corazón de acero,
porque siempre se mofa del que gime
encorvado a sus pies como un cordero.

Y no penséis que la virtud discreta
el desorden fatal de sus pasiones
consiga moderar... no la respeta,
que el vicio y la impiedad son sus padrones.

Tal es el hombre, cuando allá en su mente
por sólo disfrutar de un fútil bien,
juzgándose cual Dios omnipotente,
levanta torvo la abatida sien.

Cuando feudal señor de sus hermanos
el alado reptil fiero se ostenta,
que si les tiende por azar las manos
es por cubrirlos de baldón y afrenta.

Viéraisme ayer en medio a sus salones
de damasco riquísimos vestidos
radioso por la luz de los velones
que en el aire se hallaban suspendidos.

Viéraisme, digo, divagar inquieto
con reaccionario vacilante paso,
buscando una mujer que el gran secreto
tradujera del fuego en que me abrazo.

Y halléla... y en la danza voluptuosa
al compás de su dulce melodía,
mirábala, y mi mente fatigosa
puro raudal de inspiración bebía.

Y con el pecho de entusiasmo lleno
y a par sentado de mi altiva dama,
luchaba por prender dentro su seno
del loco amor que me inspiró la llama.

Ni *Víctor Hugo*, ni *Arlincourt* fogoso
con sus gigantes vuelos atrevidos
le pintaron tan tierno y respetuoso
como entonces mis labios conmovidos...

Pero en vano, por Dios, que la orgullosa
en secreto graduando mi pobreza,
escuchó con enfado y desdeñosa
la elocuente expresión de mi terneza.

Sus negros ojos en que yo juzgaba
el iris bendecir de mi ventura,
de insulto y burla en ademán fijaba
sobre mi tosca y pobre vestidura...

Y en busca de un asilo a mi porfía
la planta hacia otro lado dirigiendo,
lanzóme una mirada que decía
en su mudo lenguaje: “—¡no te entiendo...!”

Y dijo una verdad por un agravio...
¿Cómo entender pudiera mi canción
si nunca oyó ni pronunció su labio
frases mejores que ¡poder! ¡blasón!

¡Insensato de mí, que alzar la frente
quise a la par de tan soberbios seres!
¡Ay del iluso que cual yo lo intente
si le negó fortuna sus haberes...!

No basta; no, un alma generosa
de la virtud maestra en el camino;
que oro demanda su ambición odiosa
su vanidad... un sucio pergamino.

Venid... cual rueda por la cumbre erguida
de peña en peña la galana flor,
que del flotante tallo desprendida
lleva al abismo el viento bramador.

Así rueda también sin emociones
de duelo en duelo mi existencia breve,
perdidas las brillantes ilusiones
que ni en sus ansias a llorar se atreve.

Mas no por eso, y por mi frente helada,
ponéis, amigos, que me falte brío;
que en torno al corazón acelerada
la sangre corre cual fecundo río.

Venid, amigos, y miu faz doliente
bañada por la luz de la esperanza
vereis retando valerosamente
al dolor y su bárbara pujanza.

Quiero confusas fraternales risas,
y roncas carcajadas, y clamores,
y respirar entre calladas brisas
la esencia de los campos y las flores.

Y quiero en fin la copa transparente
colmar de oscuro y espumoso vino,
y llevándola al labio balbuciente
con vosotros cantar a mi destino.

Al verlo el hombre elevará su grito
frenético exclamando: "es un malvado
que juega la virtud contra el delito
en la cumbre del vicio colocado".

Y la mujer, soberbia presumida,
"ved el joven", dirá "que delirante
por templar la miseria de su vida
postrado me pidió hombre de amante".

Y bien ¡que digan! —Por la frente mía
sus palabras cual sombra pasarán,
cual los celajes que el nublado envía
y arrastra en remolino el huracán.

Digan que soy en el jardín del mundo
la sierpe que enroscada y venenosa,
girando de la tierra en lo profundo
mata en capullo la garrida rosa...

Que no haya miedo ni razón turbada
al escuchar mis míseros delirios,
deje la senda porque va guiada
de frescos nardos y olorosos lirios.

Ayer no vieron que era puro y bueno
cuando los ojos que el furor preñaban
en mi semblante cándido y sereno
los hombres todos a la vez fijaban.

Ayer no vieron que en mi ardiente pecho
violento palpitaba un corazón,
cuando oyeron las bellas con despecho
mi enamorada y tímida canción...

Pero... ¡tal es el mundo! En sus furores
conduce la virtud al precipicio,
y luego con hipócritas clamores
su horrendo crimen atribuye al vicio.

Esta triste verdad ayer pesaba
en mi afligida y joven fantasía...
mas hoy la huella, su reinado acaba
y me lanzo en el seno de la orgía.

De esa mar insondable de delicias
do cual esquife el corazón navega,
raudo bebiendo a oleadas las caricias
hasta que al fin, la saciedad le aniega.

De ese gigante vórtice sonoro
de júbilo, de amor y de entusiasmo,
donde se inventan en confuso coro
la blanda trova, el roedor sarcasmo.

¡Oh! ¡Cuán distinto el porvenir sombrío
a mi atónita vista se presenta!
ayer espeso, nebuloso y frío...
mas hoy sereno por doquier se ostenta.

¡Amigos! no perdamos un momento.
Aquí tenéis, mi corazón, mi vida;
haced, por Dios, que mi fatal lamento
sofoque el delirar de la bebida.

Venid, venid, y reunidos todos
las copas llenas de licor choquemos,
y bebamos sin fin, y ya beodos
un *de profundis* al orgullo alcemos.

Que si ayer insolente y descarado
del porvenir nos deshojó las flores,
reír podemos hoy de ese menguado
entre deleites, juventud y amores.

Venga la copa que el licor rebosa,
venga esa joven del mirar ardiente,
venga también la lira armoniosa
para cantaros lo que el alma siente.

Pronto, por Dios... con impaciencia anhelo
lanzarme en vuestros brazos musculares
y ver tranquilo un estrellado cielo,
y morir entre risas y cantares.

Mostradme las hermosas libertinas
de tez morena y lánguido mirar,
las lúbricas sirenas, las Ondinas
que habéis robado al turbulento mar.

Y ante sus plantas me veréis ferviente
jurando amor, fidelidad jurando,
pulsar la lira, y recorrer la mente
su donosura, y su beldad cantando.

Y en sus regazos cínicos echados
la vista alzando a la redonda luna,
provoquemos la ira de los hados,
sarcasticemos la falaz fortuna.

Mas... ¿qué, no me escucháis? ¿Acaso el viento
mi voz sofoca, o temeréis acaso
que de ese mundo ingrato el pavimento
mañana indague mi inseguro paso...?

Nunca, nunca... venid... odio ese *mundo*,
sus pórticos por fin logré salvar;
¡venid, amigos... mi dolor profundo
quiero entre goces y placer calmar...!

Calló la voz. De súbito calmaron
el mar sus ondas, su furor el viento;
las pardas nubes al confín bajaron
y la luna brilló en el firmamento.

1842.

A LA LUNA

Astro divino, de la noche encanto,
fuente inexhausta de esplendor y vida,
faro que adora el infeliz viajero,
cándida luna.

Tú, que mi angustia y soledad comprendes,
tú, que mis ojos da abundoso llanto
cubiertos miras cuando brillas tenue
reina del cielo;

sigue girando majestuosa y bella
que en verte encuentra mi dolor consuelo,
y no permitas que tu luz me robe
nube importuna.

Ni cruel al seno de la mar descieras
entre sus conchas a dormir rendida.
Ni tras la cima de empinada sierra
huyas veloce.

No, que si al sueño embriagador renuncio,
si sus quimeras y favor desecho,
es por seguir con mi encantada vista
con tu regio ascenso.

Así tus blandos y amorosos rayos
que las tinieblas y el horror acosan
haz que bajando de la azul esfera
bañen mi frente.

Tal vez mi amada su muelle lecho
saltando agora como ya te admira,
tal vez absorta de tu puro seno
la lumbre bebe.

Mientras las auras que velando esperan
el nacimiento de la casta aurora
su cabellera desatada mueven
lánguidamente.

¡Y enajenada, y envidiosa acaso
de tu hermosura sin igual, se olvida
que no muy lejos su infeliz amante
llora la suya...!

Que mil suspiros de dolor le canta
pues inhumana su canción doliente
con el fastidio en la mirada impreso
bárbara oyera.

¡Ay!... si así fuere, majestuosa luna,
baja a los senos de la mar sonora
vélate en nubes, o te esconde al menos
tras de la sierra.

Y aunque la densa oscuridad me aflige,
venga, si al verla mi adorada tiembla,
¡quizás llorando su abandono entonces
de mí se acuerde!

1842.

A JOSÉ AGUSTÍN QUIÑONES¹

*¿Y quieres que sonría
cuando el dolor devora el alma mía?*

L. VALVERDE.

No temas, no que al torpe desaliento
abandone mi espíritu, cantor;
pues aunque sufre cual ninguno, siento
que hay en su fondo para más, valor.

Siento que en medio de su cruel martirio
dirige una mirada al porvenir,

1. Respondiendo a una lindísima composición que, con los temas de La Patria, La Vida, El Hombre y La Mujer me dirigió exhortándome a sufrir. (Nota del autor).

y se levanta como el blanco lirio
las auras del consuelo a recibir.

Siento que late y fervorosas preces
murmura tristemente y sin cesar,
apurando conforme hasta las heces
la pócima salobre del pesar.

Y siento en fin que si temprano vuela
convertida en vapor mi juventud,
él me acompaña y por mis horas vela
al tibio luminar de la virtud.

Mas deja, amigo, que mi triste llanto
vuelva mis ojos mustios a empañar,
mientras los ecos de tu hermoso canto
mi corazón descienden a inflamar.

¡La Patria! ¡El Hombre! ¡La Mujer! ¡La Vida!
estos sus temas escogidos son...
¡oh si la mente estéril y abatida
tuviera para tanto inspiración!

¡Si el tedio atroz que mi existir devora
pudiera calma y bienandanza hacer...!
¡Cómo a tu voz la lira gemidora
volviera enajenado a recorrer...!

Pero el fantasma del dolor vigila
sin dejarme ni un hora sonreír,
sin dejarme gozar una tranquila
entre tantas que miro discurrir.

Así en la frente acumulando inviernos
me aparto deste mundo engañoso,
simulacro fatal de los infiernos
con floridos paisajes en redor.

¡Yo que canto a la triste patria mía,
vestal desnuda, de abatida sien:

flor de mil tintes y aromosa un día
que ora mis ojos deshojada van...!

¡Nunca! este llanto que por ella vierto
vale, poeta, más que una canción:
canción que yo entonara... en un desierto,
donde solo me oyera el aguilón.

Donde la voz de mi profundo duelo
pudiera a sus contrarios acusar,
o bien terrible remontarse al cielo
en eterna redención a demandar.

¿Al hombre entonces? ¿Quieres que le cante
acreciendo su loca presunción,
y que enhieste la frente relumbrante
en mengua del poeta y su misión?

¡Ay! que no es solo el opulento el necio
que a la sombra de heráldico cuartel
se adelanta a cubrir con su desprecio
al débil sí; ¡pero más grande que él...!

Vuelve tus ojos y al gusano mira,
crisálida que apenas tiene faz
cuando orgulloso por los aires gira
a los del suelo escarneciendo audaz.

Tal es el hombre que gimió olvidado
si cambia por cojines su jergón,
y le cobija rico artesonado
y le adorna magnífico jubón.

¡Si al soplo de la esquiva fortuna
o de sucias intrigas al poder,
sube a brillar de la bastarda cuna
presto olvidando lo que fuera ayer...!

¿Quién el loco será que le recuerde
del infortunio entonces la amistad

para verle reír mientras se pierde
la voz sin eco allá en la inmensidad?

¿Quién de una lira a los templados sonos
dará sus cantos al reptil señor
sin que pronto en los góticos salones
queden solos la lira y el cantor...?

¡Oh! ¡nunca, nunca se dirá que pudo
mi voz su fuerza y dignidad perder,
haciendo retemblar un ruin escudo,
prestando el cieno colorido y ser!

¡Y cantos me pidió...! débil mendiga
por él la sociedad me dijo así:
“canta mis males y seré tu amiga
ya que tu azote tanto tiempo fui”.

¡Oh, cuánta humillación...! ¡pedir cantares
al que miraba torva, con desdén,!
¡pedir que dulcifique sus pesares
al que le debe el hielo de la sien...!

¡Al que envolviera en el fatal sudario
de veinte primaveras de dolor,
y triste cancionero, “profilario”
al llanto se abandona sin valor!

¡Oh cuánta humillación, cuánto desdoro!
¡Pedir “conhorte”, cantigas pedir
al mismo a quien privara del tesoro
que encierra la palabra “porvenir”!

Pero... ¡nada me importa su flaqueza,
nada su angustia, nada su ansiedad!
si no sabe sufrir con entereza
que llore como yo en la soledad.

Canta en buen hora el relajado vate
que siervo de la torpe adulación

sin grande esfuerzo y sin pudor abate
los velos de la augusta inspiración.

Que yo le escucharé tranquilamente
sin un remordimiento que llorar,
sin un recuerdo que mi altiva frente
venga en horribles sombras a velar.

Allí está "la mujer" causando enojos
a la soberbia palma en lo gentil,
derramando ternura por los ojos
y por la boca el aura del pensil.

Allí está con su olvido y su pereza,
con toda su molicie occidental,
y su risa de fada, y su belleza,
y sus ardientes labios de coral.

¡Ahí está la mujer! astro brillante
perla del mundo, del Edén la flor;
hechicera deidad, ángel errante,
conjunto de armonía y de esplendor.

¿Quién no suspira en su redondo cuello
la volcánica frente al reclinar,
y bajo el pabellón de sus cabellos
las pasadas angustias olvidar?

Mas ¡guay! si es pobre y por azar lo olvida
quien llega esa ventura a conocer,
y del recuerdo con la voz sentida
la historia le revela del ayer.

¡Guay! porque en breve indiferente y fría
de entre sus brazos fugará, cantor,
y la boca de miel que le reía
pronto a su espalda jurará otro amor.

Porque los labios de coral, temblosos,
no más hasta los suyos llegarán,

ni los gemidos del amor, dudosos,
al fondo de su pecho bajarán.

Que el cálculo también de vez en cuando
se cierne en derredor de la mujer,
sus hondas dudas a la mente dando
de la bella ilusión palacio ayer...

Por eso la beldad que me enamora
con su celeste forma y su virtud
el dulce origen de la angustia ignora
que arrastra a la vejez mi juventud.

Hija feliz de la fortuna varia,
ella en la cumbre y en la base yo,
perdiérase sin duda mi plegaria
entre el espacio que el amor no vio...

¡Ay! Yo sofocaré, que aun tengo brío
el impulso fatal de mi pasión,
antes que ver en su semblante frío
del alma reflejar la indignación.

¡Resta la vida...! pero ¿qué es la vida
si su magia y su todo es la mujer,
y la mujer menos vende fementida
haciendo nuestras lágrimas correr...?

¿En dónde se hallará, si los amores
le niegan su perfume y su arrebol,
mientras gemimos ¡ay! de los dolores
cubiertos por el ancho parasol?

¿No es de ilusiones engañosa fuente
que rueda del sepulcro al hondo mar
destrozando el cristal de su corriente
contra las duras rocas del pesar?

¡Ay! Deja, deja que en silencio lllore
de tantos duelos en la enorme cruz,

y al cielo pida que mi frente dore
de la esperanza con la viva luz.

Tú cantarás idólatra de Heredia
intérprete feliz de su misión:
bardo a quien ruda la aflicción no asedia
porque solo es del triste la aflicción.

¡Tú sí, que bebes en el *patrio* suelo
las auras de la *vida* y del placer,
burlándote del *hombre* y su desvelo
entre los brazos ¡ay! de la *mujer*...!

De la que blanda, y cariñosa y tierna,
tus lágrimas de célibe enjugó,
término dando a la amargura interna
que tu semblante varonil pintó.

Tú cantarás con tu robusto acento,
joven profundo, americano Ossián
tú cantarás y en dulce arrobamiento
los ángeles de Dios te escucharán.

Yo solo en tanto seguiré callado
del iracundo noto al soplo cruel,
hasta dejar en el panteón varado
de mi existencia el mísero bajel.

Y no temas que al torpe desaliento
abandone mi espíritu, cantor;
pues aunque sufre cual ninguno, siento
que hay en su fondo para más, valor.

Matanzas, 1843.

EL CANTOR DEL LLOBREGAT

Traducido libremente del catalán.

Si un rey te da su corona
y su manto purpurino,
y su cetro diamantado,
enseñas de majestad;

Dime, cantor: ¿dejarías
por el trono tus baladas,
y tus cumbres escarpadas
y tu limpio Llobregat?

Si un sultán te prometiera
perlas y alfombras galanas,
y sus lúbricas georgianas,
y su palacio imperial;

¿dieras, cantor al olvido
tu cabaña deleitosa,
tu lecho de hojas de rosa
y tu limpio Llobregat?

Si un mágico te brindara
sus castillos de topacio,
sus templos y su palacio
de purísimo coral
 ¡cantor! ¿dejarías por ellos
tu jardín, tu bosque y río,
las frescas noches de estío,
las hijas de Llobregat?

No niña; porque más vale
mi lira, que es tu recreo
y este mísero manteo
que toda la pompa real:
 más vale que cien palacios
mi espelunca, engalanada
con las flores que mi amada
recoge en el Llobregat.

Y valen más que castillos
de banderolas flotantes,
y esas hembras de turbantes
y esa grandeza oriental;
 las noches claras, serenas
en que nos sorprende el día
diciendo ante una bujía
historias de Llobregat.

Así, aunque el rey le ofreciera
ese manto purpurino
y su ciencia el adivino
y el moro un ser ideal;
 dejará, donosa niña,
tanto bien por sus baladas
y sus flores matizadas
el cantor de Llobregat.

Matanzas, 1843.

VEJEZ^{mev}

A Vicente Herrero

I

Pasan las horas de la joven vida,
vienen las horas de la vida anciana,
fenece la ilusión y eleva erguida
el árida verdad su testa cana.

II

Acábase el reír, comienza el lloro,
y reina por doquier la desconfianza;
y el alma ve agotado su tesoro
de consuelo de luz y de esparanza.

III

Y extinto ya el volcán de las pasiones
fuga el amor del corazón ardiente

y entre pardos confusos nubarrones
sepulto mira su dorado oriente...!

IV

Horrible farsa de la infiel natura
cuyo capricho y sórdida influencia
de recelo de angustia y de amargura
sobre el espacio ruin de la existencia.

V

Parcial eclipse de la vida en medio
violenta oposición de un débil astro
que va tiñendo con fulgor de tedio
su momentáneo pasajero rastro...!

VI

¡No hay más! ¡no hay más!... la juventud se exhala,
la vejez se adelanta presurosa:
desciende el ser por su caduca escala
y el mundo se convierte en una fosa!

VII

¡Ay! Dilo tú, generación presente,
tú, que tan bella, poderosa y sana
levantas hora la bruñida frente;
¿quién asegura tu vivir mañana...?

VIII

No es triste y duro saludar apenas
del rico mundo el gótico portal
donde cantan y bailan mil sirenas
de amor avaras, pródigas de olores.

IX

Y escuchar las armónicas sonatas
del templado laúd de un amador,
que a través de sus anchas columnatas
llena el espacio en ayes de dolor.

X

¿No es duro entonces que la blanca nieve
de la vejez nos hiele el corazón,
que en él su saña reprimida bebe
como en piel infantil el escorpión...?

XI

¿Y no es más duro que su huella siga
la fúnebre *deidad* asaz temprano,
y sorda al llanto y ciega a la fatiga
la sien nos hiera con su dura mano...?

XII

¿Do están ioh juventud! las ilusiones...?
¿Los sueños del placer en dónde están...?
¿Dónde también las dulcidas canciones
con que arrullabas tu perenne afán?

XIII

Mas... cese el labio de acordar tu nombre
planeta sin color y sin reflejos;
visión ajada que angustioso el hombre
contempla vacilando desde lejos.

XIV

Cese, y acuerde la verdad... "*la nada*"
el abismo profundo do la vida

se lanza en breve de esplendor ornada
con la corona virginal ceñida...!

XV

La edad lozana que el candor decora
traborda al niño a la ardorosa edad
donde le espera la inquietud traidora,
donde sólo el dolor es realidad.

XVI

Y de ilusión en ilusión volando,
turbia la vista, sin carmín la frente,
salva su puerta y al azar andando
sucumbe en breve a la vejez doliente!

XVII

Y allí gimiendo por la noche y día
con la triste memoria del pasado,
en la amarga dicción de la agonía
la calma pide del sepulcro helado...!

XVIII

¡Oh! ¿Quién asilo brindará en su seno
a la falsa vislumbre del placer,
si está de dudas y congojas lleno
sin *luego*, sin *presente* y sin *ayer*...?

XIX

Se van las horas de la joven vida,
vienen las horas de la vida anciana;
fenece la ilusión y eleva erguida
el árida *verdad* su testa cana.

13 de marzo de 1843.

PASEO NOCTURNO EN EL MAR

¡Qué dulce tranquilidad!
De la noche bajo el velo
se adormece la ciudad,
y ostentando su beldad
la luna rueda en el cielo.

Su amorosa luz descende
sin ser vista de la altura,
y por doquiera se extiende
se columpia, se suspende
y va vertiendo ternura.

Ninguna nube parece,
ningún acento se alcanza,
y en deliciosa bonanza
mi barquilla se remece
y a la costa se abalanza.

Y sigue la luna, y riela,
y se mira en el cristal,
haciendo brillar la vela
más blanca que una gacela,
más que una perla oriental.

¡Qué bello es oír sonoras
las cien mil olas batiendo
con melancólico estruendo
en las rocas vencedoras
que a lo lejos estoy viendo!

¡Qué deleite contemplar
del céfiro el retozar
con la lona que rellena!
y ¡cuánto, cuánto enajena
surgir de noche en la mar!

Y ver la atmósfera bella
como se ostenta azulada,
y en su centro colocada
al lado de amiga estrella
la luna limpia, argentada.

Y girar por dondequiera
saludando la ladera
de una gigante montaña,
y en las ondas la guadaña
ver resbalando ligera...

Placeres hay en la vida
de que gozamos apenas,
placeres a que convida
el mismo afán de las penas,
que la agobian sin medida.

Mas este de divagar
sobre las ondas del mar
en la noche silenciosa,

encierra una magia hermosa
que yo no puedo explicar.

Y no es completo el placer,
no es exacta la ilusión
donde falta la mujer,
donde no se alcanza a ver
un ángel de redención.

Porque la mujer redime
con la mágica armonía
en que de continuo gime
el hombre de noche y día.

La duda que la atormenta
cuando investigar intenta
sombrió y meditabundo,
el origen de este mundo
que le forma y le sustenta.

Y en esa acerada roca
que tanto ¡ay Dios! nos provoca,
expiran las ilusiones...
las más bellas creaciones
de la mente vana y loca!

¡Oh! Ven, Emelina, hermosa
más que la luna radiosa
que en el éter se pasea,
y aquesta mar querellosa
ligeramente platea.

Ven, y juntos salvaremos
su gigante inmensidad,
y de paso admiraremos
los secretos que robemos
a su grata soledad.
¡Tú no sabes cuánto es bello
este silencio, esta calma,

este pálido destello
que nos imprime en el alma
de los deleites el sello!

¡Y no sabes qué es gozar
si prefieres, vida mía,
dormir para no soñar
en esa alcoba sombría
a ver de noche el mar!

1843.

CERTIDUMBRE Y TEMOR

Vivo seguro de tu amor, señora:
sé que por mí tu corazón suspira,
sé que tu mente sin cesar delira
con este triste que también te adora.
De tus ojos la lumbre abrasadora
que entre mis ojos desmayada expira,
la risa blanda que en tus labios gira
y el carmín de tu faz encantadora;
todo me dice que la opaca estrella
de mi existir, espléndida fulgura
borrando de la duda hasta la huella;
pero temo, mi bien, que tu hermosura
de otro mortal la admiración despierte
y en vez de tanto amor me des la muerte.

1844.

PRESENTIMIENTO

¿Ves, mi vida, aquella rosa
que a orillas de la cañada
ayer pomposa y rosada
fue de la abeja ilusión?
¿La ves que lánguida abate
su corola desteñida,
en vez de mecerla erguida
sobre el esbelto pendón?

Pues ¡ay...! ¡lo mismo se inclina
mi espíritu sin aliento,
que un triste presentimiento
lo tortura sin cesar...!
Un fantasma que otras veces
amenazó mi ventura
y del triunfo mal segura
su rostro volvió a volar.

¡Esa rosa...! ayer ninguna
competir pudo con ella,
porque era, mi bien, tan bella,
como el lejano confín.
Porque descolló entre todas
fresca, púdica y lozana,
como en serena mañana
leve nube de carmín.

Empero... ya fue la aurora
con que naciera entre risas,
y fueron al par las brisas
y su belleza pasó
y pálida y sin perfume
lamenta con amargura
tanta gala y donosura
como en vano desplegó.

Por eso, ¡ay Dios! la cuitada
ves que se va deshojando
ya su pesar parodiando
lo mismo que ha sido ayer;
y solitaria, a los bordes
de esa límpida corriente,
no guarda un resto de ambiente
que nos hable de su ser.

¡Quién sabe si como fueron
sus esencias y colores,
serán también mis amores
y mis delirios serán...!
¡Quién sabe si cual se ajaron
sus pétalos en bonanza,
así ajará mi esperanza
de tu olvido el huracán!

Perdona esta amarga idea
que acá en mi pecho se esconde...

¿quién es aquel que responde
de lo que está por venir?
¡Tal vez cuando más tranquilo
descanso yo en tu ternura,
la verdad más triste y dura
me la viene a desmentir...!

Tú eres bella como un ángel;
y por ser así, ¡tan bella!
más de una amante querella
rodeará tu corazón...
¿qué mucho si aletargado
con su ineptable armonía
respondes cual otro día
respondiste a mi canción...?

El sol que a la rosa inunda
con lumbre de viva grana,
no encuentra tal vez mañana
sombras ¡ay! de lo que fue:
así el corazón, señora,
que está de su amor ausente,
cuando torna más ferviente
no halla un átomo de fe...

Y cual la cañda lenta
se tiende por la espesura,
los destinos de la flor;
así por el mundo el hombre
perdido su dulce encanto
corre diciendo en su llanto
la falsedad del amor.

Como si el llanto abundoso
que asciende del triste seno
no más que a trocar por cieno
su limpidez virginal,
bastara a librar la vida

del fardo de la congoja
que sobre su estambre arroja
la mujer que es desleal...

.....

¡Tú, bella más que los sueños
y las vírgenes de Urbino,
tú, en cuyo rostro divino
radia el sol de la virtud;
no dejes ¡ay! que se cumplan
empañando sus fulgores
las dudas y los temores
que hoy exhalo en mi laúd...!

1844.

A... EN TU ÁLBUM

Como en la oculta celdilla
del panal, música abeja
se posa un instante, y deja
líquida gota de miel;
así en tu álbum mi mano
trémula posa Camila,
y en caracteres destila
espesa gota de hiel.

Que si la abeja en las flores
absorbe delicias puras,
el hombre en las hermosuras
bebe a tragos el dolor.
Y es justo, pues que te debo
el que asedia el alma mía,
que vierta una gota fría
sobre este panal de amor.

Yo que te conozco tanto
 ¡ay Camila! me confundo
 al ver el error profundo
 deste teñido galán.
 Canta ¡a tus ojos...! Ignora
 sin duda que sus fluidos
 son los vapores perdidos
 de un absorbente volcán.

Porqué... en verdad, ¿qué otra cosa
 es tu pecho...? ¿cuál amante
 con tu mirada abrasante
 deslumbrado no quedó?
 ¡Y cuál de los rudos celos,
 de honda vergüenza o de ira
 más tarde en tu negra pira
 caro incienso no quemó...!

Yo ¡mísero! de ese canto
 con las dulces vibraciones
 despierto a mis emociones,
 y a mi cólera también;
 y al autor, compadecido
 del alma grito en lo interno:
 "¡ay! ¡mira que es un infierno
 lo que tomas por Edén!"

¡Otro amante que ha estudiado
 el arte noble de Apeles,
 te eleva con sus pinceles
 al rango de una deidad;
 y pinta en tus labios rojos,
 y en tu maldita belleza,
 la sonrisa y la ternura
 que harán su infelicidad...!

¡Porque al darle a tu conjunto
 a fuer de inspirado artista

lo que en el alma y la vista
locamente se forjó,
apenas ha sospechado
que tras dulces exteriores
iracundos torcedores
el coquetismo escondió...!

Y aquel, notas concertando
de Parsamo al cisne imita,
y en una romana grita
la pena del corazón,
y este, con las gayas plumas
de las aves desta zona
te dedica una corona
por arras de su pasión.

¡Ay! no ven que mientras luchan
con la insistencia del niño,
disputándose un cariño
grandioso en la desleal;
tú ¡cruel! de todos te burlas,
y el libro a otro genio envías,
mendigando melodías
de esencia más virginal.

¡Oh Camila! un desengaño
que dar no puede al olvido,
me enseña cuanto ha vertido
mi pluma en este padrón.
Padrón de tu fiero orgullo:
memorándum de delirios:
vaso de oro en que mil lirios
morirán por desección...

Mañana, cuando los hielos
cubran tu límpida frente,
cuando tu pupila ardiente
no irradie luz ni imán;

querrás saludar la aurora
en las prendas de ternura
que sin cautela te dan.

Por eso quiero, Camila
de tu orgullo en la bandeja
poner esta dura queja
que amargue tu porvenir
lamento que balanceando
con tus tibias sensaciones
castigue las extorsiones
que a tantos haces sufrir.

Pero lloras, y en tu pecho
la rabia rompe su oleaje...
¡pobre mujer! mi lenguaje
te desquicia.... ¿no es así...?
perdona... ¡son nueve años
de un sufrimiento latente...!
¡nueve años que demente
sueño vengarme de ti!

¡Mira en mi rostro pintada
la vejez más prematura...!
¡Ay! mírala bien, ¡perjura!
¡y llámame luego cruel...
y no quieran que se irriten
con tu acuerdo mis furiosos,
ni que juzgue tus amores
emanación de Luzbel...!

Llorando me rechazaste,
y sonriendo me quisiste,
y más tarde me vendiste
sin sonreír ni llorar;
y en esa fusión horrible
de amor y aborrecimiento
cual nube que impele el viento
rodó mi vida al azar...

Hoy que otra vez en su espacio
nos hallamos frente a frente,
tú, gozosa, yo paciente,
tú joven, yo en el nadir;
¡ay! de mis nueve años
de tenebrosa esperanza
que el dardo de la venganza
te den, Camila, a sentir.

Que si la abeja en las flores
absorbe delicias puras,
y el hombre en las hermosuras
bebe a tragos el dolor;
yo que sin causa te debo
el que asedia el alma mía
solo hiel gotear podría
sobre este panal de amor.

Habana, 1844.

LA VISIÓN

A mi hermano Ramón.

Alza magnate para ti un palacio
soberbio como tú, cual tú opulento
que en el divino azul del firmamento
sepulte su vuelta de metal.

Álzalo, y vaga luego en sus salones
vestidos con alfombras y cojines,
riza sus lagos, huella sus jardines
y no pienses jamás que eres mortal.

¡Avaro, tú también! Esconde el oro:
mira un sótano allí... ¿qué te detiene...?
guarte, si no, que el pordiosero viene
sin que pobreza puedas argüir.

Escóndelo; y más tarde, entre las sombras,
ven los escudos a contar prolijo,
y en ellos ten el pensamiento fijo
y no en que puedas sin gozar morir.

Y tú, la hermosa de inflamados ojos,
tipo gentil de la región indiana
cándida rosa en su primer mañana
mecida por las auras del placer...

Tú, la doncella de onduloso talle
de ojos, labios y reír artero...
goza sin tasa de tu albor primero
y no pienses que habrás de fenecer.

Gozad del mundo, porque el mundo es vuestro,
momias que impulsan a su querer la suerte,
espectros vagos que la seca muerte
rápida empuja a su mansión de horror.

Que entre las dulces y serenas horas
con que resbala sin querer la vida
una vendrá de luto revestida
trocando nuestras risas en dolor.

Así con acento irónico
clamaba yo, contemplando
las horas que van pasando,
las que nunca volverán.
Aquellas que a una voráGINE
más honda que el oceano
la vida llevan de mano
por la senda del afán.
Mi voz retumbó profética,
los vientos la remedaron,
y a lo lejos murmuraron
melancólicos "¡gozad!
y carcajada diabólica
cuyo acuerdo me tortura,
del seno de la natura
responde hueca: "¡temblad!"

Y entonces observo atónito
 en el aire suspendida,
 negra visión circuida
 de amarillo resplandor.
 Y mientras la miro estático
 y surco el mar de la duda,
 mi voz permanece muda,
 mi cuerpo cede al temblor.
 Por fin, la visión fatídica
 tres tantos su balla acrece,
 y en el espacio se mece
 de sus dientes al crujir;
 y lanzando una volcánica
 devoradora mirada
 repite la cárcajada
 y así comienza a decir.

“¡Oh tú, que adviertes al magnate altivo,
 y al torpe avaro y la gentil doncella
 que de la vida la fulgente estrella
 mañana oscura a su pesar verán;
 ¿por qué no dices que también entonces
 rotas las cuerdas de tu ronca lira,
 del dulce amor porque tu ser suspira
 los delicados tonos no darán?
 ¡Pero goza mortal! Goza del mundo
 con sus fiestas y placeres,
 y sus tiernas angélicas mujeres
 más lindas que la flor de Jericó.
 Mujeres ¡ay! que al entreabrir los ojos
 de la vaga ilusión entre los lazos
 tienden sus nívicos y redondos brazos
 buscando la verdad en el amor.

Lánzate en ellos presumido bardo,
 y apura el cáliz del placer en ellos,
 coge en sus ojos del amor el dardo
 y dormita en sus senos de jazmín.
 ¡Ah! yo te llamaré; que entre las horas

con que resbala sin querer la vida
una vendrá de luto revestida
marcando al mundo su tremendo fin.”

¡Dijo la sombra! Su terrible fallo
los anchos horizontes recogieron
y las auras purísimas vinieron
a refrescar mi enardecida sien.
Mas en mi pecho sin cesar retumba
la misma voz profética y cansada
que al son de la burlona carcajada
“¡goza!” —repite— ¡goza tú también!

Matanzas, 1844.

INQUIETUD

¿Qué ha sido de la alegría
que esmaltaba mi semblante,
de la paz del alma mía,
de esa paz que embellecía
las horas de mi existir?

¿Qué ha sido de la esperanza,
linterna resplandeciente
que aunque siempre a lontananza
y nunca, nunca en bonanza
su fuego me dio a sentir...?

¿Por qué en huracán desecho
se truecan así las brisas?
¿Por qué la inquietud del pecho
y del labio las sonrisas
en amargura y dolor?

¿Por qué si llevo afligido
al campo o cielo los ojos
hallo el cielo enrojecido,
y hallo en el campo abrojos
por tintos y por verdor?

¡Y el sueño...! el sabroso sueño
con que aliviaba mis penas;
¿por qué me oculta su ceño,
y sordo a mis cantilenas
al desvelo me vendió?

¿Cuál es el origen, cielos,
deste perenne llorar
y estos bárbaros recelos,
y este inútil anhelar
y esta horrible confusión?

¡Oh! ¡sacadme de esta duda
que sin cesar me atormenta!
Quitadme esta espina aguda,
y así como aguda cruenta
que produce mi dolor.

¡Ay! ¡decidme si es la muerte
que está amagando mi vida
maltratada por la suerte,
o si es que el alma afigida
arde entre llamas de amor...!

1844.

A MADAME M... K...

Ya que tuvisteis, señora,
la incomparable fortuna
de ser con tan mala cuna
la esposa de un gran varón;
poned singular cuidado
en esconder vuestra esencia,
y ostentad, no impertinencia,
sino pausa y discreción.

No es común que un caballero
de saber y poderoso
con enlace tan brumoso
insulte a la sociedad;
así la que tanto alcanza
de las prácticas en mengua
debe atar mucho la lengua

y tener más dignidad.
Debe hacerlo, por que digna,
y al cabo es una lisonja,
que de vasta y sucia esponja
trocóse en borla sutil...
y porque jamás alguno
en hora nada propicia
tropiece de su inmundicia
con lo supino y lo vil.

El último de la tribu
a que habeis sido importada
sabe que fuisteis alada
del polvo de la abyección:
que erais mísera sirvienta...
sin linaje y sin ventura
sin gracia y sin hermosura,
sin siquiera una ilusión.

Y sabe que tal esposo
habeis porque en vuestro oficio
mezclásteis tanto artificio
que lo pudísteis vencer.
Él enfermo... vos, astuta;
él anciano... vos, coqueta;
él piadoso... y vos, ¡peseta!
os tomó para mujer.

Agradecedlo, señora,
es su más remoto deudo,
que en verdad, este es el feudo
mejor que podríais rendir.
Y así pasando los días
de vuestra dura probanza,
podreis la hermosa esperanza
de ser amada cumplir.

¡Muy generoso es el mundo!
tal vez llegará un momento

en que olvide el nacimiento
de la... *choose par hazard*...
os toca a vos de ese olvido
tejer la trama preciosa,
siendo recogida esposa,
y humilde, y buena sin par.

Esta planta no se opone
a que vos, rica y señora,
libeis en la seductora
dulce copa del placer.
¡Oh! ¿Qué no alcanza el dinero?
¿De cuántos juicios no excusa?
¿Quién se acuerda de *Medusa*
oyendo el oro tañer...?

Pulsad, aunque vieja, el piano,
y cantad, aunque sin pecho:
eso está en vuestro derecho,
¿derecho tuerto, pardiez!
y en polvos, y en zarandajas,
y en linos y en prendas de oro
el acopiado tesoro
dilapidad de una vez.

Mas...no os ocupeis, por Cristo,
con mal pergeñada homilía
en regar en la familia
la simiente del rencor;
que si en París os produjo
la ocupación de *tercera*
aquí, señora pudiera
causaros más de un dolor.

¿Quién os ha dado el encargo
de ordenar inclinaciones
que no más los corazones
pueden y deben fijar?
¿Quién el bastado y comero

de promover una liga
y ofender con sucia intriga
al que no os quiere escuchar?

¿Se ha de amar por vuestro antojo?
¿O sois de la escuela infanda
que *Mademoiselle la Normanda*
en vuestra patria fundó?
¿Adivináis por las líneas
que se trazan en la frente
quién su amor puro y ardiente
por un buen rumbo enderezó...?

¡Señora...! ni los diciembres
que os acusáis: ni el estado
social a que habeis llegado
(se sabe cómo y por qué:)
ni vuestro propio decoro,
ni el honor de vuestro suelo...
nada aprueba, ¡por el cielo!
vuestra profesión de fe.

Ni conteis con la indulgencia
de vuestro ilustre marido
cuando al fin fuese advertido
de tanta debilidad;
antes bien, creed que entonces
y momento por momento
le hareis del remordimiento
padecer la intensidad.

Volved en vos, mala vieja:
volved en vos, pues no es tarde,
y alcanzareis que se os guarde
buena y larga estimación.
En vuestro alcázar se sobran
pensamientos y alegrías
que harán para vos los días
un oleaje de ilusión.

Id a él. Vuestro patrono
toca al fin de la existencia...
complacedle, habed prudencia,
et vous feráis votre affair...
Y entonces... pues... pretextando
hondo horror a estos lugares,
volvereis a vuestros lares
con un tesoro y un ser.

¡Mas volved, allá señora,
venerada y bendecida!
Amor en Cuba es la vida:
¡coged oro y dad amor!
él imprimirá recuerdos
más dulces y perdurables
con que sombreáis vuestro honor...!

1844.

A VILA EN SU NATAL

Pues que ha llegado tu natal sereno
fuerza es ¡oh Vila! que mi voz te cante,
aunque al salir de mi doliente seno
presto la ahogue el viento murmurante.

Y lúgubre será... presa del llanto,
errabundo en un mar de desconsuelo,
no me es posible preludiar un canto
sin que destile gota a gota el duelo.

Así de tu belleza sobre-humana
la historia callaré; que es bien patente
ese tesoro en ti, con que galana
eres timbre y delicia de tu gente.

Otro es ahora de mi canto el tema
tema a tu rubor nada costoso:
aquel que de tu faz es vivo emblema
con su purpúreo resplandor glorioso.

¡El porvenir! ¡el porvenir...! ¡Oh Vila!
torna tus ojos, y veráslo al frente
brillante cual lucero que rutila
sobre bruñido despejado oriente.

Alfombra de esmeraldas y de flores
cubre en tu honor su encantadora vía,
blasonando los mágicos olores
que blasonaba un tiempo Alejandría.

Entra y goza, mujer de tal encanto
ya que a tan bello seductor camino
libre de dudas y de acerbo llanto
te conduce la mano del destino.

Allí tu genio tenderá su vuelo,
águila altiva que hasta el éter sube,
que habiendo indigno de su canto al suelo
asciende a Dios entre dorada nube.

Y allí saludarás alborozada
los sueños de tu angélica inocencia
en medio de una esfera embalsamada
del casto amor con la sublime esencia.

Y por tus labios sin cesar triscando
verás la dulce risa del sociego
que en este mundo material buscando
a tientas voy cual peregrino ciego.

Entra y goza, mujer, de tal encanto,
ya que a tan bello seductor camino
libre de dudas y de acerbo llanto
te conduce la mano del destino.

Y pues nada le falta a tu ventura
los tonos del pesar pon en olvido
y solo los de amor y de ternura
se escapen de tu plectro estremecido.

.....

¡Ay! ¡Tú hospedastes en tu blanco seno
 la aterradora y negra desconfianza,
 y un *dei profundis*, un amargo treno
 alzastes en sufragio a tu esperanza...!

¡Sí...! De carmínea en el natal cantaste,
 y fue tu inspiración doliente y triste,
 y al mundo que te admira acongojaste
 y a quien te lo recuerda angustia diste.

.....

Y pues nada le falta a tu ventura
 los tonos del pesar pon en olvido
 y solo los de paz y de ternura
 se escapan de tu plectro estremecido.

Y nunca anubles presintiendo males
 tus arábigos ojos con el llanto...
 ni juntes a tus sueños virginales
 la horrenda realidad del desencanto.

¡Ay! ¡Nunca, Vila! la desgracia ajena
 sirva a tu mente de fanal y guisa!
 así por siempre vivirás serena
 cual otro tiempo tu cantor vivía.

Deja el sollozo y funeral lamento
 para mí nada más, para mi alma
 que muere del fastidio en el tormento
 sin ilusiones de futura calma.

¿Quién soy? ¿Qué tengo? el anchuroso mundo
 ¿Qué flores brinda a mis ardientes ojos,

aun viendo que batallo y me confundo
rodeado de tinieblas y de abrojos?

¡Quién soy! Lo ignoro. Dizque ser es sombra
sin el falso oropel o la fortuna,
y la sensata sociedad me nombra
pobre y oscura des que hui la cuna...

¡Qué tengo! ¡Ay! solo un corazón ardiente
cual ninguno tal vez, y por lo tanto
un corazón que se acongoja y siente
sin que nadie se duela de su llanto.

Y son ¡oh Vila! las lozanas flores
que brotan en mi senda pedregosa
la sátira, el dēsaire y los dolores
con que esa misma sociedad me acosa.

Tú que compones una parte de ella...
¡ay cielos! ¡tu también llorar me hiciste...!
¡tú también rencorosa como bella
de amargura y rubor mi faz cubriste...!

.....

Queda esta historia en el silencio oculta,
del alma sorda al penetrante grito,
cual queda un caracol, que el mar sepulta
de la horadada roca en lo infinito.

Tú sigue hollando violas y claveles
con tu destino próspero encantada,
diadema de ambarinas y laureles
ciñéndote a la frente nacarada.

¡Y plegue a Dios que la desgracia ajena
tomes en tiempo por fanal y guía,
así por siempre vivirás serena
cual no hace mucho tu cantor vivía!

1844.

A... EN TRAJE DE BAILE

¡A vivir! ¡A gozar!... Vuela, señora,
más que la brisa o mi esperanza vuela,
y en medio de la danza arrobadora
dulces lisonjas escuchando riela.

Viste de anillos la sedaña mano
de blancas perlas la virgínea frente;
y en tu semblante de color indiano
la tinte del placer brilla fulgente.

Y envuelve en seda la gentil cintura,
seda en que pro de su donaire sea
y derramando chispas de hermosura
de mil galanos en redor ondea.

¡A vivir...! ¡A gozar...! ¡que el tiempo breve
del ser la esencia en lo infinito lanza!

¡A vivir...! A gozar, antes que lleve
a su lóbrego seno tu esperanza...!

¿Para qué deshojar las bellas flores
de la gallardía juventud, gimiendo,
y en el profano altar de mis amores
irlas una por una desparciendo?

¿A qué pensar en la maligna suerte
que me acongoja con la noche y día,
y así en la vida padecer la muerte
y convertir tu gozo en agonía...?

¿No vale más lucir una corona
de yedra, y mirto y alhelí morado,
y el juramento que mi pena abona
sepultar para siempre en el pasado...?

¡Sí...! ¡Vale mucho más! Este es el mundo,
y estar bien con el mundo es lo preciso;
que uno sollozo en sótano profundo
no impido que otro corra al paraíso.

Así, señora, mientras yo me muero
sorbiendo trago a trago la amargura,
bien le puedes mostrar al mundo entero
el espléndido sol de tu hermosura.

No habrá un dígito solo que girando
en torno de tu disco refulgente
retroceda de súbito, acordando
el pálido celaje que anda ausente...

¡Ni menos ha de haber quien sorprendido
al verte errar sobre la tersa alfombra,
en mí piense, se indigne y por tu olvido
lance de un cargo en tu redor la sombra...!

¡A vivir...! ¡A gozar...! Despierta hermosa,
del sueño a que te trajo mi querella,

y evita en lo adelante cuidadosa
que tornen tus oídos a entenderla.

Sólo la voz de la *amistad* escucha
que te ordena me pongas en olvido,
sin concebir la peligrosa lucha
a que supone mi pecho dolorido.

Pero... ¿Qué importa ¡vive Dios!...? Despierta
y huye del hombre que sin fin te ama,
y ve volando, deslumbrada, incierta,
de el embeleso mundanal te llama.

Huye —haces bien—, al virtuoso halago
del errabundo y triste peregrino
que conocieras en instante aciago
de la prestada vida en el camino.

Huye al contagio del amor tremendo
que mi lánguido espíritu devora...
¡la música! ¡ay de mí...! ¡oye su estruendo...!
¡A vivir...! ¡A gozar...! ¡Adiós, señora...!

1844.

LA VIRGEN Y EL JARDINERO

Junto a una fuente sentados
una mañana de enero,
desta suerte platicaban
la hermosa y el jardinero.

Ella: En vano anduve buscando
por todo el jardín las flores
que expresn de los amores
la dulcísima emoción.
Busqué mirto, acanto y lilas
y violas y trinitarias;
pero aquí las pasionarias
abren solo un botón.

Él: No, niña, tengo otras flores
que pueden ser de tu agrado

cuyos nombres no han sonado
jamás en torno de ti.
Las tengo ricas de esencia,
de molduras caprichosas,
y esbeltas y donairosas
como el gallardo alhelí.

Ella: Me encantas con la pintura
de tus flores, jardinero
y que me expliques espero
con sus nombres su valor.

Él: En ambos son muy más bellas
que los mentidos laureles,
y los serpoles infieles
y el narciso halagador.
Y así diciendo marcharon
por un angosto sendero
hacia el fin del jardincillo
la hermosa y el jardinero.

Él: Mira aquí, junto al arroyo
que toma ser de la fuente,
cuántas flores juntamente
nos saludan al pasar.
Se desprende y nos embriaga,
y se aleja, y torna y vaga
del céfiro al murmurar.

Ella: No hay duda: son sus perfumes
cuan ninguno seductores.
¡Qué variados sus colores
y qué puros a la vez!
¿Serán por suerte, sus nombres
como sus cálices bellos?
¿Del amor explican ellos
la secreta languidez?

Él: ¡Y tanto...!

- Ella: Di, jardinero:
Aquel pimpollo de rosa...
- El: Significa, niña hermosa,
ignorar lo que es amor.
- Ella: ¡Ah...! ¡Yo no puedo tocarlo...!
- El: ¡Y es suavísima su esencia...!
- Ella: Su vista de mi dolencia
duplica el fiero rigor...!
y el aura llevó en mis hombros
un gemido lastimero
sin saber si lo escaló
la hermosa y el jardinero.
- El: Entonces vuelve tus ojos
y verás la siempreviva,
la púdica sensitiva
y el jacinto y el clavel.
Talismán de amor eterno
la primera y la segunda
de aquella emoción profunda
que en grana tiñe la piel.
Es, niña, tan vergonzosa,
tan sensible y delicada,
que de tu mano ardorosa
el leve tacto al sentir;
al punto como por magia
todo el ramo se adormece,
y se recoge, y parece
que más no vuelve a vivir.
- Ella: ¿Y el jacinto, jardinero?
- El: Simboliza la tristeza
del corazón cuando empieza
a saber lo que es el amor.

Ella: ¿Y el clavel?

El: Los sentimientos
con que al robarnos la calma
circunda y devora el alma...

Ella: ¡Ah! Dame, dame esa flor...!
Y vióse luego desnudo
el tallo más altanero,
continuando en su coloquio
la hermosa y el jardinero.

El: Pues ya que el clavel te llevas
para esperar tus amores,
busca, niña, de otras flores
una que temple tu afán.

Ella: No es posible, jardinero...
¿Cuál, aquí, es tan virtuosa?

El: Esta blanquísima rosa
y este lindo tulipán.

Ella: ¿Y la rosa no dijiste
que de amores la ignorancia
significa?

El: ¿Mas no viste
que era entonces un botón?

Ella: ¿Y abierta?

El: Del matrimonio
es el signo verdadero.

Ella: ¡Qué me dices, jardinero...!
¿no será vana ilusión?
¿Y el tulipán?

El: Con él, niña,
se revela el fuego ardiente
que dentro el pecho inocente
derama el más puro amor.

Ella: ¡Pues en pago, jardinero,
de tu clavel y tu rosa
acepta esta flor pomposa
que te brinda... mi dolor!

Callaron... más tarde oyóse
de un ósculo el son ligero
¡cuánto fueron venturosos
la hermosa y el jardinero!

1844.

LA ROSA Y EL RUISEÑOR

Una noche en que la luna
brillaba en mitad del cielo,
como en el seno acolchado
de una mora sutil velo:
en que a través de su lumbre
fulguraban mil estrellas,
siguiendo tímidamente
y hasta convulsas, sus huellas;
de un valle en lo más espeso
mientras las auras gemían,
el ruiseñor y la rosa
desta suerte se decían:

Ruiseñor: Dime, flor casta y hermosa,
vaso de aromas y de miel
que cual niña vergonzosa

te recelas cuidadosa
de hojas mil bajo un dosel.
¿Por qué tu botón no abriste
del sol a la lumbre ardiente,
y si después que le viste
la faz desnuda y triste,
sepultar en occidente?

La rosa: Dime tú, plecto sonoro,
monarca de la armonía,
pájaro tierno y canoro
que a verter vienes tu lloro
bajo esta selva sombría;
¿por qué tu canción no alzaste
con su fuego abrasador,
y si después que observaste
de la luna el resplandor?

Ruiseñor: Bella rosa purpurina
la del céfiro adorada;
si a tu corola divina
cuando la tarde declina
llega mi voz angustiada:
si canto a la luz, señora,
de la luna limpia y bella
es porque así más sonora
al Dios que mi pecho adora
pueda subir mi querella.

La rosa: Ruiseñor, pájaro hermoso,
el de las fuentes mimado:
si tu mirar amoroso
mi capullo vergonzoso
de tarde encuentro cerrado,
si le abro, en fin cuando impera
la noche, bien se presume
que así a la cóncava esfera
merced el áura ligera
quiero mandar mi perfume.

Ruiseñor: Pues abre, flor de las flores,
tu purísimo botón.

La rosa: Pues cantor de los cantores
también tus quejas de amores
exhala del corazón.

Habana, 1844.

PLEGARIA

¡Oh tú, Señor, que tolerar pudiste
la injuria, y el baldón, y al fin la muerte,
torna la vista y deshojada advierte
la flor de la esperanza que me diste.

Mira mi faz amarillenta y triste
al soplo audaz de la iracunda suerte
que hora por hora su veneno vierte
sobre el alma que apenas ya resiste...!

¡Tu mano, gran Señor! ¡tiende tu mano
y libra de tinieblas mi persistencia
dando a mis plantas un mejor sendero!

¡Ay, que si dejas al destino insano
el uso de tu grande Omnipotencia
se pierde para siempre este cordero!

1844.

CE...

Misterios del alma son.

MORETO.

En vano luchas, hermosa,
y me suplicas en vano
por saber el hondo arcano
de mi perenne aflicción;
pues sólo puedo decirte
que estas lágrimas que riego
y estos suspiros de fuego
¡misterios del alma son!

Misterios impenetrables,
abortos de mi ternura:
misterios que de amargura
me llenan el corazón;
sin otro alivio o consuelo

su espesa hiel apurando
que sollozar, exclamando:
¡misterios del alma son...!

Acaso, bien de mi vida,
gran parte tengas en ellos...
¡acaso tus ojos bellos
les comunican su acción...!
Empero... no lo comprendas,
y yo...ni sé si te quiero...
y estas dudas en que muera
¡misterios del alma son!

¡Oh virgen...! no me preguntes,
que tu amistoso desvelo
duplica muy más mi duelo,
redobla mi confusión....
¡Ah...! Mira: este ruego mismo
que a ti levanto angustiado...
este sollozo inflamado...
¡Misterios del alma son!

1844.

ADIOSES

Tuve un futuro de carmín y flores
allá en los años de mi dulce infancia,
cuya perenne insólita fragancia
aspiraba en descuido el corazón.

Y vino el huracán, y todas ellas
cayeron mustias sin dolor ni encanto,
y al verlas dije en abundoso llanto:
¡ADIÓS, FUTURO! ¡PARA SIEMPRE ADIÓS!

Mas de la patria bajo el limpio cielo
casi juzgo mi mente por seguro
de los mismos escombros del futuro
otro futuro levantar mejor.

La suerte entonces me lanzó indignada
sobre el cristal cerúleo de los mares
y exclamé transponiendo mis palmares:
¡Adiós, la patria! ¡para siempre adiós!

Y vine a Cuba, y al beber los rayos
de su candente sol gemí de amores,
y esperé que sus mágicos dulzores
triunfaran de la hiel de mi dolor.

El mundo alzó su temerario grito,
¡Que en todo quiere intervenir el mundo!
y dije al son de mi penar profundo:
¡Adiós, amores! ¡para siempre adiós!

¡Rasaura me quedó...! ¡Sincera amiga,
y hermosa, y gallardísima española,
y elegante rival de la amapola
y monumento del poder de Dios!

Empero... ya una luna se ha cumplido
desde ~~la~~ viera hender la mar hirviente,
y dije, alzando mi clamor doliente:
¡Adiós Rosaura! ¡para siempre adiós!

Hoy al tender los inflamados ojos
sin ilusiones, sin amor... ¡sin lares!
me abandono en el mar de los pesares
cansado de sufrir... ¡muerto al valor...!

Yo también partiré dejando a orillas
de un lento río y otro río sonoro,
la amiga y la beldad que ardiente adoro
la rosa y el jazmín de mi ilusión.

Yo también partiré y acaso en breve,
aunque sepa morir cuando mi acento
murmure a par del convulsivo viento:
¡Adiós, ensueños! ¡Para siempre adiós!

Que apagada la luz de la esperanza
por el recio huracán de las pasiones,
quiero olvido buscar si no ilusiones
en la tierra que vi primero el sol.

Antes que llame con febril deleite
a la duda mortal y al viejo inmundo

diciendo a gritos porque entienda el mundo
¡Adiós, virtudes! ¡para siempre adiós!

¡Límpido Ozama! ¡caudaloso río!
bajo el ancho dosel de tus palmeras
voy a verter mis lágrimas postreras
y el fuego a sofocar del corazón.

Voy a vivir contigo, solitario...
hasta el ora fatal de la agonía
en que a su vez te diga la voz mía:
¡Adiós, Ozama! ¡para siempre adiós!

Habana, 1844.

A UNA LÁMPARA

¡Parábola elocuente
de nuestra hermosa susceptible vida:
Lámpara esplendente
que estampas en mi frente
los rayos de tu lumbré amortecida.

¡Oh! ¡Cuánto tu tristeza
me colma de terror y desconsuelo!
Y ¡cuánto la tristeza
que exhala tu pavezca
del alma dobla sin querer el duelo!

Magnífica y radiante
bajo del nicho te contemplo ahora...
mas ¡ay!... dentro de un instante
tu llama deslumbrante
perderá la existencia que atesora!

Que en raudo movimiento
sobre tus bordes flotará, azotada
del importuno viento,
su tasado alimento
buscando en torno y encontrando... ¡nada!

Así de las pasiones
al comprender el corazón ardiente
los fuertes agujones,
en mil oscilaciones
¡morir la luz de su esperanza siente!
¡Y así, lámpara bella,
también se extingue de la corta vida
la fúlgida centella,
sin dejar una huella
del mundo impresa en la región florida!

Habana, 1844.

CONVICCIÓN

*Quien de dos claros ojos
y de un cabello de oro se enamora,
compra con mil enojos
una menguada hora,
un breve gozo que sin fin se llora.*

F.L.DE. LEÓN

De las espumas de la mar rugiente
sube pausada la risueña aurora:
los verdes campos y las cumbres dora,
y el lago azul y la rizada fuente.
La palma blandamente
sacude a su ascensión la cabellera:
tejiendo bulle el río
del suelto cascajal sobre la estera:

canta inspirado el ruiseñor sombrío;
y el aura leve, que suspira amores,
liba en la copa de las tiernas flores
el balsámico néctar de su rocío.

Entre tanto esplendor y tanta albura
muéstrase luego la gentil mañana,
que trueca en viva deslumbrante grana
la inmensa sombra de la noche oscura.
Su fúlgida hermosura
refleja en el cristal del oceano:
y el alto firmamento,
y el duro risco y el tendido llano,
y el horizonte en ondulante asiento,
y cuanto más sobre la tierra existe,
de ondas, celajes y verdor se viste,
de oro, esmeraldas, y carmín y argento.

Mas de improviso el huracán furioso
ruge a la espalda de esa aurora misma,
y en insondable lobreguez se abisma
trémulo el mundo que se alzaba hermoso.
El cielo esplendoroso
retumba al son del trueno y se encapota,
y el pliélagos encrespado
las muidas playas con estruendo azota;
mientras corre a su seno enturbiado
el diáfano cristal que en mansedumbre
serpeaba al pie de la escarpada cumbre
por las músicas auras requiebrando.

¡Tal es el hombre! Sin igual se ostenta
en la férvida edad de las pasiones,
con el alma vestida de ilusiones,
ebria de encantos y aun de más sedienta.
Por invariable cuenta
el magnífico sol de la ventura
que su esperanza dora
y alimenta el volcán de su locura;

y humilde al pie de la verdad que adora,
del humano querub que a ciegas ama,
aviva más la devorante llama
que su insaciable corazón devora...!

Como a la voz de los antiguos magos
al soplo de ese amor cambia la escena:
el mundo es para él una sirena
que le llama a gozar de sus halagos.
Y alígeros, y vagos
sus pensamientos todos de improviso
se lanzan a la esfera
de aquel nuevo encantado paraíso,
de aquel espacio de perfume y gloria
dulce abandono y religiosa calma,
donde entré sueños se columpia el alma
y en delicias se aduerme la memoria.

Mas ¡Ay! que asoma el desengaño horrendo
cual lívido cometa ante la luna,
y esas glorias de amor una por una
se alzan medrosas al olvido huyendo.
Y atónito y gimiendo
el hombre ¡triste al comprender el mundo!
en su despecho lanza
un grito estéril de dolor profundo...!
¡la perfidia ha burlado su esperanza;
que epílogo infernal de los amores,
siempre cubre de pálidos colores
la fe que el corazón cándido alcanza...!

¿Y quién mañana impulsará el torrente
de afectos nuevos, y consuelo, y vida,
que en derredor de esa lágrima afligida
sonoro destrenzaba su corriente?
¿Quién hará esa frente
manchada de vergüenza y de amargura,
doblarse enamorada
tributándole culto a la hermosura?

¿Y cuál la dulce femenil mirada
será que en premio de su casto fuego
logre a esos labios arrancar un ruego,
una de amor purísima balada...?

¿Cuál, pues...? ¡Ninguna! de su luz divina
huirá como el sunsun en la pradera
cuando descubre a la serpiente artera
porque tan sólo con mirar fascina.
Huirá la peregrina
voz de la mujer, ese concontento
dulcísimo y sonoro,
ese blando raudal de sentimiento;
y al recoger el abundante lloro
que sus mejillas gota a gota baña,
blasfemara con desenfreno y saña
de la que amaba su criminal desdoro!

Y esa alma ayer tan aromosa y pura
como las auras del florido enero,
tal vez se arroja en su dolor primero
del torpe vicio por la senda oscura...!
Tal vez en ella apura
la pócima de impúdicos placeres,
negada a la obediencia
de la augusta virtud, de los deberes;
y doblada a la estúpida demencia,
lóbrego el éter de su mente fría,
por el canal de la asquerosa orgía
derrumba en el sepulcro su existencia.

¿Y a quién se culpará si desta suerte
necio termina su carrera el hombre,
siendo no más de execración su nombre
hasta en los brazos mismos de la muerte?
¿A quién con garra fuerte
debiera salir el cruel remordimiento,
y en la noche y el día
dar que apurara todo su tormento?

¿Y quién mañana en buena ley debía
ante el Supremo Universal Juzgado
responder a los cargos del pasado;
la víctima, o el ser que la extravía...?

¿Será quien llora aquí con amargura
partidas ¡ay! de la virtud las flores,
o el hálito que quiebra sus colores,
el fuego que marchita su hermosura?
Será quien con pavura
traspasa el yermo de la vida a solas,
imagen de la vela
que dividiendo las sulfúreas olas
desarbolada hacia el abismo vuela,
o quien le ahuyenta la quietud del alma
quien le convierte en aquilón la calma,
quien por gozar de su naufragio vela...?

.....
.....

¡Amor! ¡tremendo amor! ¡amor terrible
cuyos breves quiméricos halagos
son una historia de amor y estragos
que nunca olvida al corazón sensible!
¡Misterio incomprensible
así para el que débil te venera,
así para el brioso
que mal tu grado en su razón impera...!
¡ah! ¡no tornes a mí con pie dudoso
deja, por Dios, que a fuer de peregrino
adelante en mi lóbrego camino
sin ver jamás tu resplandor hermoso!

¡Ya no quiero librar en tu corriente,
que arrastra a un tiempo de la vida en daño
la efímera ilusión y el desengaño,
la farsa impura y la verdad doliente
sonora y transparente

juzgábala hasta ayer mi fantasía
y a su borde embriagada
bebiendo sin cesar morir quería
mas hoy que reflexiva y sosegada
en deliciosa calma se adormece,
de amor al solo nombre se estremece
cual hoja por el céfiro agitada...!

De un desengaño acerbo la amargura
voy devorando por doquier que sigo...
¡Tremenda oposición...! ¡justo castigo
de mi funesta juventud locura!
¡No más...! de la natura
sólo al artista rendiré postrado
mi férvido homenaje,
del mundanal bullicio separado.
Así la flor, el pájaro, el celaje,
y el sol, y el mar, y el aquilón sombrío,
causas solas serán del estro mío
temas sin fin de mi canción salvaje.

Habana, 1844.

AYER Y HOY

En un rincón del turbulento mundo
pasé los años de mi edad primera
no bien los mares dividí errabundo
salvando de mi patria la ribera;
en un rincón estrecho y solitario
término medio a mi destino vario.

En él ni una ilusión benigna quiso
pasar su raudo esplendoroso vuelo,
y en horas convertir de paraíso
las lentas horas del mortal desvelo,
que nunca en doloridos corazones
fijaron su mansión las ilusiones.

Y sólo la memoria despiadada
comparando el rigor de la tormenta

con el reposo de mi injusta nada
era la luz del alma macilenta,
si la luz se llama en medio a la amargura
al recuerdo que pálido fulgura.

Mas conforme, por Dios, como la seta
que a los bordes se ve de una laguna,
mi existencia arrastró de anacoreta
sin pretensiones de mejor fortuna;
que el olvido es un bien para el que no llora
goces de ayer y pesadumbres de ora.

Allí por dicha conocí temprano
lo vago del placer, lo transitorio,
que de la escena mundanal lejano
el destierro troqué en observatorio,
hasta que el porvenir cerró su puerta
quedando al alma a los delirios muerta.

Vieron mis ojos la procaz mentira
con persuasivo melodioso acento
cual chupa flores que en el aire gira
hollando choza y rico pavimento
por dar entre el galán y la doncella
de la necia esperanza la centella.

La vi halagar hipócrita el deseo
de la augusta verdad al grito muda,
volando mal en su brillante areo
al pálido fantasma de la duda
que cual sierpe famélica sivaba
y los agudos dientes afilaba.

Vi la ignorancia levantar su trono
trayendo el templo del saber a ruinas,
y a la soberbia vi con falso tono
al pobre o débil coronar de espinas,
porque... ¡es muy propio en los que nunca fueron
oprimir y ultrajar cuando subieron...!

Y vi el orgullo de la nada alzarse
 escarneciendo al que se hundió en la nada;
 de su amargura sin piedad burlarse,
 sin tenderle siquiera una mirada:
 ¡profanar la virtud en la pobreza,
 llamar virtud al vicio de la riqueza...!

Y vi la indigna vanidad comprando
 huecos aplausos, títulos y honores,
 y la ambición odiosa comerciando
 con la pura amistad y los amores,
 rebelde a la razón y al sentimiento
 que alzaban a la par triste lamento.

Con tan horrible cuadro siempre al frente,
 cuadro que el vicio sin cesar crea,
 jamás en el espacio de mi mente
 brotó del goce la brillante idea,
 antes bien agitando al aura pura
 en los tonos cantó de la amargura.

.....

Y serena y pacífica mi vida
 al tenebroso porvenir marchaba
 del rumor de las fiestas retraída
 porque en ellas de lejos alcanzaba
 el brillo de la hoguera abrasadora
 que un tiempo había de ser su matadora.

¡Esto era ayer...! osado y altanero
 de la mujer huyendo la hermosura,
 en tributarle cultos el primero
 y el más rebelde a su genial ternura
 iba en pos de mi incógnito destino,
 flores de paz cogiendo en el camino...!

Mas esa paz voló, como volaron
 los deliciosos sueños de grandeza

que los torpes sentidos abortaron
en mi edad de candor y ligereza,
como la niebla cuando el sol asoma
como el soplo del céfiro un aroma.

¡Pasó el ayer...! pasó como un fantasma
llevándome la dulce indiferencia
con que observaba cuanto al hombre pasma.
¡Y circunda de espinas su existencia:
llevándome el desdén con que venía
del mundo la maldad, la hipocresía!

Hoy amo ya con el amor ardiente
de un corazón para el amor fundido:
con el soberbio amor de los de oriente
de cáncer bajo el trópico nacido:
¡con el amor viral de la locura,
con el amor que ni la muerte cura!

Largo tiempo luché: ¡más largo fuera!
¡más la indolencia en que viví durara,
y no en los brazos del dolor gimiera
y no cautivo del amor llorara!
Pero gastando el valladar, desecho,
sentí inundarse de ternura el pecho.

¡Oh madre mía! Quiso el alma ansiosa
saludar la ventura apacentada
en el cándido seno de una hermosa,
tal como fue por la ilusión pintada:
sublime al par de tu sublime llanto,
constante más que en su dicción mi canto.

Y enajenado arrebaté una lira,
y herí sus cuerdas de entusiasmo lleno,
y al corazón que lánguido suspira
sus ténues golpes redobló en el seno
trocando las amargas impresiones
en un raudal de tiernas emociones.

Y mis cantigas por el aire erraron,
 mis ensueños en sus alas se mecieron
 mis dudas al olvido se lanzaron:
 mis esperanzas de oro renacieron,
 y abandonando el alma a las creencias
 nadé en un golfo de pasión y esencias.

Y vi, por fin, la angelical criatura
 que al son buscaba del laúd dolido
 a la trémula voz de mi ternura
 prestando atento generoso oído:
 la vi risueña, humilde, pudorosa,
 más que la vida cuando empieza hermosa.

Pardos los ojos... la color morena...
 la frente limpia y el acento blando,
 la breve boca de sonrisas llena
 y caricias de amores suspirando
 era el ángel, la luz la poesía
 que en medio de mis tinieblas concebía.

Mas una turbia gigantesca oleada
 levantose mugiendo de repente
 para hundir en lo cierto de la nada
 la flor de mi esperanza renaciente,
 y hacerme suspirar desvanecidos
 del corazón los férvidos latidos.

.....

Hoy... ¡cielos!... triste, con el alma mustia,
 sin tino ruedo por el mar del mundo
 hasta apagar su devorante angustia
 de la lóbrega huesa en lo profundo;
 sin que el recuerdo dulcifique un tanto
 la amarguísima hiel de mi quebranto.

Ayer tranquilidad, luz y ventura:
 hoy duda, agitación, tormento y penas...

ayer flores de paz y de hermosura
hoy... ¡veneno de amor dentro de las venas!
¿Qué me falta...? ¡la tumba, el hondo olvido...!
¡Decirle al mundo ¡Adiós! en un gemido!

1844.

A UNA PISTOLA

Cerca a mi lecho sin cesar colgada
y al suelo expuesta la terrible boca,
yace un arma fatal a quien la toca
porque la muerte en ella está hospedada.

Mi pupila la observa horrorizada
pues que ha ser vista sin querer provoca,
y ya más de una vez mi mano loca
en su resorte se oyó agitada...

El hombre a su defensa la destina;
más también a su fin, si las pasiones
galopan en desorden por su mente.

¡Así, mi estrella a sospechar me inclina
que por librarme esa arma de aflicciones
en mil pedazos partirá mi frente...!

1844.

LAMENTO DEL PESCADOR

I

En el azul incrustada
del cóncavo firmamento
brilla la luna argentada,
mirándose retratada
bajo el undoso elemento.

Y al dormido resplandor
que llora desde la altura
de un esquife que al condor
semeja en lo volador
perfila la arboladura.

Vaga distante del puerto
al soplo del áura leve
como un jazmín entre abierto
al cual en su paso incierto
el músico arroyo mueve.

Y a manera de una pluma
tiende a la espalda su vela
y corta la blanda espuma,
y la desparce, y la abruma
hiende las olas y vuela.

Y a sumergirse parece
debajo del verde mar,
ya torna y más se remece,
y níveo el par resplandece
del mismo tinte lunar.

Y en sus costados revientan
una oleada y otra y cien:
y la ira indómita aumentan,
y pugnan, y al fin se ahuyentan
en querrelloso vaivén.

Triste su dueño entre tanto
regir el timón olvida
para dar riendas al llanto,
y a la voz de su quebranto
del hondo pecho salida.

Que tuvo tiempos de gloria
allá cuando el hado quiso,
tiempos ¡ay! que en su memoria
representan una historia
y esa historia un paraíso...

Así el áura vagarosa
de la lona huye al asiento,
conduciendo presurosa
hasta la orilla arenosa
un suspiro y un lamento.

Un suspiro de ternura
y un lamento de dolor;
una queja que asegura

desta suerte la amargura
del joven navegador.

II

Nace espléndida la aurora
limpio alfójar derramando
sobre el cálido arenal,
y en breve los montes dora
por el oriente asomando
de los cielos el fanal.

Descoge la noche oscura
su negro y tupido manto
del uno al otro confín;
y el astro de la ternura
derrama luego su encanto
y hace del mundo un jardín.

Mas ni la aurora galana,
ni el genio hermoso del día,
ni la noche con su horror.
Ni menos la luna ufana
con su luz de poesía
mitigan ¡ay! mi dolor.

Nada valen los reflejos
con que amorosa ilumina
mi pálida y mustia sien
¡nada valen si tan lejos
de mi Guindola divina
paso un sol y paso cien.

Encrespadas las corrientes
del fosco más de la vida
¡Ay! me lanzaron aquí,
donde los rayos fulgentes

de la esperanza nutrida
se nublaron para mí.

Por eso, doquier que lanzo
de mil lágrimas cubiertos
los ojos con ansiedad,
por ilusiones alcanzo
no más en estos desiertos
la angustia y la soledad.

Dos lunas ya se cumplieron
que no gozo en la armonía
de su acento arrullador:
¡dos lunas que se perdieron
mis ilusiones de un día
del pasado entre el horror...!

¡No verte...! ¡No verte, indiana,
flor de sin par galanura
sobre el mundano jardín...!
¡No verte hoy, ni mañana...
y siempre en esta amargura,
y siempre en este confín...!

¡No verte, luz de mi vida,
dulce miel de mis afanes,
no verte y... tal vez dudar,
teniendo que a mi partida
te hayan ido otros galanes
de amores a requebrar...!

Saber que irán a tus huellas
ebrios ¡ay! con la fragancia
que exhala todo tu ser,
¡poniendo con sus querellas
en tormento la constancia
que me jurastes ayer...!

¡Saber que te encuentras sola
como el lucero que brilla

más allá del Ecuador...
saberlo, linda Guindola,
y ver como esta barquilla
no secunda mi valor...!

¡Y triste por estos mares
y en aparente bonanza
de continuo discurrir;
y devorando pesares
no hallar que en mi vida lanza
sus rayos el porvenir...!

¡Ay señora! ¿Quién resiste
tan duras agitaciones
sin abatirse y llorar?
¿Quién de luto no se viste
mirando sus ilusiones
hacia el olvido volar?

¿Y quién, en fin, no agoniza
viendo el monstruo de los cielos
siempre a su lado, de pie...
como brama, y se encarniza,
si en mengua de sus desvelos
arde en el alma la fe...?

Llegaba aquí de su canto
doliente, el navegador,
cuando observa con espanto
que del cielo el limpio manto
se vela en negro vapor.

La luna, toda empañada,
cuan antes ya no platea;
y la brisa alborozada
pregona una turbonada
mientras sube la marea.

Zumba a lo lejos el trueno
sobre el errante timón;

y al puerto, nada lejano,
dividiendo el oceano
dirige la embarcación.

Mas calmará sus furores
la horrísona tempestad,
y del alba a los fulgores
volverá con sus dolores,
sus dudas y su ansiedad.

1844.

A MI HERMANO

¿Será verdad que de amargura y duelo
tu corazón enamorado llenas,
delirando sufrir las hondas penas
que el alma me traspasan de dolor?
¿Será verdad que mustio y abatido
turbas el blando murmurar del viento
con siempre triste querrelloso acento,
con penetrante lúgubre clamor?

¿Te afliges tú, que sin cesar te embebes
de hito en hito a Oselia contemplando...?
¡Tú, que en el lago de su amor bogando
miras al tiempo indiferente huir...!
¡Tú, que en su blanda angelical sonrisa
comprendes la bonanza de tu suerte,
y en el aroma que su boca vierte
los goces que te guarda el porvenir!

¿Te aflijeg tú, con veinte primaveras
 ¡ay! que si acaso no te dieron flores
 han sido los risueños senadores
 donde ledo soñarás tu misión?
 ¿Tú, que mañana elevarás la frente
 con noble orgullo en la social arena,
 y bendito serás del inocente
 que te llega a deber la salvación?

¿Te afliges tú, ¡oh tierno hermano mío!
 cuando debieras sonreír sereno,
 cuando en tu alma el desencanto impío
 no ha deramado su amorosa hiel?
 Cuando un sendero de oropel y flores
 abre el saber debajo de tu planta;
 ¿te afliges tú y entregas tu garganta
 de trémulos sollozos a un tropel...?

¿Qué dejas para mí que por el mundo
 cual sombra pasaré sin luz ni huella,
 cual la menuda y apagada estrella
 que solo el arte muestra su fulgor?
 ¿Para mí, que cansado de la vida
 y aun de cansarme della ya cansado
 la espalda loco a la esperanza he dado
 y mi débil espíritu al dolor?

¿Qué dejas para mí que en este valle
 paría en amor y a la amistad ya muerto,
 en vano una guarnida busco incierto
 donde escondido mi dolor esté?
 ¿Para mí, solitario peregrino
 con eterna misión de eterno llanto,
 sintiendo que devora el desencanto
 esta alma ¡ay Dios! que iluminó la fe?

¿Qué dejas para mí, para tu hermano
 pluma liviana que en el aire flota;
 cárabo mudo, funeral gaviota

condenada por siempre a un arenal?
¿Para mí, que a mí mismo abandonado
por un tenaz capricho de la suerte,
quizás al fin con desastrosa muerte
del otro mundo pisaré el umbral...?

¿Qué dejas para mí, pobre viajero,
sin brújula, ni sonda ni esperanza:
perdido en este mar, cuya pujanza
destronará muy pronto mi bajel?
¿Para mí que lo voy surgiendo a solas
asaz medroso y de la orilla lejos,
queriendo hallar los débiles reflejos
de un faro que no luce en su nivel?

¿Qué me dejas, en fin, si tú, ¡cuitado!
osas alzar un dolorido canto,
y quieres con el llanto de mi llanto
decirme que padeces mi dolor...?
¿Con cuál lenguaje quejarme ahora?
¿Cuál de bastante fuerza y energía
habrá que diga la congoja mía
si este me robas en tu loco error?

Vuelve a tu acuerdo, dorador de Oselia
y acalla para siempre esos clamores.
¿A quién con un cierto porvenir de amores
intentó querellarse alguna vez?
¡Cesa! ¡Cesa en los ¡ayes! lastimosos
que ahora arrancas por la fuerza al pecho
mientras yo sólo en mi fatal despecho
con lloro riego la amarilla tez...!

.....

No satisfecho el irritado cielo
a do por sendas diferentes vamos
con darme a la orfandad que deploramos
tan lejos de la tierra en que nací;

y habiendo en poco que mi vida vuele
y la yerta vejez de sueño en sueño
sin gustar un instante de beleño,
de ese dulce cordial que abunda en ti;

quiso que vieran mis turbados ojos
una mujer de formas divinales,
vertiendo por los suyos a raudales
el fuego que devora ya mi ser.
¡Un arcángel de paz y de pureza:
un modelò de gracia y de hermosura,
vergüenza de la palma en donosura,
y origen de mi acerbo padecer...!

Mas ¡ay! que la ambición alzó su llama
de la manera que un volcán dormido,
en el orco profundo del olvido
sepultando el ensueño de mi amor...
¡Y allá...! ¡postrada ante la voz suprema
de los árbitros torpes de su suerte,
con las copiosas lágrimas que vierte
responde a mi querella de dolor...!

.....
¡Oh torpe ceguedad...! así la hermosa
que adoro con frenético delirio,
ese fragante y delicado lirio,
que por desgracia en mi sendero hallé;
irá sin el amor que me consume
al pie del tabernáculo..., forzada
por una manó estúpida y helada
el voto a pronunciar de amor y fe...

Irá en soberbio relumbrante carro,
envuelta en lienzos de valiosos hilos...
irá en frente blasonando tilos
más bella que Judish, más que Raquel.
¡Irá con todo el cérico atavío

a consagrar un torpe juramento
 un voto que el Señor desde su asiento
 reprobó por temerario y cruel!

¿Sabes, hermano, cuánto sufro?... ¿Sabes
 lo que mi tierno corazón padece,
 cómo se inflama, lucha y desfallece
 a la terrible fuerza de este amor?
 ¡Oh, si supiese que en el loco mundo
 un ser capaz de comprenderme hubiera
 ya preguntarle como Sien pudiera:
 “¿Hay dolor comparable a mi dolor...?”

.....

¡Callar es mi deber..! Callar el grito
 de mis hondos, agudos torcedores
 y al influjo morir de sus rigores
 sin una prueba de que fueron dar.
 Sin que lo advierta el despiadado mundo,
 este mundo egoísta y ambicioso
 que ha trocado en angustias mi reposo
 y en vigilias mis horas de soñar.

¡He aquí la suerte de tu errante hermano!
 sin amistad y sin amor... sin nada,
 con el alma abatida y fatigada;
 ¿qué le resta, por Dios, sino morir?
 sin una mano amiga que mi llanto enjague,
 sin un acento que me dé consuelo;
 sin quien arroje en mi penar un velo;
 ¿qué colores me muestra el porvenir?

¡Y te quejebas tú, que entre azhares
 a la colina del placer asciendes...!
 ¡y levantabas lúgubres cantares
 que desmiente tu sino halagador...!
 ¡como si fuera cuerdo levantarlos
 porque una espina punzadora y cruenta

entre capullos brota y ensangrienta
la perfumada planta del viador...!

¡Ay! basta por piedad.... de Oselia hermosa
vuelve la vista el divinal semblante,
y ese gemido agudo y penetrante
presto conjura, que no es propio en ti.
Sigue más bien, sereno, delirando
las ilusiones de tu edad florida
y sus aromas suaves aspirando,
y... si quieres llorar... ¡llora por mí...!

1844.

ESPERANZA

*Escrita en La Habana,
durante el huracán de 1844.*

Tan lejos de vos, señora,
que sois la luz de mi vida,
el alma entre brumas llora
sin ver que se allegue la hora
de hallarse a la vuestra unida.

Y en la terrible ansiedad
de mi amoroso desvelo,
maldigo la tempestad;
pues palomo en libertad
no me es dado alzar el vuelo.

Los mares rugen airados,
y zumba, y rezumba el viento,
y andan los astros velados

y en grupos mal combinados
ruedan las nubes sin cuento.

El pino dobla su frente
de la tierra hasta el nivel,
y la palma sordamente
se columpia al inclemente
galopar del Noto cruel.

Y a su impulso obedeciendo
las encumbradas veletas,
con melancólico estruendo
cimbran y zumban volviendo
de un lado a otro lado inquietos.

Allá, por el fosco oceano,
sobre tapete de espuma,
el barquichuelo galano
corre alígero, liviano
como en el aire una pluma.

Y otro allá, en el ancho puerto
ceñido de cien cadenas,
contempla el móvil desierto
sin atreverse por cierto
a preparar las entenas.

Mas yo por veros, osado
maguer de la tempestad
y a la prudencia negado,
de ese piélago encrespado
mediré la inmensidad.

Pues lejos de vos, señora,
que sois la luz de mi vida
el alma entre brumas llora
sin ver que se allegue el hora
de hallarse a la vuestra unida.

1844.

EL COCUYO

En el aire
suspendido,
revestido
de fulgor;
el cocuyo
gira, vuela
zumba y riela
con rumor.

Y al mirarlo las estrellas
que adornan el firmamento
ya no se juzgan tan bellas,
y huyen: borrando sus huellas
en remolinos el viento.

Y el insecto
refulgente
de una fuente
en derredor,

muestra errando
ya sin tino
su divino
resplandor.

Las ondas callan su canto,
su dulcísimo murmullo;
y observan llenas de espanto
que es de los bosques enanto,
ray de luz, bardo de arrullo.

Y le miran
cuan sereno
de su seno
va al confín.
Y más tarde
que se pierde
tras el verde
de un jardín.

En él las dormidas flores
despiertan sobresaltadas,
creyendo que son altores
matutinos los colores
de que se ven salpicadas.

Mas de súbito
un acento
hiere el viento
veces mil
y el insecto
perseguido
da rendido
en el pensil.

¡Triste de ti...! Una bella
te vio por el campo errante,
y ansiosa corrió a tu huella
cual corren en pos de ella
un amante y otro amante.

Ya no giras,
ya no vuelas,
ya no reilas
por doquier

ya no vuelven
lindas flores
tus amores
a entender.

¡La erraste...! ¡Si la colina
sólo hubiera alfombrado
con tu lumbre peregrina,
esa doncella divina
no te hubiera aprisionado...!

¡Llora, llora
pobrecillo!
Que tu brillo
se eclipsó:
que si dulce
la clausura,
tu ventura
conjuró.

¡Ambos podemos llorar
sufriendo un mismo dolor,
y a la hermosa reclamar
tú, el campo para volar,
yo, su alma para el amor!

1845.

DUELO

A Ignacia Heredia de Angulo

Vuelve la nada a derribar las puertas
de mágico jardín de tus amores;
y van perdidas dos fragantes flores
de tus virtudes bajo el toldo abiertas.
Vuelves a ver tus esperanzas muertas,
convertidas en líquidos vapores;
y van ya dibujados dos colores
sobre el marfil de tus mejillas yertas.
Y yo que al son de mi enlutada lira
predije para ti paz y ventura
al abrirse el botón... que ya no existe,...
¡Yo no puedo cantar...! mi alma suspira,
y prorrumpe diciente en su amargura:
¡triste es oh madre tu destino: triste!

1845.

FASTIDIO

Hay unas horas sombrías
de languidez y holganza
que devoran la esperanza
del enfermo corazón.

Unas horas que no llenan
las ansias del pensamiento
y en vez de ser de un momento
son de larga duración.

Horas lentas y pesadas,
que fingen estar de sombra,
y el tiempo avaro las cobra
con tierna exactitud:
que revolviendo vestidas
con la ropa de la calma,
son el martirio del alma,
la hiel de la juventud.

Horas tristes, do la mente
ni divaga ni reposa
y en que hallamos enfadosa
la hermosura de la mar:
en que abruman los festines,
y del campo los colores,
y el aroma de las flores,
y del aura el querellar.

Unas horas sin murmullos
en que la vida postrada
toma el futuro por nada
y duda que ha habido ayer.
Porque el rudo escepticismo
su paladión agitando
los fulgores va nublando
de la antorcha de la fe.

Unas horas en que es triste
como el olvido el recuerdo,
y en que es a mi ver más cuerdo
quien menos piensa en que son.
Quien sus martirios padece
y dellos apenas cura,
quien sus tormentos apura
sin doblarse a la aflicción.

Unas horas de pereza,
de angustia y de abatimiento
en que postra el movimiento
como la misma quietud.
En que luchan y equilibran
su misteriosa pujanza
la tormenta y la bonanza,
la muerte y la juventud.

En que mesando sus copas
los árboles mansamente,
con su gemido doliente

despiertan nuestro pesar.
En que el silencio indispone
a la par que el dulce ruido
del lento arroyo perdido
entre un espeso palmar.

Y unas horas en que irritan
la risa, el lloro, el canto,
porque endecha, risa y llanto
destilan entonces hiel.
Porque *todo* infunde tedio,
porque *nada* apetecemos,
porque en *todo nada* vemos
y el *nada* en *todo* es muy cruel.

¡Ay! ¡Esas horas terribles
son las horas del fastidio!
¡Son las horas con que lidio
desde que supe sentir...!
Las que por grados devoran
mi espiritual fortaleza,
y hacen de rabia y tristeza
las demás de mi existir.

Ellas son las que cincelan
arrugas mil en mi frente,
y de la vejez doliente
me anticipan el horror
las que juegan con mi vida
envuelta en compacta bruma,
cual juega con una pluma
la tormenta en su furor.

Yo tuve otras horas... suaves,
horas en que la alegría
con sus colores teñía
mi cadavérica faz:
¡Tregua breve y venturosa
en que todo era contento,

y dulce embeñamiento,
y transportes, y solaz!

En que dos ojos ardientes
con mis ojos se encontraban,
y las chispas que brotaban
eran luz del corazón;
En que dos labios de rosa
risueños se desunían,
y convulsos me decían
con tierna modulación:

“Eres tú quien este mundo
de miserias y dolores
con la miel de los amores
dulcifica para mí,
tú mi cantor, tú mi cielo
despejado y purpurino:
tú la voz de mi destino
mi encanto y mi porvenir”.

Al escuchar delirando
de este modo a la doncella,
calló al labio su querella,
sentí arder la inspiración;
y las dudas se exhalaban
como esas lumbres errantes
que en las ondas resonantes
revuelven en confusión.

Y el arpa, que al desaliento
destempló en mi mano un día,
lleno de amor y osadía
volví de nuevo a tañer
pregonando su hermosura
con misteriosas canciones,
que nuestros dos corazones
pudieran solo entender.

¡En vano...! que una por una
las fue traduciendo al mundo,
y al fin de mi amor profundo
si bien muy tarde curó.
¡Muy tarde para mi daño!
que si a tanto no aguardara
la hoguera en tiempo apagara,
¡y así no sufriera yo...!

Rugió el orgullo... y entonces
de mi indiana vi los ojos
tan abatidos y rojos
como Febo al declinar.
Y el dulce sonoro timbre
de su voz hirió mi oído,
más lúgubre que el sonido
de un melódium sobre el mar.

¡Quise morir...! solitario
como el cardo en la pradera,
juzgué mi vida somera
para el mundo en que brotó...
¡Y del cantor de Macías
queriendo seguir la suerte
el arma que dióle muerte
entre mis manos brilló...!

.....
.....

¡Horas de infierno! No en vano
sois el dogal de mi vida
que mustia y descolorida
próxima está de su fin!
No en vano de vuestro encono
los crudos rigores siente,
ya luzca el sol en oriente
ya se esconda en el confín.

Así rauda en mi discurre
 la edad de las emociones,
 y así son mis ilusiones
 de porvenir y de amor;
 que el viento del infortunio
 cada vez más irritado,
 en su velo acelerado
 lleva a la noche de horror.

Hoy todo, todo me abruma,
 la desidia me devora,
 y odio la luz de la aurora
 y del sol la esplendidez.
 ¡Y en vez de sentir batiendo
 mi corazón de entusiasmo,
 todo lo miro con pasmo
 y estúpida insensatez...!

Porque padezco esas horas
 en que *la vida postrada*
toma el futuro por nada
y duda que me ha habido ayer:
 ¡y no es posible que torne
 a sus dulces devaneos
 cuando faltan los deseos,
 cuando sobra el padecer!

.....

¡Cielos, piedad...! ¡No equilibran
 el sufrimiento y las penas...!
 ¡Ay! Haced que entre las venas
 la sangre cese de arder;
 y duerma en paz, si la tumba
 menos que la vida engaña,
 ¡y alumbre el sol que me baña
 los despojos de mi ser...!

1845.

IMPROVISACIÓN

*En la casa de dementes, ante el
desgraciado joven don M. Solar.*

¡He aquí la vida cuando falta en ella
la indefinible luz que la enardece,
cuando la luz de la razón se mece,
incierta, flota, y... se disipa al fin...!
¡He aquí la vida si la mente oscura
no guarda de esa lumbre ni un reflejo...!
¡Cadáver vive, sin azogue espejo...
fuente sin agua, sin verdor jardín...!

1845.

LA FALSA PROMESA

I

Cabe un caudaloso río,
testigo antaño de horrores
platicaban dos pastores
sobre amor;
mientras la luna lanzaba
pacífica y dulcemente
por la rizada corriente
su fulgor.

Mas, no platicaban ellos
gustando al par la dulzura
de la amorosa locura;
¡No por Dios!
Que como vierte alegrías
amor, amarguras vierte,

y era distinta la suerte
de los dos.

El uno, Moral llamado,
en quejas al viento hería
porque su amante (decía)
le era infiel.

Y el otro, que Pascio tiene
por nombre desde la cuna,
en llanto vierte a la luna
pura hiel...

Que cediendo de los hados
a la terrible injusticia
del lado de su Lauricia
va a partir;
dejándola triste y sola
a merced de otros pastores
que la irán cosas de amores
a decir;

“¡Moral! —exclama angustiado:
¡Calla el grito de tus celos!
No ofendas ¡ay! a los cielos
sin razón;
y oyo más bien al doliente
de tu amigo desdichado,
pues menos hacer te es dado
su aflicción.

Mañana al lucir el alba
rodaré sobre los mares,
viendo huir con sus palmares
la ciudad:
viendo plantar a lo lejos
como una sierpe este río
para mí sin murmurío
ni beldad.
Mas ¡ay! que mis tristes ojos

humedecidos cual era,
 no verán a la señora
 de mi amor
 mujer que por monte y llano
 se lancen con amargura
 buscando de su hermosura
 un fulgor.

No verán sobre sus labios
 de seda carmín y esencia
 la risa de la inocencia
 padecer:
 ni sentiré susurrando
 en derredor de mi vida
 su blando acento, que ha sido
 el placer.

¡Ay! Tú, Moral, que te quedas
 y sabes cuánto lo adoro
 entrégale este tesoro
 por favor,
 Y si ves que al recibirlo
 pensando en mí se entristece
 consuélala y adormece
 su dolor.

Así lloroso decía
 y al pastor que le escuchaba
 con mano trémula daba
 un papel;
 debajo del que ocultara
 el pobre y mísero amante
 la de su mustio semblante
 copia fiel.
 Moral a Fascio promete
 que la trigueña pastora,
 la bella ninfa y señora
 del Yum-zar,
 recibirá de su mano

la prenda, cuando en oriente
mire el alba muellemente
despuntar.

Y ambos luego se abrazaron,
y ambas lágrimas vertieron
y mutuos votos hicieron
con fervor;
Pascio de tornar en breve,
moral de darle noticia
de la hechicera Lauricia
de su amor.

Y como a poco tendiera
la noche su oscuro velo
llenando al mundo y al cielo
de pavor,
Los pastores se alejaron
presos de la desconfianza,
de la duda, y la esperanza
y el temor.

II

Cuando el sol del nuevo día
bajos los mares hundía
de su frente la mitad,
el pastor desventurado
cruzaba triste, angustiado,
los callos de otra ciudad.

Y allí pasar por su vida
vio una semana cumplida,
y hasta doce, y hasta cien
sin que Moral le escribiera
conforme se le ofreciera
cosa alguna de su bien.

Y para fin de reveses
al cabo de los doce meses
el retrato le volvió,
no dando al menos aviso
del humano y dulce hechizo
que a sus cuidados fió.

Desde entonces Pascio llora
cada noche, y cada aurora
que en el éter ve brillar;
y de su amigo engañoso
lo es por demás enojoso
el nombre mismo acordar.

1845.

LA RAMITA DE YOLER

Entre los tristes recuerdos
que van donde va mi vida,
como la pluma impelida
de los vientos al querer;
se encuentra crispada y mustia,
sin aroma y sin colores,
la imagen de mis amores,
la ramita de Yoler.

Vidriosas y moribundas
sus hojas se están cayendo...
pronto nadie, a lo que entiendo,
dirá que pudieron ser.
Mas... ¡cuál valen a mis ojos!
¡cuál templan mis inquietudes!
¡Oh! Tiene muchas virtudes
la ramita de Yoler.

Flores hay en los jardines
de cálidos amoldados,
siempre frescos y cargados
de aromas y resider.
Confieso que son hermosas
y son de mejor fortuna
mas... no cambio por ninguna
la ramita de Yoler.

Y digan que es un capricho,
(según al gusto se llama,) entre una flor y una rama
la rama por más tener;
que no me enojo, si en tanto
conjuraron su embeleso
coge en mis labios un beso
la ramita de Yoler.

Es verdad que de este mundo
ningún encanto blasona,
pero en sigilo me abona
por otros de gran valer;
y yo con amor mis sueños
en su nada centralizo,
y hallo así que es un hechizo
la ramita de Yoler.

Hasta su nombre meloso,
que es un misterio inocente,
me sueña tan dulcemente
como el vocablo ¡MUJER!
Por eso en la paz nocturna
al par que en el diurno estruendo
siempre al labio estoy trayendo
la ramita de Yoler.

Cuando abro en mis soledades
las puertas del sentimiento,
y echo a errar el pensamiento

por los espacios de ayer;
viérais ¡ay! cómo sofoca
la fuerza de este martirio
y la hoguera del delirio
la ramita de Yoler.

¡Yo la amo! Cuán larga sea
mi existencia desgraciada
irá con ella adunada
para su orgullo y placer;
porque es talismán de encanto,
y es de esperanza amuleto,
y una historia y... un secreto
la ramita de Yoler.

Tal vez no curado el tiempo
con ver su color pajizo,
quiera el tronco quebradizo
menudos polvos hacer...!
¡Ay! ¿Qué me valdrá guardarlo
en urna de nácar y oro
si padece tal desdoro
la ramita de Yoler...?

Mas... tú, Señor no consientas
que habiendo en el campo flores,
lo cruento de sus rigores
le haga el tiempo padecer.
Mi juventud, mi esperanza,
mi vida... todo lo diera
con tal que osado no hiera
la ramita de Yoler.

1845.

Y al paso que ese sol más centellea
 de miles sueños sobre el mustio herbario,
 y más sus perlas el dolor gotea
 y el alma gime en su fatal sudario;
 el pálido presente
 se envuelve en las tinieblas del olvido
 y solo ¡Ay Dios! se siente
 y se llora sin treguas lo que ha sido.

¡Nunca surgiese la razón su esfera
 maguer que al sol en ella se mostrara
 y fruto oprime de congoja fiera
 la temeraria artista no alcanzara!
 El hombre de esta muerte seguiría
 del hondo porvenir en el sendero,
 sin que el recuerdo del pasado día
 burlase sus delirios de viajero;
 mas, viene de improviso
 con las joyas de entonces recamado,
 y miente un paraíso,
 y hace que florezca lo olvidado.

El mundo es otro entonces... los pesares
 que coronaban de inquietud el pecho
 cambia en brisas, incienso y azahares,
 y el punzante jergón en blando lecho.
 Entonces la esperanza moribunda
 su poderoso influjo recobrando
 la vida en rayos de placer inunda
 y hace que siga cual ayer soñando;
 y el claro mar, y el cielo,
 y el bosque, y la colina, y la llanura
 responden a su anhelo
 vistiéndose de aromas y hermosura.

Mas ¡ay! que baja el sol del firmamento
 y termina en las ondas su carrera,
 ¡y vuelve más punzante el sentimiento
 a recorrer su pavorosa esfera!

¡Vuelven la agitación y la agonía
 a hervir de muerte el corazón burlado
 que a manera de un ángel sonreía
 ante el bello jardín de lo pensado...!
 ¡Qué mucho, si aborrece
 bosque, llano, colina y mar sonoro,
 y al verlos palidece
 y abre las fuentes de su eterno lloro...!

¡Hoy llegó para mí ese sol tirano,
 cual nunca abrasador y refulgente,
 los días de fuego... día inhumano
 contra el que quise resistir valiente...!
 ¡Ay! nada me valió... ¡trajo unas flores...!
 y una copia tan fiel de su hermosura,
 y el reflejo también de unos amores
 tan llenos de verdad y de hermosura;
 que loco, arrebatado,
 aunque acuse otra vez mi desacuerdo
 al mundo despiadado
 renuncio al porvenir por el recuerdo!

¡Horas que fuísteis...! ¡Ay! ¡Si a mi deseo
 igualara el poder...! ¡Cómo gozara
 los sueños mil que blasonar os veo
 y me roba sin ley la suerte avara!
 como a la paz volviera y la alegría
 que a sus caprichos inmole indiscreto
 y al sigiloso encanto en que vivía,
 porque entonces girábais en secreto
 aromas aspirando,
 delirios y esperanzas concibiendo,
 pesares conspirando,
 y así la vida deslizarse viendo.

Mas ¿quién me da que al tributar incienso
 a vuestro antiguo ser, de mi retiro,
 en mí se piensa como en alguien pienso
 o corta el aire para mí un suspiro?

¿Quién que palpita un corazón de fuego
porque estos ¡ayes! de dolor comprende,
y no al rumor del atrevido ruego
que mis derechos desmentir pretende?
 ¡Terrible incertidumbre...!
Tú faltabas no más con tus rigores!
 tu enorme pesadumbre
de menos solo echaba en mis amores!

¡Oh sol de julio en cuya luz me abrazo!
¡Cuán lento cruzas la tendida esfera
retardando la hora del ocaso
que es la que el alma en su dolor espera!
Aléjate, por Dios...! La noche umbrosa
cumple muy más al infeliz que gime,
y hasta el fulgor de la esperanza hermosa
un nuevo asunto de aflicción le imprime!
 Acaba, por el cielo
acaba de extinguir tu llama ardiente,
 y llévate en tu vuelo
mis quejas más allá del occidente!

1845.

CELA, ZORRA, CANDILAZO

—¡Todo lo sé, perjura...! ¡Me engañaste!
—¿Cómo, mi bien? —Como se engaña un niño;
mas ahora que comprendo tu cariño
es fuerza un rompimiento entre los dos.
—No te puedo creer. —Valdrán las obras
donde palabras no. —¡Las obras! ¿Y qué quieres
—que me vueltas de mí lo que tuvieres.
Tomes lo tuyo, y... ¡para siempre adiós!

—Pero... ¿jugabas tú no el sufrimiento
dura a la par que la existencia dura,
y que es tanto el poder de la hermosura
que arrastra inerme nuestro orgullo en pos?
—¡Infelice de mí...! —¡Más bien liviana!
Y sabemos. —Antes... —¡Nada: mis haberes...!
—¡Oh! ¡cuán miserables somos las mujeres!
—¡Cuán crédulos los hombres, vive Dios!

—Conque... ¿no hay esperanza...? —Si en tu pecho
 la de aplacarme alimentar pudiste,
 ¡pardiez! que ha sido una esperanza triste;
 pues en contra de un paso no doy dos.
 ¡He aquí tus billetes y cabellos!
 —¡Ay! ¡Guarda esas memorias! —¿No las quieres?
 ¡Cuán infelices somos las mujeres...!
 ¡Cuán crédulos los hombres, vive Dios!

Ayer al verlas de entusiasmo ardía
 mi joven corazón como una hoguera,
 y enamorado al alma apetecía
 lanzarse humilde de tu huella en pos;
 mas hoy... —¡No sigas! ¡Como ayer te adoro!
 —Pasto serán de fuego por quien eres.
 —¡Oh, cuán miseras somos las mujeres!
 —¡Cuán crédulos los hombre, vive Dios!

—¡Pasto del fuego...! —¡Sí! —¡Esos padrones
 de un amor tan hermosos...! —¡Y tan burlado!
 Amor que mi esperanza ha sepultado
 del desencanto en el abismo atroz.
 —Pero, ¿qué pruebas...? —La impudencia misma
 con que triunfar de mis enojos quieres.
 ¡Cuán infelices somos las mujeres!
 ¡Cuán crédulos los hombres, vive Dios!

—¡Ay! No: ¡No puede ser! Las apariencias
 suelen cubrir a la verdad de sombras...!
 ¿Y tú, indiscreta, sin temblar los nombras,
 sin miedo a oír su encantadora voz...?
 —Pero... —¡dame mis cartas! —¡Cielos! —¡Dame!...
 Una palabra... ¡Indigna della eres!
 —¡Oh! ¡Cuán miseras somos las mujeres!
 —¡Cuán crédulos los hombres, vive Dios!

—¡Acaba! —Toma, cruel! —Vengan, y al fuego
 con las tuyas irán. —¡Tente! —Ya es tarde.
 —¡Maldiga Dios, amén, tu enojo ciego!

—Bendígale, que es bien para los dos.
 —¡Es para mí la muerte! —Tus errores
 culpa tan sólo si verdad dijeres.
 —¡Cuán infelices somos las mujeres!
 —¡Cuán crédulos los hombres, vive Dios!

Mas no tanto que el pérfido lenguaje
 con que las rinde la inmoral coqueta
 desconozcan sin fin, y el alma inquieta
 no vuelve al cabo de otro mundo en pos.
 —¿Qué dices? ¿Yo coqueta...? —En demasía.
 —¡Insolente! Person... —¡De otro lo esperes!
 —¡Oh! ¡Cuán míseras somos las mujeres!
 —¡Cuán crédulos los hombres; mas, ¡adiós!

—¿Para siempre lo dices...? —Para siempre.
 ¿Sin consagrarme acaso algún recuerdo...?
 —Sin consagrarlo, que a mi ver más cuerdo
 es olvidar lo que existió en los dos.
 —¡Una memoria al menos...! —En el mundo
 vale, no lo que fuiste, lo que eres...
 —¡Cuán infelices somos las mujeres!
 —¡Cuán crédulos los hombres; mas, ¡adiós!

—Espera... no te alejes... ¡ay! ¡yo muero!
 —¿Tanta pena te causa mi partida?
 —Tanta, que a poco el alma entristecida...
 —Tras las almas se irá de *aquellos dos*...
 —¡Eso es falso! —Responda tu conciencia,
 —¡Cuánto eres impostor! —¡cuán loca eres!
 —¡Esto alcanzan por tiernas las mujeres!
 —Y los hombres por crédulos... ¡Adiós!

—¡Parte, insensato, a cuyo amor mi pecho
 jamás acorde respondió ni una hora!
 —Eso hace tiempo que lo sé, señora;
 de modo que engañábamos los dos.
 Tú porque tienes corrompida el alma,
 porque eres en el mundo una veleta,

y yo por castigar a la coqueta
de cuyas huellas me lanzara en pos.

—¡Ah! ¡Tome mi venganza! —La desprecio.
Demás, que también ellos conocieron
lo mucho que esos labios los mintieron
y no sus lanzas romperás por vos.
Antes pensad en corregir la vida
vituperable asaz que estais llevando
y os vale una opinión no muy cumplida
—¡Yo la rechazo! —¡Desgraciada! ¡Adiós!

1845.

RESENTIMIENTO

¿Te acuerdas ¡oh mujer! cuando decías:
“eres, mi bien, el único que ha hecho
de amor sublime palpitar mi pecho,
y el único serás que ame en mis días?”

¿Te acuerdas cómo entonces te afligías
si de profunda agitación deshecho
al cielo me quejaba en mi despecho
o silencioso suspirar me oías?

¿Te acuerdas de ese ayer, hermosa indiana,
y del solemne voto que me hiciste
cuando a tu amor opuso mi pobreza?

—¡Pues que dirás ahora, que liviana
al rumor de otro halago depusiste
juntos al voto y la falaz terniza...!

1845.

UN SUEÑO

*¡Ay! ¡Deja que la mente enardecida
reproduzca el placer con el recuerdo!*

JOSÉ G. ROLDÁN

I

Era una noche de pereza henchida,
noche de dulce voluptuosa calma,
en que el cielo de estrellas mil cubierto
torrentes de ternura derramaba.

Una de aquellas misteriosas noches
de indefinible languidez cargadas,
a cuyo influjo el pensamiento vuela
por el fresco jardín de la esperanza.

En que el alma doliente de imprevisto
se vio de encantos y placer rodeada,
pudiendo adormecer sus hondas cuitas
y hacer sonrisas las que fueron ansias.

Como la flor de las punzantes costas
que extiende su corola embalsamada
mientras enhiesto zumba, embravecido,
el turbulento mar a sus espaldas.

Mis ojos abatidos y empañados
los anchos horizontes contemplaban
con el bello estupor que suele el niño
los cuadros contemplar de un panorama.

Triste la luna cubre el mar sonoro
los amorosos rayos reflejaba,
remedando el abierto varillaje
de un abanico de luciente plata.

Y con ellos las ondas verdi-azules
al son de mil arrullos rebosaban,
y en columpios de amor los conducían
desde su altura a las tranquilas playas.

En toscos grupos de flotantes nubes
el limpio firmamento atravesaban,
cual vense a los beduinos en desorden
cruzar por tribus el inmenso Sahara.

Y ora confusas, repartidas ora,
cuales quedando luego rezagadas,
esta que obstruye de las más el paso
o bien que ondula y la región traspasa,
nunca tan bellas a mi vida fueron
como esa noche por ventura hallada
cuyo recuerdo durará conmigo
cuanto durare mi existencia amarga.
Súbito en torno de mi sien marchita

convulso el sueño sacudió las alas,
y al doblarse mis párpados rendidos
la luna desaparece, —el mar se calla.
¡Y cuánta lobreguez! Un pardo velo
desde los aires hasta mí se lanza,
y llega lentamente, y me rodea
y el gran poder de la razón me embarga.
Pero en los valles del risueño mundo
de fuera de improviso arrebatada
rasgóme el velo, y como sombra aérea
huyó la agitación que me embargaba.
Y entonces, ¡oh recuerdo! enternecido
siento que el lloro del placer me baña,
y otra luna a mis ojos resplandece
y otro mar a mis ojos se dilata.
Y perezosamente mis cabellos
mueve a su antojo la voluble áurea,
como el florón de lino que sacuden
de un hondo río las inquietas aguas.
¡Oh fantasía! tu poder bendigo
aunque si bien se mirara mucho daña,
pues los tintes mejores de tus cuadros
siempre han servido de veneno al alma.
Así valiera más sufrir sin tasa
los males de esta vida descarnada,
que entregarse a un delirio delicioso
de corta duración y eternas ansias.

II

Soñé que en medio de un jardín florido,
por las horas que el sol besa los mares,
sobre un banco de césped remullido
lanzaba al hondo y tenebroso olvido
el fardo agobiador de mis pesares.

Trémulo un sauce en derredor tendía
cual ancho parasol gigante sombra,

y un blando arroyo por allí gemía
cual distante cascada, y se extendía
de la menuda yerba por la alfombra.

Yo contemplaba con dolor su suerte
viendo que apenas a vivir empieza
y se ostenta doquier sonoro y fuerte,
cuando sus ondas en los mares vierte
para mal de su gloria y su belleza.

Y agitado de tristes emociones
con el arroyo al hombre comparaba,
que lleno de esperanza e ilusiones
en el turbio canal de las pasiones
también su vida en primavera acaba.

Tal era el fruto de mi sueño hermoso
cuando las hojas que arrancó el estío
exhalan un gemido lastimoso,
que retumba en el bosque silencioso
y en el fondo también del pecho mío.

Y al revolver con lentitud mi frente
de arrugas mil y palidez cargada,
miro un ángel que llega suavemente
más bello que la aurora en el oriente
de fúlgidos celajes coronada.

¡Poder de la ilusión...! ¡magia del sueño!
Era la virgen que despierto adoro
con su cutis fresquísimo y trigueño,
con su semblante lánguido y risueño
y un noble ademán y su decoro.

La misma ¡ay Dios! que a todas horas veo
porque es el pensamiento de mi suerte,
¡y la misma también que firme creo
en la dulce obediencia del deseo
que unida a mí sorprenderá la muerte!

Era la fuente de este amor sin tasa,
espiritual sustento de mi vida,
de esta hoguera sin fin que más la abrasa
cuanto más en silencio el tiempo pasa,
cuanto más la esperanza anda perdida.

Un año es ya que por mi mal turbado
con el rocío silvar de los pesares,
los tonos de su acento regalado
perdí surcando a la merced del hado
la inmensa plataforma de los mares.

Un año de abandono y de amargura,
de soledad profunda y de dolores,
un año que no admiro su hermosura
que no bebe la hiel de su ternura
ni entiende el blando son de sus amores.

¿Y cuál el triunfo de esa ausencia ha sido
si no hubo en ella por azar una hora
que no acordara de placer transido
como hoy lo acuerdo, que la amé rendido
con el ardiente amor que nos devora?

¡Ninguno a la verdad...! Menguado sueño
del tiempo fue que a compasión provoca:
qué importa gima aparte de mi dueño
si aquel tirano de su terrible empeño
tan solo un mar entre los dos coloca?

¡Mas vedla! En mengua de las lindas flores
que esmaltan con tus tintes la pradera
ya la brisa regalan sus olores,
viene la virgen derramando amores
como encantos la luna en primavera.

Y en el césped suavísimo se posa
no de otro modo que en la blanda espiga
la errante abriantada mariposa

cuando procura la quietud sabrosa
porque abate sus alas la fatiga.

La tierna palidez del sufrimiento
en su angélica faz se retrataba,
mas hermosa a pesar que el sentimiento
con sus estáticos ¡ay! sin movimiento
sus pardos ojos en mi sien clavaba.

Ojos tan dulces de mirar tan bellos
que amor y religión a un tiempo inspiran;
pues si fulguran en el fondo dellos
de la virtud los vívidos destellos,
los rayos del placer al borde giran.

¡Y así sentada junto a mí embebida,
sonriendo entre deleites y bonanza
sin ver que en el amor nunca es cumplida!
¡cual góndola del céfiro impelida
navegaba en el mar de la esperanza!

Mas ¡ay! que al ver las lágrimas que llora
mi amante corazón en su presencia,
vuelve a la playa donde eterna mora
la negra realidad que hora por hora
exhala de mi espíritu la esencia...

Y vuelve la infeliz, y manda al cielo
su indefinible y púdica mirada
mientras del aura quebrantando el vuelo
lamenta en la dicción del hondo duelo
su quimera de goces malograda.

“¿Qué tienes?” —Dijo; y por mi frente triste
los soplos de su aliento se mecieron:
“¿qué ves ¡ay cielos! a tu amiga viste
y de calma y placer no sonreíste
y así tus labios su carmín perdieron?”

¡Hombre cruel! No ha mucho que juraron
mi nombre recordar en la memoria
con los dulces delirios que pasaron...!
¡No ha mucho que por ellos resbalaron
frases que forman para mí una historia!

Y hoy que por verte junto a mí te miro
tras doce lunas que amargura y llanto
solo me dieron en su lento giro,
en vez de aquellas frases un suspiro
viene a llenar mi corazón de espanto.

¡Ay, mísera de mí! ¡Quién me diría
que como cambia el iris sus colores
y en bramidos las olas su armonía
así se hubieran de cambiar un día
en lágrimas mis risas y mis flores!

¡Más, óyeme por Dios...! ¡Haz que tu acento
y el fuego devorante de esos ojos
conjuren mi profundo abatimiento!
¡o dame la mitad de tus enojos!

¡Sí...! Mírame otra vez... Yo soy aquella
que a despecho del mundo y su egoísmo
abrió su corazón a tu querella
la que llamabas con pasión *mi bella*,
la dulce realidad del idealismo.

¿Ni este recuerdo logrará moverte
para que calmes la feroz congoja
que así el horror duplica de mi suerte?
¿Que aguarda entonces la piadosa muerte
que la flor de mi vida no deshoja?

¡Dijo la virgen...! Su divino seno
en blanca ondulación se le movía
como en noches de julio el mar sereno
que de pujantes olas se alza lleno
y al centro torna que otra vez tenía.

Y humilde ante su siervo, y silenciosa
sin atreverse a suspirar siquiera,
esperaba escuchar mi voz piadosa
que a su celeste súplica amorosa
con tonos de esperanza respondiera.

Mas yo no respondí... de su hermosura
bañado por los vivos resplandores
y presa de mi bárbara amargura
cual ruge el huracán en noche oscura
rugieron irritados mis amores.

En vano a los recuerdos acudía
para expresar el mágico ardimiento
que de mi pecho en lo interior sentía,
pues su mismo dolor me oscurecía
la noble facultad del pensamiento.

De súbito una mano yerta, helada,
cayó temblando entre mi mano ardiente...
la virgen ¡ay! se estremeció; y turbada
como una rosa por el sol bañada
cerró los ojos y encendió la frente...!

¡Bello ademán con que el pudor revela
de la pasión el triunfo peligroso...!
las que en el rostro avergonzado riela,
casto cendal con que el honor se vela,
¡triste garante del honor precioso...!

Entre tanto mi aliento enardecido
del seno con trabajo se escapaba,
al paso que el cerebro enloquecido
por el amor y la razón mecido
con el amor y la razón luchaba.

Y confusos los dos... los dos turbados...
simpáticos gemidos expidiendo
que en el aire vagaban enlazados...

¡Del ansia de mirarnos agitados
y ambos mirarnos a la par temiendo!

Sentíamos rodar por nuestras frentes
sudor de fuego que velos caía,
y así como a las flores los torrentes
arrastraba las lágrimas ardientes
que el entreabierto párpado exprimía.

¡Y más y más las manos se estrechaban
con la fuerza sutil que los amores
en tan sublime agitación les daban,
y en su mudo lenguaje se contaban
historias de esperanzas y dolores...!

¡Oh bardos! ¿Dónde estáis? —¡Si yo pudiera...!
Si no fuese verdad que el sentimiento
siempre en la hermosa inspiración supera,
¡yo en vuestro idioma eléctrico dijera
cuanto ora callo y como entonces siento!

¡Nunca a mis ojos pareció la vida
tan llena de esplendor y de hermosura!
era una selva mágica, florida,
donde erraba del aura remecida
la esencia del amor y la ternura.

.....
.....

Mas ¡ay! mi sueño acaba. —La noche tenebrosa
de sombras mil cubierta se extiende en derredor...
¡y todo fue mentira...! ¡Mentira fue la hermosa,
quimera tanta dicha, —delirio tanto amor!

El viento ronco brama cual tigre enfurecido,
y braman a su ejemplo las olas de la mar:
y cruzan, y se mecen, y al éter renegrado
montañas espumosas libaban sin cesar.

Montañas cristalinas que saltan de su asiento
que suben, crecen, bajan, y vuelven a ascender:
partículas sonoras neblinas de un momento,
gacelas que se cansan las olas al tender.

De vez en cuando lanza su grito inesperado
adulto centinela debajo del torreón,
y rueda entre las sombras el eco prolongado,
y zumba y se evapora del mundo en la extensión.

Los árboles se agitan del bosque en la espesura,
quebrántanse los juncos, —deshójase el jardín,
y vástagos, y frutos, y aromas y hermosura
los vientos irritados arrastran al confín.

En tanto que ilumina sus tétricos follajes
mil curvas describiendo relámpago de luz,
¡el rayo grita! y cruza por nubes y celajes,
y escóndese la luna tras lúgubre capuz.

Entonces abandono la margen estruendosa
al cielo que me escucha diciendo en mi dolor,
¡ay! ¡todo fue mentira! ¡mentira fue la hermosa!
¡quimera tanta dicha, —delirio tanto amor...!

1845.

INDIFERENCIA

*Io lascio una inconstante:
tu perde un cor sincero...
non so di noi primero
chi s'abbia a consolar.*

METAST

Pasó, mujer, la tempestad de amores
que ayer rugiera en derredor del alma...
pasaron sus furores,
y vuelto al dulce sueño de la calma
prosigo indiferente mi camino,
como el flexible arroyo cristalino
que rueda majestuoso
por el abierto llano.

Pasó la angustia de ignorar su suerte
con ella emponzoñando más la mía...
pasó el afán de verte,
y el de escuchar la suave melodía
que se desprende de tus labios rojos,
y tantos otros lícitos antojos
que el sueño me robaron,
y tantas emociones
como en mi ardiente corazón brotaron
de tu amor a las falsas promisiones.

Más... pronto espero disipar sus huellas,
no de otro modo que al nacer la aurora
disipa el rastro de las mil estrellas
que el éter atesora;
y señor absoluto de mi suerte
entonces seguiré tranquilo y fuerte
la selva atravesando
desta vista enojosa
que cinco lustros al pasar zumbando
formaron de festiva en quejumbrosa.

Si a fuer de tu traición, ardiendo en celos,
pude acordarme ayer de la venganza,
hoy dirijo mis súplicas al cielo
en pro de tu esperanza;
que no es de nobles por vengar enojos
cubrir de llantos femeniles ojos
antes bien tu hermosura
de tu rostro agareno
la pido te conserve; y la ternura
que astuto vierte tu mirar sereno.

¿Yo vengarme de ti? ¿Por qué, señora?
¿Por qué corraste el velo brillantado
que sin deberme deslumbrar un hora
un año me ha ofuscado?
¿Vengarme porque al fin compadecida
guardas por siempre de un error mi vida?

¡Ah! ¡No! Quien me redime
de su acerba amargura
me alumbra un sentimiento más sublime
me inspira una oblación más noble y pura.

¡Adiós! ¡Adiós! La tempestad de amores
del hondo olvido hacia el confín se aleja,
como envuelta en los lánguidos rumores
del céfiro mi queja:
como nubes de ópalo y argento
que bajan en tropel del firmamento.
Si ayer te amé encantado
por linda y cariñosa,
de hoy más que mi esperanza has destrozado
serásme indiferente, ¡nunca odiosa!

1846.

EL ARIGUANABO

¿Adónde corres, caudaloso río,
desde esa inmensa cavidad, por donde
entre rancos gemidos te sepultas?
¿Qué hechizo, qué poder su centro umbrío
a mis ojos atónitos esconde,
y por sendas ocultas
te lleva a perecer...?

Si de las flores
eres el suave aroma indiferente;
si la eterna frescura, y los verdores
destas lindas románticas praderas
no te seducen ya, ni el elocuente
tristísimo alarido
del viudo ruiñeñor en las palmeras:
si te cansa vivir, y huyes del mundo
asaz ganoso del perpetuo olvido;
¿por qué, a lo menos, tu sonoro acento

no das, *Ariguanabo*, al manso viento
diciendo tus dolores,
en vez de darlo a la región oscura
de silencio y horrores
que hasta tu nombre devorar procura?

¿Por qué no te despeñas gemebundo
del mar a lo profundo?
¿En ondas encrespadas,
formando mil cascadas
bullentes y espumosas
encima las llanadas
que aguardan anhelosas
tu rápida caída
del alta cumbre o del peñón?— ¿Acaso
no fuera entonces tu misión cumplida?
Nuestras verdes sábanas ¿no le ofrecen
dilatada extensión, espacio inmenso
al impetuoso inextinguible paso
con que tus moles en fragor se mecen...?

¿Es ley de tu destino así esconderte
de esa robusta ceiba al pie membrudo
para encontrar en sombras a la muerte...?
¿Quién ¡ay! tan mal aconsejarte pudo?
¿Por qué como fantasma ante mis ojos
en medio a la vorágine te lanzas?
¿Oyes la voz de *Dios*, o son antojos?
¿Te llevan desengaños o esperanzas?
¡Oh! tente por piedad, y de mis dudas
defiéndeme al horror...!

En vano, en vano
sigo tu voz, que apenas se percibe,
marchando sobre el áspera techumbre
por ver si vas a dar al oceano
o bien al mar Caribe
con tu belleza y tu caudal... La cumbre
traspone, empero, el sol tranquilamente,
y con los últimos débiles reflejos

que brotan de su frente,
 pierdo allá a lo lejos
 la triste entonación de tu corriente...!

¡Oh!...¡Duro, Ariguanabo, oh tu destino...!
 ¡Nacer de una laguna,
 y agitarte, y crecer... y por fortuna,
 por toda bienandanza
 enfilarse de la "nada" en el camino
 lleno de juventud y de pujanza...!

Al ver cómo sombrío
 te detienes, besando un breve instante
 la contraída planta del gigante
 que habrá de devorarte, y cómo leda
 tu mole se detiene, ya sin brío,
 sin música... sin onda y movimiento;
 —Mi agitada razón absorta queda,
 leyendo en tu actitud del sentimiento
 la secreta impresión... se me figura
 que esa pausa periódica y segura,
 cual la vuelta del astro que colora
 un mundo y otro mundo,
 es ¡ay! la despedida
 eterna, y por eterna punzadora,
 que desde lo profundo
 del cauce mandas a la dulce vida,
 como al subir las gradas
 del fúnebre cadalso, vuelve el hombre
 sus últimas miradas,
 por más que cada objeto se descubra
 su corazón asombre,
 —su espíritu inmortal de duelo cubra...!

Hay algo de elocuente,
 sublime, amargo, indefinible y tierno
 es esa postración de tu corriente...
 ¡quién sabe si al Eterno
 revela silenciosa

el hondo manantial de tu amargura!
 ¡Quién sabe si bastante generosa
 al borde de la nada
 algún remordimiento atroz conjura
 en quien causa tu muerte no buscada...!

Pero yo me confundo,
 y en mi noble interés finjo que ignoro,
 las acerbadas verdades ¡ay! que lloro,
 las tristes prendas que regla el mundo...!
 ¡Cuántos y cuántos desengaños crueles
 contigo rodarán...! ¡Cuántos dolores,
 y cuánta espina fiera
 cogido habrás en tu veloz carrera
 al refrescar las rosas y claveles
 que brotan en tus bordes zumbadores...!
 porque acontece nuestra breve vida
 ser más amarga cuanto más florida...!

Allá por el oriente
 el perezoso Tánamo resbala
 sobre impuro canal de mangle y cieno,
 y en medio al transparente
 Atlántico sepulta su corriente.
 Y tú, a quien otro en el valer no iguala,
 tú, sonoro, y límpido, y sereno,
 y en galas rico y fuerte sin segundo;
 descienes silencioso
 de la indiana Morvén a lo profundo,
 para luego perderte
 más allá de su seno tenebroso,
 en el campo sombroso
 de la incógnita muerte...!

.....
 ¡Oh imagen fiel de la existencia mía!
 tú, que cual yo desde la cuna llora,
 no tornes como yo tornara un día

a suspirar en su redor... sonoras
lleva tus ondas al confin lejano,
y en tus centros sepúltalas, —primero
que amoroso volver sobre tus huellas,
agravios olvidando,
para en hondo gemido lastimero
de nuevo el aire blando
turbar con la dicción de tus querellas.
Las perfumadas flores de la vida
no son para nosotros, —¡no cuidado!
sigue raudo o lento
la senda misteriosa.
Que el cielo te ha trazado
hasta dar en el móvil elemento:
mientras yo, por el cierzo desatado
de un infortunio atroz e inmerecido,
sigo también en pos del hondo olvido...
llevemos, —tú a los mares tu corriente—
y yo al no ser mi humanidad doliente...!

Habana, 1846.

CALMA

Para verdades el tiempo.

PROVERBIO ANTIGUO.

¿Ves cómo al fin se cumplen los temores
conque vivió luchando mi confianza
desde el momento en que te hablé de amores?
¿Y ves cómo las flores
que ornaban tu querúbica inocencia
por fin perdieron para mí su esencia?

¿Íbale tanto en conservar ilesa
la fe que entonces a mi pasión vendías
para trocar su antorcha así en pavesa?
¿O fue que como cesa

la oscuridad del tiempo con la historia
cesa el amor con la ambición de gloria?

¡Esto será! que aun ruedan por mi oído
los ecos del amor que estás mintiendo...
¡amor para el que estaba prevenido,
pues nunca di al olvido
que entre las almas cándidas y puras
juegan también sus furias las perjuras...!

Mas... ¡qué laurel, señora, tan menguado!
que corona tan triste la inconstancia
sobre tu hermosa frente ha colocado!
¡Y cuánto has empañado
el púdico esplendor que en ella habías
cuando apuntaron las quimeras más!

Por fin las presunciones que sembraron
de mi letargo la estrellada esfera,
en mal de tu opinión se confirmaron;
mas apenas llegaron
ansiosas de venderme al sentimiento
que al bálsamo acudí del sufrimiento.

Entonces quise recorrer a solas
el murmurante mar de lo pasado;
quise mecarme en sus flexibles olas,
y ver las amapolas
que aletargaron mis profundas penas
marchitas al vapor de las arenas.

Y hallé que estaban deshojadas ellas;
mientras que el mar, oscuro y revoltoso,
de *otra brisa* a las músicas querellas
borrado había las huellas
que el bajel de mi vida fue trazando
por su inmensa planicie voltegeando.

Y el campo recorrí de la memoria
uniendo ese pasado a lo presente,

y el prólogo leí de nuestra historia...
¡Cuántos sueños de gloria...!
mas no pasé de allí, que estaba trunca
en mengua de tu —¡nunca! ¡nunca! ¡nunca!

¡Qué recuerdo, mujer...! cuando engañoso
tu labio modulaba esos sonidos,
en un templo inmediato el religioso
alzaba fervoroso
ante el busto de Dios bíblico canto
jurándole también su amor en llanto...!

¡A fe que si en el fondo de tu pecho
un débil rayo la virtud lanzara,
hoy conmovido... de dolor desecho
dijera a mi derecho:
¡Te conozco...! ¡Eres grande; empero cesa
de herirme, o cava por piedad mi huesa!

Porque al recuerdo inesperado y triste
del libre voto que de amor llorando
casi a mis plantas delirante hiciste.
¡Y presto a olvido diste!
¡Ay! Solo con un mundo de impudencia
pudieras sonreír a la existencia...!

Solo así tus encantos llevarías
por bailes, caravanas y banquetes;
y al ígneo resplandor de mil bujías
artera soñarías
verter de otro mortal dentro del seno
a copiosos raudales tu veneno...!

¡Nunca! ¡Nunca! dijiste: —Nunca el mundo
presencie mi traición a tus amores!
Mi alma descienda al bátratro profundo
y olvido sin segundo
envuelva mi memoria con sus velos
si aun libas en el cáliz de los celos.

¡Pardiez que lo cumpliste...! En las alturas
 el astro de la noche por seis veces
 apenas discurrió, que en amarguras
 mis ilusiones puras
 trocaste veleidosa, y nuevos lazos
 para otro amor formaron ¡ay! tus brazos!

¡Miserable mujer...! ¡Cuánto fingías
 pronunciando aquel falso juramento
 para calmar las inquietudes mías!
 Quizás cuando lo hacías
 teniendo a mi rival fijo en la mente
 clamaste en tu interior: —“mi labio miente”!

Yo ignoro la razón de tu mudanza,
 y te juro por Dios que la bendigo
 si con ella coronas su esperanza;
 si en horas de bonanza
 dulce sosiego y bellas ilusiones
 traspasas de la vida las regiones.

Mas, no perdone, por las ansias mías
 que hayas lo cierto de mi amor negado.
 ¡No! que a la vez que sin razón mentías,
 en el seno me hundías
 la espada de un desdén que ni aun demente
 pudo abordar tu enamorada mente!

Ni tornes a negarlo, por el cielo,
 que hasta a perpetuar mis amarguras
 lo que tardaste en recorrer el velo:
 y acaso en paralelo
 me obligues a ofrecer con tus razones
 de lo que fuiste un tiempo mil padrones!

IMPROVISACIÓN

A la señorita Dolores Navas y Torres

Cuando baten tus manos
las castañuelas
y cual sílfide bailas
la Madrileña,
te juro, Lola,
que te aplaudo y te temo
por tentadora.
Tu belleza, tus formas,
tus ojos negros.
Y la gracia que viertes
en tu meneo...
Con ¡ay! motivos...
a que rueda cualquiera
de sus estribos...

no me incendies bailando
por Dios, criatura,
que a rendirme te basta
con tu figura;
figura hermosa,
como cielo sin nubes,
como una rosa.
Porque...fuera posible,
y al par mi pena,
que mirando tus lindas
torneadas piernas
a ti volara,
por coger... de tus ojos
una mirada.

Habana, 1846.

¡POBRE POETA!

A la memoria de Javier Blanchié

*Y su memoria muere, y sobreviene
un árbol vil...?*

HEREDIA.

*What is man..?
Poor child of Doubt and Death,
Whose hope is built on reeds...!*

BYRON.

I

Todo sus formas al morir refleja,
algo dibuja al emprender la huida,
cualquier capricho que en la mente deja
memorias ciertas de que tuvo vida.

Algo que el ser recibe de la nada
en que otro ser a su pesar se esconde,
y ya del hondo olvido en la portada
de su pasado fúlgido responde.

La aurora nacarada: el sol, la noche
con sus tintes, sus rayos y sus velos,
corriendo en ígneo o pavoroso coche
la cóncava techumbre de los cielos:

La Estrella y El Relámpago convulso
que ofrece sus colores un momento:
la nube que le absorbe, y al impulso
cede del libre arrebatado viento:

Todo se envuelve en encendida llama,
plateada luz o amarillento rayo
que revela su ser cuando se inflama
que revela su fin con su desmayo.

Todo después que el ángel de la muerte,
la sombra o la tormenta se pronuncia,
ante sus pasos la existencia advierte,
tras de sus pasos que ha existido anuncia.

¡No así la vida...! de la oscura huesa
rauda bajando al insondable seno
extingue hasta su lúgubre pavesa
para dormir en infusión de cieno...!

Abre la historia: encontrarás en ella
viviendo, aún muertos, infinitos hombres.
Si de sus plantas se borró la huella
indelebles allí quedan sus nombres.

Así al oírme exclamará indignado
quien a la lumbre de contraria idea
hacia el oscuro porvenir, confiado,
rondar las horas sin espanto vea.

Quien por el voto universal su frente
orla de mirtos y de yodra y palma,
y sin afán al templo refulgente
de la inmortalidad conduce el alma.

Mas yo que vivo y moriré sin nombre,
quizás en breve, en el dintel del mundo...
yo que en las formas, en el ser del hombre
toda mi dicha y mi esperanza fundo;

¡Ay! yo no puedo así pensar...! No puedo
de mi ignorancia el órbita salvando,
resbalar a la tumba con desnudo
flores de paz y dicha deshojando...!

Cierto que el sabio vivirá muriendo;
mas, ¿no diera su grande inteligencia
porque nunca llegara el sol tremendo
en que debe agotarse su existencia...?

¡Fidias y Urbino, y Napoleón y Tasco...!
decidme, alzando las radiosas frentes
¿si es que podeis alzarlas del ocaso;
diérais la gloria para ser vivientes?

¿Diérais plectro, cincel, púrpura y fama,
y lo más que en vosotros siempre admire,
por la chispa de vida que me inflama,
por el aura y el sol que bebo y miro?

¿Qué son las palmas de la fútil gloria
con sangre o con vigiliass conquistadas,
si las páginas bellas de la historia
a un hora de la vida comparadas?

De la póstuma fama el necio culto,
¿qué vale al sabio, ni al cantor, ni al fuerte,
si del cobarde al par, y del insulto
duermen mañana el sueño de la muerte?

Y si gemelos son olvido y nombre,
si una es de todos la mezquina esencia;
¿qué sirve al hombre distinguir del hombre
por un rayo mejor de inteligencia...?

.....

Brillan los astros en el limpio cielo
derramando safir, púrpura y oro,
y en convulsivo presuroso vuelo
brilla también el débil meteoro.

Si porque nace en la mañana, al lejos,
el padre de la luz, y en torno gira
se ocultan en tropel; de sus reflejos
presto el radiante ceñidor se mira.

Y vuelven a sonar, cuando la noche
de nuevo su poder recuperando,
del divino mantón desata el broche
sus sombras para el mundo proyectando.

Y vuelven a temblar, y al brillo vuelven,
por la bóveda azul, entre celajes,
figurando cocuyos que revuelven
de un bosque enmarañado en los ramajes.

Y en incesante rotación las horas
pasan zumbando sin parar el vuelo,
mientras callados, de la luz señoras
rutilan cual linternas por el cielo...

¿Cómo es que el hombre, del Señor remedo,
tal privilegio no alcanzó en la cuna,
y absorto observa entre codicia y miedo
los hados de la estrella y de la luna?

¿Cómo es que siendo superior a todo
cuanto en el mundo seductor existe,

a su destino de impureza y lodo
audaz y vigoroso no resiste?

¡Oh, pobre humanidad...! en la pradera
del áurea suave al compasado arrullo,
su rypiada verdísima cimera
yergue la palma, del indiano orgullo.

Y aunque el rayo veloz, sublime y fiero
la haga sufrir sus iracundos daños,
el rudo pedestal siempre altanero
contempla vivo el curso de los años.

Y clamando en mitad de la llanura
que alimenta su base carcomida,
a falta del donaire y la hermosura
que otra vez contestó —¡le sobra vida...!

El hombre por su mal es al contrario!
que apenas de la cuna se levanta
y una extorsión padece, —en el osario
veloz esconde la robusta planta...!

Y entre el polvo sutil de los que fueron,
despojo ruín de cien generaciones,
con los sueños que acaso concibieron
confunde sus brillantes ilusiones.

Ved allá las pirámides supremas
que el fin saludarán de lo futuro
con sus dudosos símbolos y lamas
timbres eternos del egipcio impuro.

Vedlas allá severas contemplando
los límites de Elim y los de Mará
y sus gigantes sombras proyectando
por *Dapcha*, *Alus* y *Radifin* y *Zára*.

Más... ¿Dónde el semidiós que tanto pudo?
¿Dónde yace el artífice eminente

que así del tiempo inexorable y rudo
el destructor espíritu desmiente?

¡Oh grande y triste Cheops..! ¡tu nombre solo
conserva el mundo por lección inscripto
sobre esas masas que de polo a polo
muestra en alarde el abrazado Egipto...!

¡Tu nombre nada más...! ¡solo un relieve
que si por suerte en nuestra edad perdura,
no será mucho que resbale en breve
hasta el polvo fugaz de la llanura...!

¿Y a dónde irás por el Simún mecido...?
¿Quién más ¡ay Cheops! nos contará tu historia,
si en mégano voluble es convertido
el único elemento de tu gloria?

.....
.....

¡Y tanto atesorar...! Y orgullo tanto...!
¡Tantas viles pasiones entre el pecho...!
¡Tanta sangre vertida por un manto,
una corona y un dorado techo...!

II

¡Ea, pues, a gozar...! ¡céfiro suave
riela en las ondas del fornido puerto!
¡volemós a gozar mientras la nave
no surque el mar del porvenir incierto.

¡Dulcísimo Blanchié! ¡Bardo profundo!
¿Qué valen ¡vive Dios! tus melodías
si ya no gozas en el ancho mundo
de claras noches y serenos días...?

Tus frescas *Margaritas*¹ lentamente
 la veleidosa humanidad olvida...!
 Ven y verás como la gloria miente
 aun a los bordes mismos de la vida!

Ven a este mundo donde tantas cosas
 promete la ilusión para mañana,
 y verás sus promesas más hermosas
 trocadas de humo en la visión liviana.

Verás ¡ay triste! al resplandor brillante
 de los nupciales majestuosos cirios
 como profesa en nuevo amor tuamante
 olvidando tu amor y tus martirios...!

Verás cómo su tersa y limpia frente
 cielo en que el sol brilló de tu esperanza
 se inclina a recibir un beso ardiente
 y chispas de pasión en torno lanza!

Verás cómo embriagada... adormecida,
 miel destilando de sus labios rojos,
 el ayer que fue tuyo infiel olvida
 para mandar al porvenir los ojos...!

¡Ella...! ¡La misma que con blando acento
 te hablaba un tiempo de mejor fortuna
 al compás de las hojas y del viento,
 bajo los rayos de la tibia luna...!

La que sentada junto a ti, mirando
 de un arroyo la límpida corriente,
 con ella su amor tierno comparando
 de acerbadas dudas defendió a tu mente...!

.....

Título con que publicó sus producciones más hermosas. (Nota del autor).

Pero... ¡ruede la vida entre festines,
y entre risas, esencias y esperanza,
y por blandas alfombras de jazmines
siga del mundo la burlona danza.

Y mientras las estrellas rutilando
por el brillante pabellón divino,
con su lloro de lumbre van marcando
del honda huesa el áspero camino:

Sustituyen al triste pensamiento
de nuestro pobre ser, cien ilusiones,
y en medio del florido pavimento
levantemos dulcísimas canciones.

¡A reír! ¡A gozar! —La vida es ésta:
¿Quién su beleño embriagador no aspira?
¡Volemos a reír...! ¡Suenen la orquesta!
¡Volemos a gozar, suenen la lira...!

¿Qué son las palmas de la fútil gloria
con sangre o con vigiliadas conquistadas,
ni las páginas más bellas de la historia
a un hora de la vida comparadas?

La gloria es el placer que los amores
vierten del hombre sobre el alma herida
¡basta ya de creencias y dolores:
suene solo una voz: —¡vuela la vida...!

¡Sí...! que rueda allá donde retumba
la americana inspiradora danza:
que rueda la ilusión hasta la tumba
pues solo la ilusión es su esperanza.

Venid, que el humo en espirales sube
del volcánico fondo del pebete
y figurando una argentina nube
preside a la algarazara del banquete.

Venid, y al brillo de la roja llama
que el aire en torno sin cesar sacude,
ved cuántas frentes el licor inflama
ved cuánto vaso por licor acude.

No temais que imprioviso oculta mano
estampe en la pared rara escritura,
que ni es este el festín del rey profano
ni aquí domina su intención impura.

¡Ea, pues...! ¡A gozar...! Entre canciones,
luz, aromas, bebidas y manjares
podeis vuestros ardientes corazones
por siempre redimir de los pesares.

Podeis gozar del bien que los amores
viertan del hombre sobre el alma herida,
y reír y danzar entre las flores
gritando hasta morir: ¡ruede la vida!

1848.

LA DUDA

Brota en el campo la silvestre rosa
orillas de un arroyo transparente,
que al armónico son de su corriente
la proclama entre mil la más hermosa.

En su cáliz la brisa cariñosa
se anida o se columpia blandamente
y el alba pura al ascender de oriente
quiebra en ella su lumbré esplendorosa.

Mas, súbito huracán ruge deshecho,
extiende en torno su gigante ala
y al débil tallo de la flor desnuda.

Así en el fondo de mi triste pecho
la esperanza mejor en ciernes tala
el horrible fantasma de la duda!

1848.

A LAS OLAS

Olas que vais murmurando
por contrarias direcciones.
Como van las ilusiones,
alígeras en tropel!
Como en el aire la esencia
de alguna flor desprendida,
como en el mundo la vida,
como en la mar un bajel.

Decidme si habeis dejado
tras vuestro paso inconstante
la hermosa Oasis de Atlante,
que es la tierra en que nací;
la Florencia americana
con sus selvas y sus flores
sus torrentes zumbadores
y su cielo de rubí.

Decidme si no muy lejos
de los curvos horizontes
podré saludar sus montes
coronados de esplendor:
y sus gigantes palmeras
del Nuevo Mundo divisa
brindándoles a la brisa
su dulcísimo rumor.

Decidme si con la aurora
oiré la voz de sus ríos
corriendo siempre baldíos,
emblemas de libertad.
Y si en breve del Ozama
contrariando las corrientes
pondré mis ojos ardientes
sobre la hermosa ciudad.

¡Ah! No me respondeis y arrebatadas
seguís hirviendo y remedando montes
de espumas argentadas,...
¡no me oís, y correis aceleradas
a morir en los anchos horizontes.
Do el mismo sol, magnífico y fulgente,
sublime potestad de todo el orbe,
no bien inclina la inflamada frente
cuando envidioso de su luz lo absorbe
el pálido confín...!

La noche oscura
derrama ya sus tintes pavorosas
del cielo en la azulada colgadura,
y un reguero de estrellas temblorosas
se mira por do-quier. Adormecido
el céfiro en los mangles no murmura,
ni en la horadada roca recogido
deja entender su lúgubre graznido
el errabundo alción...!

Sólo vosotras
las unas tras las otras
correis, interrumpiendo
con ese ronco estruendo,
tanta y tanta quietud...! ¡Mísero anhelo
de vencer y morir...! Hasta en las olas
se conoce tu infausto poderío!
Helas allá con indomable brío
roncas alzarse en su delirio insano
centelleando del sol a los reflejos,
y revueltas, confusas y hervorosas
sumergirse a lo lejos,
y renacer de nuevo, más ganosas
de medir la extensión del Oceano...!

No advierten ¡ay! las míseras, que en breve
pasto suyo serán...! Que cual se lanza
con ímpetu mayor, y ondula, y riela
y en su blasma se encrespa, y más se atreve
—¡esa más pronto pierde su esperanza,
esa más pronto hacia el abismo vuela!
dejando para siempre convertida
su diadema magnífica de espumas,
en deleznales vaporosas brumas
que apenas hablan de su breve vida...!

Pero ¿qué mucho si lo mismo el hombre
siervo de la ambición se lanza al mundo,
para legarte al porvenir un nombre
que en pos de su cadáver corrompido
más tarde rueda del eterno olvido
al piélago oscurísimo y profundo...?

¡Quitada humanidad...! Dondequiera
presenta la natura
el símbolo fatal de tus pasiones:
así en la llama azul que reverbera
como en las vagas mil ondulaciones
que festonan del mar la frente pura...!

Y vosotras entre tanto
vais de espumas coronadas,
olas bellas,
protegidas por el manto
donde brillan azuladas
mil estrellas
y yo apenado y sombrío
buscando en los horizontes
apartados.
Del frondoso suelo mío
los esmeráldicos montes
y los prados!
¡la vida es esta! Anhelosos
al impulso incontrastable,
de la suerte
vamos por surcos tortuosos
hasta el abismo insondable
de la muerte.
Unos raudos y sedientos
entre risas y entre flores
discantando.
Y otros tardos, macilentos,
honda tristeza y dolores
suspirando...!
Quienes de alguna esperanza
por la fosfórica lumbre
seducidos.
Quienes ¡ay! por la pujanza
de una interna pesadumbre
compelidos.
Quien del tormento no cura
ni del acerbo delirio
de su alma;
quien de librarla procura
aunque muera del martirio
con la palma...!
Así aunque varios en nombres
todos a un hado cedemos
furibundo:

y ondas, árboles y hombres
en agraz desaparecemos,
deste mundo.
Allá vais de albas espumas
cien montañas culminantes
levantando...
otras vendrán, ni las brumas
de vuestras vidas errantes
perdonando...!
Ora el pino bate y zumba,
y al aura cual débil caña
se abandona;
mas ¡ay! si el trueno
rodará por la campaña
sin corona!
Y nosotros, pobres sombras,
que el espacio recorreremos
de la vida,
sin que hollando sus alfombras
la ilusión mejor logramos
ver cumplida...
nosotros los que reímos
y hoy a esa virtud cantamos
dulcemente,
mañana, tal vez, gemimos
y en el polvo sepultamos
nuestra frente...!
pues aunque varios en nombres
todos a un hado cedemos
furibundo:
y ondas, y árboles y hombres
en agraz desaparecemos
deste mundo...!

Empero, mientras zumba la péndula sombría
que de la triste vida nos ha de separar;
¡ay! mientras que del tiempo la mano seca y fría
no viene a herir mi frente; —corramos noche y día,
yo siempre por el mundo —vosotras por la mar.

Y si es que por ventura burlando las corrientes
llegais hasta las playas del suelo en que nací,
decidle que invariable, mis votos más ardientes
son ¡ay! al armonioso compás de sus torrentes
lanzar en el olvido lo mucho que sufrí...!

Habana, 1849.

A P...

Tres meses van corridos
¡más bien dijera siglos! que tu acento
no resuena amoroso a mis oídos,
desque la dulce paz de los amores
odio inaudito convirtió en dolores.

Tres meses que lamento
con el alma nutriendo solo enojos
el astro que alumbró mi nacimiento:
astro opaco, por Dios, cuya carrera
nada me brinda en la mundana esfera.

En vano de tus ojos
evoco inquieto la apacible lumbre,
mientras huello los ásperos abrojos
que hacen brotar bajo la planta mía
la vanidad y la ambición del día.

Mayor mi pesadumbre
hace este inútil anhelador de verte:
así es que paso en perenal quejumbre
que las auras columpian de su vuelo
las horas irritantes del desvelo.

¡Oh! ¡triste es nuestra suerte!
¡Muy triste!... pues nos vemos acosados
tú por amarme bien, yo por quererte
sin que en nadie encontremos un abrigo
que es hoy contrario quien ayer fue amigo...!

Y todos obcecados
de tu excelsa virtud y tu hermosura
no se apiadan, mi bien... que deslumbrados
por el maldito resplandor del oro
no ven en ti lo que entusiasta adoro.

¡Ay! sólo se procura
con esas galas que el Señor te diera
dejar cumplida la ambición impura,
tu libre voluntad sacrificando
del interés ante el altar infando.

Y ¡quién jamás creyera
que por desgracia nuestra llegaría
una edad tan viciosa y financiera
que aun con los amantes corazones
osara establecer negociaciones!

Ni quien sospecharía
que entonces la moral indiferente
su desarrollo cruel consentiría
magüer que la razón su grito alzara
y el amparo de un crimen le acusará!

Tú, virgen inocente,
la víctima serás de este extravío
que casi me agobia el corazón ardiente.

¡Ay! que arrancada a mis amantes brazos
de otros te darán a estrechos lazos...!

Mas, qué...! ¡Yo desvarío!
¿Quién, —no siendo Dios—, en este mundo
logrará separarnos, amor mío?
¿Quién extinguir la fuente de ternura
que abrió en mi seno tu mirada pura?

En vano es que iracundo
el interés combata mi esperanza,
por más que en este océano profundo
sólida nave al odio resistiendo
la vean serena al porvenir siguiendo.

La aurora de bonanza
en breve brillará radiante y bella;
y cuanto dellos la razón no alcanza
y través de mil sombras pavorosas
premiará nuestras almas amorosas.

¡Ay! Nunca tu querella
vuela, a expirar cantora a mis oídos;
pues cuando el faro de la fe destella
y a su lumbre templamos los dolores
no lágrimas se riegan, sino flores.

Habana, 1850.

CONTRICIÓN

¡Pequé Señor...! Los vientos bramadores
de breves glorias e ilusión mentida,
pasaron. ¡Ay! la nave de mi vida
por el revuelto mar de los errores.
En vano la virtud con sus clamores
llamaba a mi conciencia embebecida,
los vicios consagraba en sus loores.
¡Acaso te ofendí...! Tal vez del mundo
libé, Señor, en la dañosa fuente
para dudar del verdadero rito...
mas, hoy transido de dolor profundo
me postro ante tu altar, y reverente
lloro y te ruego olvides mi delito.

Habana, 1850.

MEDITACIÓN

*¡Oh...! Puisque la tombe de marbre
est notre dernier maison,
vivons a l'air, dormons sous l'arbre
parlons d'amour sur le gazon.*

BARTHELEMY

Por Dios que pierde el corazón su brío
y en honda angustia se sumerge el alma,
cuando el recuerdo pálido y sombrío
de la muerte se enclava en la razón.
Cuando en el seno de la dulce calma
que en el periodo de la noche impera,
yergue su frente en actitud severa
el ángel de la humana destrucción.

Mil veces viendo en el redondo cielo
rodar tranquila la plateada luna,
las inflamadas lágrimas del duelo
raudas surcan mi amarilla tez;
y aun parecióme que al salvar su cuna
con triste acento murmuraban ellas:
“¡De su divino resplandor las huellas
bebe sin taza la postrera vejez!”

¡Tan grande es el pavor con que se lanzan
las vagas horas de mi vida leve...!
Así, a la par que en su sendero avanzan
más aumentan mi miedo y confusión.
¿Y cómo no, si cuando audez se mueve
la planta en pos del porvenir oscuro,
de la existencia el hálito inseguro
acorta la mezquina duración?

¡Oh! Nunca el hombre comprender debiera
cuán pronto acaba su brillante historia,
ni que al volver la página primera
leerá en disformes caracteres ¡Fin!
Y así llena de acuerdos la memoria
y el alma de confianza y sacro fuego,
ignorando morir, muriera luego
en el florido cuadro de un jardín.

Pero vivir con la punzante idea
de esa *nada* a que vamos raudamente,
como el humilde arroyo que serpea
tras de la suya que es el hondo mar;
y cuando más brioso, y más potente,
y más felice se contempla el hombre
más en breve morir, dejando un nombre
que el mundo cuida poco de acordar!

Ver tanto resplandor, tanta hermosura,
ver el cielo, la luna, el mar, las flores,
y escuchar de las brisas los rumores,

y de las zambras el acorde son:
 ver los prados vestidos de verdura,
 platear el lago, deslizarse el río,
 de aguinaldos prenderse el bosque umbrío
 y... ¡sentir que se hiela el corazón...!

Sentir que el mundo con su pompa y ruido
 nos convida a gozar cien mil placeres,
 brillando de los ojos al fluido
 cubierto de belleza y majestad:
 adorar al Creador y las mujeres
 y adorar las mujeres con locura,
 y sin perder la miel de su ternura
 hundirnos en la negra eternidad.

Sentir alzando la convulsa diestra
 porque nos libren de esa misma *nada*,
 que otra a estrecharla con dolor se apresta
 sin que la pueda ¡ay cielos! sostener...
 ¿No es esto triste, santo Dios? ¿No es triste
 bajar al fondo de la huesa fría
 como el blando botón que no resiste
 el furioso rugir del vendaval?

Mas si es tan breve la vida
 y el mundo a gozar convida;
 ¿Por qué el alma entristecida
 se ocupa del —*ha de ser*?
 ¿Por qué se abandona al duelo
 en vez de elevar un vuelo
 y hacer de la tierra un cielo
 de amor y gloria y placer?

¿Por qué los lechos rugosos
 no dejamos presurosos
 a los sones armoniosos
 del salterio o del laúd?
 ¿Ni a la serenata vamos,
 ni reímos, ni cantamos

ni bebemos, ni versamos
con la alegre juventud?

¿Qué hacemos, pues, que a la sonora orgía
no vamos en tropel, y allí bebemos?
La vida es humno, y a la luz del día
acaso la hallaremos
desencantada y como el hielo fría...!

¡Corramos! ¡Corramos!
Las horas se alejan;
y huyendo nos dejan
fastidio y dolor.
Corramos, criaturas;
y esencias, y amores,
en bellas y flores
busquemos, por Dios!

Y cantemos
a la nube,
que flotando
lenta sube
desde el arco
de la mar;
y en el alto
firmamento
sacudida
por el viento
se columpia
sin cesar.

Cantemos
las flores,
los suaves
licores,
los ojos
de fuego
y el lánguido
ruego

de dulce
beldad.
Cantemos
el día,
la noche
sombría,
las anchas
llanuras...
¡Cantemos
criaturas,
que es bello
cantar...!

Aurora
leve
blanda
mueve
las ondas de la laguna,
que en sus bordes contenida
a la embriaguez nos convida,
y al olvido del dolor.

¡Cesa
llanto,
cabe
tanto
tema hermoso de alegría
como agora nos rodea,
que el alma gozar desea
y no sufrir tu rigor!

¡Ay! ven a grabar, doncella,
sobre la vida una huella,
que para gozar de ella
sobrado larga es, por Dios.
Ven, y entre prados, y flores,
y torrentes mugidores
nuestros brumosos temores
olvidaremos los dos.

Olvidaremos, señora,
esa idea aterradora
que nos turba hora por hora,
que nos sigue por doquier:
Mas... ¡qué rumor...! ¡Una orquesta...!
¡Ah...! ven al baile, a la fiesta...
al festín... —la vida es ésta:
¿quién piensa en *lo que ha de ser?*

Habana, 1850.

ILUSIONES

Cual diáfano, ondulante, sutil velo
se alza de nube del confín lejano,
y en el terso cristal del oceano
la pinta y mece con orgullo el cielo.

De súbito Aquilón emprende el vuelo
por su infinito esplendoroso llano
y en breves gotas de rocío liviano
la nube precipita por el suelo.

No de otro modo su ilusión más pura
le evapora el destino a los mortales
cuando modulan plácidos su nombre.

Así con lluvia o llantos de amargura
tristes deploran en fortuna iguales
la nube el éter, —la ilusión el hombre.

Habana, 1850.

AGITACIÓN

*A mi prima la señorita doña Cándida
Morell, con motivo de haberme reve-
lado parte de un secreto.*

¿Qué es esto, Dios? ¿Qué inagotable fuente
de gratitud de amor y de amargura
hoy súbito destrenza su corriente
del triste pecho en la caverna oscura?
¿Qué nuevas emociones
la agitan sin cesar y la atormentan,
y en cada un hora que discurre, aumentan
sus iracundas mil tribulaciones...?
Habla ¡oh amiga! y que tu voz sincera
rasgando el negro manto de la duda
me devuelva la paz, la paz que fuera
hasta ayer mi salud, mi paraíso.

Y que tu misma voz, de entonces muda,
al vago influjo de un misterio quiso
en mal hora turbar...

.....

¿Quién es la hermosa
que a solas, de su estancia en el retiro
en mí piensa y al aura vagarosa
sollozando tal vez le da un suspiro?
Serás tan despiadada
que mientras *ella* gime enamorada
y mi desvío involuntario llora
tú me repites sin cesar —“Te adora”;
cual si esto solo mitigar pudiera
en *ella* la inquietud y en mí la hoguera
que el corazón continuo me devora?

¿Eres su amiga tú, y eres mi amiga,
y puedes contemplar indiferente
de nuestras almas la común fatiga?
¿No te mueve el dolor de esa inocente?
¿por qué sensible a su ardoroso anhelo
de comprender mi alma
no te atrevieses a correr el velo
para decirle que vegeto en calma,
que en vano del amor sigo las huellas
arrancando tristísimas querellas
a mi lira infeliz, mientras la vida
sin goces ni esperanza
al honda eternidad veloz se lanza
cual nave por el vértice absorbida?
Pero... ¿qué digo? ¡ay Dios! por desventura
no es esta la verdad. Tres años fueron
que de una virgen cuanto hermosa pura
los encendidos labios se entreabrieron,
y trémulos de amor, —de amor dijeron
la dulce trinidad. Así mi suerte
se encuentra con la suya tan ligada

como la vida misma con la muerte;
 sin que jamás un hora, ni un segundo
 pudiera hacer de su perfidia alarde
 tanto enemigo corazón cobarde
 con que tropiezo transitando el mundo.
 No es desventura, no, que generosa
 oyera mi clamor... ¡yo deliraba...!
 es ella mi placer, mi luz, mi gloria:
 la perfección, en fin, que se forjaba
 mi ardiente fantasía
 y en quien espero que me olvide un día
 de lo que hoy tortura mi memoria...

Como ilusión un mundo y otro mundo
 el abrasante sol desde la esfera
 sin extinguir su manantial fecundo
 de fuerza y de calor, —así quisiera
 mi corazón también en este instante
 entre una y otra amante
 los afectos partir; que si me obliga
 quien sensible escuchó mi triste ruego
 no me interesa menos que tu amiga
 ese espontáneo amor, ese amor ciego.

¡Cuántas veces la hermosa
 sin yo saberlo y a mi propio lado
 habrá en mis ojos con afán buscado
 una respuesta a su pasión fogosa!
 ¡Cuántas esperanzas, cuántas flores
 desvanecidas pronto y deshojadas!
 y cuánta humillación para su orgullo
 que presa de agudísimos dolores
 ni escucha e su redor vago murmullo
 de falsa pena o compasión helado...!

.....

Mas ya que la prudencia
 para callar su nombre te ha inspirado,

se fiel a esa virtud y mi existencia
de un crimen librarás. —Quizás olvidado
de mis deberes todos algún día
te quiera sorprender; que indiferente
no puede ser jamás el alma mía
con quien por ella generosa siente!
Tú entonces, dulce amiga, sé inflexible,
y evita en lo posible
que a tus oídos llegue plañidero
el timbre de mi voz. Sobrado tema
para doblar mis crudos sinsabores
poniendo el alma en inquietud eterna
Hay con solo saber que en esta vida
do siempre, siempre conquistó dolores,
existe una mujer desventurada;
que a lo que entiendo, para amar nacida,
nunca a su labio aplicará arrobada
la copa del amor que yo imprudente
de acibar le colmé... Guardo su nombre
más allá de los lindes del secreto...
¡Ay...! Guárdalo, por Dios, eternamente
y ya que no feliz... —me harás discreto...!

Habana, 1850.

ELLA

Nívea más que el jazmín y la azucena
dulce más que la miel y la ambrosía:
tierna más que la suave melodía
con que entretiene el ruiseñor su pena.

Simpática muy más que la sirena,
pura más que la luz de medio día;
sublime como el mar de poesía
que brota el labio del Saul del Sena.

Su boca está formada de corales,
su seno... es un jardín, su faz un cielo,
y un foco de modestia su mirada!

Es la hourí de los bosques orientales:
es la hermosa Judith de Donatello,
es un hechizo, en fin mi perla amada.

Habana, 1850.

ARREPENTIMIENTO

Del regio sol a la empeñada lumbre
corre al Calvario en su embriaguez Judea,
y a semblanza de la mar ondea
por cuanto abraza en su extensión la cumbre.

En medio de la ardida muchedumbre
que injurias y sarcasmo clamorea,
sangre del Redentor la cruz gotea,
sin que sus labios den una quejumbre.

“¡Qué!” ¿No pides perdón? clama Longino;
y empuña el hierro, y tropezando avanza,
y le hiere al costado mortalmente,

entonces ¡ay! el ciego ve al Divino:
suelta convulso la sangrienta lanza,
y contrito en el polvo hunde la frente.

Habana, 1850.

DESPEDIDA

*Es preciso que te dé este adiós, ¡oh
Virgen la más bella de todas las
hijas de los hombres...!*

CHATEAUBRAND

Cuando tus ojos dulces y apacibles
recorran estas líneas, Perla hermosa,
yo, solitario, de la mar undosa
sobre el ancha planicie vagaré.
Quizás a impulso de la dócil nave
que no surgir, sino volar procura,
del horizonte en la región oscura
rápidamente penetrando habré.

Y al comprenderlo tú... al ver que en vano
la faz velando en lágrimas de fuego

por un adiós me dirigiste un ruego
del fondo de tu puro corazón...
Y al ver, en fin, que tu esperanza ha sido
no más que un sueño de la fe guardada,
tal vez celebras ¡ay! acongojada
las honras de mi férvida pasión.

En tanto yo de soledad velado
mares y mares hervorosos viendo
iré en mi ruta sin cesar siguiendo
con toda el alma levantada a ti.
Y al rudo son de las soberbias olas
que se columpian sobre el ancha estela
invocando en festiva cantinela
la hermosa realidad que en sueños vi.

Bien hubiera querido entre mis brazos
ceñirte y derramar ríos de lloro,
sin que por ello, Perla, tu decoro
un átomo perdiese de esplendor:
sin que a la clara lumbre de este día
para nosotros de aflicción y de pena,
contemplaras tu rostro de sirena
quemado por el fuego del rubor.

Mas yo que en calma a comprender no alcanzo
de un ser extraño el hondo sufrimiento,
yo, que aún del bruto alarido siento
y me aparto de allí por no llorar...
¿Cómo pudiera ser látigo mudo
del bárbaro dolor que te devora
si soy yo mismo, angelical señora,
quien turbe tu reposo a mi pesar?

¿Cómo verte, por Dios, pálida y triste,
los labios tintos de color violeta,
la voz convulsa y la mirada inquieta
que empañá alguna lágrima sutil...?
Ni tu amoroso alabastrino seno

do late un corazón todo ternura.
—¿Cómo verlo anegado en la amargura
que inflama tu garganta de marfil?

De la callada misteriosa noche
por las fúnebres sombras protegido
quise que fuera tu anhelar cumplido
y enderecé la planta a tu mansión.
¡Ay! no es posible que bosqueje al labio
con propias tintes el combate cruento
que firme sustentaba en mi ardimiento
por acallar la rígida razón.

Mas... cuando cerca estuve, cuando al fuego
de mil temblantes pálidas bujías
el pórtico alcancé donde solías
dulcificar mis penas con tu amor...
entonces, Perla, en mi abrasada frente
las nubes de la duda se agruparon,
y en femenil flaqueza me trocaron
mis primeros arranques de valor.

De una calumnia tras la mole oculta
estático quedé, buscando al lejos
los luminosos vívidos reflejos
que expide tu hermosura virginal.
Y apenas se quebraron de mis ojos
sobre el iris, a tiempo adormecido,
partí exhalando un lánguido gemido
que arrebató en mis labios el terral.

¡Ay!... no es mi corazón tan esforzado
que sin morir de angustia, Perla hermosa,
observe en tu pupila esplendorosa
la purísima esencia del pesar.
Que el volcánico pecho en que se anida
y está tu imagen con amor grabada
lejos de ser su incontrastable egida
la expone al sufrimiento sin cesar.

Tú, joven dulce, y cariñosa, y tierna,
 —yo... sensible, inaguer de mi pasado;...
 ¡Cuánto hubiera esa escena desgarrado
 las conmovidas almas de los dos!
 Por eso en vez de provocarla, donde
 riendas al vivo afán de obedecerte
 lancéme entre los brazos de la suerte
 sin entender tu acongojado ¡adiós!

Mi voz, empero, la emoción burlando
 ese vocablo funeral te envía
 sobre las ondas de la mar bravía
 que rezumban sin fin a mi redor.
 Y el aura que en sus cúspides se baña,
 remedo de los tétricos alciones,
 de tu florida patria a las regiones
 la arrastra como un líquido vapor.

Escúchalo, mi bien, y más tranquila
 comprende que este adiós no es el profundo
 que al traspasar los límites del mundo
 pronuncia el hombre entre congojas cien.
 Ni el tenebroso ¡ay no! que el desterrado
 del ronco pecho en lo interior murmura
 contemplando la verde vestidura
 que ostenta al lejos su perdido Edén.

No, señora. —Mi *adiós* es espontáneo
 cual del águila regia en el alto vuelo,
adiós que ni una noche en el desvelo
 debiera inmergir tu juventud.
Adiós, en fin, que atado a mi albedrío
 del hondo olvido a la región lanzara
 si en sus efectos mágicos no hallara
 de nuestro amor sublime la salud.

¡Oh! basta de aflicción. No hay esperanza
 que no muestre una sombra en sus colores,
 ni hay sueño de caricias y de flores

donde no brote el cargo de un pesar.
Y harto felices somos, vida mía,
cuando los ojos en redor tendemos.
Y en nuestros horizontes solo vemos
la nube de esta ausencia resbalar.

Pronto a tus plantas me verás dichoso,
cumplidas ¡ay! mis ilusiones bellas,
y entonces por plegarias o querellas
diremos dulces cántigas los dos.
Así no tornes a verter tu llanto
ni conviertas en tedio la sonrisa
cuando murmure en tu redor la brisa:
¡Perla del alma, Perla hermosa...! ¡Adiós!

Habana, 1850.

EL PRIMER CRIMEN

Improvisado en la Sociedad Habanera.

Cual discurre en la selva el tigre hircano
por el ansia de víctimas deshecho,
y solo amaina cuando ve de un pecho
las arterias latir dentro su mano:

Así Caín por cumbre, solo y llano
se ve al poder de agitador despecho,
hasta que tiñe el inodoro helecho
con la preciosa sangre de su hermano

más pronto de su crimen coge el fruto,
que maldito de Dios y la natura
vaga do quier sin encontrar guarida

huye el hombre a su aspecto, brama el bruto,
y aun parece que el céfiro murmura:
“¡execración etena al patricida!”

Habana, 1850.

LA CAÍDA DE LA TARDE

Sobre el piélago
agitado
reclinado
vese al sol:
su destello
moribundo
tiñe al mundo
de arrebol.

Y las nubes
al poniente
tristemente
todas van,
al ocaso
que figura
la abertura
de un volcán

Allá forman
en contorno
de aquel horno
abrasador
bello túmulo
flotante
de brillante
resplandor
y se miran
presurosas
las zulosas
ondas ir.
En continuas
cantinelas
las arenas
a cernir.

Y suben,
y crecen,
y luego
se mecen,
y corren
sin fin.
Y bullen
avanzan
y luego
se lanzan
al negro
confín.

¡No hay hora más sombría...! Del bosque en la espesura
la tórtola reprime su cántiga de amor:
la brisa coge del vuelo, suspira la natura;
y del santuario en medio cubierto de pavura
raudales vierte el Inca de llanto abrasador.

¿Qué importa si el torrente la cumbre abandonando
su rústica armonía derrama por do quier?
¿Qué importa si el nenúfar la copa desplegando

descuella ante las ondas volubles, regalando
al aura juguetona la esencia de su ser?

Mil sombras y fantasmas ocupan ora el cielo
cual antes nubecillas de argento y de zafir:
mil sombras que reflejan sus tintes en el suelo,
se extienden, se dilatan, y flotan como un velo.
Por cuanto se descubre de oriente hasta Nadir.

La nave solitario de espumas circuida
recorre a la ventura del mar la inmensidad
sin que la nívea lona del viento sacudida
recoja de algún faro la ráfaga perdida
y el tedio disminuya de tanta oscuridad.

La gaviota
sorprendida
por la sombra
desparcida
de natura
en derredor,
alza el vuelo
perezoso
y en el mangle
pavoroso
canta luego
su terror.

Mientras pálida
la luna
se levanta
de su cuna
trasponiendo
el puro azul,
y los mundos
esclarece
con mil rayos
y se mece

sobre nubes
de oro y tal.

Mas, débiles aún su hermosa lumbre
para vencer las sombras de la tarde,
que se tienden sin fin de cumbre en cumbre
haciendo de su imperio libre alarde!

¡Ay! ¡Venga el alba! ¡venga! sus vívidos colores
reemplazan de las sombras el lúgubre capuz;
y en vez de tantas nieblas, y sombras, y vapores,
deslumbren mil pupilas brillantes resplandores...!
Yo muero, —flor del Trópico,— faltándome la luz...!

Habana, 1850.

A MORENO DEL CRISTO

*A mi distinguido y respetable amigo
Monseñor Grabiél B. Moreno del Cristo,
camarero de honor de S. Santidad.*

Del águila imperial nace el polluelo
entre las sombras del oculto nido,
y sus fuerzas contempla entristecido
pues no le ayudan a ensayar el vuelo.

Pasa una luna y otra en cruel desvelo,
aguardando el momento apetecido
de sacudir la inercia, y atrevido
mirar de frente al sol, medir el cielo.

Crécele al fin, la pluma: el ala tiende,
surca el espacio, y al cenit se lanza
y orlado de esplendor torna a sus lares.

—La parábola, padre, a vez comprende:
¡sois el polluelo: y fue vuestra esperanza
cierta, midiendo con honor los mares!

Habana, 1850.

EDITH

Sobre Sodoma, y Hobehim y Adama
rimbomba estrepitoso el libre trueno,
y al aire sube en espiral sereno
lívido sirón de asoladora llama.

En leves polvos que el simún inflama
vierte una nube azufre de un seno
y por calles y plazas de ira lleno
un mar de fuego serpenteando brama.

“¡Ay de aquel que volviere atrás los ojos!”
esto dicen los ángeles profetas
a la grey que les sigue enmudecida;

mas la esposa de Loth en los despojos
detiene sus miradas indiscretas
y es al punto en estatua convertida.

Habana, 1850.

EL ARCA

Un mar de lluvia en atronante ruido
baja hervoroso del oscuro cielo,
llenando al mundo de terror y duelo
pronto a ser en la nada sumergido.

Relámpago veloz cruza perdido
por ambos polos en convulso vuelo.
Y de las sombras levantando el velo
baña la sien de náufrago aterido.

De súbito el Señor tiende su mano:
cesa la tempestad, huye la bruma,
y el iris baña en luz el firmamento;

mientras serena cruza el oceano
el arca, envuelta en un cendal de espuma,
y encuentra allá en *Tarin* seguro asiento.

Habana, 1850.

MI PATRIA

A mi amigo N. Ureña de Mendoza.

*Jamás puede un tirano
de cadenas cargar a un pueblo fuerte,
que se alza valeroso, lidia y triunfa.
O sufre noble y envidiable muerte.*

HEREDIA

Joven aún, a tu recuerdo solo
de orgullo sonreía,
y al mundo le decía
que en su vasta extensión, de polo a polo
nada mejor que la Española había.

De tu nítido azul brillante cielo,
tus bosques, y torrentes,
y montes imponentes.
con las otras mil galas de tu suelo
llenas están mis cántigas dolientes.

Si el único no fue que quiso en ellas
perpetuar tu memoria
tuve al menos la gloria
de seguir sin descanso por las huellas
que va trazando tu naciente historia.

Rara vez la amistad canté en mi lira,
y los dulces amores
y rara los primeros
que en la opulenta Cuba el hombre admiro
sobre un tapiz de inmarchitables flores.

Fanático por ti, por ti abstraído.
de ella me olvidaba:
e ingrato te negaba
a un desvelo el amor debido
porque en ella tu sombra me acosaba.

¿Qué fueron para mí ni el armonioso
rumor de sus orquestas,
ni sus famosas fiestas,
ni el tinte de su cielo luminoso
ni el aroma sin par de sus florestas?

¿Cuándo mi diestra levantó la copa
en medio a sus festines?
¿Ni cuándo en sus jardines
seguí de ninfas vagabunda tropa,
o soné bajo un toldo de jazmines?

—¡Nunca, Patria! ¡Nunca! indiferente
sus encantos veía;
pues sólo concebía
que de todo el indiano continente
en ti lo bello y grande se reunía.

Contemplando su luna esplendorosa
debajo de una palma,
dejaba libre el alma

a gritos conjurar la estirpe odiosa
que en turbulencias convirtió tu calma.

.....

¡Cuántas depredaciones! ¡Cuánto agravio
sufriste del salvaje
cuánto y cuánto ultraje
sin atreverme a desplegar el labio
que era el hierro garante del pillaje.

Mas un día la bélica trompeta
hirió el aire errabundo,
y tu pueblo iracundo
agitose en *Belér* y en *Estrelleta*
dándole pruebas de valor al mundo.

A sus campos cien ínclitos guerreros
gozosos se lanzaron
y tanto batallaron
que de sus lanzas a los botes fieros
las cadenas haitianas quebrantaron.

Y otra era empezó: y al despotismo
del invasor sangriento
siguióse el pensamiento
de un generoso y férvido civismo
que reforzara el nacional cimiento.

Y yo que lejos ¡ay! desde la infancia
lloraba tus azares,
volví a surcar los mares
por gustar de tus flores la fragancia
y a la sombra dormir de tus palmares!

Mil veces venturoso aquel instante
en que pisando apenas
las húmedas arenas
que lame al paso *Ozama* murmurante
pude arrojar el fardo de mis penas...!

¡Sí! que al beber tus auras dé al olvido
seis lustros de amargura...!
Seis lustros de tortura
devorada en silencio y sumergida
del abandono entre la niebla oscura.

Bellos tus campos son, bellos tus mares,
y bellos tus baldíos
melancólicos ríos,
y tus pájaros mil cuyos cántaros
bálsamo son de los dolores míos!

Bellas también tus majestuosas ruinas;
pues se miran entre ellas
las indelebles huellas
de las antiguas artes peregrinas
y del genio las vívidas centellas.

Todo es hermoso en ti, todo sublime!
desde el sol y la luna
a la sombra importuna,
desde el turpial que entre la selva gime
al ánade, señor de la laguna.

Por eso un tiempo a tu recuerdo solo
de orgullo sonreía,
y al mundo te decía
que en su vasta extensión de polo a polo
nada mejor que la Española había.

Y por eso también cuando la fama,
trasponiendo los mares,
tus triunfos singulares
en Cuba repitió volé al Ozama
desde la fresca orilla de Almendares.

Levanta patria mía la frente coronada
de inmarchitables palmas, de mirto y de laurel:
levántala, que siempre la brisa perfumada
sucede a los bramidos de la tormenta cruel.

Pasaron las congojas, pasó la incertidumbre
de restaurar tus fueros esclavos del terror:
la fúlgida esperanza derrama en ti su lumbré,
las águilas te cercan, te busca ya el condor.

No importa que gimieras doblada ante el tirano
por veinte y dos eneros, velada en soledad,
si en venturoso instante el pueblo soberano
los hierros quebrantando te dio la libertad.

No hay gloria sin martirio. ¿Qué pueblo independiente
la copa de amarguras primero no apuró?
¿Cuál de ellos sin un triste y odioso precedente
la universal bandera al viento descogió?

Tres veces desdichado, tal vez como ninguna
de todas las Antillas que borda el fosco mar.
Mirastes a tus hijos, dispersos, sin fortuna
por playas extranjeras llorosos divagar

en vano sus plegarias al éter dirigieron
soñando en el destierro la dulce redención:
¡en vano...! que los tristes al cabo sucumbieron
llevándose a la tumba la flor de su ilusión.

Empero los que infantes con ellos afrontamos
los males que otro tiempo los hijos de Israel,
las olas y distancias con júbilo salvamos
por verte coronada de palmas y laurel.

¡Levanta, pues, la frente! pasó la incertidumbre
de restaurar tus fueros esclavos del terror:
la fúlgida esperanza derrama en ti su lumbré
las águilas te cercan, te busca ya el condor.

Santo Domingo, 20 de julio de 1853.

A LA VISTA DE SANTO DOMINGO

El almo sol del éter se desprende
pálido y tibio cual naciente luna,
y el leve encaje de la espunca hiende
sepulcro hallando donde hubiera cuna.

Alígera la nave se desliza
trapos abriendo al aire vagabundo,
y ondas, y ondas con soberbia riza,
sobre el gigante mar del nuevo mundo.

Desde la popa, que se abate y sube
como una arista que sacude el viento
sigo la marcha incierta de la nube
que rueda con el bruñido firmamento.

Imagen fiel de la esperanza mía
que al punto mismo de tender el ala

de lo infinito entre la niebla fría
como el aroma de la flor se exaha.

¡Oh! ¡Cuánta soledad! Por Dios que el hombre
se eleva más allá que el heroísmo:
¿Qué puede tanto que su audacia asombre
si denodado doma hasta el abismo?

Mas, ¡tierra! ¡tierra! —dice el marinero
que nunca o rara vez al verla siente—
y yo que tanto su visión espero
salto a la proa del bajel congiente.

¡Oh Dios! Es cierto. En la flotante faja
que el horizonte pálido semeja
hay una forma que la espuma teje
y finge adelantar y al fin se aleja.

“Vea” —repite el marinero— ved el puerto
dejad que rompa menos el oleaje
y adusto cual las moles del desierto
podreis reconocer el Homenaje”.

¡Sí! Le veré: que el primer palpitar violento
de mi indomable corazón, el llanto
que en transparentes lágrimas sin cuento
brota al compás de mi secreto encanto.

Este inefable gozo, esta alegría
que embargan dulcemente mis sentidos
no bien al largo de la mar bravía
miro el fin de mis lúgubres gemidos.

¡Todo concurre a persuadir el alma
desconfiada al poder de la experiencia,
que pronto, ¡ay tarde! gustará la calma
de sus perdidos días de inocencia!

He ahí la torre a cuya libre sombra
se agita sin estorbo un pueblo fuerte

que con sus triunfos a la Europa asombra
y alienta al débil que suspira inerte!

¡Quién te dijera, Grecia, que algún día
modesta virgen de la indiana zona
que delicada frente adornaría
con el mismo laurel de tu corona!

¡Cuatro lustros, gimió! El sol que apenas
esmalta de los montes la verdura
se cansó de quebrar en sus cadenas
los vivos rayos de su lumbre pura...

Mas por fortuna con potente mano
el lábano agitó nuevo Leonidas,
y fueron las enseñas del tirano
en victoriosas palmas convertidas.

.....

¡Hijos de Cuba, adiós! La patria mía
saludo al fin al borde de los mares;
la Veste tropical, que ayer gemía
y ora libre se ostenta al medio día
bajo el dulce rumor de sus palmares.

Por siempre vivireis en mi memoria
mientras dure mi ser, nobles cubanos;
vuestros recuerdos formarán mi historia;
y aunque tan lejos, mi placer, mi gloria
será llamaros ante el mundo hermanos.

¡Sí! Que a la lumbre de una misma estrella
nuestras infancia y juventud pasaron
y una fue nuestra lánguida querella,
y nuestras almas tras la sombra bella
de una misma esperanza se lanzaron.

Voy a ver esta tierra de hermosura
que avanza con orgullo a nuestro oriente;

a pisar de sus prados la verdura
y a vivir aspirando el aura pura
que se aspira en un pueblo independiente.

Voy a llorar sobre las losas frías
que cubren la mitad de mis abuelos...
voy a gozar con los serenos días
que prófugo, entre llantos y agonías
vi del futuro tras los anchos velos!

Voy a escalar los muros vencedores
de la espléndida Roma americana:
a saludar su Tito y sus Pretores,
y sus fuertes heroicos defensores,
orgullo y prez de la región indiana.

Voy a pisar los campos ya gloriosos
donde aún la sangre del tirano humea;
y al son de los torrentes procelosos
que bajan a los mares regañosos
los hechos a cantar de mi Idumea.

Y voy, por fin, como deudor cumplido
¡bien que a través de mísero usufructo!
a devolverle el ser que le he debido,
y en el secreto polvo del olvido
mis dolores rendirle por tributo.

III

Empero de la noche
las tintas misteriosas
descienden presurosos,
a un tiempo confundiendo
los cielos y la mar.
Y saltan de su broche
mil tímidas estrellas,
y doblan sus querellas
las olas, sacudiendo

la nave sin cesar
ya nada se distingue...
ya todo se confunde,
y el leñe ¡ay Dios! se hunde
bajo un espeso manto
de fúnebre color...!
Y el áura suave agota
su músico lamento;
y el alma opresa siento,
doblada ante el espanto
que reina en derredor!!

Hijos de Cuba...! ¡adiós! Cuando en oriente
el alba asome revelando al día,
lloroso de placer la altiva frente
daré en el polvo de la patria mía!

1853.

EL SUSPIRO Y LA CANCIÓN

A mi esposa desde Santo Domingo.

*Concierto establecido a mis ojos
para no pensar de doncella.*

Job, cap. 31,VI

Desde la margen sombrosa
porque rápido y mugiente
va el Ozama transparente
sobre su nivel panteón.
Levanto a ti, Perla hermosa,
del Euro entre el blando giro
este lánguido suspiro
y esta lúgubre canción.

Suspiro tierno, elocuente,
que se desprende del alma
cual a la noche en la calma
el aroma de un clavel;
y cuanto triste, y doliente
cuando el rumor que a sus solas
produce en las crespas olas
un errabundo bajel.

Mas... te dirán la ternura
con que mi pecho de amante
te recuerda a cada instante
que el tiempo aleja de mí;
te dirán que la amargura
mitigo deste aislamiento
si el inacorde instrumento
recorro pensando en ti.

Y ambos a dos a porfía
que me eres más cara y bella,
que el éter para la estrella,
que el aire para el condor.
Y que en tanta lejanía
pienso en ti, contigo sueño,
y es tal de verte mi empeño
que te miro en cada flor.

Acaso bien de mi vida,
abres tu pecho al quebranto,
y oscureces con el llanto
tus ojos de verde-azul,
creyendo que enloquecido
mi alma, con tanta holgura,
rinde culto a una hermosura
desta perdida Estambul.

Acaso crees que perjuro
bajo su limpio cielo,
en pos de las zumbas vuelo

con frenética ansiedad;
y que tan poco me curo
del ayer; siendo mi gloria!
que ni aun guarde en la memoria
los rasgos de tu beldad.

¡Juicio ¡ay de mi! que anublando
las horas de tu existencia
evapora la esencia
de tu purísima fe,
y sin piedad deshojando
de mi ventura las flores,
me ofrecieron sinsabores
donde delicias soñé...

Por eso mi alma amorosa
y ante aquel fantasma mustio
queriendo calmar la angustia
de tu joven corazón,
levanta a ti, Perla hermosa,
del Euro entre el blando giro
este lánguido *suspiro*
y esta lúgubre *canción*.

Pueden fieles mensajeros
de mi férvida constancia
por el fondo de tu estancia
murmurando revolver;
y dar que tus dos luceros
hoy por la pena eclipsados,
tornes a mí, alforjados
por el lloro del placer.

Yo adoro este suelo hermoso,
sus torrentes y palmares
y sus bosques y sus mares,
y su cielo de zafir.
Le adoro supersticioso,
con ceguedad, con locura:

como adoro tu alma pura,
como adoro el porvenir.

Si hay algo que de esta estancia
mitigue mi justo duelo,
es tan sólo por su cielo
los tristes ojos pasear.
y beber la pura esencia
de sus rústicos jardines.
Y sus dorados confines
silencioso contemplar.

Mil veces interrumpiendo
nuestras pláticas de amores,
me escuchaste los primores
de esta tierra encarecer:
o bien el libro leyendo
que no más se ocupa della,
rendirle culto a la estrella
que en sus lindes me dio el ser.

Sí, Perla. Aquí fue que al mundo
vino el hombre que te adora:
aquí fue donde la aurora
de su existencia brilló;
y aquí que el sol rubicundo,
deidad del inca inocente,
con los rayos de su frente
la inspiración le infundió.

Ingrato, señora, fuera
si respirando en su seno,
ni alzara el rostro sereno
ni requiriera el laúd:
cuando vemos a la fiera
saludar con un rugido
al bosque hojoso en que me ha sido
su primera juventud.

Empero, este afecto santo
que ni es amor ni cariño,
este misterio en que niño
con transporte me inicié
¿podrá jamás el encanto
disipar de tu hermosura,
ni el de tu rara hermosura
que eclipsa la de Niobé?

No temas. Ambas pasiones
gemelos de buena cuna,
son como el sol y la luna
que giran sin tropezar:
dos limpias constelaciones
que en el cielo de la vida
una fuerza desmedida
va impulsando sin cesar.

Y si por suerte se encaran
trazando una misma elipse,
si de improviso un eclipse
quiere oponerse en los dos:
se detienen, se comparan,
retroceden, y se evitan.
Y al cabo se precipitan
de sus destinos en pos.

Y el una azaz impetuosa
como el curso del torrente,
blanda el otra cual corriente
de modesto surtidor:
ambas hacen, Perla hermosa,
que brotan en nuestras almas
tú sabes que te amo ardiente:
con aquel amor sublime
que en nuestras almas imprime
del infortunio el crisol:
como el árabe al oriente
como el malayo al Eufrates,

como el griego a los Peñates,
como el indio al rubio sol.

Y sabes que es mi recreo
la copia de tus facciones,
donde al ver las perfecciones
de tu rostro tropical,
queda halagado el deseo;
pues sellan tanta hermosura
los tintes de la ternura
de tu seno de cristal.

¡Oh! No es el valle a la brisa
tan delicioso, señora,
ni el horizonte a la aurora,
ni a la mar su rosicler,
cual para mí la sonrisa
que en tus labios se pasea,
y en alas ¡ay! de la idea
desde aquí deliro ver...

¡En vano burlar la historia
de nuestro amor osaría,
cediendo a la melodía
traidora de otra pasión!
¡En vano...! que tu memoria
como segunda conciencia
refrenara la vehemencia
de mi loco corazón.

Demás, que evitando abrojos
sembrar entre tantas flores
como ostenta en sus albores
de tu alma seno el jardín,
*concierto puse a mis ojos
por no pensar de doncella*
desde que grababa una huella
de mi patria en el confín.

En ella corre mi vida,
silenciosa, y sosegada,
semejante a la cañada
de una selva entre el fragor:
y así se interna abstraída
por los triunfos, no remotos,
que recogieron los votos
de nuestro sublime amor.

Si escucho el lánguido acento
de los pardos ruisseños
en los pinos zumbadores
o en el rústico pensil:
juzgo escucharte, y aun siento
que aspiro suave, entibiado
tu hálito embalsamado
como el céfiro de abril.

Y en el músico gemido
de las hojas y del viento,
y en el suave movimiento
del indígena palmar:
pienso oír al leve ruido
de tu blanca vestidura,
y admiro de tu cintura
la ondulación al andar.

Y en la aurora que aparece
coloreando la colina,
y en la noche diamantina
que se prende del cenit
ver tu sombra me parece
siempre gallarda y apuesta
como la druídica Vesta
como la hermosa Judith.

¡Oh! Nunca empañen la luna
de tu risueña esperanza
la nube de una mudanza

o el celaje de un desdén.
Que si honor en su fortuna
lograra quien siembra amores,
corona de fresas flores
luciera en su linda sien.

Cálmate, pues. Nada existe
que de ti me aleja un punto:
antes todo me da asunto
para acordarte y gozar.
La noche serena y triste
con su parda vestidura,
con su verdor la llanura
con su lamento la mar.

Por eso, cabe la fosa
donde rápido y mugiente
se arrastra el Ozama hirviente
procurando su panteón:
levanto a ti, Perla hermosa,
del Euro entre el vago giro
este lánguido *suspiro*
y esta lúgubre *canción*.

Santo Domingo, 1854.

ADIÓS DEL HÚNGARO

¡Óyeme patria... Adiós te dice el alma,
y por siempre tal vez... Bajo otro cielo,
bajo la sombra de extranjera palma
va el descanso a buscar, si no el consuelo;
pues no es dado a tus hijos la fortuna
de hallar sepulcro donde hallaron cuna...!

¡Adiós! ¡Adiós! La suspendida lona
sacude a mi bajel en su cimiento
a impulsos de la brisa juguetona,
cual sacude en secreto el sentimiento
mi corazón desencantado y frío
del infortunio al huracán sombrío...!

No infante como un tiempo indiferente,
y aun en la misma expatriación dichoso

voy a surcar el piélago rugiente;
que la frivolidad de aquel hermoso,
tiempo exhalado convirtió en dolores
prematureo raudal de sinsabores.

Voy a surcarlo, sí, velada en duelo
la observadora y lánguida pupila;
que al contemplar tu renegrado cielo
llanto de interna indignación destila!
llanto hermoso debido al patriotismo
mirándote rodar sobre un abismo...!

¡Oh! si me fuera dado de tu suerte
librarte al fin tremendo patria mía!
¡Si echándome en los brazos de la muerte
lograra darte de reposo un día!
¡Con cuánta abnegación y con fe cuánta
ofreciera en tus armas mi garganta!

Mas la sangre vertida de un patriota
nunca puede servir de soldadura
a la social cadena casi rota,
que recrujiente solo ya procura
los eslabones separar, buscando
alivio a precio del oprobio infando...

Muriera yo por ti, —y en ronco estruendo
zumbara de las sórdidas pasiones
cual ora zumba el huracán tremendo!
muriera yo y en densos nubarrones
tu triste porvenir se escondería
tras sí llevando la memoria mía!

Y los que te devoran lentamente
como a su madre el escorpión devora,
y alzan al mundo atónito la frente
que repugnante corrupción decora,
de mí reirán en su atroz cinismo
eludiendo mi santo patriotismo!

No, desdichado! Sin tamaño, inmenso
es mi amor hacia ti: es casi un culto
que te consagro sin rumor ni incienso
del triste pecho en el altar oculto,
como el que rindo entre el nocturno velo
al augusto Señor de tierra y cielo.

Mas, al Privado que en ti halló un venero,
y sin pudor ni límites lo explota,
y constante al poder azuza artero
y en mal de la virtud ya del patriota:
solo le cumple agradecido y fuerte
darte la vida con su justa muerte!

¡Basta! ¡basta! ¡A la vela...! El mar rugiente
rápido riza la afilada proa...
¡Adiós, mísera patria...! Al occidente
parto cual otros que tu amor hoy llora;
pues no es dada a tus hijos la fortuna
de hallar sepulcro donde hallaron cuna!

Santo Domingo, 1855.

por vueso consuelo,
ponéis a recaudo la hiel del sufrir.
Yo, menos felice, señora, me plaño
cantando que el año
presente al pasado por cuita es igual.
Aina cantando que el tiempo futuro
vendrá más oscuro
trayendo a la zaga visión funeral.

No importa. —Vivid entre aromas e risas,
bebiendo las brisas
azaz condiciables de paz e de unción.
Vivid de festejos e sueños rodeada,
vivid encantada
felice ayuntando verdad a ilusión.

Las penas amargas, el duelo profundo
que el pérfido mundo
derrama en los pechos tras falso oropel,
jamás vos asedien; jamás ¡por el cielo!
detengan su vuelo
de la vuesa estancia ni sobre el dintel.

E Dios vos mantenga, señora, en la vida
catando complida
la vuesa esperanza de madre sin par,
e cuando se alleguen los tristes otoños
en vuestos retoños
tengados motivos a eterno gozar.

Ved, pues, los míos votos... permita la suerte
que joven e fuerte
vivades, en gracia del mundo e de Dios:
e que vos premiando, vos de premio aína
por la peregrina
fundada esperanza que ayer puse en voz.

Habana, 1858.

EL QUE MIENTE Y EL QUE SIENTE

En el álbum de una señorita habanera.

Luchaba yo cierto día
por convencer a una vieja
de que en el mundo no había
quien fingiese la verdad:
 pues la oreja
presto la mentira asoma,
y se comprende que es broma
la aparente realidad.

Mas ella cual vieja, dura
y aferrada en su experiencia,
porfiaba que era cordura
del fingimiento dudar;
 y en la esencia

fueron estas las razones
que de sus labios temblones
comenzaron a brotar:

“Voy a probarte, inocente,
que más abunda en la vida
el que miente que el que siente:
siendo tal la habilidad
del que miente,
que dudosa y confundida
toca el alma en la partida
la mentira por verdad.

Cuando alguno de la escoria
se escapa al triste elemento,
y sube a tomar asiento
en la metálica gloria,
para confundir la historia
de su ayer en su presente
te dirá que por ti siente
la amistad que en otro día;
empero...¡es pura falsía!...
abre los ojos, que...¡miente...!

“Presto tal vez de esa altura
se precipita en la nada
otro que ayer, su mirada
ni aún fijó en tu vestidura.
Entonces ya te procura
y te protesta ferviente
que en ti pensó eternamente,
que protegerte quería;
empero...¡es pura falsía!...
ese *llegomado*...¡miente...!”

“Una mujer te provoca
con su marchita belleza
y a poco más tu cabeza
se torna de cuerda en loca.

En el beso de su boca
 como una hoguera caliente
 compendia un amor vehemente
 una pasión de agonía...
 empero ¡es pura falsía!...
 huye de ella porque... ¡miente...!”

“Suele suceder que el hombre
 desde el fondo del olvido
 pulsa el arpa conmovido
 y de vate alcanza el nombre.
 Al momento hay quien se asombre,
 quien le abrace cordialmente,
 quien le alabe frente a frente
 con sin par galantería...
 empero... ¡es pura falsía!...
 ese lisonjero... ¡miente...!”

“Y si es por dicha un magnate
 quien busca lauro en los versos
 aunque los haga perversos
as he has money, he is vate.
 Y así al igual de un crate
 brote absurdos de su mente,
 exclamará algún ardiente:
 ¡esto sí que es poesía!...
 empero... ¡es pura falsía!...
 ese que así juzga... ¡miente...!”

“Sin fortuna y forastero
 pero honrado sin segundo
 le pides apoyo al mundo
 contra tu sino severo.
 Sale al punto un caballero
 te escucha... riza la frente...
 piensa un rato y dice... “cuente
 que su suerte es cosa mía”,
 empero... ¡es pura falsía!...
 ese fatuo también... ¡miente...!”

“En teatros y reuniones,
si se conviene en que sabes,
los eruditos y graves
te rendirán ovaciones.
Pintando alguno ilusiones
te hablará pulidamente
de un porvenir esplendente
cual la luz del medio día;
empero... ¡es pura falsía!...
ese que te adula... ¡miente...!”

“Y el efecto del alzado,
y la adhesión del caído,
y el amor que te han vendido,
y el pláceme que te han dado,
y el incienso que han quemado
en el altar del pudiente;
todo es engaño, inocente,
y traición, y villanía;
todo pura hipocresía
que hoy se juega a quien más miente.

Por eso si el mundo todo
presumes virtud y esencia,
darás punto a la existencia
sin ver que este mundo es... ¡lodo!
Que el hombre variando el modo
según se le antoja, miente;
y si la verdad fulgente
se te revela algún día,
por rara en su efecto es fría
y por sincera impotente.

“Veamos cómo es que ella
en medio a tantos horrores
sus débiles resplandores
de vez en cuando destella.
Veámosla pura y bella
como el cristal de la fuente

A MIS VERSOS

Pobrecillas, mustias flores
de corales desteñidas,
sobre el páramo nacidas
de mi ardiente corazón;
cuyo albor fue el infortunio,
cuya brisa el desencanto:
cuyo riesgo el triste llanto
de mi perenne aflicción.

¿A dónde vais una a una
las hijas de mis dolores?
¿A dónde vais, tristes flores
trasponiendo vuestro erial?
¡Ay! a perder en el mundo
circo de toda impureza!
vuestra pompa y gentileza,
vuestra esencia virginal...!

Ved, por Dios, que en su portada
y en formas de una serpiente
rechina diente con diente
la bastarda emulación;
y que al sentir otras muchas
su delebérea mordida
se derribaron sin vida
de lo alto del pendón.

¿Qué quereis? ¿Gloria? —La Gloria
lo mismo que la justicia
jamás se muestra propicia
al escaso de oropel;
que ni el ruidoso Ateneo
ni el hipócrita jurado
una vez han acordado
razón al pobre doncel.

Entre el mérito y la gloria
tienen abierto un abismo
el torpe favoritismo
y la ruin parcialidad.
No hay gloria para el que humilla
en agraz negra fortuna;
la gloria brilla en la cuna
del oro o la necedad...!

Decidme, flores del alma
que, sin báculo ni egida,
por los campos de la vida
quereis trocar un vergel;
¿Qué triunfo soñais en donde
sólo tienen valimento
la factura, el testamento
y el heráldico cuartel?

Las ovaciones se hicieron
para los ricos y grandes:
de Febo sólo los Andes

beben el rayo mejor;
 en tanto que enardecidos
 los demás, quedan por gaje
 de los que visten ropajes
 de pobreza y de rubor...

Vosotras, ¡desventuradas!
 sin esplendores ni ruido
 brotásteis al no vendido
 preludio de mi laúd:
 ¿A qué revestir de luto
 mi corazón orgulloso
 por un victor engañoso
 y una engañosa virtud...?

Sobre las playas del mundo
 desconocidas y solas
 morireis como las olas
 al instante de nacer;
 y en los espacios soberbios
 del olvido —¡qué es mañana!—
 rodará sutil, liviana
 la sombra de vuestro ser...!

.....

Mas...¡cielos! ¿Do están mis flores?
 ¿Dó están...? ¿Cuál fue su destino...?
 —En alas de un remolino
 volaron y la serpiente
 por el demonio avisada
 las envuelve en su mirada...!
 ¡Ah monstruo...! —¡Ten compasión...!

Habana, 1859.

AMERICA

I

¡Era la nada! —De las sombras frías
libre ondulaba el anchuroso velo,
y en triste confusión noches y días
juntos alzaban su invisible vuelo.
Ni el místico raudal sus melodías
solitario ensayaba hendiendo el monte,
ni el reno, ni el bisonte
levantaban fatídico lamento
buscando en otros seres el sustento.
Vacío, inmensidad sin horizonte,
silencio y lobreguez aterradora,
¡esto era todo...: El mismo firmamento
del ser de entonces testimonios daba;
que informe no ostentaba
con la admirable nitidez de ahora
una luna de amor y mansedumbre,
limpios luceros de admirada lumbre

ni el sol sublime que el espacio dora.
Mas al soplo de Dios cambió la escena;
y en donde residía
el negro caos, esplendió serena
e inalterable claridad. El día
separó de la noche sus fulgores:
los polos en sus ejes se estibarón,
y súbitos brotaron
opulentos en gala y armonía
seres, aires, volcanes y rumores,
mares, llanuras, pájaros y flores.

Fueron dos mundos, pues. —Acariciado
el uno del Jordán por la corriente
giró al instante en derredor de Oriente
sobre el hombro del Atlas levantado.

El otro más espléndido y lujoso
dilató su gigante poderío
desde el cabo Liburn al Howard frío,
del Malabrido al Carlos rocalloso;
ciñendo en torno diferentes zonas,
lagos profundos y sonoros mares
que nubes ostentaron, liminares,
confines y fragor. El Amazonas
que el grave peso de la mole siente
por vírgenes riberas
trueca del Lauri la secreta fuente;
y de sus ondas en el curso varios
prodigios descubriendo,
corre a contar los en solemne estruendo
del ancho Atlántico al hermoso estuario.

En tanto que prendidos de verdura,
de errantes sombras y compactos hielos,
los Andes levantaban a los cielos
su sorprendente colosal figura.
El Cotopaxi abría
ubérrimo raudal de pura llama;

avaro el Atacama
de Tarapacá a Copiapó tendía
soberbios horizontes;
y de tupidos pintorescos montes
formado el Ucalaye, sonreía
prestando asilo en su interior sombroso
al colibrí fulgente,
al ruiseñor fastoso,
al bello paují y la turicha ardiente.

Así por dondequier naturaleza
dejaba las señales
de su exquisito gusto y su grandeza:
doquier que se cernía, suaves frutos,
y resinas, y extraños minerales
y reptiles y tórtolas y brutos
brotaban a la vez; mientras los cielos
reflejaban los fúlgidos colores
de sus fluidos caprichosos velos
en los densos prismáticos vapores
que résedas y torrentes bramadores
daban del aura a los convulsos vuelos.

Más de cincuenta siglos resbalaron
sobre ese paraíso
a todo humano cálculo excedente,
cuando retemblaron
los Andes de improviso
y hermosa alzóse la Tolteca gente;
semi-olímpica raza que la historia
hace aparecer del Asia oriunda
si bien presente el Anahuac tal gloria,
citando la profunda
y austera tradición de unos gigantes
que admite por primeros habitantes.
Empero hubieren cuna
del lado allá del Berhing sonoro
o en torno de la pálida Laguna,
es cierto que en guarismo fabuloso

se alzaron estos hijos del misterio
dominando la firme y las vecinas
oasis peregrinas
que adornan el aurífero hemisferio.
Y otra era empezó, que laboriosos
contra el aserto cruel de la impostura
hicieron despertar sus luminosos
días de ilustración y de cultura,
dejando las ruinas que, —eficiencia
de inspiración a bardos y pintores—
exhiben en recuerdos de opulencia
el demolido Cuzco en su eminencia
y Tácuba en sus vastos derredores.
En esa era, pues, las soledades
que fatigaban con su anchura al viento,
a obeliscos y muros y ciudades
dieron honroso perdurable asiento.
De los bosques umbríos
salieron las alígeras piraguas
que en provechosa agitación las aguas
libres rizaron de los hondos ríos.
y las fértiles vegas que tejidas
de juncos y parásitos se vieron
al punto florecieron,
y al genio de la industria agradecidas
cereales abundosos ofrecieron.
En suma: Iztaccíhuatl oyó los cantos
de un regio trovador, y tuvo leyes,
y cronistas, y astrónomos, y tantos
sabios insignes y preclaros reyes,
que a poco de sus débiles albores
bella, y altiva, y grande se ostentaba,
y ardientes y purísimos mandaba
de confín a confín sus resplandores.

Romántica esta raza primitiva
del mundo de occidente,
y suponiendo en lógica intuitiva
al espléndido sol el omnisciente

arriba universal, en suntuosos
Teocalis su efigie recataba,
y cultos misteriosos
con solemne fervor le tributaba.
Cien escogidas vírgenes, modelos
de belleza y candor, ángeles puros
revestidos de túnicas talares
habitaban del templo tras los muros,
velando los altares
por cuyos bordes blanda se mecía
gallarda nube de flotante Otoba:
vírgenes ¡ay! que en casta melodía
coreaban inspiradas dulce trova
que de sus labios púdicos partía,
loando el grave majestuoso ascenso
del ígneo Númen al azul inmenso.
¡La humanidad, empero,
por esta adoración culpa al indiano!
Aún hace olvido con desdén severo
joven y bella en pos de las futuras
edades volaras, y cuando el trueno
rebote en las alturas
adusto revelando
de lo creado la inmediata ruina;
cuando el rayo restalle de iras lleno,
y enrojecido baje calcinando
cuanto ora el sol espléndido ilumina;
en fin, cuando Natura
lance el grito estridente y lastimero
de la grande hecatombe mensajero,
tú, América, serás de mil regiones
la que postrera —¡y grande en tu hermosura!—
toque a los bordes de la tibia Nada;
llevando de saber ricos padrones
en la robusta generosa diestra,
y de prodigios bélicos la muestra
en tu frente de lauros mil ornada...!

HIMNO PATRIÓTICO

CORO

*Gloria a los republicanos
de la América blasón,
porvenir del universo
de los déspotas terror.*

¡Nobles hijos de Hatuey! Ya partieron
las de Iberia soberbias legiones,
conduciendo en sus viejos pendones
mil recuerdos de vuestro valor.
Que abatidos, cubiertos de afrenta,
de derrota en derrota rodando,
mal su grado allá irán publicando
que no es esta la edad de Colón...

*Gloria a los republicanos
de la América blasón,*

*porvenir del universo
de los déspotas terror.*

Hoy la patria de nuevo respira
libre, puro y balsámico ambiente,
mientras el Yaque en su eterna corriente
himnos dice de unión y de paz.
¡Compatriotas! Oídle; y abriendo
a su voz nuestros brazos amantes,
seamos siempre, cual hoy vigilantes
centinelas de la libertad.

*Gloria a los republicanos
de la América blasón,
porvenir del universo
de los déspotas terror.*

Vuestras armas, de triunfo vestidas,
al descanso traed, compañeros;
que lanzados por fin los iberos
es inútil su estrépito cruel.
Mas si vuelven de nuevo empuñadlas
y a los campos volad fervorosas,
y allí haced vuestros nombre gloriosos,
conquistad otro nuevo laurel.

*Gloria a los republicanos
de la América blasón,
porvenir del universo
de los déspotas terror.*

Santiago, 15 de julio de 1865.

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA
DOÑA MARÍA MERCEDES DELGADO

De San Bernardo en la gigantge cumbre
hay un templo católico, erigido
para consuelo y luz del afligido.
Para estudio y sorpresa del viador.
Templo grandioso, del pasado lumbre,
que guarda un libro en su interior austero,
donde graban su nombre así el pechero
como el sabio, y el héroe y el señor.

Hoy la patria, Mercedes, se me antoja
el alba cumbre: el templo tu morada,
y tu álbum la obra consagrada
no más por los afectos y el saber.
Permite, pues, que en su postrera hoja
grave mi nombre en eternal recuerdo
del culto que me inspira tu valer.

Santo Domingo, 2 de noviembre del 1865.

EL MORIBUNDO

Canción

Patrias colinas,
brisas y flores,
ríos gemidores,
¡Oíd mi eterno adiós!
fúnebres sombras
cubren mi frente,
mi vista ardiente
sus rayos empañó...!

Dulces amigos,
mundo hechicero...
¡Ay! ved que muero...
me falta ya la voz...!
Laura... tu mano...
un beso... un suspiro...
gracias...! Expiro...
¡Ay Laura...! ¡Laura, adiós...!

Santo Domingo, 1868.

EL BATELERO

Canción

Bogar a dos canaletes
no es ninguna habilidad,
pero es un medio seguro
para nunca naufragar.
Batelito mío
vamos a la mar,
que entiendo cómo se salva
el que no quiere luchar.

Los sustos que ayer pasaste
hoy no te atormentarán...
que tengo dos canaletas
cual los tienen los demás.
Batelito mío
vamos a la mar,

que entiendo cómo se salva
el que no quiere luchar.

Mas... ¡no! lo que no enseñaron
mis padres, quiero observar:
con uno bogaron ellos
y con uno he de bogar.
Batelito mío
vamos a la mar,
y vamos como ayer fuimos,
que yo no temo luchar.

Santo Domingo, 1869.

A LORENZO PUENTE ACOSTA

Con motivo de su artículo Un año más.

*¡Dolor...! ¡Jamás confesaré que eres
un mal!*

CHATEAUBRIAND

¡Cómo, cantor! Tu espíritu cobarde
de *un año más* de vida
se agobia por la ausencia,
y triste cual las sombras de la tarde
con súbita dolora, —no medita,
casi un ¡adiós! le manda a la existencia?

¿Dónde está tu valor que no te ayuda
en esa lid que el tedio

bárbaro te propone?
¿Dónde tu religión que no te escuda,
o que de entrambos colocada en medio
dulce esperanza de por medio pone?
¡Oh! Quién creyera ayer que de ese modo
tu mente adjuraría
sus flébiles canciones,
su afán de triunfos, sus amores... ¡todo!
y en lágrimas y en sombras se ahogaría
a impulso de iracundas presunciones!

¿Ni quién creyera en ti al inmigrante
brioso y protegido
de las musas, que ha poco
del Yaque vi en la vera murmurante,
y al que consejos regaló atrevido
loco de envidia, de entusiasmo loco?

Un año más resbalará en los ejes
del tiempo misterioso
al mundo abandonando,
sin que del mundo seductor te alejes;
sin que el olvido mudo y pavoroso
suspenda de un ciprés tu plectro blando.

Y otro, y diez lustros contará encantada
tu ánima cobarde
que dudas mil suspira,
y en campos de Borinquen, hoy hollada,
felice vivirá al ver cual arde
de su costosa libertad la pira.

Si de los siglos el secreto oculto
pretende hurtar el hombre
por honra al goce insano,
o por amor de la existencia, —es justo
que abata la cerviz luego y le asombre
su estúpida ambición, —su orgullo vano.

Mas el que sabio una oración dirige
 al Hombre Dios, en tanto
 la vida se evapora:
 el que lo acepta todo y no se aflige,
 el olvido sueña, ni acaricia espanto
 poca el débil su miseria llora.

*Un año más que siente la criatura
 volar hasta el abismo,
 es ¡ay! un año menos
 que gemirá del mundo en la clausura,
 viendo verter el fétido cinismo
 su impuro humor en virginales senos...!*

¡Oh! Nunca a bien tendré que así deploras
 la necesaria ausencia
 de aquel rayo de vida!
 ¿Te roba, por azar, algunas flores...!
 o no te ofrece en cambio la creencia
 toda una eternidad de luz vestida?

.....

¡Ánimo, pues... !No dejes que importuna
 descienda hasta tu pecho
 la atroz melancolía;
 y aunque asaz de infeliz, desde la cuna,
 para esperar que en Dios también derecho,
 para gozar de Dios tendrás tu día.

¿Qué huellas imprime la extorsión del mundo
 en donde la esperanza
 tendió su hermosa lumbre?
 Ridículo es, por Dios, al sin segundo
 gemir del trovador, mientras se lanza
 del alma gloria a la soberbia cumbre!

Porque cada amargura que pacientes
 devoran en el camino

de una nueva palma:
una corona más que orna la frente
una conquista más con que el Dios trino
premiara el valor sublime de su alma.

¡Ánimo, pues...! de obcecación impura
no cubren tu existencia
los sofocantes velos.
Huye la debilidad y la tristeza:
guarda por siempre limpia tu conciencia,
y de la muerte desafía los hielos.

Santo Domingo, 17 de agosto de 1870.

ESCENAS ABORÍGENES

En las riberas del Venus
cuyas aguas tornasolan
el astro-Dios, y las ramas
de la marayaiba añosa,
marchando en rumbos opuestos
y enmudecidos cual sombras,
se encuentran Guatiguana
y la gentil Iguaniona.
El uno adalid valiente,
de Quisqueya escudo y gloria,
que aun imberbe fuera espanto
de las huestes españolas;
y de la estirpe de Luquo
tierno vástago la otra,
más bella que una esperanza,

más fuerte que una amazona.
Desde el origen del mundo
hasta el tiempo de esta historia
no vieron ojos humanos
doncella más seductora,
ni la vieron tan osada
de las luchas en la hora,
ni tan sabia, ni tan dulce,
en el riego y la victoria.

Suelto el ebúrneo cabello
con que la brisa retoza
sobre dos globos latientes
que amor y vida atesoran:
la espalda cuasi desnuda,
la pierna desnuda toda,
los ojos pasión chispeantes,
vertiendo almíbar la boca:
de manos y pies pequeños
do lucen piedras preciosas,
de frente límpida y tersa
que regio penacho adorna:
en fin, con un tonelete
que apenas hiere las curvas,
bien que hubiese pretensiones
de ser del pudor custodia...;
sin duda que en nuestros días
fuera la linda Iguaniona
objeto de mil desacatos,
errante en la selva, y sola.
Más allá en los inocentes
de su existencia y su floria,
el silencio de los bosques
era escudo de la hermosa:
así cual lo fuera en el templo,
o la chacra, donde abonan
la religión y el denuedo
a la honestidad victoria.
Por eso el joven guerrero

la ocasión no le provoca
ni siquiera una mirada
por equívoca injuriosa,
sino que humilde en presencia
de la doncella se encorva,
puestas de revés las manos
sobre la frente anchorosa.
Amábanse desde niños
cual se aman dos palomas,
con ternura, cual si un alma
residiera en sus dos formas.
Y ausentes se procuraban
con invencible zozobra;
y unidos... mudos velaban
sus pupilas luminosas.
Que el amor cuanto más puro
más se desarma y se postra
delante del que ha prendido
su llama devoradora.
De Magua venía el mancebo
resuelto a llamar sus tropas,
que en el Ciguay acampaban
sobre unas cuarenta auroras,
mientras a Magua volvía
con ágil planta Iguaniona
de Mayobanex llevando
noticias satisfactorias
que haciendo aparte su rango
y por ser cuestión de honra
nacional, aquel hermano
la eligió su embajadora.
Por un simultáneo impulso
al verse entrambos a solas
se detuvieron, buscando
alguno en la selva hojosa
y como no descubrieran
en derredor ni una sombra,
se abrazaron con ternura
discurriendo de esta forma.

¡Bellísima flor de Orí!
¡Ángel de luz, dulce hermana!
¿Cómo te encuentras aquí,
cuando hallarte concebí
de tus estados cercana?
—¡Oh tú, el mejor, el más fuerte
y el más tierno de los hombres!
Cuando iracunda la suerte
nos amenaza con muerte,
de verme aquí no te asombres.
—¡Es verdad...! Los areítos
que nuestro amor presenciaron,
se convirtieron en gritos
apenas esos malditos
estos bosques profanaron.
—Y desde entonces un velo
de sangre envuelve el futuro...
y los ángeles del duelo
nos aterran con su vuelo,
y está el horizonte oscuro...
—Mas ¿qué fue de tu prudencia,
adoración de mis ojos?
—Si peligra tu existencia,
¿cómo estar de tu presencia
lejos sin sufrir enojos?
—¡Oh Iguaniona! El arijuna...
—Todo lo sé. —Todo no...!
Negra, muy negra fortuna
al cielo desde la cuna
nuestra raza mereció...!
—¿Pues qué sucede? —Perdona
Si a mi pesar te lo oculto...
secreto con Iguaniona!
—Secreto que bien te abona
la grandeza de mi culto,
¡Oh! Revelarlo sería
de tu honestidad ofensa...
saber te basta alma mía
que la deshonra este día

tiende en Magua nube inmensa...!
 que una serpiente alevosa
 vertió la hiel de su seno
 en el seno de una esposa,
 tan augusta y tan hermosa
 cual la madre del Dios... bueno...!
 —¿Betma...? ¡Gran Ser...! —Pues alcanza
 lo más que callo tu mente,
 no extrañéis si a la venganza
 desesperado se lanza
 tu admirador con su gente.
 Guarionex aún ignora
 quién fue el vil que la ultrajó:
 mas al ser la nueva aurora
 caerá la venda traidora
 que hasta ayer se lo ocultó.
 —Y bien... para mí la venda...
 —Antes, mi amor, ahora mismo
 se desgarró, si esta senda
 abandonas por tu tienda,
 que vas marchando al abismo.
 —¡Habla —Barahona...! —¡Cielo...!
 —Es el ingrato arijuna
 que sin piedad nuestro suelo
 convierte en un mar de duelo
 marchando del sol la cuna...!
 —¿Y ella? —Allá... está demente,
 pidiendo a voces castigo,
 mientras el esposo imprudente
 goza en la chacra esplendente
 del guamiquina su amigo...
 por eso, luz de mis horas,
 dirijo al Ciguay la planta;
 que mis huestes luchadoras
 las únicas vengadoras
 han de ser de injuria tanta.
 —Bien... parte. En Magua te espero.
 —¡Qué! ¿No regresas a Orí?
 —Cuando Coromo severo

hiere a mi hermana, primero
pienso en ella, que no en mí.
—¿Y tu palabra? —Ninguna
te di, si no sufro error:
y aun dada, fuera importuna
pretensión que a la laguna
vuelva, sorda en su dolor.
Tú sabes, luz de mi vida,
que debo a Betma el desvelo
de una madre, ¡ya perdida!
y es justo que agradecida
la acompañe en su hondo duelo.
—¡Iguaniona...! Esa villano
puede quizás sorprenderte...
—Entiendo: mas fuera en vano,
que si no muere a mi mano
esta flor me dará muerte.

Dijo: y del seno, marchita,
extrajo en breve una rosa:
que mostró a su amante, y luego
tranquilamente guardola.
Perdida así la esperanza
de conseguir que Iguaniona
volviese sobre sus huellas
por lo pequeñas dudosas,
el indio ciñó convulso
su cintura encantadora,
y un triste ¡adiós! balbuceando
hizo rumba a Guainamoca;
mientras ella ya que apenas
adivinaba su sombra,
bajo muda y pensativa
de Yásica el alta loma,
y llanuras y torrentes
salvando cual ágil corza
entró en Magua, por entonces
tierra de amargas doloras.
La suerte de estos amantes

en la lucha desastrosa
del Santo Cerro, la cuenta
con indignación la historia.

3 de diciembre de 1871.

EN EL CEMENTERIO

¡Qualis nox...!

TERENCIO

“Quedaos adormecidos
al pie desta portada ¡oh generosos
ensueños de mis débiles sentidos!
Quedaos bajo estos sauces rumorosos,
mientras penetro y en silencio tanto
riego una fosa con mi acerbo llanto”.

“En vano consecuentes
quisieraisme seguir... ¡ay!... que si austera
censura la razón vuestros ardientes
rebatos, de la vida en la ancha esfera,

aquí, iracunda y en congoja mía,
su estigma aterrador os mandaría...”

“Quedaos un instante,
que uno no más presidirá a mi ausencia...
¡quedaos! y os juro que mi suerte errante
dócil cual nunca os rendirá obediencia;
que será toda vuestra, si regreso,
si no sucumbo del dolor al peso”.

Eso dije a las pocas ilusiones
que aún restan al cadáver de mi vida;
y tejiendo a través de los panteones,
¡últimas prendas del orgullo humano!
sentéme de una en ciernes fenecida
capilla sobre el gélido cimiento
sin un testigo más que el oceano,
sin un sonido más que el de mi aliento...

Cual diadema de luz, nueva la luna
corría solitaria hacia el poniente,
dibujando de paso una por una
las mil modestas cruces que levanta
de cada fosa al pie cada doliente;
mientras trepaban el bruñido cielo
gigantes tantas nubes con presteza tanta
que remedaban del *sunsun* el vuelo.

Sueltas al aire y lúgubres mecía
el melenudo framboyán sus copas...
no graznaba el búho... no mugía
la ola al dar en la absorbente arena;
y hasta las verjas, figurando tropas
de inmóviles vestigios, redoblaban
el pavor invencible y la honda pena
que mis sentidos sin querer postraban.

A dos palmos no más... rasa... invisible...
casi cubierta de espontáneas flores...

falta de enseña ¡ay Dios! que al ser sensible
debiera una oración, una mirada...
¡a dos palmos no más, de mis dolores
estremecida al huracán rugiente
era humilde... sin genios... olvidada
de mis amores la mansión doliente...!

¡Urna que guarda en su insondable seno
cuanto hay de grande para mí en el mundo!
Todo un pasado de delicias lleno,
pasión, respetos, pura fe y encanto...!
Lo dulce, lo admirable sin segundo
en el raro consorcio de dos almas
que nunca riegan con acedo llanto
de la virtud ni del honor las palmas...!

Mi corazón saltaba con violencia
dentro el amante conturbado pecho
de aquel espacio breve a la presencia;
mientras dueña de sí la fiel memoria
que del olvido renunció el derecho,
en celestial delectación vagaba;
evocando solícita la historia
del bien perdido que al dolor me daba.

Y convertida en un volcán mi mente,
sobre la tierra me postré de hinojos
depositando en ella un beso ardiente...
¡beso de paz, de amor y de agonía,
a cuyo ruido mágico mis ojos
juzgaron ver gallarda, luminosa,
la perfecta visión de la que un día
fuera en el mundo mi adorable esposa...!

“¡Heme a tu lado!” —balbuciente dije
sin perder mi actitud— “Heme a tu lado,
no cual quisiera yo; que el Ser que rige
con firme voluntad y voz no oída
del orbe el rumbo, y del mortal la suerte,

el duelo interrumpió que habían trabado
los últimos fulgores de mi vida
con las primeras sombras de la muerte...!”

Yo anhelaba cortar de mi carroza
el árida extensión, y sonreía
con las ventajas que la parca fiera
alcanzaba en la lid. Junto a tu fosa
juzgaba que ya pronto dormiría...
¡Iba, en fin a expirar; cuando la ciencia
de las dudas, entonces luminosa,
devuelve a los dolores mi existencia!

¡Ah! no me acuses, no si al egoísmo
quise entregarme por la vez primera,
sin ver que sepultaba en un abismo
nuestros frutos de amor...! En ese instante
yo no mandaba en mí. Voraz hoguera
allá del corazón ardía en lo interno;
y llamaba la muerte delirante
porque al fin me librara de este infierno!

Dos años son que trémulos mis brazos
te recostaron lívida en un lecho,
rotos del mundo con tu ser los lazos...
Dos años ¡ay! que sin consuelo lloro
ese desastre horrible... que mi pecho
mina y devora una afección latente...
¡Dos años que, si acepto, nunca imploro
besos del ángel que te juzga ausente...

¡Aún iba a continuar! Mas un gemido
súbito oyóse, y a la vez quedaron
el labio mudo y el valor rendido,
frías gotas de sudor copioso
sobre mi frente en libertad asomaron...
Luego, alcé la vista...! ¡solo estaba!
Que hasta la luna en el confín umbroso
con su corte de estrellas se ocultaba...

.....
.....
.....

“¡Oh sombra!” —murmuré— “con Dios te quedas”.
Y lejos de la fosa removida
perdíme entre la fúnebre arboleda.
Y fue tal de mis varias emociones
el choque en esa triste despedida,
que hui veloz de la mansión sagrada,
sin avisar mis tristes ilusiones,
y... quedaron durmiendo en la portada...!

Santo Domingo, 10 de octubre de 1871.

A LA JUVENTUD

Improvisación en el acto de inaugurar la Sociedad dominicana "La Juventud" su Sección Literaria.

Hubo un tiempo en que rica, inteligente,
de otras grandes Antillas soberana,
meció en sus olas el Atlántico hirviente
la patria de *Iguaniona* y *Guatiguana*;
en que a pesar de la soberbia ingente
a las familias de la Europa insana
llamábanle, ¡cifiéndole cadenas!
la Tiro occidental, —la indiana Atenas.

¡Desventurada tierra! —Tanto pudo
el miedo a tu renombre y tu opulencia
que paso a paso el despotismo rudo
te trajo hasta el olvido y la indignancia;

temió que te trocaras en escudo
y nodriza del alma independencia;
y queriendo impedirlo te aherreojava,
y en el poste del ciervo te inflamaba...!

¡Mas de los tiempos en el lento giro
brilla por fin de libertad la aurora;
y alza su frente la postrada Tiro,
y canta suspirando, y riendo llora!
Y el pueblo que a manera de vampiro
se nutre con su sangre y la devora,
huye, escuchando murmurar los mares:
¡Israel! ¡a tus tiendas con tus lares!

Desde entonces señora de su suerte,
rindiendo a Palas incesante culto,
la patria al orbe que la admira, advierte
lo que dista el infante del adulto.
¡Oh! pues no gime como ayer inerte,
ni la amedrenta venidero insulto;
con el estudio démosle otra gloria
y otra brillante página en la historia.

Santo Domingo, 1871.

AL GRANDE AQUITECTO DEL UNIVERSO

¡No hay efecto sin causa! —dijo el sabio
la vista alzando al pabellón azul—:
¡Sublime potestad! Tú eres el arte,
la razón filosófica eres Tú!
¡Pensamiento feliz, que recavando
de innumerables siglos el error,
a la ignorante humanidad enseña
el dualismo del genio y de la acción!
¡Magnífica verdad de breves formas,
síntesis bella de verdes mil
que independientes entre sí admiramos
de un polo al otro, del principio al fin!
¡Es cierto, sí! Los irradiantes mundos
que remachados miro a tu pavés,
con efectos no más que certifican
las grandes facultades de tu Ser.
Por ellos fue que en su genial pureza,

transido de entusiasmo y de estupor,
sencillos cultos te rindió el indiano
antes de oírse el arpa de Sión;
y por ellos también que sin agravio
de la ortodoxa ley fundamental,
desde la era Eleústica el *obrero*
te erige entre las sombras un altar.

Yo te admito, Señor, y te confieso
en las hondas tinieblas, y en la luz,
y en los trémulos ecos del abismo,
y en los balances del mar azul,
te admiro en los abiertos horizontes
que el universo fingen abarcar,
y en las rudas tormentas, y en las brisas,
y en el hálito creciente del volcán.
Te admiro hasta en el alba nebulosa
que vierte en el azul su resplandor,
y más que en todo en el sin par concierto
que exhibe por doquier la creación.
Esos matices que en su pluma ostenta
el nunca esclavizado colibrí:
los de la flor del valle, los del arco
que impele las borrascas al confín;
¿Qué son sino fragmentos luminosos,
de formas varias y sidérea acción
brotados del taller y la materia
que dieron vida al refulgente sol?
¡Fuerza que al verlos exclamaba el sabio
la vista alzando al pabellón azul:
¡Sublime Potestad! ¡Tú eres el arte;
la razón filosófica eres Tú!
Que yo con ser una bastarda oruga,
un átomo en el mundo intelectual
también ante el conjuro de tus obras
me abandono al placer de meditar,
a ese indefinible oculto encanto
a que deben las ciencias su esplendor:
la vida su ideal, su fuego el alma,

su delicado temple el corazón!
Y conmovido entonces y forzado
de mi temor la inmensa latitud,
siento, me lanzo a contemplarte,... y lloro
no pudiendo cantar como Saúl...!
¡Sí! Yo también, el último entre tantos
como visten *simbólico mandil*,
me cierno en las estéticas regiones
si no para juzgar, —para sentir!
siga creyendo el fiócrata insensato
que no fueron tu genio y tu pincel
los grandes elementos creadores
de esos prodigios que sus ojos ven,
y siga en su delirio atribuyendo
la obra al arte, ¡al arte! —no al autor,
por más que tal fenómeno repugne
del justo Caos la tronante voz,
—nosotros firmes en el noble culto
de inextinguible *amor y caridad*
que al *ver la luz juramos* de rodillas
sobre la alfombra de tu augusto altar:
nosotros los que místicos *obreros*
de la druídica selva en lo interior,
al *abrir los trabajos* reverentes,
elevámoste en coro una oración.
Los que sin ruido, ni ofensor orgullo,
ni de coronas en el duro afán,
vidas y hacienda consagrar sabemos
en bien de la afligida humanidad;
nosotros, como siempre, escucharemos
con el sublime gozo de la fe
la voz de la conciencia, la escritura,
¡las verdades predichas por Moisés!
y expirantes, diremos con el sabio,
la vista alzando al pabellón azul:
¡Sublime Potestad! ¡Tú eres el arte,
la razón filosófica eres Tú!

Santo Domingo, 17 de junio de 1872.

A V...

¡Oh tú, joven fatal, linda matrona,
a quien temprano la voluble suerte
trocó en espinas la nupcial corona!
Oye la voz del que sin luz brillando
los solitarios campos de la muerte
como el antiguo Venix va cantando
la horrible intensidad de mis dolores;
y ya sin porvenir en cada estanza
una lágrima ofrece a la esperanza.

Solo una vez te vi... ¡eras dichosa,
y... era dichoso yo...! —La amada mía
llena de juventud, modesta, hermosa,
con que sin ventajas se medía;
y el mismo orgullo que mi pecho hinchaba
al decirme señor de tal criatura
el pecho de tu esposo alimentaba

cada ocasión que en tu pupila oscura
miraba reflejarse tu alma pura...

Mas vino el huracán de las pasiones
que en derredor del corazón se agitan
sofocando sin dulces emociones
y abriendo paso a las que sangre gritan.
¡Vino la atroz política...! y doblado
tu esposo al duro pie de sus altares
te dijo ¡adiós! lanzándose turbado
en pos de nuevo cielo y nuevos lares,
—dejándote vendida a mil azares!

La muerte también vino, un año apenas
después de infortunio... ¡ay Dios! el cielo
do solo vi lucir nubes serenas
de súbito ostentó nubes de duelo...!
Y el ancha eternidad, la nada oscura...
la perenne aflicción... el desencanto
¡tales fueron los cuadros de tristura
que el hado atroz me dibujaba, en tanto
cubría mi esposa con funéreo manto!

Hoy los dos por razones diferentes
sin concierto ni plan, nos columpiamos
de un gratuito dolor en las corrientes,
y con tristeza igual nos contemplamos;
tú, tórtola viuda en apariencia
yo, ruiseñor en realidad viudo:
tú burlada en la flor de la existencia,
y yo rendido por el golpe rudo
que mi ternura conjurar no pudo...!

¡Mas el valor, hermosa, te abandona!
tu frente de cristal rendida al peso
de la punzante equívoca corona
que en ella puso amor con embeleso,
ya solo un arrebató simboliza:
un arrebató que —si ayer latente—

hoy sin reservas crece, y se desliza
al mismo corazón desde la frente
siendo a tu dignidad betún hirviente...!
Tiempo es aún, mujer, si la conciencia
su augusta autoridad no ha rebajado,
y del alma razón sin resistencia
te dejas conducir ante el jurado.
Tiempo es aún ¡oh joven sin ventura!
para volver sobre las mismas huellas
de las que vas trillando senda oscura,
y cubrir de rubor a las estrellas
con el rubor de tus mejillas bellas.

¡Escucha, pues, mi voz que no te engaña!
un tierno amor que se asemeje a un culto:
una existencia sobria, el vicio extraña,
y nunca la traición, nunca el insulto
con quien te brinda humilde su pobreza;
pueden volverte a la virtud que gime
al verte traficar con tu belleza...
¡El amor, aunque impuro, estado imprime
si de la entera perdición redime!

20 de octubre del 1873.

CE...

Misterios del alma son.

MORETO

En vano luchas, hermosa,
y me suplicas en vano
por saber el hondo arcano
de mi perenne aflicción;
pues sólo puedo decirte
que estas lágrimas que riego
y estos suspiros de fuego
¡misterios del alma son!

Misterios impenetrables,
abortos de mi ternura:
misterios que de amargura

me llenan el corazón;
sin otro alivio o consuelo
su espesa hiel apurando
que sollozar, exclamando:
¡misterios del alma son!

Acaso, bien de mi vida,
gran parte tengas en ellos...
te dijo ¡adiós! lanzándose turbado
en pos de nuevo cielo y nuevos lares.
—¡Dejándote vendida a mil azares!

La muerte también vino, un año apenas
después de infortunio... ¡Ay Dios! El cielo
do solo vi lucir nubes serenas
¡de súbito ostentó nubes de duelo...!
Y el ancha eternidad, la nada oscura...
la perenne aflicción, el desencanto
¡tales fueron los cuadros de tristeza
que el hado atroz me dibujaba, en tanto
cubría mi esposa con fúnebre manto!

Hoy los dos por razones diferentes,
sin concierto ni plan, nos columpiamos
de un gratuito dolor en las corrientes,
y con tristeza igual nos contemplamos;
tú, tórtola viuda en apariencia
yo, ruiseñor en realidad viudo:
tú burlada en la flor de la existencia,
y yo rendido por el golpe rudo
que mi ternura conjurar no pudo...!

¡Mas el valor, hermosa, te abandona!
Tu frente de cristal rendida al peso
de la punzante equívoca corona
que en ella puso amor con embeleso,
ya sólo un arrebató simboliza:
un arrebató que, —si ayer latente,—
hoy sin reservas crece, y se desliza

al mismo corazón desde la frente
siendo a tu dignidad betún hirviendo...!

Tiempo es aún, mujer, si la conciencia
su augusta autoridad no ha rebajado,
y del alma razón sin resistencia
te dejas conducir ante el jurado.
Tiempo es aún, ¡oh joven sin ventura!
para volver sobre las mismas huellas
de la que vas trillando senda oscura,
y cubrir de rubor a las estrellas
con el rubor de tus mejillas bellas.

¡Escuche, pues, mi voz que no te engaña!
un tierno amor que se asemeja a un culto:
una existencia sobria, al vicio extraña,
y nunca la tradición, nunca el insulto
con quien te brinda humilde su pobreza;
pueden volverte a la virtud que gime
al verte traficar con tu belleza...
El amor, aunque impuro, estado imprime
si de la entera perdición redime!

20 de octubre de 1873.

DECEPCIÓN

¡Política infernal! ¡Maldita ciencia!
¡Adiós! te dice mi alma resentida:
¡Adiós! de tu fatídica influencia
sensiblemente tarde convencida.

¡Adiós ciega pasión...! De mis dolores
ni aun te quiero acusar en mi desprecio,
de esos gratuitos hondos torcedores
que son de ti de la virtud el precio.

Yo los acepto como ayer su palma
ascético varón, cual su martirio:
y me alejo de ti sin fe ni calma,
con solo la vergüenza del delirio...

Dos lustros ha que de la patria al templo
solicito volé, y en sus altares

de fuertes mil al generoso ejemplo
juré la redención de sus pesares.

Mas... ¡no soñaba yo que al fin traidora
de la cívica tienda te adueñaras,
y esa tu hiel que todo lo devora
en los comunes lauros derramaras...!

¡Ay! No soñaba yo en mis ilusiones
de fusión, de igualdad y de derechos,
que a un hórrido raudal de divisiones
dieras corrientes en nuestros sanos pechos...!

¡Y es ésta la verdad...! ¡Verdad terrible
que el odio mutuo por doquier proclama,
mientras con una indiferencia horrible
sigues nutriendo su funesta llama...!

¡Política infernal! ¡Maldita seas
de las almas del justo y del precito!
¡Que maldecida sin cesar te veas
del ancho mundo, de Satán maldito!

¡Oh! si posible fuese a la conciencia
del culto del amor hacer aparte,
yo consagrara toda mi existencia
al salvaje placer de abominarte.

Mas no pudiendo ser, en cambio juro
desde estos mares que de nuevo mido
tu nombre traducir por un conjuro,
tu nombre huir de confusión transido!

¡Plugiese a Dios, —y sin ejemplo fuera
venturoso mortal, —que tu memoria
de mi memoria para siempre huyera
cual mis ensueños de saber y gloria...!

Que en el gigante laberinto incierto
de mi agitada vida, saludara

un solitario anchísimo desierto
donde nadie tu nombre articulara

¡Atrás, ciencia del mal! A la pradera
del estudio otra vez llevo mis horas,
las que escaparon de la ardiente hoguera
en donde todo porvenir devoras.

Tú ¡patria mía infeliz! quebranta el lazo
con que esa sierpe tu garganta oprime!
Su división convierte en un abrazo,
su odio implacable en un amor sublime!

Y del trabajo y del sendero hermoso
discurriendo su tribu, ya acordada,
recoja eternamente el valioso
producto de una paz bien cimentada.

No más perturbaciones ni ansiedades
ni más rivalidad .—¡Unión, progreso!
¡Oh! Sean estos sonidos dos verdades
y habrá mi corazón un embeleso...!

1874.

SARCASMO

Sobre la tumba de Tomasita Díaz

¡Así, muerte...! ¡Adelante...! En la belleza
de la inocencia y la virtud sublime
ceba por siempre tu furor...! ¡El mundo
no necesita de esplendor y flores;
sino perfidias, corrupción, bajeza,
y crímenes, y horrores
y todo cuanto imprime
de oprobio y de venganza el sello inmundo!
¡Esos tus goces son, esa tu gloria:
ese el asunto de tu digna historia...!
¡Ánimo, pues...! La multitud que el juicio
de la razón y de la ley condena
a blasfemar tras formidables muros,
y que al áspero son de la cadena

jura briosa no ofender —¡al vicio!—
 Esa fracción que en su soberbia el hombre
 de recto y puro presumiendo, acusa,
 y de torpe la aflige con el nombre
 porque adorar a la virtud rehúsa;
 esa ¡oh muerte! levanta alborozada
 la frente asaz de herida!
 Y así como inspira
 la mente del poeta
 en el mustio sendero de la vida
 encuentra rica veta
 en lo bueno... lo santo y lo inocente;
 ella también su cántico ferviente
 por vez primera entone, conmovida.
 Y a su estertórea voz la ruda frente
 levante con orgullo el... ¡parricida...!
 ¿Cuál puede ser el porvenir de un mundo
 que a las débiles plantas de la hermosa
 depone su poder ciego de amores...?
 ¿Que se debe esperar de su locura
 cuando llama deidad esplendorosa
 a la débil virtud, y la inocencia
 rayo de luz y espíritu de flores...?
 —Sueños y sueños nada más.— Y en tanto,
 que es del hombre fuerte
 avanza sin espanto
 sobre las huellas del hermano, y vierte
 vengativo y traidor la sangre pura
 que en torno al corazón desprevenido
 como un fecundo manantial bullía...?
 que del pobre amoroso
 que la noche trocando en claro día
 asiste al gran festín de los placeres
 o del garito en lo interior agota
 la mísera heredad, cultos rindiendo
al caballo y al rey, al as y sota?
 ¿Y qué del que al amor de las mujeres
 habiendo en mercancía
 de la prostitución y el desenfreno

por el ancho carril va desalado
esencia y formas arrastrando al cieno...?
—¡Perezca la virtud que audaz conjura
tan ínclitas acciones!
Parezcan la inocencia y la hermosura;
y sobre mis despojos
levanta ¡oh muerte! un templo consagrado
a la perpetua adoración del crimen...!
Así la sociedad ora abatida
y atada al poste del deber, gozosa
levantará la frente poderosa
ante el noble tahúr y el fraticida...!
ánimo, pues... el generoso llanto
de ese padre infeliz que por dos veces
la copa del dolor hasta las heces
en un lustro apuré: esa amargura
y esa expresión sublime del quebranto
que su sensible corazón tortura,
todo, muerte, lo justo de tu fallo
al mundo sin propósito asegura...
Ánimo, pues... Que broten azucenas
de Cuba en los jardines,
y en sus florestas mirtos y berbenas
de la palma inmortal; y haya coronas
y haya, velos también para las sienas
de tantos inocentes serafines.
Tantas púdicas vírgenes morosas
y tantas hermosuras como a impulsos
de tu aliento serán polvo y olvido...!
Que yo desde los campos tenebrosos
a do los lleva tu equidad, mi acento
daré inspirado al viento
en himnos fervorosos
que del mundo revelen el destino
y de tus fallos la razón el tino.

TIPO CONTEMPORÁNEO

Cuando pinto no retrato

M. ROMANOS.

Necio galán sin amistad ni amores,
sin recuerdos, presente ni futuro,
de alma de fango y corazón impuro.
—Vendido en cierce al vicio y los errores.

Parásito rebelde a los clamores
del honor;— mas parásito perjuro,
pues consecuente a su principio oscuro
siempre ingrato se muestra a los favores.

Porta de chismes, charlatán, medroso:
hombre que ofende y al instante mismo
la vida amando en convulsión le vemos.

Biógrafo mordaz cuanto envidioso
del que evade su craso oscurantismo...
a este niño; ¿qué nombre le pondremos?

TIPO CONTEMPORÁNEO

Cuando pinto no retrato.

M. ROMANOS

Tonto, retonto, —y como tonto vano,
oriundo (dicen) de la costa de Oro...
camello en formas, —en discreto loro,
solo del hombre en la materia hermano.

Tonto, retonto cual ningún humano
que se imagina de saber tesoro
filtrando sin cesar por cada poro
la estupidez y el yelo del insano...

cocuyo ciego, inmundo y pestilente,
sin émulo holgazán, y abandonado
si no se trata del corpóreo aliño;

arrogante a la par de insuficiente,
oscuro maladrín por sí ensalzado...
¿qué nombre le pondremos a este niño?

EL PINO Y EL LLORÓN

Fábula

De un bosque espeso en lo interior se erguía
gigante pino en majestuoso vuelo,
que en el cóncavo cielo
la recta copa sepultar finjga.

Mientras del aura al concertado arrullo
y a los suspiros de la oculta frente
en trémulo murmullo
respuesta de pasión daba elocuente.

A su robusto pie, desmelenado,
raqúitico llorón también se alzaba,
que de celos hinchado
así al silencio su clamor mandaba:

“No por alzarte más que yo, un instante
dejarás de escuchar mis maldiciones

de tus aspiraciones
comprenda el engaño caminante.

Sobrado tiempo toleré que el mundo
te prefiriera a mí, loco asentado
que tu canto es profundo,
y dulce como miel tu acento y blando.

Que su rumor y gloria simbolizas;
en tanto yo por fosas y desiertos
simbolizo a los muertos,
sombras prestando a... ¡sombras y cenizas...!

Si a ti no llego, si el atroz destino
no dio a mis ramas pompa y consistencia,
en la maledicencia
nos hizo iguales al Llorón y al Pino.

Con ella escaso de valor el hombre
de su vergüenza al parecer se libra
cuando sobre un nombre
que el genio consagró, sus dardos vibra.

Con ella, pues, con ella noche y día
quiero minarte mientras vas al cielo
que así en la rabia mía
a falta de igualdad tendré consuelo”.

Dice el Llorón; el Pino por respuesta
a tan injustas bárbaras razones
la frente pura enhiesta
zumba y se mece en mil ondulaciones.

No de otra suerte al mérito a menudo
muerde la emulación, sacrificando
cuanto de hermoso y de sublime pudo
crear de la amistad el lazo blando.

Pero ¿qué importa? siga con denuedo
de la existencia breve en el camino,
siendo a llorones míseros, remedo
del arrogante y generoso Pino.

Habana.

AL POETA ÁNGEL DE LA LUZ¹

I

Pálido el sol en la gigante cresta
del verde monte reclinó la frente,
y los tristes cantores de la tarde
se ocultan lentamente,
hasta que torne a perecer, fulgente,
en vez de opaco como al lejos arde.
Y allá sepultos en mis blancos nidos
caricias prodigando a los hijuelos,
miran la mustia claridad del día
perderse entre los velos

1. Con este seudónimo me dirigió unos lindísimos versos el malogrado poeta F. Javier Blanchié, cuya respuesta es el objeto de esta composición, ignorando cómo de su lectura se deduce quien se cubría con tal seudónimo. (Nota del autor).

que en la asombrosa anchura de los cielos
descoge a su querer la noche umbría.

El mar se enturbia y tres estados crece,
y rueda por las costas solitarias,
y entona sin cesar dulces plegarias
o lúgubres cantares,
mientras se viste en sombras funerarias
la corona imperial de las palmeras.
Y el aura apenas en la flor murmura,
y el blando arroyo le responde apenas,
como al profundo lúgubre lamento
de las hermanas penas
responden las fantásticas sirenas
desde su leve y ondulante asiento.

Esta la hora es en que la vida
se recoge en su centro, cual las flores
cuando ven marchitarse su belleza:
cuando ricas de olores
cierran el cáliz, quiebran los colores
y pierden su tersura y gentileza.
Que si padecen ellas tal quebranto
porque perjuro el sol las abandona
y por las puertas del confín se lanza
en busca de otra zona,
la vida —con sus lágrimas lo abona—
sufre a la par si pierde la esperanza!

También marchita sus lozanas hojas,
planta infeliz sin riego ni reposo...
¡También la mano del pensar la hiere,
y en el mundo sombroso
aún antes de exhalar su aroma hermoso
dobla sin fuerzas el pendón y muere...!
¡Hora terrible! tu quietud me aterra
no más que el cuadro de la oscura nada.
Tiemblo al verte venir, tan lenta y muda,
tan lívida y ajada;

despertando la mente aletargada
que del recuerdo en la inacción se escuda.

Tú, como un genio a la maldad vendido
continuo estás por su dolor volando:
por eso sus memorias de amargura
apenas va olvidando
asomas imprudente, reanimando
lo mismo ¡ay Dios! que conjurar procura.

Quisiera yo que al resplandor del día
la misteriosa noche reemplazara
con la presteza que al sollozo el llanto:
que apenas oscilara
cuando la luz en sombra se velara
como el secreto influjo de un encanto:
que en el jaspe sin par del firmamento
donde brillan la luna y las estrellas
no alzara el crepúsculo fulgores,
sin que raudas centellas
de la tumba del sol brotasen ellas
cerniéndose en el lago y en las flores.

Mas no es posible. —De los mismos rayos
que expide el gran planeta en su agonía,
nace esa llama tibia y macilenta
que en todo el mediodía
blasona sin estorbos su osadía
y la inquietud del corazón aumenta.
Vedla brillar en la gigante encina
como reina y señora de la tierra
cuya extensión abraza codiciosa:
y llano, por mar y tierra
envolver con su túnica que encierra
la angustia más vehemente y tormentosa.

Cuitado observador, siento por ella
batir mi corazón dentro del pecho
con fuerzas dobles y presteza suma,

y siento en mi despecho
el entusiasmo a su poder desecho
como al bramar del aquilón la espuma.
Fuera un tiempo en que orilla de los mares
niño triscaba sin curar del mundo
cuyos contornos esa luz teñía;
que alegre y vagabundo
cuanto ora miro con horror profundo
de paso entonces sin temblar veía.

Y solo el caracol y el lino verde
flotando débil o al peñasco asido,
lograban detener mi pensamiento:
solo el dulce ruido
que el aura condujera hasta mi oído
robándosele al móvil elemento.
Mas ¡ay! que apenas esa edad tranquila
cedió a la ardiente juventud sus flores
cuando huyeron mi paz y mi inocencia
trocadas en vapores,
dejando expuesto al huracán de amores
el lánguido ciprés de mi existencia!

Por largo tiempo como dura encina
su rudo choque resistí esforzado,
como el risco a las olas espumosas,
como el cedro elevado
en la cumbre del Líbano sagrado
resiste a las edades impetuosas.
Empero luego sucumbí... Mi frente
abandonó de súbito la altura
desque el amor tirano desafiaba,
y ebrio de ternura
a los pies se arrastró de la hermosura
cuyo poder con terquedad negaba...!

Que también como tú, fogoso bardo,
rayos bebí de inspiración ardiente
en el casto mirar de una doncella,

y como tú doliente
 hice mi pecho de emociones fuente
 y el aura estremecí con mi querella.
 ¡Ay! Tú, que presa de mis pobres cuitas
 de mí te acuerdas y me das un canto,
 tú, acaso, lo sabrás... sabrás de cierto
 la causa de este llanto
 que al mundo dice mi mortal quebranto,
 que al mundo calla el ser por quien lo vierto.

.....

Hoy no es el mar con su canción sonora,
 ni el transparente caracol, ni el lino
 lo que detiene a mi razón cansada...!
 ¡Ay...! solo es al destino,
 solo la senda porque voy sin tino
 rodando al fondo de la tumba helada...!

II

Mas, he que ya la noche se avecina,
 y se esconde el crepúsculo sombroso,
 y sus bordes asoma en la colina
 de la ternura al astro silencioso,
 circuido de ráfagas y estrellas
 que en grupos van por sus brillantes huellas.
 ¡Cuán dulces son los rayos de la luna,
 tras la fúnebre sombra de la tarde,
 quebrándose en la tábida laguna
 cuyo cristal en apariencia arde!

Allí viene serena en dulce calma,
 entre el lánguido arrullo de la brisa,
 esmaltando las pencas de la palma
 y adormeciendo el mar con su sonrisa.
 Allí viene la amiga de las flores,
 la inspiración mejor de los cantares.

Quiero verla escalar el firmamento,
y su lumbre beber tranquilamente,
y seguirla en su paso grave y lento
hasta el pálido umbral del occidente;
que así tal vez sin pretenderlo el alma
logre un fulgor de la perdida alma!

En otra situación menos penosa
el arpa del olvido arrancaríá,
cantando a esa lumbrera misteriosa
cual en mi ardiente juventud solía;
pero la diestra inútilmente avanza,
que al empolvado diapasón alcanza!

Y si llora por suerte en su ardimiento
burlando la quietud en que vegeta
la mina de mi largo sufrimiento
abre improviso imponderable veta,
y es de amargura y de dolor mi canto,
y es de amargura y de dolor mi llanto.

Ora lo ves... En tu amoroso anhelo
quise parte tomar, sentir contigo;
porque a pesar de que te cubre un velo
dijiste al mundo que yo soy tu amigo,
si bien es cierto que tan dulce nombre
suele invocarlo por capricho el hombre...

Mas fue tu invocación y arrebatado
como en los años de mi edad primera,
pensé que el instrumento abandonado
ecos de paz y de consuelo diera,
y al recorrer los ásperos bordones
volví a escuchar sus doloridos sonos.

¡Quede por siempre mudo y solitario,
gemelo fiel de la esperanza mía,
cubierto con la pauta del sudario
que envuelve mi existencia noche y día

siento esta ronca vibración de pena
su última estertórea cantinela.

¡Ángel, adiós...! Tus cándidos amores
benigna escucha la doncella hermosa
que en tonos inquietud, celos y flores
hace sonar tu lira melodiosa,
y déjame otra vez con mis tinieblas
mientras el aire de tu canto pueblas...!

A CUBA

*En el tercer aniversario de su alzamiento
contra la dominación española.*

¡Oh! ¡Qué transformación...! La que postrada,
hija del sol bellísima, sufriera
cuatro centurias de opresión y olvido,
sus ligaduras rompe denodada;
alza envuelta en laurel la sien severa,
y del plomo entre el áspero silbido
épico canto con denuedo entona
que su completa libertad abona.

¿Quién ahora es bastante del camino
que va trillando a detenerla en medio?
¡Nadie! En el mundo no hay poder ni encanto,
ni súplica ni lloro que al destino
en su veloz carrera ponga asedio.

Que unos cediendo al invencible espanto
 otros al brillo de una luz defluente,
 todos doblamos a su vez la frente.

¡Sí Cuba! —¡Serás libre! El gran poeta
 que huyó por fuerza tus amantes brazos
 y en triste expatriación murió el primero,
 fue más que tu cantor, —fue tu profeta;
 que errático del Niágra en los ribazos
 dijo en un himno, ya imperecedero:
 “Entre Cuba y las playas españolas
 no en vano tiende el mar sus anchas olas”.

Tú escuchaste el eco de su canto,
 y presa del pavor ni aun sonreíste;
 porque al notarlo el déspota, furioso
 te estrangulara con su propio manto.
 ¡Yara! No más al pueblo le dijiste:
 y el pueblo que te adora sigiloso
 fuese reuniendo desde entonces en Yara,
 más que por fe por su obediencia rara.

Ocho lustros que espera y de conciertos
 lentos rodaron desde el himno al día
 que recuerda mi cítara insonora,
 cuando a través de bosques y desiertos
 Céspedes llega y dice: “¡Oh patria mía!
 ¡Sonó por fin la suspirada hora!
 ¡O cesas de sufrir o exangües todos
 caemos a las plantas de los godos...!”

¡Urrá! gritó la multitud ferviente;
 y del sereno Miel al Mantua undoso
 por los asaltos del Indio y Siguanea
 ¡Urrá! fue repitiendo el sur candente,
 mientras las armas que en recinto umbroso
 preparaba el civismo a la pelea,
 tomaban nuevos filo y pulimento
 del fósil con el duro sedimento.

¡Y la lid se trabó...! ¡Dios es testigo
 del febril gozo que inundó mi pecho
 al recibir la nueva inesperada
 desde arranque inmortal...! ¡Sí! que tu amigo
 desde la infancia soy, y en tu derecho
 mi alma toda se encuentra interesada
 y con tus hijos prófugos en coro
 canto tus triunfos o tus dudas lloro...

Hoy con la suave abrámidе preñada
 del hombro incitador, te observa el mundo
 haciendo frente a riesgos mil: —buscando
 a precio del tesoro y de la vida
 la gran verdad que tu cantor profundo
 hasta el hora postrer vivió soñando...
 ¿Qué, pues, aguardan en su orgullo fiero
 los hijos del Genil, del Tajo y Duero?

Si con escarnio Haití lanzarlos pudo
 de su seno, magüer que demacrada,
 y empobrecida, y sola... tú, que cuentas
 de una gran población con el escudo,
 y que robusta y siempre apertrechada
 por tus Nabares de la Unión te ostentas;
 ¿No les harás sentir mayor quebranto?
 ¿No les harás saber que puedes tanto?

¡Oh! ¡Sí lo harás! Porque tu causa noble
 y justa si las hay, está asistida
 por DIOS... de libertad eterna fuente;
 y no ha de consentir que triunfe y doble
 sus crueldades en ti, —por no sufrida,
 quien tanto te ultrajó por impotente:
 quien en vez de la palma que procuras
 te diera vilipendios y torturas...!

EL COJO

Canción

I

De un cirujano a la ciencia
acudí, mala de un brazo;
y él sin pudor ni decencia
pidióme por su asistencia...
pero... yo le puse un plazo.

Allá viene el cojo
con su muleta
corre muchacha,
corre que llega,
y dile por la ventana,
"No hay nada, cojo:
cojo... no hay nada."

II

De mi labor sorprendido
el yerno de la cacería

me dijo ayer al oído
 Susana, estoy decidido,
 tú serás mi costurera.
 Allá viene el cojo
 con su muleta
 corre muchacha,
 corre que llega,
 y dile por la ventana:
 “No hay nada, cojo;
 cojo... no hay nada.”

III

Mas la experiencia me obliga
 a ser con los hombres dura.
 Mejor le está a mi barriga
 no gustar de aquella miga
 que se vuelve levadura...
 Allá viene el cojo
 con su muleta
 corre muchacha,
 corre que llega,
 y dile por la ventana:
 “No hay nada, cojo;
 cojo... no hay nada.”

IV

Díjome Juan: —juraría
 que tu madre es confitera;
 pues solo, Susana mía,
 con leche y huevos te haría
 tan dulce y... tan zandunguera.
 Allá viene el cojo
 con su muleta
 corre muchacha,
 corre que llega,
 y dile por la ventana:

“No hay nada, cojo;
cojo... no hay nada.”

V

Yo le repuse con flema:
No se equivoca don Juan,
que aquí se cuaja la crema,
¡si usted chupara una yema...!
¡Si comiera el mazapán.
Allá viene el cojo
con su muleta
corre muchacha,
corre que llega,
y dile por la ventana:
“No hay nada, cojo;
cojo... no hay nada.”

VI

Y el pillo castañeteando
la lengua cual si estuviera
ambas cosas saboreando
me... pero le di temblando
la cachetada más fiera.
Allá viene el cojo
con su muleta
corre muchacha,
corre que llega,
y dile por la ventana:
“No hay nada, cojo;
cojo... no hay nada.”

VII

Porque han de saber ustedes
que aunque tan joven y sola
no sufro audacias, ni redes,

ni lisonjas, ni mercedes
que a todo le hago mamola.
Allá viene el cojo
con su muleta
corre muchacha,
corre que llega,
y dile por la ventana:
"No hay nada, cojo;
cojo... no hay nada."

VIII

Pero... si por buen camino
llegare hasta mí un galán
prudente, guapo y ladino,
se cumplirá mi destino
comiéndose el mazapán...!
Y entonces al cojo
se abre la puerta,
como se abren
las de la iglesia;
y él la muleta arrojando
entrará en un brinco
de amor llorando.

SOLEDAD

A mi esposa

Lejos de ti ¡oh perla de mi alma!
y lejos de mi américa inocente,
ni miro resbalar horas de calma
ni surge una ilusión dentro de mi mente.
Siento un fastidio tal, que donde quiera
tiendo sin tino los inquietos ojos
algo alcanzo que más me desespera,
algún motivo más a mis enojos.
Del mar el espectáculo sublime
que tantas veces contemplé extasiado,
ora tan sólo en mi razón imprime
recuerdos tristes de lo ya pasado...
recuerdos de una vida laboriosa,
sobria, tranquila y de esperanzas llena,
de una vida, por Dios, si no dichosa,
al duro apacible en el azul la luna

brillante y silenciosa se pasea
en rumbo hacia el Edén do fue tu cuna
y a do volar mi corazón desea...
Cuando Natura duerme en el regazo
del aura de la noche, y se confunden
la verdad y el no ser en un abrazo
y hasta parece que en el caos se hunden,
entonces ¡ay! en vez de la ferviente
y osada inspiración en que ante ardía
siento doblarse sin querer mi frente
a influjos de la atroz melancolía.
El mismo corazón, que con desnudo
por siete lustros resistió, señora,
palpita apenas, y en señal de miedo
riza las alas y a torrentes llora...
Y es que entonces comprende el gran vacío
que dejan al pasar las ilusiones,
cual del caleidoscopio al poderío
momentáneas lumínicas visiones.
Del profundo Quiabón la murmurante
corriente envuelta como espectro errante
discurrir con la pena que me abruma.
Me ve cruzar sus márgenes floridas
a cualquiera rumor palideciendo,
con las hojas del viento sacudidas,
del apartado mar con el estruendo;
me ve cual sutil impalpable sombra
que busca el cuerpo de que parte apenas,
hondas huellas trazar sobre la alfombra
de menudas albísimas arenas.
Y me oye también tu nombre suave
delirante exhalar del labio seco,
tu nombre celestial que al punto, grave
de cumbre en cumbre me repite el eco.
¡Oh! No es posible soportar conforme
tan cruel separación...! Toda esperanza
sucumbe de este olvido al peso enorme,
de este silencio horrible a la pujanza!
Yo no nací para vivir sepulto

en medio de estos montes fragorosos:
 mi atmósfera se encuentra en el tumulto,
 bajo el sol de los pueblos laboriosos.
 Allí donde a la acción y al movimiento
 de los ardientes agitados días
 siguen noches de amor y de embebimiento,
 auras, aromas, luz y melodías.
 Donde al vaivén de la cadente danza
 y al rumor del festín y los placeres,
 sonrían más hermosas las mujeres.
 Donde hay compensación, donde la suerte
 bálsamo encuentra a las agudas penas,
 y aún pisando los lindes de la muerte
 ve el hombre resbalar horas serenas.
 Mas... ¿Qué sordo, confuso murmurío
 zumba en torno cual eco de un concierto?
 Es ¡ay! que rueda hasta la mar el río
 allá en la boca que figura el puerto...!
 Es la exacta paráfrasis del hombre
 que mientras más brioso y más potente,
 más raudo baja con su pompa y nombre
 de la prestada vida al occidental!
 Y yo aquí, silencioso, solitario...
 Aquí, con un tormento en la memoria!
 Aquí coreando ese himno funerario
 "con los recuerdos de mi triste historia..."
 ¡Oh...! ¿Cuánto, patria, imaginar podría
 en los jardines del cubano suelo
 que al saludarte solamente habría
 repudio... usurpas con... desdén y duelo?
 ¿Quién, reservando al justiciero mundo
 la glosa de estas cáusticas verdades,
 quién sospechara que a mi amor profundo
 dieras por galardón tus soledades...?

.....

Pero... tiempo es aún... Esas que un día
 trajéronme hasta aquí hondas hirvientes,

volveránme al Edén de mediodía
al dulce balancear de tus corrientes.
Volveránme a posar bajo su cielo
que un azulado pabellón figura,
porque en horas de paz y de consuelo,
olvide tantas horas de amargura.
Que si ellas, niño, del feroz haitiano
pudieron sustraerme a los furores,
hoy harán que moderno Coriolano
me aparte a otra región... con mis rencores!
Sí, pobre patria... Surcaré, y en breve,
y por última vez, tus lindos mares,
si a otro pueblo a compasión no mueve
el eterno padrón de tus azares.
Si tus pasiones torpes y rezagos
no ahuyenta una nación civilizada
ajena a los hipócritas halagos
conque algunos te tienen sojuzgada.
Si del progreso el lábaro esplendente
tu perezoso céfiro no agita
borrando hasta la sombra impertinente
de tu indolencia, —tu inacción maldita...
yo surcaré de nuevo el oceano
no apóstata... —jamás...! pero... quejoso...
no negando que soy dominicano:
mas diciendo mi engaño vergonzoso.
Diciendo que en tu azar de herido seno
en lugar de nutrirse una esperanza
se sorbe a tragos el mortal veneno
que la emulación sin treguas lanza.
¡Cuba! ¡Cuba! —El astro escandecido
que espléndido derrota por tu esfera
reanudará mi espíritu abatido
con el primer botón de primavera.
Que no nací para vivir sepulto
en medio de estos montes fragorosos:
mi atmósfera se encuentra en el tumulto,
bajo el sol de los pueblos laboriosos.

COSAS QUE DESESPERAN

Un caballo de mal paso,
el golpe de una gotera,
un sombrero y un zapato
que nos ciñen pie y cabeza.
Un amateur que se inspira
y nos canta a voce mezza,
cual si fuese por oírle
que compráramos luneta.
Una pisada en un callo,
y un carruaje que chirrea,
y un ocioso que a deshoras
en la redacción se cuele.
Un aplauso intempestivo,
una censura severa;
una necia tolerancia
y una intolerancia necia.
Un vecino desgeniado

que en ser músico se empeña
y a mañana, y tarde y noche
del violín rasca las cuerdas.
Una esperanza remota,
una duda sempiterna,
y el desaire de una linda,
y el cariño de una fea.
La espantosa carestía
que en nuestros mercados reina,
las forzadas suscripciones
que los boldillos nos pelan.
Un pleito que se eterniza,
un doméstico con flema,
el calor de nuestra zona,
la frialdad de una coqueta.
Un cobrador petulante,
una plática en la iglesia,
el desvelo en alta noche
y en el teatro una reuma.
El lodo de nuestras calles,
un gallo que cacarea,
los faroles que no alumbran
y la usura berlinera.
Un baile frente a un duelo,
la pachorra de la Agencia,
y el alquiler de una casa
que donde acaba comienza.
Un escritor petulante
de los de Ariosto y Mecenas,
un deudor que se concurra
y un acreedor que se enseria.
Con todo... de entre estos males
el que mejor desespera,
es aquel que toma nombre
de la falta de monedas.
El agio no... interrumpido
que sufre el papel moneda
y el burro que noche y día
ronda sin santo ni seña.

Un entierro que es preciso
llevar el prójimo a cuestras
y la relación que guarda
con la luna nuestra péndula.
La mala cara de un jefe
cuando uno cobra la dieta
y el exigirnos en cambio
la más puntual asistencia.
Una mujer gastadora:
gastadora y no una negra;
un locuaz representante
un ceñido partidario
del partido que está en tierra
y otro partidario débil
que al subir cubiletea.

LA LAVANDERA

Como no faltan personas
que de símiles se ocupan
dicen que somos iguales
la lavandera y el cura.
Mas él solamente oye,
y yo... la cosa es más seria...
¡A Dios plugiese que hablaran
las aguas de mi batea!

Los dos quitamos las manchas
de las mundanas locuras,
porque ella quita del alma
y yo... de las vestiduras;
mas... si estuviéramos solos
ustedes lo permitieran
yo contara cual se ponen
las aguas de mi batea.

Un capitán de fragata
de los de fuego por popa
mandóme con su asistente
la otra mañana la ropa,
abrí el paquete... ¡Dios mío!
¡magnífica ánima mea!
ojalá que hablar pudieren
las aguas de mi batea.

La prometida de Fausto
me llama, llora, suspira...
y al fin me dice temblando
que le lave una camisa...
si aquí estuviéramos solos
y ustedes lo permitieran
contara cómo quedaron
las aguas de mi batea...

En fin que sostuviere
que iguales son en funciones
la que lava los pecados
y el que oye los pecadores
que venga a ver la figura
en que faldas y faldetas
me dejan cada semana
las aguas de mi batea.

NON PLUS ULTRA

Cual suele en la mitad de su jornada
la mula revelarse contra el dueño,
y echándose en el suelo fatigada
la vera efigie ser de Clavileño;
así mi musa al fin desengañada
de cuanto es torpe de brillar su empeño,
se tiende sobre el lodo del camino
porque otros pasan a mejor destino.
¡Y no hay que estimularla...! Cien razones
como puños, —¿qué digo?— como cantos
le asisten a esquivar las tentaciones
que pudiera sufrir de nuevos cantos.
Ella sabe qué son las ilusiones:
qué amores, y amistad... risas y llantos;
y responde al más sólido argumento
que todo en esta vida es fingimiento.
¡Y dice bien, lector...! Desde el sollozo

que de improviso la garganta anuda
 símbolo siendo de amargura o gozo,
 rayo elocuente de esperanza o duda;
 desde ese idioma fiel de un alborozo
 o de una pena atroz, hasta la muda
 gota que esparce un velo en la pupila
 todo interés y falsedad destila.
 ¡Y dice bien, lector...! ¡Nada es sincero!
 ¡Hoy el amor es obra del guarismo...!
 Cuádrese la raíz en el dinero,
 que en cuanto a lo demás... todo es lo mismo.

¿De qué sirven el sabio y el guerrero
 si a través de su ciencia y su heroísmo
 la ambición femenil no alcanza el dote
 que aporta al ara un reverendo zote...?
 ¿Y dónde está la mano generosa
 que de sublime admiración tocada
 la tuya busque, o bien estrepitosa
 tribute a tu talento una palmada?
 ¿No yace la Equidad grave y hermosa
 en las tumbas de Atenas encerrada?
 ¿Qué valen sin metálico la musa,
 la paleta, el cincel, la semi-fusa...?
 Valen ¡ay! desengaños...! ¡valen pena!
 de tanta duración como la vida,
 horas febriles... de congojas llenas,
 —furias que el alma en su interior anida...
 ¡y guay! ¡si por saber, de las cadenas
 al áspera cadencia no medida
 muere en silencio y en horror profundo
 quien deliraba la ovación del mundo...!
 También la musa acaba... ¡Esa es la muerte!
 ¡Si hubiera sacudido el inciensario
 a las barbas del rico o las del fuerte...!
 Pero quiso en su orgullo temerario
 con ambos combatir, antes que inerte
 vestir impuro aterrador sudario...;
 y ve tarde, al caer como la mula,

que vive y muere mal el que no adula...!
Pero muere en su ley, que en estos días
es prenda a la verdad poco abundante
sin haber cometido villanías
por ganarse el afecto de un bergante...!
Muere sin gloria, mal querida, oscura;
pero muere cual pocas, —fuerte y pura...!
No importa, pues, que en el medio de la senda
y entre el espeso lodo del olvido
como la mula sin valor se tienda
para exhalar el último gemido.
Ni importa, si alguien que su fin entienda
sucio estilete blande enfurecido
y en el cadáver sepultada amaga:
más valen cien heridas que una llaga...!

A BORINQUEN

¡Qué! ¿No despertarás? ¿El ronco ruido
con que lidiando Cuba asorda el mundo
no ha rebotado en torno de tu oído,
y librándote el sueño asaz profundo
que es de América toda admiración?
Cuando se alzó segunda vez Quisqueya,
y el opresor común lanzó a los mares
añadiendo otro canto a su epopeya;
¿no sentiste mecerse en tus palmares
el ángel de la indiana redención?

¿Los rayos ardorosos de su frente
no se quebraron en frente pura?
¿No entendiste su acento prepotente
mandándote vestir férrea armadura,
correr al campo, y empeñar la lid?
¿Ni hay quien quiera decirte, ni adivinas
que eres hoy del Atlante la hija sola

que sierva gime en un jergón de espinas...?
¡La única a quien bárbara desola
y usurpa España exhuberante vid...?

¡Será preciso que extranjera mano
vaya a librarte de la dura esposa
con que la tuya entumeció el tirano
y a teñir con su sangre generosa
las aguas del sereno Bayamón...?
¡No has podido lactar, joven nodriza,
otro Bolívar, San Martín, Salcedo,
Céspedes, Moreno, O'Higgins, o Urquiza
que antes arroje el dardo con denuedo,
que a la justicia, en fin, haga razón...?

¡Si has podido, sí! Rápida, hirviente
por tus venas suavísima circula
en copioso raudal sangre inmanente.
La sangre de los héroes de Cholula,
de Maguana, de Quito y Camagüey;
y aunque no esplende iluminada y viva
en la faz de tus hijos su fiereza,
la acción de aquella sangre primitiva
les infiltra el amor a la proeza,
la noble audacia de la antigua grey...!

¡Sí has podido, sí! En tu frente hermosa
que ni el Simún de la opresión deseca,
se refleja la lumbre esplendorosa
del astro-dios que el inca y el azteca
contemplaron con místico fervor.
Y el puro mar que remeció cantando
sus piraguas de abei... sus canas de oro
es ¡ay! el mismo mar que rebramando
bate en tus playas, el lamer el lloro
que viertes aureolada de dolor...!

Esas memorables prendas de heroísmo
que ofrecieron muriendo Guatiguana

y Betma, en el torrente o el abismo...
las de Huáscar, y Hatuey, y Tocubana,
víctimas ¡ay! del fuego o del cordel;...
esculpidas están en la memoria
de los mares que en tus límites nacieron,
y estudiaron de América la historia,
y en tus horrores a pensar se dieron
bañada en llanto y en sudor la piel...

Naturaleza, pues, en ti conserva
sus eficientes dones. Si iracundo
el godo ha cuatro siglos los ensaya,
en un hora ¡qué digo! en un segundo
su originario temple adquirirán.
Y pues tan breve espacio necesita
el pueblo que se agrupa en tu regazo,
¡levántate por Dios...! ¡Libertad! grita,
y brotarán más flechas de su brazo
que celónitas brotan de un volcán.

No todo el bien que goza la criatura
de la vida en el áspero sendero
desciende sazonado de la altura,...
¡ay! que de llanto y sangre en un reguero
hoy recoge los míos hasta el panteón...!
los días del Paraíso se contaron,
y sus noches de sombras se cubrieron,
y sus limpios arroyos se enturbiaron...
quienes de entonces regocijo hubieron
han sentido primero la extorsión...!

Pero... duermes, Borinquen...! y a tu lado,
en la propia tarima de tu duelo
inventa tu señor mal inspirado
conspiraciones ¡ay! que sabe el cielo
ni así —durmiendo— sueñas combinar.
Y su cómplice —el yunque— sordo gime
fabricando la bárbara tortura,

mientras el esbirro que el oprobio imprime
arrastra alegre tu mejor figura
del torpe crimen al infecto hogar...

Y otros... ¡ay! otros que también lloraron
igual ultraje buscan los reflejos
del sol a cuya lumbre despertaron,
meciéndose en los móviles espejos
que el Atlante supone en su quietud
y ¡adiós! les dicen, aunque no los vean,
desde el castillo de la idiota nave,
y patricios un héroe te desean,
y desterrados, con aspecto grave,
hacen frente a su doble esclavitud...!

Es demasiado ya joven sirena!
Levántate, que así postrada y muda
no librarás tu cuello a la cadena
de cuatro siglos, que con mano ruda
osara echarle Ponce de León,
levántate vestida de amazona,
y tus valientes a la lid concita,
y cíñete de mártir la corona,
o de aquella infamante arra maldita
derrítase hasta el último eslabón.

Tome que al verse nuevamente España
siendo una débil adición de Europa
agitante el volumen de su saña,
y haga que apures del dolor la copa
bajo la plancha de su enorme pie...
Tú nada más le restas del veneno
que el mal pagado genovés un día
brindó a su orgullo con un mundo entero...
¡Levántate, Borinquen, y en la impía
reproduce el milagro de Josué...!

MIS RECUERDOS A CUBA

I

¡Sirena del Atlante! ¡Del sol sacerdotisa!
¡Oh tú la que tres años mantiene dura liza
por sacudir tres siglos de horrenda esclavitud!
Suspende, —si es posible— de la estridente lucha
el grito fragoroso, y como un tiempo escucha
los sonos de mi siempre libérrimo laúd.

II

Del patrio y fresco Ozama sentado en la ribera,
si no feliz, al menos altivo con siquiera
jamás doblar mi frente delante de un señor
risueño en ti medito; que solo el insensato
tomando por modelo los monstruos es ingrato
de un ser indiferente al espontáneo amor.

III

Seis veces por mi vida gritaba lento el mundo
rechinando en torno del astro rubicundo
que tiende hasta el abismo su hermosa claridad,
y prófugo me viste llegar a ti... en su seno
lanzarme de esperanzas y de conhorto ajeno.
—Pedir de los sepulcros a la cruel tranquilidad...!

IV

Munificente y dulce entonces mis dolores
calmaste, compartiendo conmigo los favores
que fueran de tus hijos la cóngrua, el justo don;
y así de la ignorancia los tenebrosos velos
rasgar a medias pude, y así de tus desvelos
trocar en urna santa mi joven corazón.

V

Por eso a tu recuerdo con júbilo palpita,
y el gemebundo seno de súbito se agita
diciéndote —inspirado del alma gratitud—:
“suspende —si es posible— de la estridente lucha
el grito fragoroso y como un tiempo escucha,
los sones de mi siempre libérrimo laúd.”

VI

Laúd que revestido de adelfas y de nardos
me distes en presencia de tus sublimes bardos
mandándome del polvo mi nombre levantar.
¡Presente inestimable! ¡Solemne mandamiento!
¡Prodigios que a raudales el puro sentimiento
de mis convulsos labios hicieron resbalar!

VII

Sin estro —tú lo sabes— mas ebrio de amargura,
canté desde ese instante mi estrella asaz oscura,
mis largos desconsuelos —mi injusta expatriación...
sin estro —como entonces— mas dueño de mí mismo
hoy canto tus combates, tu helénico heroísmo,
tus cívicas virtudes —tu noble aspiración.

VIII

¡Sí Cuba! No hace mucho que en insonoros versos
predije tus destinos si logran los adversos
que aceptes nuevamente su dura autoridad;
y te exhortaba en gritos frenéticos, cual ora,
a ser de ti homicida o de ellos vencedora,
o trasgo envuelto en sombras o sol de libertad!

IX

No más en tus poblados o verdes cenadores
riquezas acopiando prosiguen tus señores,
seguros por la fuerza, tranquilos por error.
Ni ingratos por más tiempo, ni ciegos de coraje
tus bellas y tus genios mancillan, con ultraje
de todos los derechos, del mundo, del Creador.

X

O libre te levantas de Europa con asombro,
por más que para serlo no dejes un escombro
de la opulencia rara que causa estado en ti,
o niega que naciste de América en los mares,
y arranca rubescente tus músicos palmares
del Cruz al San Antonio, de Icacos a Maisí!

XI

Mas, ¡ay! Perdona Cuba, si en un rebato ardiente
veloce de mi ocaso corrí sobre tu oriente
y el substancial dilema tracé sin compasión
¡perdona...! Mis fantasmas, mis glorias fenecidas,
por un capricho extraño cobardes o rendidas
el vuelo levantaron haciéndose traición.

XII

Y como es imposible callar ante el arcano
que envuelve tus destinos... y como es inhumano
emponzoñar mis horas pensando en lo de ayer;
permíteme que estático los éxitos aguarde
del fuego sacrosanto que en tus pupilas arde,
—del saludable olvido que en mí siento nacer...!

EL SUPPLICIO DE GUATIMOZIN

Sobre la férrea plancha que devora
con viva lumbre la chispenate hoguera,
el mejicano semi-diós espera
que suene al cabo de morir la hora.

Su Ministro también... Mas débil llora
al fuego que en sus plantas reverbera,
y los contornos de su faz severa
del torpe miedo el resplandor colora.

¡El tesoro! —le grita el pueblo hispano:
y al Ministro que sufre mil dolores
mirando al rey su indecisión le advierte.

“¡Jamás!” —exclama el valeroso indiano:
¿Acaso huelo yo lozanas flores?
¡Sean tesoro y vidas de la muerte!

EL PILOTO
Canción

I

¡Ay de mí...! Solitario navego
de la vida en el mar proceloso,
sí que alumbre mi rumbo dudoso
con su brillo un lucero de paz.
¿Qué me importa qué fina mi nave
hasta ayer cien escollos venciera,
cuando acaso mañana le espera
un peligro mayor —mayor mar?

II

¡Ay de mí...! Fatigado piloto
que entre nubes siniestras navego,

y jamás a mi término llego,
¡jamás logro en la dársena anclar...!
La borrasca a mi nave velero
quizás pronto, —de súbito alcanza...
y la escucho rugir... mi esperanza
es la tumba en los medios del mar...

TALEBARD
FRAGMENTO DE UN ROMANCE HISTÓRICO

CANTO PRIMERO

LA CENA

Era la hora en que Febo
de su marcha fatigado,
en lecho de blandas nubes
busca plácido descanso.
Aquella hora sombría
en que la noche su manto
descorre, cubriendo al mundo
de mil tenebrosos paños.
En que infinitas estrellas
desconfiadas y temblando

asoman por un extremo
del puro cielo azulado;
y se adelantan y brillan,
y se contemplan a un largo,
y se comparan celosas,
y se siguen sin descanso.
En tal hora., pues, las piedras
de Noimountier arruinado,
de aquel gótico castillo
que fue de la Francia un argos,
sirviendo estaban de mesas
a un cúmulo de soldados
que brindaban y bebían
a la muerte del rey Carlos.
Forajidos que afligían
las ciudades y los campos
la igualdad encareciendo
y sus fueros atacando!
que campeones se decían
de los pueblos inclinados
ante la voz poderosa
del feudalismo arbitrario;
y eran ellos, ellos mismos
los que el luto y el espanto
sembraban por todo el reino
del ilustre Carlomagno.
¡Qué estruendo! ¡Qué vocería!
¡Cómo sonaban los vasos,
y pasaban y volvían
de este labio al otro labio;
¡Y cuántas atrocidades
entonces se recordaron,
por San Dionisio ofreciendo
repetirlas sin descanso!
y era ver cual presumían
de la firmeza en los tajos
con lo de mostrarse duros
de las víctimas al llanto.
Y era de ver cómo entonces

los manjares devorando
se abrazaban con protestas
de llamarse siempre hermanos.
Ellos, que ayer como hienas
frenéticos se atacaron
al grito de ¡viva el rey!
con el de ¡muera! mezclado;
que nada como un banquete
dispone mejor el ánimo
a hacer ciertos o ilusorios
de amistad los dulces lazos,
y a condenar al olvido
con placer o con enfado
del odio y la simpatía
los afectos encontrados.

—¡Yvain! —gritaban— ¡un cuento!

—¡No! ¡Que bendiga los frascos!

—Que nos diga Pelo Crespo
la historia del Monje Blanco.

—¡Afuera! Quien
está de miedo tocado.

—¡Vive Dios, que soy valiente
como el primero y... mi brazo...

—Se abate con un mandoble...

—¡Ah, perro! ¡Ven a probarlo!

—¿Quién se ha de batir contigo
si corres a par de un galgo?

—¿Que corro, dices? ¿Que corro?

—¡Si! Que le corres.

—¡Pues, al campo!

—¡Señores! —gritó un bandido
no punzemos al buey manso.

—¿Eres su amigo, Buen Rostro?

—Como tuyo, soy su hermano;
mas si le ofenden, no queda
un hombre con hueso sano.

—¡Sea pues! ¡Unión! ¡Silencio!

—¡Sangre! Sí; más de los cascós.

los goces de los vasallos.
 Acaso mientras alegres
 veinte copas apuramos
 despierto en nosotros piensa
 su destino lamentando.

—¡Ca! No es por eso.

—¿Por qué?

—Porque el rey es literato,
 y más que dormir le gusta
 componer un pie quebrado.
 Al oír esta ocurrencia
 los demás entusiasmados
 con roncas risas responden,
 con golpes y con aplausos;
 cuyo estruendo se repite
 en eco convulso y vago
 de la lúgubre guarida
 por los hondos subterráneos.

CANTO SEGUNDO

EL REBELDE

Era Enrique Talebard,
 o El Rebelde, tal mancebo,
 que en la corte se citaba
 de hermosura por modelo;
 si bien sus mil enemigos
 le traían siempre a cuento
 para atribuirle faltas
 su mérito oscureciendo.
 Llamábanle “el desleal”,
 el “aborto del infierno”,
 y que la virtud —decían—
 jamás cobijó en su seno.
 Mas con todo, siempre Enrique
 gozaba en el Franco reino
 aura de hermoso y de noble

y de cortés y de atento.
Las damas en él pensando
sentían agitado el pecho
y una lágrima convulsa
bajaba a surcar sus senos.
Deplorando con el alma
que un implacable despecho
lo separara temprano
de la senda de los buenos.
Su rostro en agraz marchito
del corazón era espejo,
en donde se reflejaban
sus ocultos sufrimientos.
Y eran sus ojos ardientes,
y así como ardientes, negros,
y lánguidos, y expresivos,
y amorosos y severos.
Rodábale en sueltas ondas
por los hombros el cabello,
oscuro a par de los ojos
y muy brillante y espeso.
Y un luenguísimo bigote
desde su labio sedeño
mezclándose con la barba
le flotaba sobre el pecho.
Lo que unido a su armadura
de lúgubre y fino acero,
y a su casco de cien plumas
le da un sobrehumano aspecto.
Nacido en los Monthueles
en el castillo soberbio
desde niño lleva el nombre
de su antiguo jardinero.
Mas cuéntase que su origen
limpio y puro como el cielo
para ocultar un desliz
se cubre con el misterio.
Que una fúlgida corona
guardaba a su sien el tiempo,

por nacer de una familia
distinguida el primogénito;
y que a borrar destinado
la mancha de un loco exceso
que sus padres consumaron,
¡amantes muy poco cuerdos!
Enrique, desconocido
de una madre al dulce beso
pasó diecinueve eneros
y así sufriendo desmanes,
y así desdenes sufriendo
ora de nobles altivos
y más tarde de pecheros,
vivió triste, solitario,
al débil calor del viejo,
quien del mundo fue llamado
a ser un claro lucero.
¡Oh poder de las pasiones!
¡Oh poder de los infiernos
que así borras la esperanza
no bien vislumbra un momento!
¡Madre cruel...! ¡Mísera madre...
ven y mira ese mancebo
padrón inocente y mudo
de tu impuro desacierto!
Ven a contemplar la obra
de tu orgullo y poco seso,
en ese feroz leopardo
que pudo ser un cordero..
Héle ahí, desventurada,
ya pensativo, ya inquieto
con la venganza en la mente,
con el rencor en el pecho.
¡Reconócele...! —Es tu hijo...
¡Porque nació de tu seno!
Mas es también tu enemigo
que penar le hiciste un tiempo.
¡Ay! ¡Sí! Delante de los tuyos
que los suyos ser debieron,

¡cuántas veces lo ultrajaste,
 con palabras de mal género...!
 ¡Cuántas derramar le hiciste
 lágrimas puras sin cuento
 son las sombras del bochorno
 su hermosa frente cubriendo!
 Por eso de su montura
 arrebatado el vuelo
 al campo de los rebeldes
 se lanzó de enojos lleno.
 Por eso lucha furioso
 bajo el estandarte negro,
 castor en lo infatigable,
 en lo denonado reno.
 Por eso a sus solas jura
 extraño al filial respeto
 teñir su terrible espada
 con la sangre de tu pecho;
 y por eso, en fin conmueve
 de Carlos Quinto el asiento
 derribando cada aurora
 algún castillo soberbio.
 Que en mala senda extraviado
 y de venganzas sediento,
 nada ha de hallar a su paso
 que no mire hasta el cimientto...
 ¡Oh, tórnale a ver, cuitada,
 y llora aquel desacierto
 que un hijo roba a tus brazos
 y a ese hijo sus derechos...

.....

Bajo el pórtico arruinado
 de Noimountier vaga inquieto,
 escuchando la algazara
 de los suyos allá adentro.
 Es de noche. —Negras nubes

coronan el firmamento
y en las rocas que figuran
restalla el sonoro trueno.
Y gruesas gotas de lluvia
a compás dan en el suelo,
y el huracán abalanza
sus luengas alas tendiendo.
Y brilla entre mil temblores
hacia el fin de un monte espeso
cual culebra de los aires
el relámpago ligero.
Talebard, el pobre Enrique
levanta sus ojos negros,
y conmovido, el desorden
contempla del universo.
Y una lágrima recorre
su lindo rostro moreno,
hasta que rueda lustrando
las escamas de su pelo...
¡Cuán tristes... cuán dolorosos
deben ser los pensamientos
que en su joven fantasía
de tropel van pareciendo!
¡Y cuán amargas congojas
al sentir su choque eléctrico
despiertan y se dilatan
en el volcán de su pecho!
Cruza los brazos membrudos,
regala un suspiro al viento,
y se mueve semejando
del mal al terrible genio
mientras aquel le desaparece
por la frente por el cuello
de su casco rebrunido
el donairoso plumero.
Por fin, callaron las risas,
y los sordos palmoteos
de sus fieles partidarios,
sin escucharse ni el eco;

mas queriendo asegurarse
de que están todos durmiendo,
a la puerta del castillo
su oído aproxima luego.
Y hallando que ni respiran,
que él solo turba el silencio
que reina de aquellas ruinas
en los salones internos,
vuelve lleno de confianza
y al par de amargura lleno,
y suelta la voz al aire
con estos tristes acentos:
—Yo contento me pusiera
del verdugo entre las manos;
y de los hados tiranos
obedeciendo al querer,
expirara con placer
¡y a todos llamara hermanos!

¡Hermanos...! ¡Oh! ¿Llamaría
hermanos a esos feudales
que con risas infernales
insultaran mi agonía...?
¿A esa legión impía,
escarnio y mengua de Francia
a cuya torpe arrogancia
he debido esta demencia,
una mancha en la conciencia
y el penar desde la infancia?
¡No haya cadalso! ¡Venganza,
que un corazón late aquí...!
¡Fuera cirios...! ¡Yo nací
para blandir una lanza...!
El astro de la esperanza
fulgente a mis ojos brilla...
¿Por qué a la feroz cuchilla
débil el cuello entregar
si hay ofensas que vengar
cuyo recuerdo me humilla?

Mas... si me humilla... si llena
mi corazón de amargura
(negra al par de esta armadura)
que le sofoca y apena;
¿Qué importa? —luzca serena
y limpia la nueva aurora;
que mi espada vengadora
haciendo temblar la Francia,
castigará la arrogancia
de quien mi nombre desdora...!

¡Monthueles...! ¡Raza maldita!
¡Serpientes de rostro humano!
pues vuestro orgullo tirano
hacia el mal me precipita.
¡Temblad...! ¡Ya nada os evita
del furor de mi venganza!
¡Ay! Porque presto mi lanza
os pedirá cuenta estrecha,
de tanta ilusión deshecha,
de tanta rota esperanza...!
¡Oh Condesa...!

Aquí llegaba
de sus cuitas el guerrero
cuando el rumor de unos pasos
le trajo volando el viento.
Calló entonces. Sus miradas
presurosas se tendieron
allá donde el sordo ruido
cada vez toma más cuerpo.
Y de súbito la mano
dirige hacia el lado izquierdo,
empuñando convulsiva
la cruz del temible acero.
Una mujer aparece
y le nombra... ¡qué misterio!
La hermosa frente del joven
se oscurece a par del cielo...

y hondo suspiro lanzando
de lo profundo del pecho
parece que de la vida
toca ya el instante eterno.
Y aquel león que rugía
la soledad conmoviendo
ora tímido se abate
como se abate un cordero...!

CANTO TERCERO

LA PROMESA

Del modo que allá, en la Corte
harto célebre de Hungría,
en tiempos del rey Andrés
y de sus guerras sacrílegas
figuró una vieja astuta
despreciable y mal nacida
que en la crónica se llama
la Catanesa o Filippa;
del mismo modo reinando
Carlos Quinto en Francia, había
otra dueña a quien nombraban
La Loca, o La Poseída:
apodos que dióle el vulgo,
el primero por realista,
y el segundo por el fuego
que en sus palabras vertía.
Era de talante raro,
mujer sagaz y advertida,
suspicaç como una zorra
y en artes y en mañas viva.
Y dizque tomó consejo
de esta vieja pitonisa
muchas veces el monarca
temiendo si no su ruina.

Mas lo cierto es que La Loca
con su exterior de mendiga
mil castillos visitaba,
mil palacios y mil quintas;
y en ellos constante objeto
de atenciones y caricias,
mandaba como señora
y su voz se obedecía.
Razones que de explicar
la historia muy poco cuida
hicieron que del Rebelde
se ocupara la Sibila;
y en el campo de batalla,
y donde quiera le veía,
le observaba sin descanso
con sus verdosas pupilas.
Interés que es un secreto
que ella sola comprendía,
como de lleno iniciada
de la Corte en las intrigas.
Mas que acaso se revela
por la ardiente pasión misma
que como un sello indeleble
a sus empresas regía;
sobre todo, en la espinosa
de volver al alta estima
del rey, al sangriento jefe
de las Negras Compañías.
Intentó por varios modos
de la espada vengativa
despojarle y que ante el trono
inclinara la rodilla.
Y como siempre encontrara
resistencia a su porfía,
hirióle astuta del alma
la más delicada fibra.
Del amor sublime y casto
con las célicas caricias
le provoca a que renuncie

su venganza maldecida.
 Y un arcángel de hermosura
 con ese amor le destina
 burlando las esperanzas
 que mil galanes nutrían;
 y ese arcángel era Yola,
 y esa Yola era su hija,
 y esa hija era un misterio,
 y ese misterio su vida...

.....

—¡Enrique...! —exclama— los cielos
 para salvarte me envían.
 Los cielos —dice el Rebelde—
 nada o poco de mí cuidan.
 —Así debiera hacerlo
 con quien en su mal se obstina.
 —¿Por qué pienso en mi venganza?
 —¡Venganza dellos maldita...!
 Pero tiempo es de evitarla
 y evitar también tu ruina
 si a mi voz te muestras dócil
 como en no lejanos días.
 —¡Juana...! ¡Cesa! Tus palabras
 no sientan en estas ruinas.
 —¿Y cuáles, pues...? —¡Las de sangre,
 las de terror y agonía!
 —¡Enrique...! —Dime que Elena,
 y Eduardo, y también María,
 el premio aguardan temblando
 de su orgullo y su injusticia.
 ¡Ay, que pronto la Condesa
 al par que su prole digna
 espíarán, no lo dudes,
 la perdición de mi vida!
 —¡Dios de Israel...! —Di que Francia

en mis victorias medita,
 y tarde llora el exceso
 de su crueldad y perfidia,
 dime que Carlos las horas
 malgasta en estéril cuita,
 que me hiela hasta las fibras...!
 —Cuando el ser predestinado
 ve que el réprobo se obstina
 para que marche a sabiendas
 su sendero le ilumina.
 Pero escucha: el ángel puro
 que a tu encuentro se encamina
 es una hermosa doncella
 que el mundo nombra mi hija.
 —¿Y bien? —Si al fin me obedeces,
 si abandonas estas ruinas
 para venir a Palacio
 y allí abjurar de tus iras...
 —Acaba. —¡Yola! —¿Qué dices...?
 De Charlons la maravilla,
 la más perfecta criatura
 de toda Francia? —La misma.
 —Y bien: ¿Qué pretendes, Juana?
 —¡Partamos...! El nuevo día
 verterá presto su lumbre
 sobre esas altas colinas.
 —¡Y he de faltar a mis votos...!
 ¿Yo traidor? —Las huellas mira
 que grabas en cada paso:
 no son del leal divisa...
 Vamos, pues,

—Adónde?

—¡Vamos!

—¿Y vacilas...?

Yola te espera en el templo
 al fulgor de cien bujías.

Tuya será.

—Pero Juana...

¡Esa corte me asesina...!

—Esa corte ya te aguarda
no contraria, sino amiga.

—Voy, pues, a decir adiós
a mis hermanos.

—¿Deliras...?

—¡Quieres forzarme...!

—Yo quiero
volverte a la paz perdida.

¡Vamos...!

Dijo el héroe

y a partir se disponía

cuando se oye que cantaban

de este modo entre las ruinas.

Ya amanece, valientes guerreros,

los duros aceros

debéis empuñar.

Hoy destruyan por siempre a los nobles

los recios mandobles

del gran Talebard.

Al morir la última nota

de la bélica cantiga

en derredor del guerrero

se columpiaron las iras.

—Oye —exclamó— la sentencia

que el Tribunal de las ruinas

contra la torpe nobleza

resuelto y firme fulmina.

—¡Desgraciado! —dijo Juana—

¡Oye tú la voz que grita

desde Chalons suplicando

que evites tu eterna ruina...!

Y de nuevo entre las grietas

de la caverna sombría

sonoras hasta cien voces

otra vez así decían:

Al mirar nuestra enseña triunfante

la Francia arrogante

su frente ha de alzar.

Que no pueden parar esos nobles
 los fuertes mandobles
 del gran Talebard.

—¡Es cierto! —exclamó el rebelde:
 presto la Francia abatida
 se alzaré soberbia y firme
 venciendo a la tiranía.
 —Di más bien, desventurado,
 que rodará hasta la sima,
 di que expiará a los golpes
 de tu espada fraticida.
 —¡Mientes, Juana!
 —¡Plegue al cielo!
 —Ella será redimida
 de tus tormentos injustos.
 —¡Pobre Enrique... tú deliras...!

Por vez tercera sonaron
 entre la oscura guarida
 los cánticos belicosos
 de las Negras Compañías:

Ay de aquel que otros gritos escucha
 que los de la lucha
 ¡Morir o triunfar!
 ¡Ay de aquel que se ablanda al que ruega!
 Sed en la refriega
 cual es Talebard.

Coro... Sed en la refriega
 cual es Talebard

—¡Partamos!

—¡Oh, nunca Juana!
 ¿Quieres tú que me maldigan
 cuando me llamen, y ausente
 no les responda en la riña?
 —Respondéranle los rayos

de la cólera divina
el castigar los excesos
de sus bárbaras doctrinas.
—¡Jamás! Los cielos no pueden
castigar a los que lidian
los derechos restaurando
que el feudalismo aniquila.
—¿Y Yola, infeliz?
—¡Ah, Yola...!
¡Enrique...!
—Juana, no insistas.
Yo no partí sino al frente
de mis legiones amigas.
Anda, y dile a tu monarca
y a su imbécil comitiva,
que dentro de algunas horas
cebaré todas mis iras.
Venga Duguesclin, y venga
el mundo en eternas filas:
¡Oh, nada por San Huberto
me hará perder una línea!
¡Alerta, alerta, Monthueles!
—¡Calla, Enrique!
—¡Elena altiva!
—¡Oh calla...!
—¡Sonó tu hora
en el reloj de la vida!
—¡Insensato...! ¡Esa es tu madre...!
—¡Mi madre! —el rebelde grita,
y ambas manos temblorosas
dirige al cielo y vacila.
De lágrimas un torrente
surca su yerta pupila:
busca un apoyo en el muro
y se acongoja y suspira.
—¡Mi madre...!
—¡Sí, desgraciado!
—¡Ay de ti si es una intriga!
—¡Miserable! Ese es recurso

de las gentes mal nacidas.

—¡Y también se dice noble
la que fue la Poseída...!

—¡Basta de insultos, Rebelde!

—¡Basta de farsas, espía!

—¡De farsas...! ¡A Dios plugiera!

—¿Juras?

—Juro por la Biblia

que esa mujer desgraciada
a quien sin causa abominas

es la mujer cuyo seno
soñando serenos días

palpitaba alborozado
y alimentaba una hidra.

Ve, pues, y baña en su sangre
esa espada maldecida

en que grabada su muerte
está con funesta cifra.

Ahora... parto. De Yola

el amor y el nombre olvida:

los monstruos cual tú, las fieras,
sólo adornan a sus víctimas.

Dijo y partió: ronco trueno

hizo temblar las colinas,

sus clamores redoblando

mientras la lluvia caía.

Petrificado el Rebelde

escuchó a La Poseída,

la cabellera erizada

y en desconcierto la vista.

Mas de súbito estallaron

las cantigas y las visas

de la alegre soldadesca

por los escombros perdida;

y alzando la noble frente

entonces pálida y fría

exclamó: —¡Por Dios que Juana
se ha viciado en la mentira!

Decir que amante me espera

de Chalons la maravilla,
a mí, retoño menguado
de innoble y oscura encina,
cuando ilustres barraganes
se disputan a porfía
de sus célicas miradas
una refulgente chispa...!

IGUANIONA

NOTAS

ELIM, el sol

TUREY, el cielo

CAIBAI, el infierno

COIBA, tabaco

NONUN, la luna

CALIMETE, pipa

CHACRAS, poblaciones

ARIJUNA, extranjero

LUQUO, Dios

GRAN SER, el mismo Luquo en sentido figurado.

GUAMIQUINA, nombre elevado con que los indios llamaban a Cristóbal Colón.

BUTIO, el gran sacerdote, elegido por su sabiduría para este cargo entre los que formaban el Supremo Consejo.

CARIB, la isla de Puerto Rico, llamada también Borinquen.

ZOROMBI, pato indígena de variadísimos colores.

CIGUAYOS, tribu numerosa y guerrera.

Don Antonio Del Monte y Tejada en su *Historia de Santo Domingo*, tomo 1º, página 169, transcribe del *Diario de Colón* estas palabras: "en llegando la barca a tierra, estaban detrás de los árboles bien cincuenta y cinco hombres armados, con los cabellos muy largos, así como las mujeres lo traen en Castilla. Y sobre la cabeza traían penachos de plumas de papagayos, y de garzas, y de cotorras, y de muchas otras aves raras que les eran propias".

PERSONAJES

GUARIONEX, Cacique de Magua.

GUATIGUANA, Jefe del Ciguay.

IGUANIONA, Princesa

EL GRAN SACERDOTE.

BARTOLOMÉ COLÓN.

PEDRO DE AVENDAÑO.

BETMA (Que no habla).

GUERREROS INDIOS, GUERREROS ESPAÑOLES, CORO.

La acción se desarrolla en la isla de Quisqueya a fines del siglo XV.

ACTO PRIMERO

(El teatro representa una selva espesísima en que se ven varias tiendas de campaña formadas con pencas de palma. Comienza a amanecer).

ESCENA PRIMERA

(Decoración fija)

(Guarionex y Guatiguana entrando por el fondo)

GUARIONEX

Sí, dulce amigo. El poderoso Luquo sensible como siempre a mis plegarias, en regocijos y quietud convierte cuanto pudiera entristecer a Magua. Limpias auroras en el ancho cielo de hoy más van a lucir: músicas auras refrescarán las horas de la vida y el indio tendrá al fin horas de calma.

GUATIGUANA

No comprendo, Señor, de qué manera Luquo nos hace objetos de su gracia. Los arijunas viven... Por doquiera se ven las huellas de su dura planta.

GUARIONEX

Sí por cierto.

GUATIGUANA

¿Y entonces?

GUARIONEX

Un momento
sobra a explicarte del favor la causa,

y a derramar en tu encendido pecho
la deliciosa miel de la confianza.
Sabes que apenas resonó en mi oído
del bravo Caonabó la suerte infausta,
cuando dispuse que mis huestes todas
contigo fuesen a tomar venganza.

GUATIGUANA

Y sabes tú también que si más tarde
de diferente modo no pensaras,
quien con vileza capturarle pudo
despojo hubiera sido de mi clava.

GUARIONEX

No se me esconde; mas el cielo quiso,
piadoso, ahorrarnos amarguras tantas
como hubieran surgido de esa lucha
en evidente riesgo de mis charcas.

GUATIGUANA

Explícame, Señor, ese misterio
que mi razón a comprender no alcanza.

GUARIONEX

No es misterio, en verdad: es una dicha,
y para hablarte de ella te buscaba.
Tres veces siete noches cuento ahora
que recibí en secreto una embajada
del Guamiquina blanco...

GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Ay Dios!

GUARIONEX

Pidiendo
la suspensión común de la campaña,
y que a su tienda sin ningún recelo
me dirigiese luego a concertarla;

puesto que a fe de bien nacido y justo
 tantos desastres le afligían el alma.
 Sin tiempo alguno a departir contigo
 que por las selvas del Ciguay rondabas,
 ni con el Butio, que en el templo a solas
 sabes se encierra cuando Elim desmaya.
 Por último, sin dar mi adiós a Betma
 ni dejarle razón de aquella marcha,
 partí con seis de los flecheros míos
 que hallé al salir de la tranquila estancia.
 La gran linterna que ilumina al mundo
 de la noche en las horas sosegadas
 dos veces dobles rutilado había
 por la bóveda azul, cuando una guardia
 de súbito a mi vista se presenta,
 toma mi nombre, conferencia, salta:
 de labio en labio lo repite, y luego...
 el Guamiquina a recibirme avanza.
 ¡Oh! Si tú hubieses visto la ternura
 con que sus brazos férreos me estrechaban!
 ¡Cómo mi cuello con pasión ceñían!

GUATIGUANA

¿Y en ellos... no temiste que te ahogara?

GUARIONEX

Piensas acaso...

GUATIGUANA

¡Qué imprudente has sido
 tolerando que así te acariciara,
 cual suelen los hermanos que nos llegan
 de Cuba o de Carib!

GUARIONEX

La veneranda
 antigua tradición nos asegura
 en los hijos de Oriente nobles almas.

GUATIGUANA

¡Era que entonces don Antonio Ojeda
la suya vil a conocer no daba!

GUARIONEX

Tienes razón en condenar severo
su ardid contra el Señor de la Maguana;
mas no convengo en que por ello juzgues
semejantes los otros de su raza.

GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Ay!... ¡Si supieras!

GUARIONEX

¡No! Mi alma se opone
al culto de una lógica tan bárbara.

GUATIGUANA

Y bien: te recibió tu amigo...

GUARIONEX

Es cierto.

GUATIGUANA

Y enajenado tú por honra tanta...

GUARIONEX

Profundamente enajenado, mudo,
bajé del palanquín donde me hallaba;
y según nuestros usos, respetuoso
uní mi frente con su frente.

GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Oh rabia!

GUARIONEX

De allí pasamos a una blanca tienda,
donde me refirió cosas que pasman

de las grandezas y el poder que ostenta
en inmensos estados su monarca;
y pintándome luego al Dios que adora
como centro de luz, de fuerza y gracia,
dimos comienzo a la soberbia obra
de nuestra eterna y provechosa alianza.
Entre otras cosas concertó los medios
de combatir la división extraña
que en nuestro territorio establecieron
la vil codicia y la feroz venganza;
no pareciendo sino haber nacido
a todos superior, por la elegancia
y el santo fuego, y la verdad sublime
con que sin arte diestramente hablaba.
Luego trató de remitir el oro
de esta tierra a la suya en dos piraguas,
y de traer en cambio objetos miles
que a las industrias y al placer nos faltan.
Y así diciendo, a un cenador de flores
llevome do el festín nos aguardaba,
compuesto de manjares exquisitos,
sabrosas frutas y bebidas raras.
¡Cuántos votos de amor! Cuántos obsequios
allí me prodigaron, Guatiguana,
aquellos impertérritos campeones
que eran ayer azote de mi patria!
Por fin, al levantarnos, quiso el héroe
que nuestras copas a la vez chocaran,
y que hiciésemos ambos ante el pueblo
solemne afirmación de nuestra alianza.
—Yo juro respetar —dijo— y ordeno
que respeten también mis camaradas
al noble Guarionex y a sus adictos,
como amigos del Santo Rey de España.
Y yo —dije a mi vez— juro obediencia
y entera sumisión a ese monarca,
cuyo poder saludo en el guerrero
que ora su diestra con mi diestra enlaza.

GUATIGUANA

Sin duda al escuchar el juramento
con que tu labio la ambición sellara
al templo te llevaron, y... un instante
junto a su mismo Dios te dieron plaza!

GUARIONEX

No tanto; mas sus voces, sacudidas
del libre viento por las fuertes alas,
de súbito mi nombre condujeron
al secreto interior de las montañas;
mientras el monstruo de metal, que un día
la muerte oculta en fuego nos mandaba,
inofensivo entonces, con su estruendo
pareció sancionar nuestras palabras.
Al fin, me despedí bajo una lluvia
de aplausos, bendiciones y alabanzas,
trayendo veinte veces diez guerreros
como cuerpo de honor hasta el Jacagua.

GUATIGUANA

¡Es mucho que en sus ondas transparentes
no le pusieran fin a tu jornada!

GUARIONEX

¡Pues qué! ¿Tan viles son?

GUATIGUANA

Son enemigos.

GUARIONEX

Lo fueron hasta ayer.

GUATIGUANA

Pero... ¿esa guardia?

GUARIONEX

Allí al ilustre Guamiquina espera.

GUATIGUANA

¿Viene a las tiendas?

GUARIONEX

Llegará mañana
con el fin de que todos, a mi ejemplo,
hagan la sumisión.

GUATIGUANA

(*Aparte*)

¡Oh triste Magua!

GUARIONEX

Ya ves si con razón dije que Luquo
siempre benigno escucha mis plegarias.
Yo ignoro cómo piensas; mas te juro
que satisfecho estoy de mi jornada.

GUATIGUANA

Pienso, señor, que cuando Luquo esconde
de sus verdades la divina llama,
a nadie es dado sorprender su brillo
tras de la sombra fiel que las recata.
El tiempo, que aunque tardo siempre llega,
dirá si ha sido tu entrevista fausta
o si al contrario te ha de dar por fruto
torrentes infinitos de desgracias.

GUARIONEX

No de esa suerte a la terrible duda
tu noble pecho facilite entrada;
que quien sus penas imprudente evoca
rara ocasión consigue dominarlas.

GUATIGUANA

Pudieras discurrir que no son menos
las que devora sin consuelo el alma
cuando, exhalada la ilusión, se enfrenta
con una realidad que enferma y mata.

¿Sabes acaso tú, si mientras ibas
a celebrar el pacto de que hablas
era o no teatro tus dominios
de atroz vergüenza, de indecible infamia?

GUARIONEX

(Aparte)

¡Cielos!

GUATIGUANA

La vida es un misterio. A veces
junto a la flor más nítida y lozana
se esconde el áspid, que traidor la hiere,
sirviendo fiel su condición ingrata;
y luego con cautela se desliza
bajo la alfombra de tupida grama,
hasta que torna al campo de los suyos
donde sin riesgos la victoria canta.

GUARIONEX

(Aparte)

¡Qué palabras!

GUATIGUANA

(Aparte)

¡Oh Dios! ¡Cómo la venda
iba imprudente a descoger mi rabia!

GUARIONEX

Prosigue.

GUATIGUANA

(¿Qué le digo?...) Y bien... Deseo
que me expliques, Señor, si no te enfada,
cuál es la suerte que tu nuevo amigo
al sin ventura Caonabó le guarda,
pues con sobrado fundamento juzgo
que por darte placer lo revelara.

GUARIONEX

¿Es Caonabó la flor?

GUATIGUANA

Es el cautivo.

GUARIONEX

No me dijo siquiera una palabra.

GUATIGUANA

Pudiste encarecerle el sacrificio
que has hecho de tus fueros y ventajas
para moverle a compasión.

GUARIONEX

Te juro

—¡oh generoso amigo!— demandarla.

GUATIGUANA

Permíteme que al punto un mensajero
le lleve a la prisión nueva tan fausta.

GUARIONEX

Se hará como tú dices; mas importa
que antes de todo sepan mis comarcas
la favorable forma en que he obtenido
el triunfo de su dicha amenazada.
¡Ah! Que lo sepan, sí! Jamás los pueblos
perdonan el misterio en los que mandan.

GUATIGUANA

Serás servido, Guarionex. (*Va a partir*)

GUARIONEX

¡Espera!

que aún tengo que decirte...

GUATIGUANA

¿Y bien? Acaba.

GUARIONEX

De paso anunciarás a los valientes
 guerreros del Ciguay, que afuera campan,
 cuánto es inútil su presencia ahora,
 puesto que sólo de la paz se trata.
 Que se retiren ya, quedando en torno
 de aquestas tiendas mis flecheros. Guarda
 en ambas comisiones gran cautela.
 una imprudente, equívoca palabra,
 barrena sin querer en sus cimientos
 del porvenir el poderoso alcázar.

GUATIGUANA

¡Tarde, quizás, a comprenderlo llegas!

GUARIONEX

Volverás donde mí.

GUATIGUANA

No te haré falta.

GUARIONEX

En cuanto a Caonabó, dentro dos soles
 del puro Yaque beberá las aguas.

GUATIGUANA

Tanta felicidad parece un sueño.
 (¡Y es tanto sueño en ti nuestra desgracia!)

GUARIONEX

No pierdes tiempo ya, que el noble huésped...

GUATIGUANA

(¡El cielo le sepulte en sus entrañas!)¹

(Se dirige al fondo; mas de improviso se oye adentro un coro religioso y se arrodilla. Guarionex hace lo mismo, dando el frente al público).

CORO

Astro divino,
mi acento escucha:
triunfe en la lucha
la libertad,
triunfe el derecho
del quisqueyano,
huelle su mano
la iniquidad.

(Pausa)

GUARIONEX

¿Aún no has partido, Guatiguana?
(Se levanta)

GUATIGUANA

Oyendo *(Se levanta)*
de rodillas la bélica plegaria,
cruzó una idea por mi mente; y pienso
que no debo partir sin revelártela.

GUARIONEX

Explícate.

GUATIGUANA

(Con solemnidad)

Ese canto nos advierte
que el pueblo sólo quiere en las batallas

1. Este verso corresponde a Guarionex. Se ha puesto en boca de Guatiguana, porque el sentido del diálogo y la nota siguiente así lo exigen. (Nota de la edición de 1867).

buscar su gloria y su salud... ¡No olvides
cuánto es la voz de un pueblo veneranda!

GUARIONEX

Yo no olvido jamás que se le debe
el culto que a la ley: si lo olvidara
indigno fuera de ceñir mi frente
con la diadema de la heroica Magua.
Mas nunca esperes que indiscreto abjure,
por ese canto que el pavor entraña.
La hermosa perspectiva que me ofrece
del arijuna la amistad jurada.

GUATIGUANA

Antes debiste consultarnos.

GUARIONEX

Nunca
los que saben regir venias demandan.

GUATIGUANA

Ni nunca los regidos en silencio
sufren tampoco a quien su freno ultraja.

GUARIONEX

¡Guatiguana!

GUATIGUANA

Señor, sobre un abismo
observo con espanto que resbalas,
y cumple a mi deber con firme acento
pedir que tengas la imprudente planta.

ESCENA SEGUNDA

(Dichos, el Gran Sacerdote y el Coro).

SACERDOTE

(Con altivez).

Perdona, Guarionex, si a tu llegada
presto cual otro no acudí. Mi vida,
con los inviernos y el dolor gastaba,
ya no obedece, como ayer, regida
de la soberbia voluntad.

GUARIONEX

(Se arrodilla a sus pies junto con Guatiguana)

La excusa
cumple a tu fama de varón discreto;
mas si el tiempo sus dones te rehúsa,
en cambio se duplica mi respeto.

SACERDOTE

(Levantándole)

¡A mis brazos!... ¿Y el noble Guatiguana?

GUATIGUANA

(Levantándose)

Menos digno, Señor, de tus favores,
a Luquo anhelo que en ferviente hosanna
por nuestra incierta libertad le implores.

GUARIONEX

No encuentro la razón de esos recelos,
amigo Guatiguana. El guamiquina
nos ofrece la paz.

SACERDOTE

Junto a los cielos
la nube más ligera y argentina
esconde el encendido meteoro
que los palacios con furor destruye.

Así, no entiendas de tu fe en desdoro
la desconfianza que su ruego arguye.
yo mismo, cuando ha poco dirigía
mis cánticos al Sol, rey de la altura,
un mundo de aflicción rodar sentía
del tibio pecho en la caverna oscura.

GUARIONEX

El misterioso porvenir que el cielo
nos tiene en su justicia reservado,
causó, sin duda, tu profundo duelo.

SACERDOTE

¡No, Guarionex: tú mismo lo has causado!
Tú, condensando la gigante sombra
de vergüenza y dolor que ya, cercana,
mi independiente corazón asombra
y el libre corazón de Guatiguana.
Respóndeme si no: ¿por qué, transido
de espanto, fuiste a la contraria tienda?
En ella, ¿qué dejaste y que has traído
por galardón de tu costosa ofrenda?
¡Un delirio de paz!

GUARIONEX

Señor, yo espero
que a poco de brillar la hermosa lumbre...

SACERDOTE

¡Lloremos a los pies del extranjero
la libertad trocada en servidumbre!

GUARIONEX

¡No! ¡Nunca lo verás! Antes la muerte
término ponga a la existencia mía.

SACERDOTE

Pues disponte a morir.

GUARIONEX

(Aparte)

¡Terrible suerte!

SACERDOTE

Escucha...

GUATIGUANA

(¡Cielos!)

GUARIONEX

¿Qué?

SACERDOTE

La profecía.

CUADRO

“El cinco veces doble monarca poderoso oriundo de la antigua familia original: el nieto del más sabio y el más esplendoroso de cuantos invistieron la túnica real; ese hará sus pueblos esclavos de otros reyes que imponen en Oriente su dura autoridad; ese hará que templos, historia, usos y leyes descendan profanados la honda eternidad”.

GUARIONEX

(Después de una pausa)

¡Sus pueblos hará esclavos!

SACERDOTE

Ya lo viste.

GUARIONEX

No hay culpa pues, en mí, si al campamento contrario me acerqué. ¿Quién —¡ay!— resiste del rey del mundo el poderoso acento?

SACERDOTE

Nadie; es verdad. Pero tampoco impone degradaciones viles su obediencia; y se degrada mucho quien propone, cual tú, la rendición sin resistencia. Ese pacto, Señor, que te envanece, más que tus hechos de inmortal civismo supera al veredicto que nos mece a la inflamada boca del abismo.

GUARIONEX

(Vacilando)

¿Y qué remedio ya?...

SACERDOTE

¡Uno bien triste!

GUARIONEX

¡En vano por hallarle me atormento!

SACERDOTE

Surquemos, cual ha poco propusiste, de la nada el fatídico elemento.

GUARIONEX

Terrible es en verdad la disyuntiva.

SACERDOTE

Es la sola que cumple a tu grandeza. antes que llore la nación, cautiva, sucumba allí donde su llanto empieza.

GUATIGUANA

¡Ah! No importunes en mi nombre al cielo pidiendo libertad, augusto anciano; que es bastante favor si con su velo la muerte cubre al infeliz haitiano.

SACERDOTE

¡Sí! Yo le pediré que compasivo
le dé valor, para afrontar su suerte,
al libre que de súbito cautivo
no alcanza a merecer súbita muerte.

GUARIONEX

Resta, Señor, que tu tremendo labio
de la revelación toque al extremo...

SACERDOTE

¿Y bien?

GUARIONEX

De mi familia el rey más sabio...

SACERDOTE

Era tu doble antecesor.

GUARIONEX

(Aparte)

¡Yo temo!...

SACERDOTE

El que en la tierra, de virtud y ciencia
cibió a su frente la envidiable palma,
y más tarde al Turey como una esencia
subió a gozar de vida eterna y calma;
el que hoy padece y sin descanso implora
al Dios terrible, que los males trenza,
porque no luzca del dolor la aurora
que ya en tu daño a despuntar comienza.
¡Oh, Prócer inmortal! ¡Con qué amargura
de Quisqueya verás el hado cruento,
mientras levanta en su prisión oscura
el siervo inerme funeral lamento!

GUARIONEX

No más me anuncies, implacable anciano,
lo que nos guarda el porvenir sombrío.

SACERDOTE

Obedezco, señor.

GUARIONEX

Del soberano
quiero el nombre saber.

SACERDOTE

Guarión.

GUARIONEX

(Aparte)

¡Dios mío!

SACERDOTE

En la piedra de Elim, mirando a Oriente,
tuvo la gloria de grabarlo Atlobio.

GUARIONEX

¡No quiero saber más! ¡Hado inclemente!
¿Yo el nieto de Guarión?

IGUANIONA

(Aparte, entrando)

¡Y al par su oprobio!

ESCENA TERCERA

(Dichos e Iguaniona. Ésta se arrodilla delante del Sacerdote, el cual reposa una mano sobre su cabeza y alzando la otra, dice:)

SACERDOTE

¡Señor, defiende su vida,
y con su vida su honra!

(Iguaniona se acerca a Guarionex y le besa el manto; éste, poniendo un coral en sus cabellos, dice:)

GUARIONEX

Hija de Orí, tu tardanza
nos cuesta mucha zozobra.

(Iguaniona da la mano a Guatiguana, y éste, poniéndole una pluma de su penacho entre los cabellos, dice:)

GUATIGUANA

¿Por qué, luz de mi existencia,
solitaria el campo bordas,
sabiendo que los peligros
por doquiera lo festonan?

IGUANIONA

Del Yásica gemebundo
en las márgenes sombrosas,
me entretuve recogiendo
estas láminas y conchas
de oro puro, que dedico
a tu penacho de boda.
Si fue imprudencia, a tu hermana,
como acostumbras, perdona.

GUATIGUANA

Cuando el huracán sacude
su cabellera, y se enfosca
no deben estar ausentes
los que de veras se adoran:
deben buscarse y unirse,
como el coral a la roca;
llorar juntos; de la suerte
mecerse en las mismas ondas;
morir, en fin, si es preciso,
pero morir, Iguaniona,
mandando juntas sus almas
al imperio de las sombras.

GUARIONEX

Cuando Nonun por el éter
resbala, y su lumbre llora,
no deben estar inquietos
los que de veras se adoran.
Deben unirse y cantarle
como al alba la paloma;
gozar juntos; de su ascenso
ser testigos en la costa;
llorar, en fin, pero llanto
de regocijo, Iguaniona,
viendo el campo de la vida
cubierto de frescas rosas.

SACERDOTE

Cuando Luquo hace que truene
de los destinos la trompa,
no deben estar tranquilos
los que sus iras provocan.
Deben gemir y agitarse
como el colibrí en las hojas;
llorar, tristes; con sus ayes
hender las sagradas bóvedas...
rodar, en fin, al impulso
de sus culpas, Iguaniona;

mas rodar purificados,
sin átomo de deshonra.

GUARIONEX

Quien busca el bien de su pueblo
a precio de una corona,
en ese instante supremo
no habrá junto a sí una sombra.

SACERDOTE

¿Olvidas que la soberbia,
señor, al cielo le enoja?
Él es el que ha decretado
que caiga en pedazos rota
esa prenda que tu frente
no sabe llevar con gloria,
y nunca pondrá en olvido
que te atribuyas su obra,
ni menos que del futuro
así en tu favor respondas.

GUARIONEX

¡Anciano! Si de mi vida
el sol al ocaso toca,
excusa de tus sentencias
la tempestad horrorosa.
Que libre de ella, y no obstante
la inquietud que me devora,
al ver cómo los momentos
con rapidez se me acortan,
podré sellar mi infortunio
en más noble y mejor forma
que punzando mi conciencia,
tornando mi mente loca.

SACERDOTE

(¡Desventurado!)

IGUANIONA

(A Guatiguana)

En tu afecto
su vida encierra Iguaniona,
como en el público cáliz
la flor encierra su aroma.

GUATIGUANA

¡Ángel de luz!

IGUANIONA

¡Guatiguana!

GUATIGUANA

¡Cuánto mi pecho te adora!
¡Ay! ¡Cuánto gozo aspirando
los perfumes de tu boca!
¿Afecto llamas al mundo
de amor, que mi alma fogosa
consagra al mundo de hechizos
que sin saberlo atesoras?

IGUANIONA

¿Me olvidarás?

GUATIGUANA

En la tumba
será mi numen tu sombra.

GUARIONEX

Y bien: sepamos las nuevas
que nos conduce Iguaniona.
Mayobanex ¿qué me envía?

IGUANIONA

Salud y paz.

GUARIONEX

En buen hora.
¿Y nada más?

IGUANIONA

Ya reunidas
estaban sus fieles tropas
y con la orden de ruta,
—según pienso, hacia la costa—
cuando mandaste un expreso
diciendo que por ahora
era prudente aguardasen
ocasión menos riesgosa.
Sin perder tiempo, mi hermano
Mayobanex, en persona,
las condujo al campamento
que levantó en Camarioca.

GUARIONEX

¿Y supo de mi viaje?

IGUANIONA

Supo.

GUARIONEX

¿Y de él qué piensa?

IGUANIONA

Le asombra.

GUARIONEX

¡Es extraño!...

IGUANIONA

No comprende
cómo es que débil te postras
a los pies de esos que vienen
predicando la concordia
después que, con felonía,

al gran Caonabó aprisionan;
y aquí, en tu charca, consuman
la violación más odiosa.

GUARIONEX

(Furioso)

¡En mi charca!...

SACERDOTE

¡Oh hija mía!

GUARIONEX

¡Cielos! ¡La rabia me ahoga!
Habla, pues.

GUATIGUANA

Señor, no debe...

(Pausa)

¡Un momento!

*(Conduce a Iguaniona a la tienda;
y volviendo a la escena, dice:)*

Escucha ahora.
Dos veces en el espacio
brillara Nonun hermosa
después que de aquí partiste
con dirección a la costa,
cuando tu adorada Betma
—según su costumbre— sola
fue a bañar su tierno niño
del Camú en las claras ondas,
uno de esos arijunas
que ya cual señores rondan
en nuestra patria, y a quienes
más que los tuyos abonas,
llegó luego a la ribera
como una improvisa sombra,

tendiendo sobre la madre
sus miradas lujuriosas.
Y como siempre el malvado
en la astucia se alecciona,
pricipió con la criatura
de sus intentos la obra.
Así, jugando con ella,
y acariciándola, hipócrita,
y exaltando la hermosura
de sus angélicas formas,
logró ahuyentar los recelos
que en casos tales sofocan
los sentimientos sublimes
de una madre y de una esposa.
Pasada en estos ardides
a lo menos una hora,
en que juzgó asegurada
la mitad de su victoria,
coge al niño entre los brazos,
con él, cual niño, retoza;
se desvía y... de la selva
se pierde al fin en las sombras.
Betma, no obstante, impasible
aguarda su vuelta; y goza
con el júbilo del hijo
que, ausente, a la madre torna.
Mas viendo lo que dilata
quien astuto se lo roba,
y trocados sus ensueños
en una mortal congoja,
huye la arena que gime
bajo su planta temblosa,
y tras la selva se lanza
con una presteza insólita.
A poco andar, y en el punto
donde una inmensa caoba
del sol defiende a la tierra
con el manto de sus hojas,
encuentra al hijo llorando;

y enloquecida, furiosa
 echa en cara al arijuna
 la pena que le devora.
 Él, entonces, protegido
 de la soledad umbrosa,
 lanza un grito de alegría,
 en sus brazos la aprisiona.
 Lucha... la derriba... osado
 estampa un beso en su boca...

IGUANIONA

(Regresando lentamente a la escena)

Y una mancha horrible, eterna,
 sobre el cristal de tu honra.

GUARIONEX

¡Oh Furias!

SACERDOTE

¡Cielos! ¡Huyamos!

(Se va con el coro)

GUARIONEX

¿Y era ese vil?...

GUATIGUANA

Barahona:
 El que hasta ayer saboreaba
 del coíba el grato aroma
 en tu calimente...

GUARIONEX

¿Y vive?

GUATIGUANA

"De la grama entre la alfombra
 huye el áspid con cautela
 así que la flor deshoja;

y libre, y vuelto a los suyos,
impunemente se goza
en referir los detalles
de su nefanda victoria".
Ya ves cuán funesta y dura,
cuán triste y desgarradora
te ha sido aquella jornada.

BETMA

(Pasando por el fondo)

¡Venganza!

GUATIGUANA

¡Señor!... ¡Tu esposa!

(Óyese en lo interior el coro)

CORO

Astro divino,
tus rayos lanza:
de la venganza
truene el tambor.
Que ser esclavo
tanto no asombra
como una sombra
de deshonor.

(Pausa)

IGUANIONA

¿Oíste, Guarionex? ¡Betma ultrajada!
La madre cariñosa
de tus hijos, con voz debilitada
cual si saliera de profunda fosa
pide reparación. La suya airada
suelta el anciano y a la lid concita;
y entre uno y otro funeral lamento,
parece que también venganza grita
cada tienda que adorna el campamento.
Ya no es posible proveer la alianza
que ayer para baldón de un pueblo libre

te osaron proponer. De la venganza
resuene el grito aterrador; que vibre
su dardo el indio, que la lid se trabee;
y si es tan infeliz que la victoria
le niega su favor, con honra y gloria,
no con oprobio, su existencia acabe.

GUARIONEX

¡Oh sí, joven sublime! Tu ardimiento
despierta mi furor. Gritos de guerra
torne a lanzar el caracol sangriento,
y mueran los que pérfidos regaron
semillas de aflicción en nuestra tierra.
¡Ah! ¡Cómo antes de verla no se ahogaron
en las eternas aguas! ¡Cómo el cielo
sobre ella no vibró su rayo ardiente!
Mas —¡ay!— ¡La predicción!...

GUATIGUANA

Gozoso vuelo
tus votos a cumplir.

GUARIONEX

No, no. ¡Detente!

GUATIGUANA

¿Qué has dicho?

GUARIONEX

¡Que no partas!

GUATIGUANA

¿De Iguaniona
olvidas las palabras?

GUARIONEX

¡Nunca!

GUATIGUANA

¿Olvidas
tantas que fueron lágrimas vertidas
por la infelice Betma? ¿A Barahona
nada, señor, te mueve?

GUARIONEX

¡Nada!

GUATIGUANA

¡Sea!
No iré a prender con vigorosa mano
de los combates la sagrada tea,
ni hacer que aquí reúna al quisqueyano,
fatídico tambor. Mas de tu amigo
el diligente y codicioso hermano
huella, quizás, del límpido Jacagua
los frescos arenales,
y es justo disponer los funerales
de la cobarde, envilecida Magua.
Diré, si te parece, a nuestros bravos,
que en vez de flechas se procuren flores
pues siempre riegan flores los esclavos
a los soberbios pies de sus señores.
Que una debilidad, una imprudencia
del que patricio en su candor creyeron,
hace degradación y servidumbre
la noble independencia
que de sus padres en legado hubieron.
Así al pasar la altiva muchedumbre
saludará su triunfo en la tristeza
de un pueblo grande y generoso y fuerte,
que ayer cantando desafió la muerte
y ora en silencio inclina la cabeza.

GUARIONEX

¡Dioses, piedad!...

GUATIGUANA

Nosotros, Iguaniona,
 iremos a ocultarnos en la altura
 donde olvida, pero grande, vela
 por su cautivo esposo Anacaona;
 iremos a llorar con su amargura
 tanta hermosa esperanza como vuela,
 en humo convertida,
 al golpe de una mano fratricida.
 ¡Salud, señor de Magua!

(Da la mano a Iguaniona)

GUARIONEX

¡Es imposible
 que persevere en tan amarga lucha
 quien es al grito del honor sensible!

GUATIGUANA

(A Iguaniona)

¡Vamos!

(Dirigiéndose hacia el fondo, se alejan)

GUARIONEX

(¡Se alejan!...) ¡Guatiguana! ¡Escucha!

GUATIGUANA

Es inútil.

GUARIONEX

(Con entusiasmo)

Acaban tus enojos
 de bosquejarme un cuadro tan sombrío,
 que bárbaro fuera yo si de mis ojos
 la venda de una vez no desgarrara,
 en santo fuego y en gigante brío
 mis tenebrosas dudas no trocara.
 Acerca, acerca tu robusta mano
 a mi escondido corazón... Aún late,

aún en el corazón del quisqueyano
 que se turba tal vez, mas no se abate.
 Si del destino las ocultas leyes
 disponen que sucumba
 la patria de los sabios y los reyes,
 doblemos la cerviz; mas de esa tumba
 inmensa, en cuyo fondo pavoroso
 el brazo del Gran Ser nos precipita,
 jamás se escape un eco misterioso
 nuestra infeliz generación culpando
 por débil o precita.

GUATIGUANA

Entonces, Guarionex...

GUARIONEX

¿No lo adivinas?
 ¡Yo quiero combatir! Que mi corona
 tiña en sangre contraria sus espinas
 y que muera a mis manos Barahona.

GUATIGUANA

Tuyo mi brazo es, mi vida es tuya.

GUARIONEX

Ha tiempo que lo sé; mas, presto llama
 a Guaroa, y Hatuey, y Guarocuya,
 también guerreros de notoria fama.
 Veremos si en la lid es tan brioso
 quien valido del arte y del misterio
 paga el amor del indio generoso
 con eterno baldón y cautiverio.

IGUANIONA

¿Y yo, puedo servirte?

GUARIONEX

¿En qué proeza
dejaron de valernos la victoria
tu esfuerzo varonil o tu destreza?

IGUANIONA

No es tiempo de pensar más que en la gloria
o en la ruina común del quisqueyano.

GUARIONEX

Pues vuelve entonces a escalar la sierra
que borda los dominios de tu hermano,
y dile que infalible es ya la guerra;
que aguardo su concurso poderoso
—libre de ayer al infernal mirismo—,
para lanzar el invasor odioso
de las sombras eternas al abismo.
Y luego ve a Maguana, y explotando
de su rey Caonabó la dura suerte,
convídala al comabte protestando
que sin ella segura es ya su muerte.
No olvides, desechando la llanura,
por el bosque seguir. El monstruo vela;
y de Betma infeliz la suerte dura
debe servir a tu pudor de escuela.

IGUANIONA

Te ofrezco hacerlo así. Mas tus temores
bien puedes desechar, que prevenida
llevo conmigo por doquier las flores
con que robamos al dolor la vida.

GUARIONEX

¡Excúselo el Gran Ser!
(A *Guatiguana*) Al campamento.
(*Se va*).

ESCENA CUARTA
(*Iguaniona y Guatiguana*)

GUATIGUANA

¡Vas a partir, mi bien!

IGUANIONA

Te dejo el alma.

GUATIGUANA

Pero a los monstruos con el cuerpo sobra.

IGUANIONA

Yo juro por el alto firmamento
cubrir el mío, con la hermosa palma
del mártir, antes que tamaño intento
estúpido mortal ponga por obra.

GUATIGUANA

Basta; y ven a mis brazos, amor mío,
que ya impaciente Guarionex me espera,
no dejes de seguir el bosque umbrío.

IGUANIONA

Ni tú de ser mi escudo.

GUATIGUANA

¡Antes me muera!

(*Se va Guatiguana*)

ESCENA QUINTA

IGUANIONA

Por fin, cayó la venda,
y al grito de venganza

el sueño de la alianza
cual humo se exhaló;
y alegres sonrieron
la patria, ya vendida,
Betma en la honra herida
y opreso Caonabó.
Cantad en la arboleda,
sublimes ruisseñores;
torrentes mugidores
do el Sol se ve, ¡cantad!
Cantad como la brisa
convulsa y veleidosa
la redención gloriosa
del alma libertad.
¡La redención! Qué humilde,
no ha mucho, parecía
esclava que gemía
de su tirano al pie;
y ahora denodada
la dura lid afronta,
a ser vencida pronta
o ser lo que antes fue.
Tú en tanto, rey del cielo,
protege a Guatiguana;
y deja que a Yaguana
sin riesgo llegue yo,
si quieres —¡ay!— que alienten
la patria, ya vendida,
Betma en la honra herida
y opreso Caonabó!

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(Guarionex, el Sacerdote, Guatiguana)

SACERDOTE

Yo lo espero, señor. Mis oraciones
al logro de ese triunfo se encaminan;
y es justo que el Gran Ser en sus bondades
nos cubra a todos con su fuerte egida.
Mas, no a la luz de la esperanza sólo
su salvación o sus agravios fía
quien tiene en sí los suficientes medios
para hacer menos graves sus desdichas.
Los riesgos que actualmente nos rodean,
grandes esfuerzos piden, gran fatiga:
si el éxito abandonas a la suerte,
de sus antojos sentirás las iras.

GUARIONEX

¿Y quién te dice, venerable anciano,
que en este duro trance mi alma anida
la torpe inercia o la confianza loca?

SACERDOTE

¿Quién me lo dice? Tu actitud tranquila.

GUARIONEX

Por vez primera la razón te engaña;
que la tranquilidad que en mí te admira
es la expresión genial del que reposa
luego que deja su misión cumplida.

SACERDOTE

Y esa preocupación...

GUARIONEX

Es que en el alma
 con el deber de la venganza lidia
 el dulce amor de la existencia; y temo
 del deber o el amor la suerte impía.

SACERDOTE

En ese caso a la venganza toca
 salir triunfante, aunque la hermosa vida
 de su cérico manto se despoje
 no bien al hombro ebúrneo lo prendía.
 Desengáñate, rey: los altos cielos
 ni se engañan jamás ni nunca olvidan.

GUARIONEX

¡Es cierto, por mi mal!

SACERDOTE

Y ¡ay del osado
 que sus decretos acatar resista!
 Nosotros, ¿qué podemos? ¡Nada! Empero
 si al fin se ha de cumplir la profecía,
 quede el consuelo a nuestras pobres almas
 de no haber suspirado antes cautivas.
 La muerte es una ley cuyos rigores
 ha de sentir Naturaleza misma;
 ley que iracunda trocará en tinieblas
 la gran fogata que en el éter brilla.
 Mas como ley universal, es justa
 y a la obediencia sin dolor convida,
 sin que ninguno al fenecer quejoso
 mande su acento a la región vacía.
 No así la esclavitud. Ley de tiranos,
 Bárbara, al que es débil sólo obliga,
 de su sudor inagotable haciendo
 tráfico atroz, odiosa mercancía.
 La esclavitud, señor, es una injuria
 hecha a la humanidad; y no se atina
 con el medio mejor de repararla,

porque en la empresa la razón se abisma.
 Y a ese estado vil en que los hombres
 por los hombres a cosas se asimilan;
 a esa degradación imponderable
 en que el alma enflaquece y se aniquila,
 quieren traernos los que ayer tu mano
 besaron con ternura mal fingida,
 los que más crueles en tu sien pusieron
 horrendas sombras...

GUARIONEX

¡Por piedad, no sigas!
 ¡Oh! Temo que el dolor y la vergüenza,
 sin dejarme vengar maten mi vida!

SACERDOTE

La esclavitud, la esclavitud ahora
 es, no lo dudes, la que a tanto aspira,
 después de inocularla y corromperla
 con el espeso humor de la ignominia.

GUARIONEX

Mi abnegación conjurará su intento;
 que rota ya la tregua convenida,
 o quedo vencedor o me sepulto
 de la infelice patria entre las ruinas.

SACERDOTE

Bien discurre, señor. No hay otro medio,
 contra la fuerza, que la fuerza misma.
 Opongámosla, pues, que aunque sucumba,
 grande es aquél que por sus fueros lidia.

GUARIONEX

Con tal objeto las ciguayas tropas
 están por Guatiguana requeridas,
 y aguardo los refuerzos poderosos
 de Iguamuco, y también de Anigajía.

GUATIGUANA

Cuenta además las huestes que Maineri
sitúa en Maimón; las aguerridas
del invencible Hatuey, que a Moca marchan;
y las que van con Guaroa al monte Higua.

SACERDOTE

¡Siempre las nobles causas alcanzaron,
de los bravos, favor; de Dios, justicia!

GUARIONEX

(A Guatiguana)

¡Cuánto gozo en oírte!

GUATIGUANA

Aun más acaso
podré anunciarte cuando acabe el día,
pues llegarán entonces otros mensajes
portadores de prósperas noticias.

GUARIONEX

¡Gracias te doy, Señor! Que en mi infortunio
morir por la venganza es mucha dicha.
Mas, ¿están esos héroes avisados
del hora que tenemos convenida
para empeñar la acción? Un desacuerdo,
desastres y vergüenza nos traería!

GUATIGUANA

Tus órdenes cumpliendo, les he dado
la expresa de atacar al guamiquina
cuando tres noches acampado hubiere
del sereno Jacagua en las orillas.
Y díjeles también que en ese instante
las tropas de esta parte acudirían
para arrojarse de común concierto
sobre las tiendas de esa raza inicua.
En fin, que no hay perdón; que al prisionero,
del que cayó lidiando, le distinga

lo que tarde en morir bajo los golpes
de nuestras duras, vengadoras picas.

GUARIONEX

¿Y la señal de ataque?

GUATIGUANA

Un pensamiento
de Anacaona en su mejor cantiga:
"La tumba antes que siervos".

GUARIONEX

(Con júbilo)

¿Ves, anciano?

SACERDOTE

¡Sí, Guarionex! De Magua inofensiva
y deslumbrada ayer, con gozo veo
la gran transformación, la actitud digna.
Veo la entonces gemebunda virgen
en varonil matrona convertida,
haciendo frente a los sañudos hados
de quienes son los arijunas guías;
y libre de temor, conforme, hermosa,
volar en pos de las errantes chispas
que por sendas de gloria la conducen
de su tormento a la candente pira.

GUARIONEX

¡Oh, si a los cielos revocar pluguiera
sentencia tan atroz!

SACERDOTE

Quien necesita
ejemplos dar de fortaleza, sufre,
mas no en la torpe postración se abisma;
que enervado el espíritu por ella
como una sombra vuela la energía,
y en el espacio que ocupó se instala

la vergonzosa, estúpida desidia.
 ¿Ni qué te importa la sentencia? ¿Acaso
 juzgaste eterna la mundana vida?
 Pues ignoras que es ella una piragua,
 errante en medio de la mar bravía,
 que al fin perece entre las crespas olas
 o en la serena dársena, si arriba?
 Fuera del Gran Ser nada es durable,
 nada, Guarionex... Ni su obra misma.
 Mas entre el grupo de valientes tropas
 que nuestros riesgos a la lid concita,
 de las que el gran Mayabonex comanda,
 noto que hablarnos Guatiguana olvida.

GUATIGUANA

Iguaniona, señor, quedó encargada
 de traer el informe por sí misma.

GUARIONEX

¡Oh! ¡Cómo tarda!

SACERDOTE

Qué rumor... Parece
 que a las tiendas alguno se aproxima.

ESCENA SEGUNDA

(Dichos e Iguaniona)

GUATIGUANA

¡Miradla!

GUARIONEX

(A Iguaniona)

¡Ah! De la duda
 defiéndeme sin tardanza,

que es espina muy aguda.
 ¿Mayabonex no me ayuda
 cual otros en mi venganza?

IGUANIONA

Te ayuda. Y si no perece
 del hierro contrario al filo
 —aunque esto de más parece—
 para un siniestro te ofrece
 en sus estados asilo.
 Y de su plan bien impuesto,
 nuestro hermano Tululao
 tomará a tu lado puesto,
 para en caso tan funesto
 sustraerte del Cibao.

GUARIONEX

Su previsión generosa
 es inútil, a fe mía.
 a una fuga vergonzosa
 prefieron, Iguaniona hermosa,
 hundirme en la tumba fría:
 o el desagravio o la muerte
 exige de mí el honor.
 ¡Ah! ¡Yo con ánimo fuerte
 me abandonaré a la suerte
 y acallaré su clamor!
 Mas... prosigue. A los valientes
 de Orí, con razón sospecho
 que seguirán diligentes
 cuantos ven cómo esas gentes
 destrizan nuestro derecho.

IGUANIONA

Todos, señor, encendidos
 en cívica indignación,
 lanzan sordos alaridos
 jurando quedar vencidos
 o vengar tanto baldón.

Manicatoex, airado
ya de Maguana partió
por mil maceros rodeado,
resuelto a dejar vengado
a su hermano Caonabó.
Y allá en Jaragua se agitan
los bravos de Anacaona;
y a su ejemplo se concitan
los que en la Yaguana habitan,
los caribes de Saona.
En fin, el vasto sendero
que arranca de Guaraguano,
es el común derrotero
del yaquino, del neibero
e del rudo nayahucano.

(Al Sacerdote, aparte)

¡Tengo que hablarte, señor!

(A Guatiguana)

Tú, bendice mi fortuna;
pues si te causé dolor,
también te traigo favor
en contra del arijuna.

GUATIGUANA

¡Yo te lo perdono, hermosa,
bien que me hicieras penar,
tardanza tan enojosa
no la sufre alma amorosa
sin padecer ni dudar!

IGUANIONA

¡Dudaste!

GUATIGUANA

¡Dudé volverte
a estrechar entre mis brazos!

¡Ay! No permita mi suerte
que ni al borde de la muerte
se quebranten estos lazos!

(Iguaniona y Guatiguana se abrazan)

GUARIONEX

Por lo que dices comprendo
que del uno al otro estado
has discurrido, advirtiendo
el fin próximo y tremendo
que a mi ofensor he marcado.

IGUANIONA

Tal fue la misión honrosa
que fiaste a mi lealtad
y que yo acepté gozosa,
aunque opuesta y peligrosa
a mi excelsa dignidad.
Ya lo oíste: una por una
nuestras tribus, prevenidas,
caerán sobre el arijuna
cuando en hora de fortuna
por ti sean requeridas;
y si el entusiasmo fuera
garante de la victoria,
asegurarte pudiera
que en la batalla primera
te coronabas de gloria.

GUARIONEX

Yo no sé cómo pagarte
tan distinguido favor.

IGUANIONA

De ello debes olvidarte;
y únicamente ocuparte
de tu patria y de tu honor.

GUARIONEX

¡Verdad que eso es lo primero!
 mas con el Sol, Iguaniona,
 de libertad que ya espero,
 en tu hermosa frente quiero
 poner la nupcial corona.

(A Guatiguana)

Quiero dar a este valiente,

(A Iguaniona)

Y a ti, que bien me has servido
 y me sirves al presente,
 un testimonio elocuente
 de que soy agradecido,
 y en vez de amantes cuitados
 sereis felices esposos;
 y en torno de mí agrupados,
 ahuyentaréis mis cuidados,
 mis recuerdos dolorosos.

SACERDOTE

Señor... en otro momento...

(A Iguaniona)

¿Y bien: en todo el camino
 no hallaste un impedimento?

IGUANIONA

Ninguno.

SACERDOTE

¿Algún peregrino
 del contrario campamento
 no te dio nuevas?

IGUANIONA

(Recordando)

Si tal.

GUATIGUANA

Mas... te demudas...

IGUANIONA

Un hombre.

GUARIONEX

Algún aviso fatal...

GUATIGUANA

¿Quién es, quién es el mortal
que así te turba? Su nombre
dime, Iguaniona: es preciso.

IGUANIONA

No lo sé.

SACERDOTE

¡Ah! ¡Lo ocultó!

GUATIGUANA

Entonces engañarte quiso.

IGUANIONA

No, Guatiguana: un aviso
y un buen consejo me dio.

SACERDOTE

¡Yo no comprendo este arcano!

IGUANIONA

Es un aviso funesto
para nosotros, anciano,
que muy bien puede hacer vano
tanto afán y tanto apresto.

GUARIONEX

(Con ira)

Mi espíritu presentía

que la importuna extorsión
 poco tiempo tardaría
 en hacer que mi alegría
 se trocara en confusión.
 ¡Habla, Iguaniona!

IGUANIONA

Señor,
 pues lo quieres, voy a hablar;
 mas piensa que ese furor
 no es el camino mejor
 que te conviene trillar.

GUARIONEX

Es cierto; yo estoy demente.

IGUANIONA

Y mientras demente estás,
 don Cristóbal, diligente,
 remite innúmera gente
 al fuerte Santo Tomás.

TODOS

¡Ah!

IGUANIONA

Donde media el sendero
 de Limba aquí, penetraba,
 cuando del bosque frontero
 vi destacarse un flechero
 que al parecer me aguardaba.

GUARIONEX

Y te dijo...

IGUANIONA

Que un traidor
 de Magua, al fuerte pasando,
 reveló a nuestro opresor

que para vengar tu honor
tropas estabas llamando.

GUARIONEX

¿Y ese flechero?...

IGUANIONA

A Guaroa
ya debe haberse reunido,
pues se alejó con la aurora.

GUARIONEX

(A Guatiguana)

¡Partamos!

IGUANIONA

Antes escucha
lo más que dél he sabido,
previendo que aquel campeón
tus mandamientos quebrante
por causa de la traición,
te aconseja, y con razón,
que le llames al instante;
pues juzga que si a la suerte
se entrega con su heroísmo,
apenas del arco fuerte
despida un dardo, la muerte
nos abre su inmenso abismo.

GUARIONEX

¡Oh, sí! ¡Que venga Guaroa!
¡Que venga pronto... es preciso!
¡Cuántos trastornos ahora!
¡Maldita el alma traidora
que dio al arijuna aviso!
¡Partamos!

(Sale con Guatiguana)

ESCENA TERCERA
(El Sacerdote e Iguaniona)

SACERDOTE

¡Sí! ¡Partid! ¡Y el justo cielo,
 de nuestra suerte al fin compadecido,
 se digne coronar tanto desvelo!

(A Iguaniona)

Mas ya que estamos solos, sin recelo
 abre tu corazón, ángel querido;
 pues si las penas no me tornan loco,
 pienso que así lo apeteciste ha poco.

IGUANIONA

(Turbada)

En efecto, Señor...

SACERDOTE

De tu conciencia
 sin duda no hablarás. Es un espejo
 que exhibe, en prodigiosa transparencia,
 de tus virtudes el menor reflejo.

IGUANIONA

Está Iguaniona pura, inmaculada
 como la luz del sol.

SACERDOTE

Lo juraría
 ante el altar en que mi voz cansada
 cantos de eterna admiración le envía.
 Mas... hálote turbada...
 de vez en cuando fugitiva sombra
 sobre tu frente de oro se pasea
 como si alguna fatigante idea
 luchara en su interior. ¡Y esto me asombra!

IGUANIONA

No es una idea lo que así mi frente
de nubes ha cubierto.

SACERDOTE

Aun más me pasma.
Y de ello —siendo tú tan inocente—,
¿cuál, pues, la causa ha sido?

IGUANIONA

Una fantasma.

SACERDOTE

¡Una fantasma! Pero ¿y qué la abona?

IGUANIONA

Mi turbación, señor.

SACERDOTE

Eso sería
una ilusión que el miedo forjaría.

IGUANIONA

Jamás el miedo conoció Iguaniona.

SACERDOTE

Tú con la noche sigilos andabas.

IGUANIONA

Sí, por cierto.

SACERDOTE

Su cuadro sorprendente
te llenó de terror; y allá en tu mente
esa visión fatídica creabas.

IGUANIONA

¡Ah, Señor! ¡Tanto más tu poderoso
espíritu batalla, más se estrella
de la verdad contra el gigante muro!
verdad terrible que olvidar procuro
y que miro doquier, hasta en mi huella.

SACERDOTE

¡Iguaniona! ¡Me aterras, a fe mía!
¡Con que... no era ilusión!

IGUANIONA

Escucha atento.
Bajaba yo la gigantesca altura
que al Yaque ofrece con su nombre vida,
sola y envuelta de la noche oscura
por el inmenso manto; y distraída
con los suaves y músicos rumores
del aura revoltosa
que columpiaba las silvestres flores,
a la distante Magua, presurosa,
mi infatigable planta dirigía
sin un solo temor, sin un cuidado.
Mi espíritu feliz se adormecía
entre aromas de amor y de fortuna,
como se aduerme el zorombí confiado
sobre el terso cristal de la laguna.
Mas de repente cárdenos fulgores
lanza el bosque en redor: el viento zumba
quebrando con estrépito indecible
los árboles, del tiempo vencedores;
y como el trueno súbito retumba
del universo por la azul corona,
así una voz profética y terrible
restallando me dice: "¡Huye, Iguaniona!
Huye veloz a los amigos suelos
de Cuba o de Carib. Los altos cielos
irritados están porque ha crujido
la sacra fruta bajo extraño diente:

y esclavo ha de gemir, y en hondo olvido,
 pueblo que tal profanación consiente".
 Dijo la voz; y el bosque, recobrando
 su densa oscuridad, borró al instante
 los rastros del fulgor que en él lucía,
 mientras que allá por el confín distante
 "Huye, Iguaniona", el eco repetía.

SACERDOTE

Esas mismas palabras, hija mía,
 que de la patria anuncian el estrago,
 a mí también vaticinadas fueron
 por los severos, infalibles Lares
 del pacto aquel en el momento aciago.
 Mas a nadie mis labios las dijeron
 al dejar en silencio los altares;
 porque una vez enteramente rota
 la relajada vena, a nuestra vida
 solo le resta de la honda herida
 muda sentir cómo la sangre brota.

IGUANIONA

Yo tampoco, señor, de mi amargura
 el origen diré. Ni a Guatiguana,
 en quien con entusiasmo la prudencia
 —mejor que la bravura—
 constante admiro desde edad temprana.
 Mas es muy doloroso
 que porque ayer Guacanarix confiado
 admitiera en Marién al arjiuna,
 y éste, siempre audaz e irrespetuoso,
 clavara el diente en el mamey sagrado,
 suelte del Gran Ser sus iras una a una;
 y a la patria, y con ella al inculpable,
 castigue castigando al miserable.

SACERDOTE

¿Qué escucho? ¡Tú blasfemas, Iguaniona!

IGUANIONA

¡Ah! No blasfemo, no; que el que ahora vierte
llanto de hiel mi corazón, abona
sólo lo injusto de mi airada suerte.
¿Qué joven, como yo no se intimida;
ni como yo, padece mil dolores
sabiendo que la estrella de la vida
en breve apagará sus resplandores?

SACERDOTE

Más abundante que ese inútil lloro
será tu recompensa allá en el cielo
si sufres con valor la desventura
que sin descanso yo también deploro;
pues cuando es ella irremediable, el duelo
sólo sirve a irritar nuestra amargura.
Acerbo es, en verdad, como dijiste,
que al pisar de la vida los umbrales
la muerte cubra con su velo triste
tanta bella ilusión que concebiste,
tantos de amor ensueños virginales.
No hay duda... ¡Es muy acerbo!

IGUANIONA

¿Y de mi llanto
quieres que ponga un dique a la corriente?

SACERDOTE

Lo ordena la razón.

IGUANIONA

El desencanto
es ora para mí más elocuente.
¡Ah! ¡Déjame sentir!

SACERDOTE

Mas si cobarde
doblas la frente al peso de la pena,

harán de su poder público alarde
los que temblaron viéndola serena.

IGUANIONA

No me acuerdes, Señor, tanta influencia
sobre el carácter de esa gente impía.

SACERDOTE

Te lo acuerda, Iguaniona, la conciencia,
que ella tiene también de tu valía,
de tu indomable arrojo y tu fortuna.
¿Cuándo, a no hallarte de Maguana ausente
pudiera reseñar el arijuna
su triunfo sorprendente
sobre el altivo Caonabó? ¿Ni cuándo,
cerca de Magua tú, otro insolente
se levantara sin pudor sombreando
de Guarionex la poderosa frente?
Tu nombre ha sido siempre la esperanza
que iluminó en la lid nuestras legiones;
y si por ti no fuese, la venganza
que anidan nuestros pechos se meciera
por la inmensa región de las visiones.

IGUANIONA

¿Y si antes...

SACERDOTE

¿Qué, pues?

IGUANIONA

Me aconteciera
alguna desventura? ¿Qué sería
de la infelice patria amenazada
si en mí, cual dices, su esperanza fía?

SACERDOTE

Inerte, sin consuelo, abandonada
de Luquo y de sus hijos, rodaría

al pie del extranjero,
cumpliéndose la triste profecía.
¡Mas eso es imposible!

IGUANIONA

No: un guerrero
del enemigo bando, infatigable
siguiome en el camino
que desde aquí se extiende hasta Yaquino;
y al salir de la chacra de mi hermano
noté de nuevo que tras mí venía,
distante en la llanura;
y, cual la sombra al cuerpo, así cercano
siempre que entraba por la selva umbría.

SACERDOTE

¿Y dónde le dejaste?

IGUANIONA

Donde el Jura
su nacimiento tiene.

SACERDOTE

¡Oh Dios!

IGUANIONA

En vano
quiero explicarme el lóbrego misterio
que encubré su espionaje,
si no es por el camino del ultraje
después de un horroroso cautiverio.
Ahora dime, señor, si fue locura
o si prudencia fue que a tu confianza
opusiera la horrible desventura
con que aquel, a la luz de la esperanza,
tenaz y cruel mi perdición procura.

SACERDOTE

La sola presunción de su insolencia
cual dardo agudo el corazón me clava.
¡No! No puede ser que tu existencia
velen sombras oprobio siendo esclava!

IGUANIONA

Cierto que en ese doloroso caso
*(Se ve un momento a Avendaño en
el fondo, y luego desaparece)*
con ánimo sereno
mi juventud empujaré al ocaso
por la eficacia triste del veneno.

SACERDOTE

¡Calla, Iguaniona!

IGUANIONA

¡Pero no tendría,
cual Guatiguana y tú, la dulce suerte
de recibir la muerte
libre en los campos de la patria mía!

SACERDOTE

Sí la tendrás, que la intención impura
de aquel que la amenaza, como un sueño
sabré desvanecer. De tu hermosura
y tu pudor el triunfo tomo a empeño...
mas Guatiguana llega.

IGUANIONA

Dios le envía.

SACERDOTE

Le ocultarás la historia...

IGUANIONA

Entiendo, anciano.

SACERDOTE

¡Ni una palabra, pues!

ESCENA CUARTA

*(Dichos y Guatiguana, éste hablando
solo desde el fondo)*

GUATIGUANA

Quizás sería
la ondulación de un ramo... alguna sombra..

SACERDOTE

¿Qué busca con afán el quisqueyano
a quien Magua infeliz su escudo nombra?

GUATIGUANA

(Acercándose)

Acabo de saber por un espía
que don Bartolomé toda su gente
reunió en Jacagua al despuntar el día;
y cuando a descubrírtelo llegaba,
ya próximo de aquí me parecía
que alguno te observaba
y de mis pasos al rumor corría.

SACERDOTE

La soledad engendra mil visiones.
por eso aquel que abandonado lucha
con el fiero dragón de las pasiones,
mira sin ver y sin oír escucha.

GUATIGUANA

Mas, Iguaniona... triste, conmovida...

SACERDOTE

Ha rato que así está, sorda a mi acento
por más que a la esperanza la convida.
¡Silencio!

GUATIGUANA

(A *Iguaniona*)

¿Y qué dolor, mi dulce hermana,
pudo anublar el puro firmamento
de tu divina faz? ¿Cuando briosa
tanta y tanta tribu al campo vuela
por vengar sus ofensas, afanosa,
tú, de las tiendas en redor, llorosa
como tórtola herida en la arboleda?

SACERDOTE

Partiste; y, como siempre, a la distancia
el corazón amante fue sensible.

GUATIGUANA

¡Oh dulce hermana! Como tú, ofrecido
a la patria infeliz desde la cuna,
es imposible que la dé al olvido
frente a frente del bárbaro arijuna.

IGUANIONA

Yo no te acuso.

GUATIGUANA

Para mí dejarte
solitaria en mitad del campamento
es una pena atroz, es un martirio
que arrastra mi razón hasta el delirio
¡Pues sólo quien su amor suspira aparte
comprende del amor todo el tormento!

IGUANIONA

(Distraídamente)

Sólo él; es verdad...

SACERDOTE

Olvida eso;
y discurramos solamente, ahora,
de nuestra empresa en la actitud. Guaora
debe haber recibido ya el expreso.

GUATIGUANA

Yo lo dudo, Señor. De anigajía
en este instante nos llegó un valiente
diciendo que Guaroa atravesaba
de Jánico los montes, con su gente,
cuando la noche ayer se levantaba.
Es imposible, pues, que el enviado
se avistara con él, como has supuesto.

*(Se oye a lo lejos rumor de
muchas voces)*

SACERDOTE

¿No escuchas un rumor?

GUATIGUANA

Es que alertado
de la marcha de aquél, el bando opuesto
sagaz las posiciones ha cambiado
y Magua se amotina.

SACERDOTE

¡La han cercado!

GUATIGUANA

¿Qué importa? Cuando un pueblo se decide
a recorrer de su destino el velo,
ni las distancias ni las fuerzas mide;
ni lo aterra el Caibai, ni aspira al cielo.

SACERDOTE

Pero esa abnegación...

GUATIGUANA

Todo lo alcanza.

SACERDOTE

Si está por buenos medios sostenida.

GUATIGUANA

¡Anciano! Del honor en la balanza
jamás la fría prudencia fue medida.
Que se apresten; que al número y al arte
los enemigos libren la victoria;
que nos venzan, en fin: de nuestra parte
siempre tendremos la futura historia.

SACERDOTE

Mas, ¿de ese inesperado movimiento
hostil del arijuna,
tiene ya Guarionex conocimiento?

GUATIGUANA

Lo tiene por el mismo
que a las tiendas llegó.

SACERDOTE

¡Rey desdichado!

GUATIGUANA

¡Oh, si tú supieras!...

SACERDOTE

¿Qué?

GUATIGUANA

¡Al abismo
Betma, loca al fin, se ha despeñado!

SACERDOTE

¡Betma!... ¡La infeliz!

IGUANIONA

(*Aparte*)

¡Señor del cielo,
ten lástima de mí!

SACERDOTE

El justo duelo
volemós a calmar, del soberano,
si para tal dolor aun hay consuelo.
¡Corramos, Iguaniona!

IGUANIONA

Mi presencia
puede afligirle más; me quedo, anciano.

SACERDOTE

¡Omnipotente Dios! ¡Dios de clemencia,
mira por ella tú!

IGUANIONA

(*A Guatiguana*)

Te espero, hermano.

ESCENA QUINTA

IGUANIONA

¡Betma infeliz! Del mártir la corona
por fin ciñeron a tu noble frente,
mientras vive triunfante Barahona;
tu hijo amado, huérfano y lloroso;
y en brazos del dolor, casi demente,
tu deshonorado, inconsolable esposo.

Mientras la patria que te viera un día
 irradiando virtudes y hermosura,
 resbala al borde de la sima oscura
 donde una irrevocable profecía
 la habrá de sepultar... ¡Cuántos horrores
 presenciarán con lágrimas los ojos
 en ese instante cruel! Vidas y amores,
 sueños de libertad, sueños de gloria...
 ¡Ay! ¡Todo será ruinas y despojos,
 y soledad y sangre! Aun la memoria
 del quisqueyano, al fin desvanecida,
 será como una sombra. Nada de ella
 en breve quedará, que el tiempo olvida
 de aquel que es infeliz hasta la huella!
 ¡Oh Betma! ¡Oh Betma! Si del alto cielo
 quien tanto aquí sufrió favor alcanza,
 intercede por mí que sólo anhelo,
 perdida la ilusión de la venganza,
 que no me rasguen del honor el velo.

ESCENA SEXTA
(Dicha y Avendaño)

AVENDAÑO
(Aparte)

Héla aquí. ¡Gracias, Dios mío!

IGUANIONA
(Aparte, con asombro)

¡Es Avendaño!

AVENDAÑO
(Con ternura)

¡Iguaniona!

IGUANIONA

(¡Ah! ¡Cómo de estos lugares
no me alejé!) ¿Quién me nombra?

AVENDAÑO

El que ha seguido tus pasos,
con la noche y con la aurora,
desque de aquí te alejaste
procurando aliadas tropas.

IGUANIONA

¿Te lo dijeron?

AVENDAÑO

Quien ama
adivina, no se informa.

IGUANIONA

Y... ¿me amas tú?

AVENDAÑO

Con delirio,
como a la tierra española.

IGUANIONA

Debes delirar, no hay duda,
cuando así imprudente evocas
el desprecio en que mi alma
con sólo verte rebosa.

AVENDAÑO

Aunque agraviada la mía
tus injusticias perdona,
rogándote que un momento
las refrenes y me oigas.

IGUANIONA

Es inútil.

AVENDAÑO

¡Por el cielo!
¡Desármate y sé piadosa
con aquel que viene, esclavo,
a los pies de su señora!

IGUANIONA

(Pausa)

Voy a oírte; mas advierte
que no obstante hallarme sola
tu castigo es infalible
como ofendas mi persona.

AVENDAÑO

Maldígame, amén, mi padre;
y el mismo Dios, por su boca,
si con sólo el pensamietno
me atrevo a excitar tu cólera.

IGUANIONA

Habla pues.

AVENDAÑO

Aunque en los míos
no falta alguno, Iguaniona,
que con errores y excesos
su nombre y patria desdoran,
otros hay cuya conciencia,
libre por suerte de sombras,
del amor casto del indio
puede ser merecedora.
Otros, que no han marchitado
la azucena de la honra;
que no han traído amarguras
a estas tribus candorosas;
y que a las leyes sumisos
y sumisos a su dogma,
jamás en tu hermoso suelo
dejarán tristes memorias...

IGUANIONA

(*Aparte*)

He aquí el lenguaje mismo
del pérfido Barahona!

AVENDAÑO

Que los que hidalgos nacieron
no de otra suerte se portan.
Yo, que por dicha me encuentro
entre ese grupo, señora;
que te idolatro (*se arrodilla*), que beso
allí do tu planta toca;
yo, que sabiendo los fines
de tu marcha misteriosa,
en vez de causarte daño
he sido tu fiel custodia;
—¡ay!— yo merezco, ángel mío,
que los enojos depongas
y premies con tu ternura
el amor que me devora.
Amor gigante y sublime
que del alma misma brota
al brillo de tus encantos,
de tu virtud y tu gloria.

IGUANIONA

¿Y es eso a lo que has venido?

AVENDAÑO

(*Aparte*)

¡Por Dios que es una leona!

IGUANIONA

¡Responde!

AVENDAÑO

Traigo un recado
que a Guarionex mucho importa.

IGUANIONA

Pues aguarda en esa tienda,
que voy a llamarle ahora.

AVENDAÑO

Antes dime una palabra
de compasión. ¡Una sola!...

IGUANIONA

¡Avendaño, te abomino!
(se va).

AVENDAÑO

¡Mujer de hierro! ¡La fosa
ve cavando a Gautiguana,
porque ha sonado su hora!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

(*Don Bartolomé Colón y don Pedro de Avendaño*)

AVENDAÑO

Estas las tiendas son en donde suelen
reposar el espléndido cacique,
el animoso jefe de sus tropas
y un anciano con aire de pontífice.

BARTOLOMÉ

Aguardaremos, pues, a que observando
la consecuencia que su alcurnia exige,
acudan a la cita provocada
por quien con ellos en valer se mide.

AVENDAÑO

Mirad... Un campamento por el lado de aquella gran montaña se distingue: a esta parte tres, allí siete; de manera que habremos de tener ojos de lince, pues al dar el ataque se proponen —según sus posiciones me lo dicen— en reducido círculo estrecharnos, la retirada haciendo un imposible.

BARTOLOMÉ

Con acierto pensáis, don Avendaño, confirmando lo mismo que predije: la gran dificultad de sorprenderles y el riesgo de esperarles a pie firme. No hay duda que el Señor en tal aprieto es regular que por los fieles mire; y como el moro en la gentil Granada, aquí el indiano a nuestros pies humille. Mas duéleme, en verdad, que si el turbante debió lanzarse del ibero linde y con él la ominosa servidumbre que ocho siglos impuso a un pueblo libre, no encuentro de razón que a este otro pueblo igual que al mahometano se hostilice, después que independiente y generoso en vez de rechazarnos nos admite.

AVENDAÑO

Yo tampoco suscribo el pensamiento de exterminar la quisqueyana estirpe como pretende alguno en la Isabela.

BARTOLOMÉ

No basta: es necesario combatirle.

AVENDAÑO

Mas la venganza...

BARTOLOMÉ

¿Qué decís? A nadie,
donde consejos hay, razón asiste
para tomar venganza, sobre todo
si el agravio entre muchos se divide.
Además, Avendaño, nunca ofende
quien animoso la agresión resiste.

AVENDAÑO

Pero esa resistencia...

BARTOLOMÉ

Es un derecho;
ante el derecho toda fuerza es crimen.

AVENDAÑO

Sabréis, señor, que al saludar las tierras
que el mar de Atlante riguroso ciñe,
juramos respetar sus privilegios
de nuestro Redentor ante la efigie.

BARTOLOMÉ

Así me lo contaron.

AVENDAÑO

Más en ésta,
que de todas por bella se distingue,
apenas imprimimos nuestras plantas
cuando un soberbio lidiador caribe
convoca sus vasallos, y furioso
del bosque hasta la playa nos persigue.
Hablo de Caonabó.

BARTOLOMÉ

Ya lo comprendo.

AVENDAÑO

La sangre de los Carpios y los Ruices,
vertida por la mano del salvaje,
a Dios venganza desde entonces pide.

BARTOLOMÉ

Valiera más no haberla aventurado
 corrompiendo en agraz los santos fines
 desta empresa, Avendaño. Los excesos
 de una codicia estúpida y sin dique;
 la cruel profanación de las costumbres;
 el despojo inmoral, los raptos viles,
 esas fueron las prácticas verdades
 de vuestro juramento. ¿Y quién os dice
 que en presencia de tales desacatos
 no debió sublevarse aquel caribe?
 Su guerra fue de buena ley. Peleaba
 contra la sinrazón; y aunque una triste
 mazmorra ha sido de su arrojo el fruto,
 para mí siempre es grande y es sublime.

AVENDAÑO

No pienso como vos.

BARTOLOMÉ

Don Avendaño,
 deste asunto no es bien que se platique
 delante del contrario campamento.

*(Dirigiéndose al fondo y después
 de una pausa)*

¡Cuánta tranquilidad! No se percibe
 ni el más leve rumor...

AVENDAÑO

De mal augurio
 es para mí la calma.

BARTOLOMÉ

¿Y qué?

AVENDAÑO

El cacique
 reunió sin duda los Ancianos; y éstos,
 que sin recurso todo lo deciden,

habrán juzgado la sanción del pacto
funesto a su interés.

BARTOLOMÉ

Fuera posible
el caso que observáis, si la consulta
primero que imponente fuese humilde.
Mas aquí la consulta es el mandato;
es la suprema voluntad del príncipe.
Yo espero en el Señor que la tardanza
de una manera próspera se explique.

AVENDAÑO

Permitid que lo dude.

BARTOLOMÉ

Yo conozco
mejor que vos el indio.

AVENDAÑO

Es bien posible.

BARTOLOMÉ

Sólo ofendido y excitado puede
rendir culto al furor.

AVENDAÑO

Pues quien lo excite
no falta aquí también.

BARTOLOMÉ

¡Cómo!

AVENDAÑO

Una joven
valiente, hermosa y de elevado origen.

BARTOLOMÉ

¿Habéis dicho una joven?

AVENDAÑO

Una Pálas
que las refriegas sin temblar dirige.

BARTOLOMÉ

¿Y se llama?

AVENDAÑO

Iguaniona.

BARTOLOMÉ

¡Dulce nombre
que saboreando miel el labio emite!
Iguaniona... ¡Es muy bello! El alma siente
que a un bélico carácter se maride.

AVENDAÑO

Y es así la verdad. Esas legiones
que al rebelado Guarionex asisten,
por ella misma convocadas fueron.

BARTOLOMÉ

Bien; procuremos alcanzar que olvide
su fundada inquietud, y no es dudoso
que nuestra empresa con honor termine.

AVENDAÑO

Entonces os proponéis...

BARTOLOMÉ

Cumplir el voto
que al arrancar de la Isabela hice:
Ratificar la paz.

AVENDAÑO

Muy bien pensado,
mas no contéis que en ello os auxilie
la joven de que hablé; porque su alma
en siendo nuestro, hasta el amor resiste.

BARTOLOMÉ

Sin embargo, los hijos de Quisqueya
no son, a la verdad, inaccesibles.
Yo les demostraré que mi mensaje
por buena parte y en su pro dirige
la mano del Señor; que los disturbios,
cumplidos hasta ayer, término exigen
para entrar de concierto por la senda
de una fraternidad sincera y firme;
que el rey, nuestro señor, no quiere esclavos
que su nombre furiosos abominen,
sino vasallos que le sirvan fieles.
En fin, yo les diré cuanto me inspire
el saludable intento de atraerles
y de agotar el odio en sus raíces.
Entre tanto volved a do se encuentre,
amigo o adversario, el gran cacique;
y renovadle que le aguardo.

AVENDAÑO

Al punto,
con vuestra venia marchó.

BARTOLOMÉ

El cielo os guíe.

ESCENA SEGUNDA

(Don Bartolomé solo)

¡Oh, sí! Yo espero con la santa ayuda
del Soberano Autor del Universo
hacer confianza y adhesión las dudas
que ora germinan en su noble pecho.
Las dudas digo, porque yo no alcanzo
a ver razones para tanto apresto

en quien no ha mucho con fervor juraba,
 en vez de hostilizarnos, protegernos.
 ¿Qué habrá podido desquiciar sus planes,
 vuelto de la Isabela? ¿Qué siniestro,
 o qué importuna irritación su alma
 restituye de súbito al recelo?
 De todos modos su actitud extraña
 me inclina a sospechar que algún secreto
 estímulo la acosa, barrenando
 el pacto de amistad en sus cimientos.
 Es posible... no hay duda... algún valido...
 algún instigador con su consejo
 habrá turbado la razón del indio
 en evidente daño de su pueblo.
 ¡Fatal incertidumbre!

IGUANIONA

(Desde el fondo, con asombro)

¿De Avendaño
 no es este el compañero?

BARTOLOMÉ

(Volviéndose a ella)

¡OH! Qué criatura
 tan bella, Santo Dios! mucho me engaño
 si no es la que don Pedro me decía.

IGUANIONA

(Aparte)

¿Qué buscará en las tiendas?

BARTOLOMÉ

¡Su hermosura
 es deslumbrante a fe!

ESCENA TERCERA

(Don Bartolomé e Iguaniona, quien se va acercando)

IGUANIONA

Señor... ¿podría
saber a qué has venido?

BARTOLOMÉ

¡Oh sí! procura
hacerte superior a tu recelo
y pronto lo sabrás. Mi edad te abona
respeto y protección. Llega.

IGUANIONA

(Avanzando)

Iguaniona
te quisiera creer, lo sabe el cielo;
mas.. eres arijuna.

BARTOLOMÉ

Sí, a fe mía.
la tierra en que he nacido está muy lejos,
hacia la parte aquella en donde asoma
tímida el alba dibujando el día
del soñoliento sol con los reflejos.
Mas el ser de otras tierras no te impone
la dura ley de aborrecerme.

IGUANIONA

¡Anciano!
Yo aborrezco al mortal que se propone
al bueno y libre domeñar, tirano;
al que huella el pudor de las mujeres;
al que es cobarde y vil. Y aunque profundo
es mi odio hacia él, inextinguible,
quisiera que le odiasen cuantos seres
laten y giran en redor del mundo.

BARTOLOMÉ

Es sorprendente y a la vez sensible
que quien tributa como tú homenaje
al patriotismo y la virtud hermosa,
cultos tan nobles por error ultraje.

IGUANIONA

¡Si como yo sufrieras!

BARTOLOMÉ

Generosa
perdona a tu ofensor.

IGUANIONA

¡Nadie, por suerte,
cubrió mi vida con impuro velo!

BARTOLOMÉ

Nuevo motivo la piedad advierte
en esa confesión que hace tu labio,
para que expongas en olvido el duelo.
Penas que brotan del ajeno agravio,
como las propias las recoge el cielo
si en lágrimas se dicen; mas no alcanza
mercedes de él, ni absolución del hombre,
quien en momento tal de la venganza
hace que truene el repugnante nombre.

IGUANIONA

Ni consejos ni lástima injuriosa
te vengo a demandar. De un pueblo libre
y de una estirpe excelsa y valerosa
soy la hija, señor. Justo es que vibre
rayos de enojo el labio balbuciente
al ver esos tesoros profanados
y al oír tu doctrina, más candente
que de un burén los fuegos agitados.
"Sufrieras como yo", te dije, apenas
quisiste rebatir la angustia mía:

o no sabes, a fe, lo que son penas,
o el alma tienes, como el Jura, fría.

BARTOLOMÉ

No me ofendas así, cuando yo mismo
hago causa común de tus dolores
y del pasado en el profundo abismo
los vengo a conjurar.

IGUANIONA

Son superiores
a tu poder.

BARTOLOMÉ

¡Admiración del alma!
No discurras así. Por grande y cruento
que sea nuestro dolor, al fin se calma
si otro a la par de quien lo sufre siente
su oculta agitación. Es un consuelo,
un bálsamo eficaz que en sus bondades
ofrece al afligido el Dios del cielo.
Así, cuando a la luz de estas verdades
yo por el bien de tu reposo diera
la mitad del reposo de mi vida,
no es humano, hija mía, que severa
me respondas. ¡Ah, no! Porque ancha herida
abre siempre en un pecho generoso
la espada del desdén.

IGUANIONA

(Turbada)

Acepto, anciano,
cual cumplida verdad, la noble ofrenda
que en el desierto altar de mi reposo
siendo arijuna con placer harías;
y levanto en el fondo de mi pecho,
para guardarla, religiosa tienda.

BARTOLOMÉ

(*Aparte*)

¡Sublime sencillez!

IGUANIONA

Pero decías
cosas de ofensa; y por mi Dios lamento
que siendo tú, como demuestras, sabio,
al grito del dolor llames agravio.

BARTOLOMÉ

Mas, ¿cuál es tu dolor?

IGUANIONA

Es un tormento.

BARTOLOMÉ

¡Un ángel, en verdad, no lo merece!

IGUANIONA

Es la patria infeliz que se aniquila,
es el hermano que en agraz fallece
o fugitivo o siervo.

BARTOLOMÉ

Si tranquila
quisieras escucharme...

IGUANIONA

Ingrata fuera
negándome a la voz de quien procura
templar de mi dolor la activa hoguera.
Ya te escucho.

BARTOLOMÉ

La patria y el hermano
que causan, como has dicho, tu amargura,
no más padecerán.

IGUANIONA

Lo dudo, anciano.

BARTOLOMÉ

En prueba te diré que mi presencia
de Guarionex en el estado, anuncia
algo mucho mejor que la imprudencia
de su concierto, y por el cual activo
veinte comarcas tu valor pronuncia.

IGUANIONA

¡Es posible!

BARTOLOMÉ

¡Iguaniona!

IGUANIONA

¿Y el cautivo?

BARTOLOMÉ

A sus hogares tornará al instante;
y cuando hubiere su rencor templado
irá con los demás, por mí escudado,
a hacer la sumisión al Almirante...

(Iguaniona se sorprende)

El voto de amistad.

IGUANIONA

¡De servidumbre!

BARTOLOMÉ

¡Sabe el cielo que no! Una importuna
festinación, un cálculo imprudente
que de la gloria a la divina lumbre
hizo en mal hora nuestra osada gente,
trocó en sombras la paz y la fortuna
desta nueva Stambul... ¡Bien se me alcanza!
mas por dicha aun es tiempo que los males
sientan la acción de un vigoroso dique;

y en un mundo de amores y esperanza
 unidos vivan y en derecho iguales
 los pueblos del monarca y del cacique.
 ¡Ah! Yo te lo prometo! Así los usos,
 y el culto, y el derecho y la costumbre
 serán por unos y otros respetados,
 y abolida la odiosa servidumbre
 que el corazón te cerca de cuidados.

IGUANIONA

¿Tú me lo juras?

BARTOLOMÉ

Te lo juro.

IGUANIONA

Espero
 que pérfido más tarde...

BARTOLOMÉ

(Con solemnidad)

¡Soy cristiano!

IGUANIONA

¡Cristiano!...

BARTOLOMÉ

Así se llama el extranjero,
 el que a la luz del matinal lucero
 nace y adora al solo soberano
 artífice del mundo; al que Iguaniona
 férvida admira en ese sol sublime
 que de él la majestad y fuerza abona.

IGUANIONA

(Aparte)

No me puedo explicar por qué este anciano
 más que los butios la verdad imprime
 en cuanto brota de sus labios.

BARTOLOMÉ

(*Aparte*)

¡Cielos!

¡Ayudadme hasta el fin!

IGUANIONA

Y bien: tú juras...

BARTOLOMÉ

En el nombre de Dios y mis abuelos
te juro prevenir las amarguras
que afligen tu país.

IGUANIONA

Basta: ¡te creo!

¡Bendígate ese Dios!

BARTOLOMÉ

¡Y en ti derrame
sus beneficios todos, hija mía!

IGUANIONA

(*Aparte*)

¡Oh! ¡Qué bueno es!

(*A Bartolomé*)

Haré se llame

a Guarionex.

BARTOLOMÉ

No es tiempo todavía.

IGUANIONA

¡Cómo! ¿No es tiempo cuando en él se encierra
la causa sustancial de los enojos
que intentas conjurar? ¿Cuando la guerra
es su numen, señor, y ante sus ojos
la guerra es un deber? ¿No es tiempo, dices?

BARTOLOMÉ

Y lo repito aún.

IGUANIONA

Y yo aseguro
que sin su acuerdo el cielo que predices
ha de lucirnos como nunca oscuro.

BARTOLOMÉ

Con todo. En este instante su presencia
no es cual la tuya a mi intención forzosa.

IGUANIONA

Pues yo... ¿qué puedo hacer?

BARTOLOMÉ

Con tu influencia
conseguir que renuncie a la dudosa
lucha que intenta proponerme airado,
sin que sepa jamás, ni por descuido,
quién a tanto interés te ha convidado.

IGUANIONA

Imposible. No, nunca... ¡Está ofendido!

BARTOLOMÉ

Tendrá satisfacción.

IGUANIONA

A la venganza
no le es dable abjurar sin que su frente
escupa el pueblo que con él se lanza
frenético a la lid. ¿Ni qué diría
al escuchar mi voz súbitamente
proponerle que olvide sus dolores,
cuando yo misma ayer le escarnecía,
por débil, con sus viles ofensores?
¡Imposible! ¡Jamás!

BARTOLOMÉ

¿Y cuál agravio?...

IGUANIONA

Otro busca, Señor, que te lo cuente;
pues suena mal su referencia horrible
de una mujer en el pudente labio.

BARTOLOMÉ

¡Qué misterio! ¿Y tú piensas que irascible
nos pida a todos cuenta de su enojo?
¿Vacilas? ¡Oh! ¿Qué hacer?

IGUANIONA

Tu juramento
recoge, anciano.

BARTOLOMÉ

No. No lo recojo
mientras espere consagrar mi intento.

IGUANIONA

Es difícil, a fe.

BARTOLOMÉ

Dime, Iguaniona,
que no lo quieres secundar.

IGUANIONA

Yo digo
que el medio que propones es odioso
aun para ti no obstante que enemigo.

BARTOLOMÉ

¿Y cuál otro, por Dios, que menos fuera,
del rey lograra combatir la rabia?

IGUANIONA

Entrégale el infame Barahona.

BARTOLOMÉ

¡A Barahona!

IGUANIONA

A él, que a un tiempo agravia
con la honra del indio la extranjera.
¡Entrégalo! Y que pague con la vida
su atroz profanación en una hoguera.

BARTOLOMÉ

¡Eso es horrible!

IGUANIONA

Esa es la ley.

BARTOLOMÉ

Severa,
cual ninguna lo fue, mi alma afligida
su cumplimiento bárbaro rehúsa
y a ser más generosa te convida.

IGUANIONA

Nada el combate sin la hoguera excusa...
Ahí viene Guarionex.

ESCENA CUARTA

*(Dichos, Guarionex, el Sacerdote, y varios flecheros
que se detienen al derredor de las tiendas)*

BARTOLOMÉ

Con impaciencia
ha tiempo que te aguardo, de Cristóbal
fiel mensajero y a la vez hermano.
Mas al llegar aquí, con gran zozobra
supe que en vez de respetar los votos

que en la Isabela hiciste, los traicionas;
 que olvidas tu palabra, y encendido
 en iras, llamas a la lid tus tropas.
 Por grande y justa que la causa sea
 muy festinado el cambio se me antoja;
 pues debieras decirla a tus amigos
 antes de alzar la sanguinaria antorcha.
 Así nosotros, que tu bien queremos,
 y estamos prontos a poner por obra
 cuantos medios se juzguen conducentes
 a que el lazo de unión jamás se rompa;
 nosotros, digo, al punto tu querella
 hubiéramos mirado como propia,
 y dándote —si el caso lo exigiera—
 satisfacción bastante decorosa.
 Pienso que a dudas revocar no debes
 mis palabras, Señor, pues tu persona
 ha recibido de nosotros prendas
 que tu conciencia en este instante abona;
 prendas marcadas de un afecto noble
 que a nadie dispensamos por lisonja,
 y que establecen compromisos serios
 entre las gentes que se dicen probas.
 Y esta verdad, que sin estudio acuerdo,
 más mi sorpresa y mi dolor provoca
 cuando vengo de paz y me recibes
 torvo, sañudo, en medio de tus tropas.

GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Oh! ¡Cómo lo diré!

IGUANIONA

¡Cielos, vacila!

SACERDOTE

¡Acuérdate, Señor, de tu deshonra!

GUARIONEX

¡Arijuna! Los votos que imprudente
hice a tu hermano cuando fui a la costa,
hubiéranse cumplido en tal manera
que gobernara ya mi patria toda.
Cautivo Caonabó, débil Bohechío,
Guacanagarix rendido desde el hora
funesta en que pisaste sus estados,
y siendo padre de mi triste esposa
el gran Tocubanama, érame, anciano,
fácil cumplir lo que ofreció mi boca,
sin que el disgusto desparcir pudiera
sus alarmantes, importunas sombras.
En esta prestación yo no cedía
al miedo de tus armas destructoras,
ni al de los monstruos que a tu ejemplo luchan
lanzando gritos de salvaje cólera.
que al hombre por doquier naturaleza
sus leyes ha enseñado generosa;
y sé por ella que la vida es una
y una la muerte en su tendida órbita.
Era la voz del implacable Luquo
la que mandaba en mí. ¡Era ella sola!
ella no más, Señor, la que iracunda
preparaba tu triunfo y mi derrota!
“El nieto de Guarión” —dijo su oráculo—
hará la patria sierva de unas hordas
que atravesando las eternas aguas
vendrán del lado donde el sol asoma”.
¡Yo soy ese mortal! Yo el elegido
para ofrecer a la Nación, absorta,
del duro sacrificio de la patria,
la fúnebre, imponente ceremonia!
y aunque nunca jamás la profecía
revelada me fue sino hasta ahora,
un invencible impulso me arrastraba
sobre la senda que mi dicha agosta.
Por esto, como sabes, fui sumiso
a ofrecerle a tu hermano mi corona,

deponiendo de grado el noble instinto
de combatir y fenecer con gloria.
Mas uno de los tuyos... un cobarde...
un pérfido a quien llamas Barahona,
aprovechó mi ausencia atropellando
en mi Betma infeliz mi cara honra.

BARTOLOMÉ

(Aparte)

¡Cielos!

GUARIONEX

¡Ay! Dime si no es justa causa
para que llame a combatir mis tropas,
declarando aquel pacto inexistente
cual lo declaro en tu presencia ahora.

BARTOLOMÉ

Es triste, Gran Señor, que de esa suerte
nos abrasen los rayos de tu cólera,
sin antes requerir, como debieras,
el castigo de aquel que la provoca.
Nosotros somos justos: si la queja
hubieras levantado a don Cristóbal,
te juro por mi honor que en este instante
no respirara aquel que así te oprobia.

GUARIONEX

Los que nacieron fuertes se degradan
si justicia o favor de alguno imploran.

BARTOLOMÉ

(A Iguaniona y al Sacerdote)

¡Ayudadme vosotros! ¡Ah! Decidle
que la voz del destino no desoiga.

IGUANIONA

¡Entrega al ofensor!

BARTOLOMÉ

¡Jamás!

SACERDOTE

(*Aparte*)

Humilde

la obedece volviendo por su honra.

BARTOLOMÉ

(*A Guarionex*)

Y a tu amigo diré...

GUARIONEX

Dile que estaba

revestido el altar de luz y rosas

y pronto a consumarse el sacrificio,

cuando una mano vil, profanadora,

le derriba por tierra, apaga el fuego;

y entre desorden tanto y tantas sombras,

la enseña de la paz desaparece

y otra de sangre sobre el templo asoma.

BARTOLOMÉ

Conque... no hay esperanza...

GUARIONEX

¡Sí, arijuna!

los rayos de su lumbre seductora

brillan templados para ti que aguardas

la herencia de mi bien con alma estoica.

candentes para mí, de sangre y luto

la despreciable vida me coloran.

¡Cumplamos cada cual nuestro destino;

y júzguennos, después Dios y la historia!

ESCENA QUINTA
(*Dichos y Avendaño*)

AVENDAÑO

¡Señor, venid volando! ¡Venid al campamento!

BARTOLOMÉ

¿Pues algo nuevo ocurre?

AVENDAÑO

¡La lid que se trabó!

BARTOLOMÉ

¡La lid! Mas, ¿cómo ha sido?

AVENDAÑO

Un indio que bajaba
de Jánico los montes, astuto, observador,
dos horas ha se bate cual tigre enfurecido
con todas nuestras tropas.

SACERDOTE

¡Oh! ¡Triste abnegación!

GUARIONEX

¿Guaroa?

AVENDAÑO

Ese es su nombre.

IGUANIONA

(*Aparte*)

¡Ay, cielos!

GUARIONEX

(*Aparte*)

¡Se ha perdido!

¡Maldiga Dios de nuevo al vil que me vendió!

BARTOLOMÉ

¿Y cuántos le acompañan?

AVENDAÑO

Quinientos más o menos.

Empero, Guatiguana, que el parte recibí,
al frente de otros tantos en su defensa corre,
haciendo, precavido, sonar el caracol.

BARTOLOMÉ

¡Ah, Príncipe! ¿Lo oíste?

GUARIONEX

¡Y bien!

BARTOLOMÉ

Inexorable
tu patria sacrificas.

GUARIONEX

En aras de mi honor
aun es muy pobre ofrenda. ¡Ah! ¡Yo sacrificara
por vindicarlo, el mundo, la misma Creación!

BARTOLOMÉ

Sin tanto yo te ofrezco su limpidez primera
volverle con la sangre de aquel que lo manchó.

IGUANIONA

Cristiano, ya no es tiempo.

GUARIONEX

¿Y ofreces así mismo
su víctima volverme?

BARTOLOMÉ

¡Lo puede sólo Dios!

GUARIONEX

Entonces, acabemos: retírate.

BARTOLOMÉ

Un instante.

GUARIONEX

¡Ay! ¡Uno me ha perdido!

BARTOLOMÉ

Escúchame, señor.

GUARIONEX

Que te retires digo. ¡Vamos! Tú, Iguaniona, aguarda en esas tiendas.

AVENDAÑO

(*Aparte*)

¡Muy bien, me la entregó!

GUARIONEX

Que vengan los flecheros de Niti; y a su frente, entonces, ve a reunirte conmigo.

IGUANIONA

Por favor...

permíteme que ahora...

GUARIONEX

Sé dócil, hija mía,
y aguarda; que tu puesto jamás se te negó.

BARTOLOMÉ

Conforme a tu mandato, me alejo de estas tiendas
llevando mi esperanza trocada en decepción;
la frente envuelta en nubes, mi orgullo atropellado,
y abiertas en el pecho las fuentes del dolor.
¡Ah! No me has comprendido! Yo vine a apaciguarte,
y contra mí tu labio desprecios abortó;

yo quise, en fin, pedirte merced para tu pueblo,
y sin piedad me arrojas lo mismo que a un traidor!
Pregúntale a esta joven si della no quería
cual padre cariñoso sondear el corazón,
y hacer que me ayudase solícita en la empresa
de dar a tus destinos un término mejor.
Mas ya que ha sido inútil, me alejo protestando
que en medio del combate, Bartolomé Colón
hidalgo será siempre, y tierno, y generoso
con quien irreflexivo sin causa me ofendió;
dejando a su conciencia de los causados males
del luto y de la ruina la triste expiación,
porque ése es el castigo que aguarda al temerario
así vencido quede o quede vencedor.

*(Sale con Avendaño por la izquierda; Guarionex,
el Sacerdote y las tropas por la derecha)*

ESCENA SEXTA

IGUANIONA

Bien me lo dijo el flechero
que en el camino me habló.
Guaora, insensato y fiero,
con su venablo primero
el abismo nos abrió.
abismo en que despeñado
será como vil escoria
este pueblo infortunado,
y con él todo un pasado
de libertad y de gloria!

(Pausa)

¡Noble cristiano! Se aleja
con el alma conmovida,
aun menos que por su queja
por ver cómo el alma deja
de Guarionex confundida.

Si hubiesen sus compañeros
observado igual templanza
y a su igual sido sinceros,
hoy brillaran los primeros
fulgores de su esperanza.
Pero rudos, e irascibles,
y ambiciosos, y raptores,
y hasta al dolor insensibles,
temprano en sombras horribles
velaron esos fulgores.
Ellos fueron los que hollaron
al cacique de Marién:
¡Los que su templo incendiaron!
¡Los que audaces le arrancaron
la corona de la sien!
Los que mansos, sin tumulto,
al rey de Maguana fueron
fingiendo rendirle culto;
y fue este culto el insulto,
que de grillos lo cubrieron.
¡Y con esos precedentes
de su vil ingratitud,
tienen a mal que, valientes,
no ofrezcamos nuestras frentes
al sello de esclavitud!
Sólo uno se ha apartado
del mal camino. Uno solo
ha sido justo y honrado:
el prudente Adelantado,
dicho también don Bartolo.
¡Oh, cuán hábil reprendía
la crueldad del alma mía
mientras hablamos los dos!
¡Y qué cosas me decía
de su patria y de su Dios!
Yo le escuché embebecida;
y tanto me preocupaba,
que... casi estuve perdida
cuando tierna, conmovida,

“Hija”, su voz me llamaba.
Quizá si sería un engaño
con que a probarme tentó...
¿Qué importa? No me hizo el daño
que el miserable Avendaño
cuando de amores me habló.

*(Oyese afuera el ruido de la pelea
que aumenta progresivamente: el de
los alaridos, tiros, caracoles, clarines...)*

¡Cielos! ¡Qué rumor!... No hay duda:
¡El combate se ha trabado!
¿Quién, pues, a mi hermano ayuda
si aquí la ordenanza ruda
del cacique me ha enclavado?
¡Mentiste! ¡No llegarán
Esos nitainos malditos!
Los contrarios sí vendrán,
y al fin me esclavizarán
tras ultrajes infinitos.
Que vendida y desarmada
en mi propio campamento,
¡pronto me veré asaltada
por ellos y condenada
del gran Caonabó al tormento!
¡Oh crueldad! ¡Oh tiranía!
señor, ¡yo me vuelvo loca!
¿Quién nunca sospecharía
que a otro se inclinaría
mi alma, siendo una roca?
¿Yo, que nací independiente
como la luz y el ambiente
sufrir tanta humillación,
sin ver que por obediente
labraba mi perdición?
¡Oh Luquo! ¡Si no temiera
tu furor que a todo alcanza,
rebelde al mandato fuera,
y allí con gloria muriera
y muriera con venganza.

Y ni aun el mismo cristiano,
 que sagaz me enternecía,
 escapara a mi odio insano!
 Ni aun él, que con firme mano
 la vida le arrancaría.
 Mas... —¡cielos!— ya disminuye
 de la lid la confusión...
 se debilita... concluye...
 ¡Ah! ¡Cómo rápida afluye
 la sangre a mi corazón!
 ¿Llamaron?... ¿O fue que el viento
 entre las hojas gemía?
 Tal vez... pero juraría
 que apurando el sufrimiento
 alguien mi nombre decía...
 ¡Oh! ¡Qué terrible ansiedad!
 ¿Será un aviso de Dios?
 ¡Guatiguana! Si es verdad,
 muy pronto en la Eternidad
 nos reuniremos los dos.

ESCENA SÉPTIMA
 (*Iguaniona y Avendaño*)

IGUANIONA

¿Qué vienes a buscar en estos sitios,
 miserable mortal?

AVENDAÑO

A ti, Iguaniona.

IGUANIONA

¿A mí...? Tú estás demente.

AVENDAÑO

No. Los hados
nuestra empresa, benignos, hoy coronan;
y en nombre de Colón vengo a buscarte,
pues sabe que te encuentras aquí sola
y teme que en su triunfo desbordados
nuestros fletes insulten tu persona.

IGUANIONA

Mejor escudo en Guatiguana el cielo
ha tiempo me ofreció.

AVENDAÑO

Del Jimenoa
arrastran con pereza las corrientes,
falta de vida, su gigante forma.

IGUANIONA

(Cubriéndose el rostro)

¡Oh!

AVENDAÑO

(Aparte)

¡Cómo sufre!

IGUANIONA

Es imposible... ¡Muerto!
¿Y arrebatado el huracán no sopla,
ni se estremece el mundo en sus cimientos,
ni el sol se nubla, ni los mares roncan?
¡Imposible!...

AVENDAÑO

Iguaniona...

IGUANIONA

¡Tú has mentido!

AVENDAÑO

Deja que el labio, a tu pesar, te imponga
 de los desastres que esta vez sufrieron
 las aguerridas quisqueyanas hordas.
 Ciego, rugiente de furor, al llano
 con fuerza escasa descendió Guaora
 la lid trabando; y aunque a poco tiempo
 corrió la nueva de su empresa loca
 y se lanzaron a auxiliarle algunos,
 fue inevitable su total derrota,
 que de las nubes, hasta nos bajando,
 una visión divina y salvadora
 tornaba en la mitad de la carrera
 el dardo agudo y la mugiente onda.
 Así, aterrados con aquel prodigio,
 viéndose heridos de sus armas propias,
 huyeron gemebundos a las selvas
 siguiéndoles la pista nuestras tropas.

IGUANIONA

¡Ah! ¡Todo se ha perdido!

AVENDAÑO

Por lo menos
 ya nadie existe aquí que nos imponga.
 Guaora va cautivo a la Isabela;
 Mairení se estrelló contra una roca;
 Guarionex anda prófugo, sin gente;
 Y... el que tú sabes pereció en las ondas.

IGUANIONA

¡Poderoso Gran Ser! ¡Sólo te resta
 que de la noche eterna entre las sombras
 hundas por siempre la infelice patria
 y la infeliz mujer que así la llora!
 ¿Qué espero ya! Las ilusiones mías,
 de amor, de santa libertad y gloria,
 se alejan en tropel cual sutil bruma
 que rebramando el Aquilón azota;

y el mundo, que esos sueños sustentaba
 con la brillante luz de sus auroras,
 es un oscuro, inmenso mar en donde
 la triste nave de mi vida flota.
 ¿Cuál seno será aquel en que la frente
 de hoy más reclinaré? ¿Cuál vigorosa
 diestra mis pasos guiará por medio
 de los abismos que en mi senda brotan?
 ¡Muertos mi amante y mis amigos!... Sierva
 de nuestros padres la heredad preciosa,
 ¿cuáles son los destinos que me aguardan
 de la existencia en las futuras horas?
 ¿Cuáles destinos? Los que son ingentes
 al infortunio y la orfandad tediosa...
 Padecer los rigores del recuerdo;
 morir, en fin, desesperada y sola.
 ¡Ay! ¡Mísera de mí!

AVENDAÑO

Tu llanto enjuga
 y escúchame, por Dios, dulce Iguaniona;
 que a través de ese horrible desencanto
 aun brilla una esperanza no remota.
 Si es evidente que implacable el hado
 poder y sueños a la vez te roba,
 es un delirio sospechar que el mundo
 sin conmoverse tus lamentos oiga.
 "Huérfana" te dijiste... Mis grandezas,
 mi porvenir, mis ambiciones todas
 sacrificara yo porque esa frase
 jamás se oyese en tu divina boca.

IGUANIONA

Y yo te diera sin dolor mi origen,
 que al de los Dioses mismos se remonta.
 Con tal que nunca percibir me hicieras
 ni el eco sólo de tu vil lisonja.

AVENDAÑO

No me ofendas así cuando sincero
te ofrezco el corazón.

IGUANIONA

¿Y qué me importa?

AVENDAÑO

Recuerda mis palabras...

IGUANIONA

Yo recuerdo
tu mensaje; y a fe que estás de sobra.

AVENDAÑO

¡Oh! Si es preciso que a tu breve planta
la timidez las ligaduras rompa,
héme ya de rodillas repitiendo
que mi alma, ciega, en tu virtud adora
y en tu belleza y tu valor. La suerte
que a Guatiguana te robó, con honra,
en mí con honra y con lealtad te ofrece
la protección que en él, perdida, lloras.

IGUANIONA

No es posible sufrir tanta insolencia,
ni tanta inhumanidad, sin que la cólera
levante en lo interior del triste pecho
sus iracundas, renegridas olas.
Tú, que enemigo cruel de mis hermanos
teñida con su sangre traes la hoja;
tú, que el desastre sin temblar me cuentas
y que en mi rabia y mi amargura gozas...
¡Ah! ¿Tú mi protector y tú mi amante?
¡Maldígame el Gran Ser como traidora!
¡Ofenda en aras, de tu amor impuro,
de Guatiguana la adorable sombra!

AVENDAÑO

¡Oh! ¡Cuán injusta, en tu dolor, me humillas!

IGUANIONA

Aun más merece tu demanda loca.

AVENDAÑO

¡Mi dulce adoración!

IGUANIONA

Tu hipocresía.

AVENDAÑO

Nunca supe fingir.

IGUANIONA

Hasta esta hora.

AVENDAÑO

Me ofendes...

IGUANIONA

¡Sal de aquí!

AVENDAÑO

Antes escucha
mis últimos acentos, Iguaniona.

IGUANIONA

Es inútil.

AVENDAÑO

Confiesa que me amas
y allá, donde nací, te haré mi esposa.

IGUANIONA

(Aparte)

¡Oh! ¡Qué tenacidad!

AVENDAÑO

(Poniéndose de pie)

¿No me respondes?

IGUANIONA

¡Oh! Ya lo dije otra vez: ¡mi alma te odia!

AVENDAÑO

(Tratando de asirla)

¡Pues ven conmigo, esclava!

IGUANIONA

¡Esclava! ¡Cielos!

AVENDAÑO

Lo manda así Colón.

IGUANIONA

¡Tú mientes!

AVENDAÑO

¡Hola!

ESCENA OCTAVA

(Dichos y soldados españoles que entran por la izquierda).

AVENDAÑO

¡Atad esa mujer!

IGUANIONA

¡Atrás, cobardes!

AVENDAÑO

Os digo que la atéis.

IGUANIONA

¡Hunde tu hoja
en mi indignado corazón primero!

AVENDAÑO

Fuérame fácil, que yo mando ahora;
mas sierva has de gemir.

IGUANIONA

(Delirando)

¡Oh, sí!... ¡No hay duda!
Del universo por la azul corona...
rueda una voz... fatídica... estridente...
oíd, monstruos... Oíd... "¡Huye, Iguaniona!
huye veloz a los amigos suelos
de Cuba o de Carib. Los altos cielos
irritados están porque ha crujido
la sacra fruta bajo extraño diente;
y esclavo ha de gemir, y en hondo olvido,
pueblo que tal profanación consiente"...

AVENDAÑO

Perdóname, ¡oh mi Dios! ¡La he vuelto loca!

IGUANIONA

Y yo no quise huir... Pero... El destino
por justo premio a mi constancia heroica
me deja en libertad...

AVENDAÑO

¡Oh sí! ¡Eres libre!

IGUANIONA

De hacer una elección que no es dudosa.

*(Saca del seno una flor y la chupa
con frenesí).*

"¡La tumba antes que sierva!"

AVENDAÑO

¡No!

IGUANIONA

Yo muero...

¡Qué confusión! ¿En dónde estoy? Las sombras
envuelven mis pupilas.. ¡Patria! ¡Hermano!

¡salvé... mi.. libertad... sal... vé... mi... honra!

(Muere)

ESCENA ÚLTIMA

(*Dichos, Bartolomé, el Sacerdote*
—encadenado—, caballeros y soldados)

AVENDAÑO

(*Mostrando el cadáver*)

Se envenenó, Señor.

SACERDOTE

¡Rey de la altura!

¿Aun esto me guardabas?

BARTOLOMÉ

Él le asista...

y no consienta que a la edad futura
se revele el horror de esta Conquista.

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

A Dios	9
El gondolero	10
A la poetisa Juana	16
Ilusión y desencanto	20
El sollozo	31
El pescador	34
El homenaje	37
Al río Isabela	42
Al Ozama	45
Desvarío	48
Maguana	55
Al río Yuma	58
Ilusiones	63
Tristeza	67
Desvelo	68
A.....	75
A Tirse	77

La cuita	81
Tu sonrisa	85
Tus ojos	88
Jamás te olvides de mí	90
A media noche	92
El señorito	96
La gruta de Santa Ana	103
A mi patria	108
La despedida	114
Desesperación	117
A la luna	126
A José Agustín Quiñones	129
El cantor del Llobregat	136
Vejez	138
Paseo nocturno en el mar	142
Certidumbre y temor	146
Presentimiento	147
A... en tu álbum	151
La visión.	156
Inquietud	160
A madame M... K...	162
A Vila en su natal	167
A... en traje de baile	171
La virgen y el jardinero	174
La rosa y el ruiseñor	179
Plegaria	182
CE	183
Adioses	185
A una lámpara	188
Convicción	190
Ayer y hoy	196
A una pistola	202
Lamento del pescador	203
A mi hermano	209
Esperanza	215
El cocuyo	217
Duelo	220
Fastidio	221
Improvisación	227

La falsa promesa	228
La ramita de Yoler	233
Veintidós de julio	236
Cela, zorra, candilazo	240
Resentimiento	244
Un sueño	245
Indiferencia	255
El Ariguanabo	258
Calma	263
Improvisación	267
¡Pobre poeta!	269
La duda	278
A las olas	279
A P.	285
Contrición	288
Meditación	289
Ilusiones	295
Agitación	296
Ella	300
Arrepentimiento	301
Despedida	302
El primer crimen	307
La caída de la tarde	309
A Moreno del Cristo	313
Edith	315
El arca	316
Mi patria	317
A la vista de Santo Domingo	322
El suspiro y la canción	327
Adiós del húngaro	335
Saludando a una amiga en su día	338
El que miente y el que siente	340
A mis versos	346
América	349
Himno patriótico	354
En el álbum de la señorita doña María Mercedes Delgado	356
El moribundo	357
Dolora	358

JAVIER ANGULO GURIDI

patelero	362
Lorenzo Puente Acosta	364
lenguas aborígenes	368
el cementerio	375
la juventud	380
el grande arquitecto del universo	382
V.....	385
.....	388
recepción	391
casismo	394
mo contemporáneo	397
mo contemporáneo	399
el pino y el llorón	401
el poeta Ángel de la Luz	404
Cuba	410
cojo	413
leedad	417
las cosas que desesperan	421
la lavandera	424
don plus ultra	426
Borinquen.....	429
mis recuerdos a Cuba	433
el suplicio de Guatimozin	437
el piloto	438
lebard	
Fragmento de un romance histórico	440

GUANIONA

Notas	464
Personajes	465
Acto primero	
Escena primera	466
Escena segunda	478
Escena tercera	484
Escena cuarta	498
Escena quinta	498
Acto segundo	
Escena primera	500

Escena segunda	505
Escena tercera	513
Escena cuarta	521
Escena quinta	525
Escena sexta	526
Acto tercero	
Escena primera	530
Escena segunda	536
Escena tercera	538
Escena cuarta	547
Escena quinta	552
Escena sexta	555
Escena séptima	558
Escena octava	564
Escena última	566



BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina cristiana y cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.

- Vol. XI.- José Ramón López:
Diario (enero-agosto de 1921).
- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.-Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
1.- Tratado del predicador.
- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.

- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
3.- Examen de los sermones del padre Eliseo.
- Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.
- Vol. XXV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 2.- Galaripsos y prosas.
- Vol. XXVI.- César Nicolás Penson
Cosas añejas.
- Vol. XXVII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
1.- Baní o Engracia y Antoñita.
- Vol. XXVIII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
2.- Miscelánea.
- Vol. XXIX.- Ligio Vizardi
Poesías completas.
- Vol. XXX.- Ligio Vizardi
Novelas y cuentos.
- Vol. XXXI.- Pedro Francisco Bonó
1. El Montero-Epistolario.
- Vol. XXXII.- Pedro Francisco Bonó
2.- Ensayos sociohistóricos.
Actuación política.
- Vol. XXXIII.- Ulises Francisco Espaillat
Escritos y Epistolario.
- Vol. XXXIV.- Javier Angulo Guridi
La fantasma de Higüey y otros relatos.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Noviembre del 2002,
en los talleres Gráficos de Editora Corripio, C. por A.,
Santo Domingo, Rep. Dominicana.
DT-15911

